

El Señor del Tiempo

El orden y el Caos

Louise Cooper

LIBRO 3

Capítulo primero

En esa época del año, los espesos bosques que cubrían la mayor parte de la mitad occidental de la provincia de Chaun ofrecían escasa protección a los viajeros. En algunos lugares, los retoños primaverales habían brotado en aisladas explosiones de verde, y en el suelo del bosque los helechos y las zarzas mostraban tímidamente nuevos brotes; pero, aparte de la resplandeciente copa de algún pino gigante ocasional, la mayoría de los árboles todavía no tenían hojas.

En un claro no lejos del borde norte del bosque, un gran caballo gris pastaba desconsolado en el monte bajo, arrastrando las riendas que se enganchaban en los brezos. La silla había resbalado un trecho sobre la cincha y un es tribo suelto golpeaba ocasionalmente una de las patas de atrás, haciendo que el animal aplanase las orejas e intentara morder el irritante e invisible objeto, mientras el sudor brotaba de su cruz. Aunque por lo demás parecía bastante tranquilo, había delatoras manchas de espuma alrededor de su boca y en torno a la silla, y de vez en cuando el caballo interrumpía su ramoneo sin ningún motivo aparente y levantaba recelosamente la cabeza, alerta contra alguna amenaza imaginada.

En las tres horas que habían transcurrido desde su extraordinaria y aterrorizada llegada al claro, el caballo había hecho caso omiso de la delicada e inmóvil figura que yacía entre las raíces salientes de un roble gigantesco. Una doma severa lo condicionó a no abandonar a la persona que lo montaba, fuese quien fuere, y buscar la libertad; pero como la amazona no daba señales de recobrar el conocimiento, el animal había perdido su interés en ella. Recordando todavía los terrores de las últimas horas, se contentaba con permanecer en la relativa seguridad del bosque y seguir pastando hasta que le ordenasen que se moviese.

La muchacha, que se agarraba frenéticamente a la silla de su montura cuando salieron disparados del torbellino que les había agarrado y traído hasta aquel lugar, fue arrojada del lomo del animal al caer éste, relinchando, entre los matorrales. Chocó contra el tronco gigante del roble y cayó como un pájaro herido, para yacer inmóvil entre las raíces.

Su cara, medio oculta bajo una maraña de cabellos casi blancos y la capucha hecha jirones de una capa, estaba pálida y macilenta, sus labios, exangües, y una viva mancha escarlata se había extendido desde el cráneo hasta la frente, mezclándose con otras y más

antiguas manchas de sangre que no era suya. Pero respiraba... y al fin, poco a poco, empezó a moverse.

Al recobrar el conocimiento, Cyllan no recordó inmediatamente los sucesos que la habían traído al bosque. Al principio, dándose vagamente cuenta de que yacía sobre un suelo duro, frío y húmedo, pensó que estaba durmiendo en la tienda de cuero que había llamado su hogar durante sus cuatro años de aprendizaje como conductora de ganado. Pero aquí no sentía la impresión claustrofóbica de estar encerrada, ni percibía el mal olor y los mugidos de las reses, ni los iracundos gritos de su tío, Kand Brialen.

Sus días de vaquera quedaron atrás. Habían sido un sueño, sólo una pesadilla. Seguramente estaba todavía en el Castillo...

Fue esta idea la que le aclaró la mente como si le hubiesen dado una fuerte bofetada, y se irguió automáticamente, abriendo los extraños ojos ambarinos, y un grito, un nombre, brotó de su garganta sin que pudiese impedirlo.

—*¡Tarod!*

El caballo levantó la cabeza y la observó con curiosidad. Cyllan miró hacia atrás, asombrada, sabiendo solamente que nunca había estado hasta entonces en este lugar. Parecía que unos martillos le golpeasen el cráneo; lanzando un gemido de dolor, se reclinó en el tronco del árbol, y todos sus músculos protestaron contra el movimiento, haciéndole sentir como si su cuerpo estuviese ardiendo. Su mente se esforzó frenéticamente en asimilar las pruebas imposibles que le daban sus sentidos. ¿Dónde estaba el Castillo? ¿Qué había sido de Tarod?

La habían encontrado en la caballeriza cuando ella estaba tratando de alcanzarle; la sacaron a rastras al patio de negras paredes donde esperaba el Sumo Iniciado, y entonces, al llegar rugiendo el Warp sobre sus cabezas, apareció Tarod...

El Warp. De pronto, Cyllan recordó, y con el recuerdo experimentó unas náuseas que se agarraron a su estómago vacío y le produjeron violentas e inútiles arcadas, doblada contra la rígida corteza del árbol. Recordó el enfrentamiento en el patio, su propia escapada (había dado una patada al Sumo Iniciado en el estómago y mordido al hombrón que la sujetaba) y su precipitada fuga cuando, atrapada y lejos del alcance de Tarod, había aprovechado la única oportunidad que se le ofrecía saltando a lomos del caballo. Tenía una vaga idea de haber atropellado a cuantos le cerraban el paso, abriéndose camino hacia Tarod; pero el caballo se había espantado, desbocado y cruzado a toda velocidad las puertas del Castillo,

lanzándose directamente al encuentro de la monstruosa tormenta sobrenatural que rugía en el caos desencadenado en el exterior.

Cyllan se estremeció al recordar, a su pesar, los horrores que percibió en la fracción de segundo antes de que la tormenta anulase sus defensas. Las montañas, retorcidas en formas y dimensiones imposibles; el mar, pareciendo levantarse en una titánica pared de agua que se elevaba hasta miles de pies en el furioso cielo; caras monstruosas y salvajes, manifestándose en las nubes y los relámpagos, proyectando lenguas de serpiente y aullando con angustia insensata. Entonces, la negra pared se derrumbó sobre ella, envolviéndola en un momento de oscuridad y locura hasta que emergió, en medio de una estruendosa cacofonía de ruidos, luces y dolor lacerante, en un escenario que casi la había trastornado por su absoluta normalidad. Después cayó vertiginosamente a través del aire, oyó perfectamente los relinchos del caballo, y el árbol, sólido, real, firme, borró su conciencia.

Al fin cedieron los espasmos de su estómago y pudo colocarse en una posición menos incómoda. Estaba viva y, por muy apurada que fuese su situación, aquello por sí solo era causa de una gratitud alentadora.

Todos los moradores de la tierra sentían desde su infancia un terror por los Warps que les paralizaba; no había alma viviente que no hubiese oído el agudo y estridente gemido en el lejano norte y visto las franjas de macilentos colores que se extendían en el cielo y presagiaban una de aquellas espantosas tormentas sobrenaturales. Los Warps eran un legado del Caos, una última manifestación de la confusión que había reinado antaño sin trabas en el mundo, antes del triunfo del Orden, y cuando estallaban, terribles e imprevisibles, todos los hombres, mujeres y niños buscaban un lugar donde refugiarse. Los que no lograban encontrarlo eran objeto de fervientes oraciones de las Hermanas de Aeoris por sus almas, y sus amigos y parientes sabían que jamás encontrarían rastro de ellos. Según la leyenda, el gemido que acompañaba a un Warp al rodar sobre la tierra eran las lamentaciones acumuladas de todos aquellos seres perdidos y condenados, y transmitidas por los vientos del Caos.

Con ésta, eran dos las veces que Cyllan había sobrevivido al indescriptible horror de las tormentas: dos veces se había visto arrastrada sobre la faz del mundo por el torbellino y depositada, maltrecha y contusa, pero viva, en algún lugar lejano y desconocido. Si había que dar crédito a las leyendas, y existían pruebas más que suficientes que demostraban su veracidad, Cyllan tendría que estar muerta y condenada al infierno, fuese cual fuere, que esperaba a las víctimas de los Warps. Sin embargo, vivía.., y el conocimiento de por qué

vivía la hizo estremecerse, al recordar al ser calculador y fríamente invencible que resolvió ofrecerle su protección. Yandros, Señor del Caos, que se decía hermano de Tarod y cuyas maquinaciones habían provocado toda la terrible cadena de sucesos en el Castillo de la Península de la Estrella, respondió a su desesperada petición de auxilio cuando ya no le quedaba otra esperanza. Recordó la sonrisa inhumana de su bello semblante, cuando, al postrarse ante él, le reveló que había sido él quien le había salvado la vida y la había traído al Castillo al estallar el Warp sobre Shu-Nhadek. Cuando el caballo gris salió galopando del Castillo, lanzándose contra la tormenta, Cyllan gritó su nombre, en una frenética e involuntaria petición de auxilio, y, por lo visto, él le respondió de nuevo. Cyllan no se hacía ilusiones sobre la lealtad o el patronazgo de Yandros; la protegía porque ella le era útil, pero si fracasaba en la tarea que él le había encomendado, no podría esperar misericordia. Y sabía, como sabía él, que ahora que había renegado de su fidelidad a los reinantes señores del Orden, no encontraría perdón si un día se arrepentía de lo que había hecho. Al unir su suerte a la del Caos, se había condenado irremisiblemente a los ojos de sus propios dioses.

Cyllan se estremeció de nuevo y llevó una mano al cuello de su vestido gris, introduciéndola debajo del corpiño hasta que extrajo algo que guardaba entre los senos. No lo había perdido en su furiosa fuga del Castillo, y sintió una extraña mezcla de alivio y repugnancia al contemplar la pequeña joya clara y de múltiples facetas que reposaba ahora en la palma de su mano proyectando fríos reflejos de la triste luz del día. La piedra del Caos. Una fuente de poder y de terror... y el recipiente que contenía el alma del hombre a quien ella amaba.

Su mano se cerró reflexivamente sobre la piedra, ocultándola a la vista. Debatiéndose entre el odio a la naturaleza de la joya y el doloroso conocimiento de que sin ella era un ser incompleto, Tarod había advertido a Cyllan de su influencia; una influencia, había dicho, que corrompía y manchaba todo aquello que tocaba o a todo aquel que la poseía. *¡Cuánta razón había tenido!*, pensó ahora amargamente. La piedra la ayudó ya una vez a matar, provocando en ella una demoníaca sed de sangre que hizo que se regocijase en el acto del homicidio. El estigma de aquella acción todavía permanecía en las manchas rojas secas de sus manos y su ropa, y Cyllan sabía lo fácil que era caer bajo aquella negra influencia. Solamente Tarod podía ejercer algún control sobre la piedra... y bien que la necesitaba, pues sin ella sólo le restaba una fracción de su poder. Dado que el Círculo, del que había sido antaño alto Adepto, juró destruirle, su vida estaría en peligro hasta que la joya volviese a estar en su poder.

Esto, si todavía estaba vivo...

Cyllan no era propensa al llanto. Su dura vida le había enseñado la futilidad de mostrar cualquiera de los tradicionales signos de debilidad femenina, pero bruscamente se halló al borde de las lágrimas. Si Tarod vivía... Lo último que recordaba, antes de que el caballo saliese disparado, era que le había visto en la escalinata de la puerta principal del Castillo, desarmado y rodeado de tres o cuatro Iniciados dispuestos a atravesarlo con sus espadas antes de que pudiese defenderse. El Warp había estallado sobre sus cabezas y ella no había vuelto a ver a Tarod, pero seguramente, seguramente, incluso su poder reducido sería suficiente para salvarla, ¿no? Podía haber escapado del Castillo y, en tal caso, la estaría buscando. Aunque era imposible imaginar por dónde empezaría, teniendo todo el mundo para elegir.

Cyllan se obligó a mirar de nuevo la piedra e hizo una mueca al verla brillar como un ojo maligno, desorbitado, entre el enrejado de sus dedos. Después, cuidadosamente, volvió a introducirla debajo del corpiño, sintiendo su contacto frío y duro contra la piel. Por ambiguos que fuesen sus sentimientos al respecto, la piedra era un talismán, su único enlace con Tarod, y si esto era posible, le atraería hacia ella.

Yandros podía no ser capaz de prestarle una ayuda directa, pero el Señor del Caos quería que la gema fuese devuelta a Tarod, y si era ésta la única esperanza que tenía ella de encontrarle, haría todo lo posible para contribuir a que Yandros alcanzase su objetivo. Cerró la mente a todo pensamiento de lo que podía ocurrir después; lo único que importaba era que Tarod y ella se reuniesen de nuevo.

Pero el claro de un bosque que sólo los dioses sabían en qué parte del mundo se hallaba, difícilmente sería el lugar más propicio para empezar una búsqueda. En el breve tiempo transcurrido desde que había recobrado el conocimiento, la luz había menguado perceptiblemente, diciéndole que el tiempo estaba empeorando. No tenía comida ni agua ni albergue, ni la menor idea de lo lejos que podía estar del pueblo más próximo o siquiera de un camino utilizado por los conductores de ganado. No podía calcular la hora; posiblemente se acercaba el crepúsculo, y el bosque no era un lugar seguro para pasar la noche; sería mejor que dejase a un lado sus especulaciones y prestase atención a los problemas más prácticos e inmediatos de la supervivencia.

Se puso trabajosamente en pie y el caballo levantó receloso la cabeza.

Sacudiéndose el arrugado y sucio vestido (advirtió un gran desgarrón en un lado de su falda), se llevó dos dedos a la boca y lanzó un silbido grave y peculiar. El caballo echó atrás

las orejas; Cyllan silbó de nuevo y el animal, obedeciendo de mala gana la orden, se acercó lo bastante para que ella le asiese la brida. Mientras enderezaba la silla y comprobaba que no se habían roto las correas, dio gracias, tal vez por primera vez en su vida, por los cuatro años que había pasado viajando por los caminos a lomos de un poney como aprendiz en el grupo de boyeros de su tío. Aquel silbido era un truco que aprendió pronto y con el que se podía dominar al animal más recalcitrante; el caballo no le crearía dificultades y ella estaba acostumbrada a pasar largas horas sobre la silla. Con la ayuda de Aeoris, mentalmente se corrigió, sonriendo maliciosamente para disimular la inquietud que le producía..., con la ayuda de la suerte, podría encontrar rápidamente el lugar habitado más próximo.

El arnés estaba seguro. Subiendo sobre una raíz de árbol para ganar altura, Cyllan saltó sobre la silla. Mirando entre las ramas entrelazadas de los árboles, trató de discernir la posición del sol poniente, pero el trocito de cielo que podía ver estaba nublado. Permaneció un momento inmóvil, reflexionando, y después hizo que el caballo volviese la cabeza en la que le dijo su intuición que era aproximadamente la dirección al sur. La mayoría de las zonas boscosas que cruzaban las partes occidental y central de la Tierra se extendían de este a oeste; por lo tanto, si cabalgaba hacia el sur, no tardaría en alcanzar el lindero del bosque y, desde allí, podría encontrar sin grandes dificultades alguno de los caminos empleados por los ganaderos.

No sabía, ni quería imaginar, lo que podía esperarle en el curso de su viaje. Si Tarod había escapado, pronto se sabría la noticia y empezarían a darle caza; posiblemente también a ella, aunque era más probable que el Círculo la creyese muerta. De alguna manera, tenía que encontrarle antes de que...

Tocó con los tacones de sus botas los flancos del caballo y lo condujo entre los espesos y expectantes árboles.

El canto que se oía débilmente, procedente del salón principal del Castillo de la Península de la Estrella, sería delicioso de escuchar si las circunstancias hubiesen sido menos espantosas. Las voces conjuntas de las mujeres que cantaban eran bellas, y el tono subía y bajaba en la ligera brisa de la tarde; pero Keridil Toln no podía olvidar un solo instante que las Hermanas de Aeoris estaban cantando un réquiem por el hijo del hombre que estaba sentado delante de él en su estudio.

Gant Ambaril Rannak, Margrave de la provincia de Shu, escuchaba el coro con la cabeza gacha, inmovilizada una mano sobre el pie de su copa de vino. De cuando en cuando,

miraba hacia la ventana abierta, como esperando ver algo o a alguien, y Keridil percibía un momentáneo destello de rabia contenida en sus ojos.

Por fin habló Gant, con voz pausada y tranquila.

—El canto de las Hermanas es conmovedor. Aprecio el gesto, Sumo Iniciado, de su parte y de la tuya. —Pestañeó y frunció tristemente el entrecejo—. Sólo lamento que sus himnos no nos puedan devolver a Drachea de entre los muertos.

Keridil suspiró. Había temido tener que dar la noticia de que el hijo y heredero del Margrave había muerto estando bajo su protección.

Gant había llegado aquel mismo día con su esposa y su séquito y se regocijó al enterarse de que Drachea había desbaratado por sí solo las maquinaciones del Caos, prestando un gran servicio al Círculo. Su hijo era un héroe..., pero en vez de compartir su gloria, el anciano recibió la noticia de su espantosa e ignominiosa muerte. Keridil había previsto palabras violentas, lamentaciones, acusaciones; pero el dolor callado y amargo del Margrave le resultaba aún más difícil de soportar.

La Margravina se había desmayado y yacía ahora en la mejor habitación para invitados del Castillo, atendida por el médico Grevard; pero Gant rehusó todos los ofrecimientos de sedantes o calmantes, y en cambio, después de ver el cadáver de su hijo, solicitó una entrevista en privado con el Sumo Iniciado.

Keridil le contó toda la historia de la muerte de Drachea: cómo había sorprendido a Cyllan, después de que ésta escapara, en el acto de robar la piedra del Caos, y cómo ella le había asesinado. Hubiera querido confesar su sentimiento de responsabilidad por la muerte del joven; sin embargo, las disculpas parecían grotescamente inadecuadas; lo mejor que podía hacer era esperar a que Gant dijese lo que tenía que decir. Conociendo al Margrave, Keridil no dudaba de que hablaría sinceramente.

El canto se extinguió en una última y conmovedora armonía y el Margrave asintió con la cabeza como en señal de aprobación. Después miró de nuevo a Keridil y, esta vez, sus ojos eran duros como el hierro.

—Bueno, Sumo Iniciado. Sólo tengo que hacerte una pregunta.

¿Qué se hará para vengar el asesinato de mi hijo?

Keridil miró las notas que había estado tomando hacía algún rato.

Aunque traerían poco consuelo a Gant, al menos vería que no había estado ocioso.

—Ya he puesto las cosas en movimiento, Margrave —dijo—. Tal vez habrás oído hablar de los recientes experimentos realizados en la provincia Vacía y en la de Wishet con aves mensajeras...

—Así es, Sumo Iniciado. En realidad, sugerí que se emplease este procedimiento en la búsqueda de mi hijo cuando desapareció por primera vez.

Keridil se sonrojó al oír el tono del anciano.

—Ciertamente..., bueno, los primeros experimentos fueron lo bastante afortunados para que pusiésemos la idea en práctica aquí, en el Castillo. Tenemos un maestro halconero de la provincia Vacía que ha venido a visitarnos, y sus aves han resultado más seguras y más rápidas que los mejores jinetes relevándose.

Los ojos de Gant adquirieron un brillo febril.

—Entonces puedes enviar...

—Ya lo he hecho. Tres aves han sido enviadas hoy, a mediodía, para llevar a la Tierra Alta del Oeste, a Han y a Chaun la noticia de lo que ha sucedido aquí. En cuanto lleguen a su destino, otras aves serán enviadas a otras provincias. La noticia llegará mañana a los sitios más apartados, e incluso el Alto Margrave la conocerá el mismo día.

Gant frunció los párpados.

—Y la muchacha, esa pequeña serpiente asesina..., ¿has enviado su descripción a todos los Margraviatos? ¿A todos los jefes de las milicias? —Cerró involuntariamente los puños sobre la mesa—. Hay que encontrarla, Sumo Iniciado, ¡y debe ser ejecutada!

La obsesión del Margrave era comprensible, dadas las circunstancias, pero Keridil no debía pensar solamente en el paradero de Cyllan. De las dos personas a quienes se buscaba, era con mucho la menos peligrosa, y aunque estaba resuelto a llevarla ante la justicia, tenía prioridades más urgentes. Sin embargo, se daba perfecta cuenta de que había que tratar a Gant con mucho tacto; cualquier insinuación de que el asesinato de su hijo ocupaba el segundo lugar en relación con otras consideraciones acarrearía más dificultades que las que Keridil Toln podía resolver en aquel momento.

—Ciertamente —dijo—, hemos difundido su descripción, Margrave, y confío en que no podrá escapar de la búsqueda durante mucho tiempo..., si es que sigue con vida, cosa que solamente podemos suponer. Todas las milicias serán puestas sobre aviso, y he pedido la máxima colaboración a todas las provincias. No obstante, debo añadir que nos enfrentamos con algo que podría tener consecuencias incluso más graves que el asesinato de Drachea. —Levantó la cabeza, vio la expresión del viejo y prosiguió, precavidamente—: Ahora sabes

lo que ocurrió recientemente en el Castillo, cómo se produjo y quién lo perpetró. El causante está todavía en libertad y es mil veces más peligroso que Cyllan Anassan. Por favor... —añadió rápidamente, cuando pareció que Gant iba a protestar—, comparto tu afán de encontrar a la muchacha y castigarla. Pero no me atrevo a descuidar la búsqueda de Tarod. Es mucho más que un simple homicida; es una encarnación del Caos. Margrave, tú mismo has visto y oído hablar un poco de los estragos que es capaz de provocar. ¿Puedes imaginarte cuál sería el destino de todos nosotros si semejante poder monstruoso del mal circulase a sus anchas por el mundo?

Gant guardó silencio y Keridil supo que sus palabras habían dado en el blanco.

—No quiero causar una alarma innecesaria en la Tierra, sobre todo en este momento —añadió a media voz—. Pero faltaría a mi deber si no advirtiera inmediatamente del peligro. Si he de ser brutalmente sincero, nuestro mundo podría estar expuesto a un peligro como no se ha visto igual desde la caída de los Ancianos. Y no me avergüenza confesar que tengo miedo.

¿Había cometido un error al ser tan franco? La cara del Margrave adquirió una expresión crispada y tensa, y su mirada se fijaba inquieta, a intervalos, en la ventana.

—Sumo Iniciado, me cuesta creer... —tosió para aclararse la garganta al quebrarse involuntariamente su voz—, me cuesta creer que el Círculo, en el que reside el poder y la sanción del propio Aeoris... Hizo la señal del Dios Blanco sobre el corazón, pero pareció incapaz de terminar la frase.

Keridil suspiró.

—Desearía fervientemente que la mitad de lo que se cuenta sobre las facultades del Círculo fuese verdad, Margrave; pero lo cierto es que, aunque tengamos el beneplácito de Aeoris, sería tonto presumir que tenemos su poder o algo que se le parezca. —Su expresión se endureció—. Esta es una lección que he aprendido recientemente por amarga experiencia, y pretender lo contrario sería tentar al destino. —

Apretó los puños y sus nudillos se pusieron blancos—. Sin la joya de que te hablé, Tarod no es en modo alguno invencible. Pero si encuentra a esa muchacha antes que nosotros y recupera la piedra, tendrá de nuevo todo su poder. Y esto significa el poder de traer de nuevo todas las fuerzas del Caos y la oscuridad sobre el mundo.

— ¡Pero ningún hombre puede ejercitar semejante hechicería!

—Ningún hombre, es verdad; pero ahora no nos enfrentamos a un hombre. Tarod está emparentado con el Caos; ha nacido del Caos.

No pongas en duda sus facultades, Margrave. Yo cometí una vez ese error.

Gant rebulló incómodo en su sillón, contrariado.

—Esto es más grave de lo que creía. Comprendo tu preocupación, Keridil, y la comparto.

—Trató de sonreír—. Si el deber te obliga, también me obliga a mí, y reconozco que las consideraciones personales deben pasar a segundo plano. ¿Cómo te ayudará la provincia de Shu?

Keridil dio gracias en silencio por el firme sentido común innato que caracterizaba al viejo, reforzado por veinte años de rígido gobierno.

La provincia de Shu podía jactarse no sólo de tener el puerto de mar más grande y seguro del mundo, sino también de poseer una fuerte y eficaz milicia, y los recursos del Margraviato eran de los mejores que podían encontrarse en cualquier parte. Gant sería un aliado de valor inestimable.

Asintió con la cabeza.

—Agradezco tu apoyo, Señor, y tu generosidad, y no me importa confesar que necesitaré toda la ayuda que pueda encontrar, especialmente en hombres.

—Lo creo. Pero, naturalmente, puedes suponer que, una vez se extienda el rumor, correrás el riesgo de que el pánico se apodere de todo el mundo, a pesar de la ayuda que puedas recibir. —Se mordió el labio—. El miedo al Caos está profundamente arraigado en todos nosotros, y la idea de su posible retorno...

Se encogió de hombros, para disimular un temblor, de un modo que no podía ser más elocuente.

—Ya lo he tenido en cuenta, pero no me atrevo a quitar importancia al peligro que nos amenaza —dijo Keridil, recordando las horas de tormento mental que había padecido mientras se esforzaba en valorar la prudencia de la decisión que había tomado—. La gente debe saberlo, Margrave. En buena conciencia, no puedo ocultarles la verdad.

Gant inclinó la cabeza.

—Sí... Comprendo tu dilema y creo que debo aceptar lo que dices.

Sin embargo, para evitar el histerismo, puede que sea necesario imponer ciertas restricciones por encima de las leyes de nuestro mundo.

Por ejemplo, en mi propia provincia...

Keridil le interrumpió.

—Aprobaré todo lo que consideres necesario, en la medida de mi autoridad, Señor. Y si es necesario el consentimiento del Alto Margrave, haré todo lo posible por conseguirlo.

—Gracias. Y hablando del Alto Margrave, ¿has dicho que una de tus aves mensajeras vuela hacia la Isla de Verano?

—Así es. —El Sumo Iniciado vaciló, preguntándose si era aconsejable confiar plenamente en Gant; después decidió que ningún mal podía haber en ello—. También he enviado un mensaje a la Matriarca Ilyaya Kimi, en su residencia.

—Vaciló de nuevo—. Será mejor que te diga, Señor, que he pedido la opinión de ambos sobre la posibilidad de convocar un Cónclave en la Isla Blanca.

Gant le miró fijamente, pasmado. — la...? —Tragó saliva—. ¡Supongo, Keridil, que las cosas no han llegado tan lejos!

—No han llegado, pero podrían llegar. Y en tal caso, no tendríamos más remedio que aprobar la apertura del cofre.

Gant hizo de nuevo la señal de Aeoris sobre su corazón.

Su cara había adquirido un enfermizo color amarillento, y trató de no pensar en las consecuencias de lo que había dicho el Sumo Iniciado.

A todos los niños se les contaba la leyenda del cofre de oro, que era el legado de Aeoris a su mundo y a sus seguidores después de la caída de la antigua raza, cuando el Caos había sido derrotado y expulsado.

El cofre estaba depositado en un santuario de la Isla Blanca, una extraña isla volcánica frente a la costa de Shu-Nhadek, y era guardado por una casta hereditaria de fanáticos que eran los únicos hombres que podían pisar el suelo sagrado de la Isla. Sólo en caso de gravísimos problemas podían el Sumo Iniciado, el Alto Margrave y la Matriarca de la Hermandad de Aeoris navegar hasta la Isla, y allí, reunidos en Cónclave, podían tomar la decisión de abrir la sagrada reliquia. Y si el cofre era abierto, sería una llamada para que Aeoris volviese al mundo...

No, se dijo desesperadamente Gant; las cosas no podían haber llegado a ese extremo...

Keridil observó las expresiones cambiantes del semblante del anciano, dándose cuenta de su evidente turbación. La idea de verse obligado a tomar una decisión que no se había considerado en miles de años era suficiente para producirle pesadillas; pero si había que hacerlo, sabía que lo haría.

—Margrave, creo, y espero, que la posibilidad es muy remota — dijo—. Pero hay que pensar en ella. —Hizo una pausa y después añadió —: Hoy, al amanecer, juré que no descansaría hasta que Tarod fuese encontrado y destruido, y ahora te prometo que estoy

resuelto a hacer que la asesina de Drachea comparezca ante la justicia. Cumpliré ambas promesas, cueste lo que cueste.

Gant reflexionó unos instantes y, después, lentamente y de mala gana, asintió con la cabeza.

—Sí, lo comprendo. —Levantó la mirada, y sus ojos eran ahora inexpresivos—. Me gusta pensar que, si estuviese en tu lugar, tendría el valor de tomar la misma decisión.

Era ya noche cerrada cuando Cyllan espoleó el caballo gris a través de una espesura y, para su sorpresa, se encontró, libre de árboles, en una loma que dominaba un estrecho camino. Un talud peligroso pero franqueable descendía hasta el camino, que brillaba con un color de hueso viejo bajo el cielo nocturno, y más allá se extendía de nuevo la masa dormida del bosque, perdiéndose en la oscuridad. No era un camino principal para la conducción de ganado, sino solamente una senda secundaria en la que, probablemente, había poco o ningún tránsito; pero un camino era un camino y un verdadero alivio después de la pesadilla de abrirse trabajosamente paso a través de la interminable sucesión de ramas y monte bajo, con el miedo supersticioso al bosque de noche aflorando en la superficie de su mente.

El caballo estaba inquieto, cansado, y empezaba a mostrarse rebelde; pero Cyllan lo mantuvo quieto con firmeza, mientras miraba a su alrededor y trataba de orientarse. Una sola estrella fría brillaba a lo lejos a su derecha, pero las constelaciones familiares estaban siendo rápidamente oscurecidas por una gruesa capa de nubes que presumió que venían del noroeste, trayendo consigo un viento frío y molesto. El caballo bufó y sacudió la cabeza, oliendo lluvia en el viento, y unos momentos más tarde Cyllan sintió en su cara las primeras gotas.

A menos que estuviese equivocada, el camino discurría aproximadamente de norte a sur, y se volvió en su silla para mirar hacia el norte, donde la pálida cinta se perdía entre los pliegues de bajas colinas.

Lejos, en aquella dirección, aunque no tenía manera de saber a qué distancia, estaban la Península de la Estrella y el lúgubre Castillo donde había visto por última vez a Tarod.

¿Estaría todavía allí? No sabía cuánto tiempo había pasado desde que se la había llevado el Warp; si el Círculo le había capturado de nuevo, a estas horas podía estar muerto... Se mordió con fuerza el labio, luchando contra la poderosa tentación de dirigir su caballo hacia el norte y cabalgar hasta el límite de su resistencia para alcanzar la costa y el Castillo. Pero esto sería una locura: el Círculo la culpaba de asesinato, y volver y ponerse a

su alcance sería correr al desastre. Lo único que podía hacer era rezar para que Tarod estuviese vivo, libre, y la buscase.

Espoleó a su montura y descendió el empinado talud hacia el camino.

La lluvia caía ahora con más fuerza y el animal resbaló varias veces sobre la hierba mojada; abajo, el camino había adquirido un brillo suave. Al llegar al pie del declive, Cyllan volvió el caballo hacia el sur impulsándole hacia delante, y al emprender el animal un trote vivo y regular, se arrebujó en su capa para resguardarse lo más posible de la lluvia. A ambos lados, el bosque susurraba mientras el agua caía sobre los matorrales, y la noche adquirió un aspecto irreal; negras siluetas de árboles se alzaban a ambos lados del camino, y solamente la fría cinta blanca de éste ofrecía un mezquino y obsesionante medio de orientación. El ruido apagado de los cascos de su montura parecía hacer eco a los latidos de su propio corazón, y empezó a sentir un inquietante cosquilleo en el cráneo, como si un sexto sentido le advirtiese que era seguida por una sombra invisible. Sacudió esta idea de su cabeza, consciente de que era provocada por el cansancio y por las engañosas ilusiones de la oscuridad. Sin embargo, había muchos peligros reales en un camino como éste, y no podía, no se atrevía, a detenerse en aquel solitario y desconocido paraje, al menos hasta que amaneciese.

El caballo se paró de pronto, interrumpiendo el ritmo hipnótico de sus pisadas y haciendo que Cyllan volviese a la realidad. Aunque ésta se dio cuenta de que había estado a punto de quedarse dormida sobre la silla, otra sensación la acometió: una súbita advertencia del instinto le decía que tenía que mirar hacia atrás. Y esta vez no era producto de una imaginación fatigada. Sentía como una rigidez en los pulmones y en el cuello y, consciente de que tenía que obligarse a no temblar desafortunadamente, giró cautelosamente la cabeza.

Eran cuatro figuras negras y amorfas que la seguían y se acercaban poco a poco en la penumbra. Por un instante una imagen terrible acudió a la mente de Cyllan (había oído cuentos de fantasmas y demonios, de muertos que salían de sus horribles tumbas para perseguir al incauto pasajero), pero entonces, débilmente, entre el zumbido del viento, oyó un sonido metálico, como de un caballo mordiendo su bocado, y comprendió que los que la seguían eran seres de carne y hueso.

Bandidos. Un miedo irracional nubló su mente, un miedo a la amenaza de un ataque físico y demasiado humano; pero los hombres montados a caballo que se acercaban más y más eran bastante reales.

Una mujer a lomos de un buen caballo, pero sola en la noche, sería presa fácil, y lo único que cabía esperar era que la degollasen, en el mejor de los casos.

El caballo bailaba de costado, presintiendo que algo andaba mal.

Era posible, sólo posible, que Cyllan pudiese dejar atrás a sus perseguidores, aunque la idea de que probablemente montaban caballos frescos mientras el suyo estaba casi agotado la hizo estremecerse hasta la medula. Pero no podía plantarles cara y luchar contra ellos; la huida era la única esperanza de salvación que creía tener.

Contuvo el caballo, tratando de calmarle y de dar a los bandidos la impresión de que todavía no se había dado cuenta de su presencia.

Pero se estaban acercando... Ahora podía oír un débil ruido de cascos que no eran los de su propia montura. Se llevó cuidadosamente una mano al cuello y, con dedos temblorosos, soltó el broche que sujetaba su capa. Al hacerlo, sintió la fuerte presión de la piedra del Caos sobre el pecho y el imprevisto recuerdo de su presencia le hizo sentir un destello de esperanza. Si Yandros, el gran Señor del Caos, velaba por ella, sin duda la ayudaría, si podía... Levantó las riendas, se afirmó sobre la mojada silla, apretó los muslos y las rodillas con todas sus fuerzas contra los flancos del animal; después agarró el broche de manera que la aguja sobresaliese por entre sus dedos.

El caballo saltó hacia delante, lanzando un relincho de protesta, cuando la aguja del broche se clavó en su piel, por detrás del arzón.

Cyllan se agachó sobre el cuello del animal, aferrándose desesperadamente a duras penas y rezando para no caer. Detrás de ella, sonaron nuevos ruidos en la noche: maldiciones y el súbito atronar de muchos más cascos cuando los bandidos espoleaban sus monturas para darle caza. Cyllan azotó la cruz del caballo con las riendas enlazadas, gritándole para que galopase más de prisa. El corcel echó las orejas atrás y desorbitó los ojos, y ella sintió que los poderosos músculos se hinchaban para realizar un mayor esfuerzo. La senda serpenteaba locamente delante de ellos, los árboles parecían volar, y Cyllan trató de no pensar en lo que podía ocurrir si algún animal nocturno se cruzaba de pronto en su camino.

El sudor empapaba el cuello y los flancos del caballo; éste, percibiendo el miedo de la amazona, corría con todas sus fuerzas, pero, aun así, Cyllan podía oír cómo los bandidos se iban acercando. Tenía la boca seca, la poca energía que le quedaba se estaba agotando rápidamente, su máximo esfuerzo no sería bastante para salvarla. Casi sollozando de terror, siguió azotando al animal, aunque sabía que faltaban solamente unos minutos, como máximo, para que la alcanzasen.

—¡Yandros!

El nombre brotó de su garganta en un grito ronco, un último grito de desafío. Delante de ella, la cinta de blancura cadavérica del camino se torció bruscamente, pareciendo hundirse en el bosque, y una frenética esperanza surgió de pronto en Cyllan. Si podía alcanzar los árboles, todavía podría esquivarles... Por tenue que fuese, ¡era una posibilidad!

El caballo tomó a toda velocidad la curva del camino, resbalando peligrosamente, y se encabritó y patinó sobre aquel suelo traidor cuando un fuerte resplandor de antorchas brotó de pronto de la oscuridad y unas voces broncas y airadas gritaron que se detuviese.

Cyllan sintió que los cascos del animal resbalaban; se echó hacia delante, se agarró furiosamente a la crin y, con un último esfuerzo, consiguió sostenerse sobre la silla. Entonces el caballo se puso de nuevo de pie, y Cyllan vio el destello de una espada bajo la fuerte luz y oyó que alguien lanzaba un juramento. Unas manos la asieron, mientras el caballo se detenía y casi se caía, y la ayudaron a desmontar para caer de rodillas sobre el mojado suelo. En medio de su confusión, vio que otros caballos pasaban junto a ella por el camino, en dirección contraria a la suya; después, la pusieron en pie y se encontró mirando el asombrado semblante de un hombre de edad mediana.

—¡Que Aeoris nos ampare! ¡Es una mujer!

Las palabras fueron puntuadas por los chasquidos de las llamas de la antorcha, que la lluvia trataba en vano de apagar. Aparecieron más caras, grotescas bajo aquella luz, y alguien se apresuró a abrir un frasquito de metal y ofrecérselo a Cyllan. Esta lo aceptó agradecida, aunque tenía la garganta demasiado seca para hablar, y echó un largo trago del fuerte y ardiente licor.

—Bueno, tranquilízate. —La voz del hombre que hablaba expresaba preocupación—. Ahora estás segura, señora, nuestros hombres agarrarán a esos diablos asesinos y serán ahorcados antes de que amanezca.

El acento era de la provincia de Chaun. Cyllan trató de expresar su agradecimiento, pero todavía faltaba aire en sus pulmones y no podía hablar. Alguien le asió de un brazo para sostenerla, y otro preguntó ansiosamente:

—¿Estás herida, señora? ¿Quieres decirnos lo que te ha pasado?

El tono respetuoso de las preguntas hizo que Cyllan se diese cuenta de que aquellos hombres la habían tomado por una mujer de cierta calidad. Su ropa, junto con la evidente buena doma del caballo que montaba, habían creado una impresión que estaba muy lejos de la verdad, y la sorpresa estuvo a punto de producirle risa. Pero se dominó, consciente de que era mejor no desilusionarles; descubrir su verdadera identidad podía ser muy peligroso. Pero

sería un engaño difícil de mantener. Necesitaría inventar una historia plausible, ahora no se hallaba en condiciones de pensar rápidamente y con astucia.

Para disimular, fingió que estaba a punto de desmayarse (como habría hecho una mujer distinguida en situación tan apurada), y los hombres se mostraron inmediatamente solícitos, le pidieron disculpas, la ayudaron a llegar hasta el borde del camino e insistieron en que se sentase. Ella les sonrió lánguidamente y murmuró:

—Gracias..., sois muy amables.

—De nada, señora. Pero, ¿dónde están tus compañeros? Seguro que no has estado cabalgando sola.

Esto era algo inconcebible para ellos, y Cyllan se dio cuenta de que también habían visto las manchas de sangre en su ropa y que su caballo llevaba una silla de hombre. Tragó saliva y dijo:

—No..., yo... Eramos seis. Mi... mi hermano y yo, y cuatro criados.

—Y anticipándose a la siguiente pregunta, añadió—:

Uno de nuestros caballos de carga perdió una herradura y nos vimos obligados a acampar en el bosque para pasar la noche. Pero fuimos atacados y uno de los hombres de mi hermano fue muerto al defenderme. —Se mordió el labio, esperando que el dolor y el miedo que había tratado de infundir a su voz fuesen suficientes para convencerles

—. Entonces, mi hermano me hizo subir a su caballo y le atizó, y éste salió galopando. — Miró al que la interrogaba, muy abiertos los ojos ambarinos—. No sé lo que habrá sido de ellos...

La creyeron, al menos de momento, y uno dijo resueltamente:

—Le encontraremos, señora, ¡puedes estar segura de ello!

—Si están vivos —comentó otro, en voz baja.

—Cállate, Vesey. —El que había hablado primero le dirigió una severa mirada—. La dama ha sufrido ya bastante sin tus funestas predicciones.

—Se volvió de nuevo a Cyllan—. Enviaremos exploradores inmediatamente y, mientras tanto, dos de los nuestros te llevarán a la villa de Wathryn, que no está lejos de aquí. —Se puso rápidamente en pie—. Gordach, Lesk, vosotros acompañaréis a la señora. Llevadla a Sheniya Win Mar, a la taberna del Arbol Alto, y más tarde me reuniré allí con vosotros. — Tendió una mano a Cyllan y se inclinó cortésmente —. Mañana tendrás noticias nuestras, señora; te lo prometo.

Cyllan asintió con un lento movimiento de cabeza y le dio las gracias; después dejó que sus compañeros la ayudasen a montar el caballo, que estaba plantado en el borde del camino, con la cabeza gacha por la fatiga. Les aseguró que podía cabalgar sin ayuda, pero el más viejo de los dos hombres insistió en sujetar las riendas y caminar delante de su montura, mientras el otro cabalgaba a su lado con la espada corta desenvainada y reposando sobre sus muslos. La luz de las antorchas quedó atrás, y Gordach, su acompañante más joven, aseguró a Cyllan que no corrían peligro viajando a oscuras; la villa quedaba a menos de una milla de distancia y, además, la lluvia estaba amainando; en cualquier momento saldrían las dos lunas para guiarles. Era un joven parlanchín y siguió hablando, mientras los caballos avanzaban con paso cansino. Cyllan se enteró de que sus salvadores formaban parte de una milicia de voluntarios constituida por orden del Margrave de la provincia, en un intento de poner coto a las cada vez más frecuentes tropelías de los bandidos. Todas las poblaciones relativamente importantes tenían ahora estas milicias, le dijo Gordach, y no menos de catorce facinerosos habían sido juzgados y ejecutados sólo en su distrito. Y ahora, con las últimas noticias llegadas del norte, sin duda tendrían todavía más trabajo.

Cyllan sintió un escalofrío de inquietud y dijo:

—¿Qué últimas noticias...?

Gordach sonrió con orgullo.

—Las traje el correo una hora antes de que saliésemos a patrullar, señora. La nuestra debe ser una de las pocas poblaciones, aparte de las capitales de provincia, que tiene conocimiento de ellas. —Hizo una pausa, para dar mayor énfasis a sus palabras, y murmuró confidencialmente

—: Noticias de la Península de la Estrella.

Cyllan cerró los puños sobre las riendas y hundió las manos en la crin del animal para que Gordach no viese que estaba temblando.

Tratando de mantener la voz tranquila, dijo:

—No he oído decir nada de eso.

—No; a decir verdad, ninguno de nosotros conoce todavía los detalles.

El correo llegó agotado, y su mensaje no será hecho público hasta mañana. Pero creo —y Gordach sonrió de nuevo, claramente deseoso de impresionarla— que se trata de un peligroso asesino que ha escapado de la custodia del Círculo junto con su cómplice.

Conque había empezado la caza... Cyllan se pasó la lengua por los labios, que se habían secado súbitamente, y Gordach siguió hablando, satisfecho.

—Sabremos los detalles al amanecer, y espero que tendremos una descripción de los dos forajidos. He oído decir que la noticia fue traída por un ave mensajera desde la Tierra Alta del Oeste. Si esto es verdad, es un invento maravilloso, pues el mensaje habría tardado días, en vez de horas, en llegar a nuestro Margrave. —Cambió de posición sobre la silla, agarrando con fuerza la espada que reposaba en sus muslos—. Ojalá viniese a la provincia de Chaun el hombre al que buscan. ¡Nos ganaríamos una buena recompensa si fuésemos nosotros quienes le prendiésemos!

Cyllan no respondió, y el hombre que caminaba delante de su caballo volvió la cabeza, mirando por encima del hombro.

—Cállate de una vez, Gordach. La señora no está de humor para escuchar tu cháchara. Disculpe, señora, pero, si no le avisara, seguiría charlando hasta que se le cayese la lengua de la boca.

Cyllan asintió con la cabeza, pero todavía no se atrevió a hablar.

Gordach guardó silencio y, cuando ella levantó de nuevo la cabeza, vio que se estaban acercando a la villa. Las achaparradas siluetas de las casas se recortaban contra el cielo, y un halo de luz brotaba de la ventana de una de ellas, a pesar de lo avanzado de la hora. Al aproximarse más, un centinela invisible les dio el alto desde la oscuridad, y Lesk respondió bruscamente. Deteniendo el caballo de Cyllan, se adelantó solo, y ella oyó un breve intercambio de palabras con que éste explicaba su presencia; después volvió y tiró del caballo. Un hombre envuelto en una gruesa capa se llevó cortésmente un dedo a la frente cuando pasaron frente a él y entraron con los caballos en la población.

Aunque no era grande, en comparación con otras del interior, Wathryn era sin duda una villa próspera y de mucho movimiento.

Acres de bosque habían sido talados al crecer lo que empezó siendo solamente una colonia forestal, y Wathryn podía jactarse ahora de tener varias mansiones de mercaderes, un juzgado donde se celebraban juicios y se dirigían los negocios locales, y una plaza de mercado pavimentada. Pero ahora estaba todo tranquilo, aunque Cyllan pudo oír el sonido de un saetín no lejos de ellos, donde un riachuelo había sido domeñado.

—Casi hemos llegado, señora —dijo Gordach, sin dejarse amilanar por el ceño de Lesk.

Los cascos de los caballos resonaron con fuerza al llegar a la plaza del mercado, y Cyllan pudo ver un edificio largo y bajo que daba a la plaza, con la fachada adornada por la pintura estilizada de un roble de gran tamaño. Una sola luz brillaba en una ventana de la planta baja, y Lesk se detuvo delante de la puerta y llamó con fuerza con el puño.

— ¡Sheniya Win Mar! Soy Lesk Barith. ¡Traigo una invitada que necesita de tu hospitalidad!

Un minuto más tarde se abrió la puerta y se asomó una mujer rolliza y de edad mediana, que abrió mucho los ojos al ver a Cyllan y a su escolta.

—Que Aeoris nos ampare, ¿qué significa esto a esta hora? ¿Has perdido el juicio, Lesk Barith?

Lesk le explicó brevemente lo ocurrido, mientras Cyllan permanecía sentada muda en su caballo, tratando de calmar el miedo creciente que amenazaba con sofocarla. La noticia de su fuga estaba ya circulando y habían puesto precio a su cabeza; por la mañana, la gente de la población podría comparar su cara y sus peculiares cabellos con la descripción de la perseguida asesina. Deseó desesperadamente emprender la fuga, hacer que su caballo diese media vuelta y alejarse al galope mientras estuviese a tiempo; pero tanto ella como el animal estaban agotados; la huida la delataría inmediatamente y no podía esperar librarse de una persecución. Al menos tenía unas pocas horas de plazo; era mejor aferrarse a su historia y esperar una oportunidad para marcharse sin ser advertida..., si es que se presentaba esa oportunidad.

Sheniya Win Mar escuchó lo esencial de la historia de Cyllan y su instinto natural pudo más que su enfado por haber sido molestada.

Reprendió severamente a Lesk por hacer esperar a la dama con su charla y después salió al encuentro de la joven en cuanto los otros la hubieron ayudado a desmontar.

—Ven, señora, pronto entrarás en calor y estarás cómoda. ¡Cuánto debes de haber sufrido! No quiero pensar en ello; pero ahora estás a salvo. Ven, entra e iré a buscar para ti el mejor sillón...

Cyllan oyó el ruido de los cascos del caballo que Lesk se llevaba de allí. Resistió la tentación de mirar ansiosamente atrás por encima del hombro y, lanzando un profundo y nervioso suspiro, se dejó llevar por su huésped al interior de la casa.

Capítulo segundo

El halcón era apenas más que una mota contra el cielo turbulento, una forma diminuta que volaba velozmente hacia el este, a favor del viento. Era muy improbable que cualquier observador casual lo hubiese advertido, pero el hombre que estaba sentado al abrigo de una protuberancia rocosa en la vertiente de las colinas entre Han y la provincia Vacía había visto aparecer el ave en el horizonte y observaba ahora su rápido progreso aguzando los ojos verdes.

Tarod no sabía por qué despertó el halcón su interés y le producía cierta inquietud; pero había algo deliberado en su vuelo, como si viajase para alguna misión por encima y más allá de su instintivo impulso.

Y el hecho de que viniese del noroeste, que era la dirección de la Península de la Estrella, podía ser muy significativo.

El ave casi se perdió de vista y Tarod cambió de posición, estirando una pierna para librarla de un calambre incipiente, y apoyando la espalda en la roca. La mañana era fría, pero él no estaba todavía en condiciones de reemprender viaje; había caminado durante casi toda la noche y, además de estar físicamente fatigado, necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo que tenía que hacer.

Había salido de la Península de la Estrella de una manera espectacular que no deseaba experimentar de nuevo. Antes de partir, juró a Keridil que nada tenía contra el Círculo, pero creía que el Sumo Iniciado no tendría en cuenta su palabra. Keridil quería vengar a los que habían muerto... y también quería la piedra del Caos. Aquella gema era el eje alrededor del cual giraba todo ese feo asunto, y Tarod tuvo que sofocar la escalofriante mezcla de deseo y aversión que siempre le acometía cuando pensaba en ello. Por mucho que hubiese preferido negarlo, necesitaba la piedra; era parte vital e integral de él, pues era el recipiente de su propia alma. Sin ella, solamente podía esperar vivir a medias.

Pero la piedra era también una maldición, pues le ataba a un yo interior cuya esencia tenía su origen en el mal, y ése era el dilema que había obsesionado a Tarod desde que había descubierto la naturaleza de la gema. Ya ndros, Señor del Caos, despertó en él recuerdos de un pasado tan antiguo que casi desafiaba la imaginación, y no podía negar que aquel pasado tenía un terrible atractivo. Sin embargo, reconocer el verdadero poder de la

pedra y aceptar todo su potencial sería volver la espalda a lo que había tenido como sacrosanto. Había sido un alto Adepto del Círculo, un siervo escogido de los dioses del Orden; el Caos era anatema para él. Y sin embargo, debía su existencia a aquellos poderes malignos...

Era una paradoja que no podía resolver y que se complicó aún más por el hecho de que también debía la vida a Yandros. De no haber sido por la intervención del Señor del Caos, a través de Cyllan, habría sufrido la espantosa muerte ordenada por Keridil, y la piedra habría caído en manos del Círculo. Esto habría contrariado el plan de Yandros; Tarod comprendía perfectamente que el malvado Señor seguía queriendo emplearle como vehículo para sus planes de desafiar el régimen de Aeoris y los dioses del Orden, y Yandros creía que, en la prueba final, las antiguas afinidades romperían cualquier barrera que Tarod tratase de levantar contra ellos.

Se estremeció interiormente ante la idea, pues sabía que, si tenía de nuevo la piedra en su poder, sería muy fácil sucumbir a su funesta influencia. Y aunque quería sobrevivir, la idea de que esa supervivencia lo convirtiera en un peón en el juego mortal de Yandros hacía que se le helase la sangre en las venas.

Sin embargo, no se atrevía a dejar la cuestión sin resolver y, después de su huida de la Península de la Estrella, se había dado cuenta de que sólo un camino se abría ante él. Cuando le fue revelada la naturaleza de la piedra, y ya le parecía que hacía de ello mucho tiempo, se juró a sí mismo llevar la joya a la Isla Blanca, en el lejano Sur, y darla a guardar al único ser lo bastante poderoso para combatir la fuerza de Yandros: el propio Aeoris. El conflicto con el Círculo y todo lo que vino después le había hecho dudar de la prudencia de aquella decisión; pero ahora no veía ningún camino alternativo. Había servido fielmente a Aeoris, aunque Keridil dijese lo contrario, y solamente el propio Señor Blanco podía resolver definitivamente su terrible dilema y librarle de la agobiante carga de la piedra.

Pero llegar a la Isla Blanca sería tarea inútil a menos que pudiese encontrar a Cyllan...

Tarod entrecerró los ojos al sentir un súbito y agudo dolor. Había tratado de no pensar en Cyllan, consciente de que, a pesar de lo que le decía su instinto, no tenía pruebas de que ella siguiese con vida.

Cuando el caballo del Margrave se había lanzado en pleno torbellino del Warp, con ella sobre el lomo, había desfogado su desesperación en un estallido de furor. Pero ahora que su mente había tenido tiempo de serenarse y de reflexionar, se daba cuenta de que si Yandros manipuló una vez los acontecimientos en su propio favor, podía hacerlo de nuevo, y el bien

de Cyllan interesaba mucho al Señor del Caos. La intuición le decía que Cyllan vivía, y creía que, si ella podía conservar su libertad, viajaría hacia el sur, hacia Shu-Nhadek, sabiendo que también él lo consideraría su meta.

Pero encontraría peligros en el camino, sobre todo por parte del propio Círculo. Seguramente habrían puesto precio a la cabeza de Cyllan, como a la suya propia, y Keridil no ahorraría esfuerzos para encontrarles a los dos. Cyllan tenía la piedra del Caos, pero era de poco valor para ella, mientras que él, sin la piedra, corría un grave peligro. Había empleado todo el poder que le quedaba para escapar de la Península de la Estrella, y el esfuerzo fue casi excesivo para él; había tenido que confiar en su antigua afinidad con los orígenes caóticos del Warp y dejar que éste le llevase donde quisiera y, aunque sobrevivió, la experiencia le había agotado completamente. El Círculo podía esperar que emplease sus dotes de hechicero para descubrir el paradero de Cyllan y correr inmediatamente a su lado; Tarod sabía que, sin la piedra alma, sus poderes no eran suficientes para semejante hazaña. Sus condiciones eran poco mejores que las de un Iniciado de alto rango, y necesitaría de todos sus recursos físicos para poder compensar la pérdida de sus facultades de hechicería si tenía que encontrar a Cyllan antes que lo hiciera el Círculo.

Sonrió irónicamente en su fuero interno, consciente de que había hecho muy poco para atender a sus propias necesidades físicas. No había descansado desde su espectacular huida del Castillo; no tenía comida ni agua, ni dinero para comprarlas. Aunque hubiese caza en esas áridas colinas y fuese él un arquero bastante hábil, no podía hacer brotar un arco del aire. Sus únicos bienes eran la ropa que vestía, una insignia de oro de Iniciado y las pocas fuerzas que podían quedarle.

Cambió de nuevo de posición y miró al cielo. Detrás de una capa de inquietas nubes, el sol marchaba hacia el bajo meridiano de una primavera norteña. El viento del norte empezaba a soplar con más fuerza, y en el horizonte, donde los montes eran más altos y desiertos a medida que se acercaban a la triste región minera de la provincia Vacía, las nubes adquirían un feo color purpúreo que presagiaba lluvia.

Calculó que los primeros chaparrones tardarían varias horas y, mientras tanto, el cambio del viento significaba que su oquedad en la roca era el mejor refugio para él. Había hecho bien en descansar antes de continuar su viaje; estaba cerca del agotamiento, y el sueño era ahora más importante que la comida. Además, esos montes desnudos, con sus viejos y desiertos caminos, eran un lugar de descanso más seguro que cualquiera que pudiese encontrar en las más pobladas tierras de labranza.

La roca era un lecho duro e incómodo, pero Tarod se instaló lo mejor que pudo, arrebujándose más en la gruesa capa. El viento, que soplaba a ráfagas, gimió en su mente como la voz lejana de un sueño medio olvidado, y a los pocos minutos Tarod se quedó dormido.

El instinto le despertó segundos antes de que los ruidos de cascos de caballo y de una fuerte respiración se mezclasen con el gemido del viento. Abrió los ojos verdes y contempló una silueta monstruosa que cubría la mitad del turbulento cielo. Un fuerte olor animal penetró en sus fosas nasales, y Tarod se quedó rígido de la impresión, sin saber si aquella aparición era real o surgida del abismo de una pesadilla.

Se oyó una carcajada ronca y el monstruo se movió, descomp oniéndose en las formas de dos hombres montados a caballo e indiscutiblemente reales.

—El durmiente se despierta. —El acento era gutural, y Tarod presumió que tenía su origen en el lejano norte de la provincia Vacía.

No le gustó el tono de voz—. Sé bienvenido en tu regreso al mundo, amigo. ¿No es para ti un honor tener a tan buenos compañeros para recibirte?

Alguien rió entre dientes detrás de Tarod; éste volvió rápidamente la cabeza y vio a otros tres jinetes a su espalda. El que había reído era un joven picado de viruelas y de expresión bobalicona, que tendría dieciséis o diecisiete años; los otros eran mayores pero no más agradables, y Tarod se dio cuenta de que eran, pues no podían ser otra cosa, un grupo de bandidos.

Suspiró, se apoyó de nuevo de espaldas en la roca y cerró una vez más los ojos. No llevaba encima nada que valiese la pena; por lo tanto, no era probable que esos rufianes de aspecto siniestro le causasen muchas molestias; pero le irritaba su inoportuna llegada.

El jefe, un individuo delgado como una serpiente y que lucía una extraña mezcla de chucherías robadas sobre una sucia pelliza, bufó con fuerza.

—Parece que nuestro amigo no aprecia nuestra amabilidad al detenernos para pasar un rato con él. —Hizo avanzar su caballo y tocó a Tarod con la punta de una bota. Tarod abrió los ojos—. ¡En pie, amigo!

Tarod le miró fijamente.

—¿Me lo dices a mí?

El joven rió de nuevo y el jefe hizo una burlona reverencia.

—Te pido perdón, señor, si te he ofendido. Pero no veo a nadie más a quien dirigirme.

Los otros rieron ruidosamente y su jefe sonrió, correspondiendo a su aprobación. Su caballo se acercó todavía más y los otros siguieron su ejemplo, de manera que Tarod se vio estrechamente rodeado.

—Tal vez nuestro amigo tiene una legión de demonios ocultos en el bolsillo, Ravakin — sugirió uno de ellos—. Quizá se ha imaginado que les hablabas a ellos.

Ravakin sonrió de nuevo, afectadamente, mostrando los dientes cariados.

—Es más probable que lleve un caballo y unas alforjas ocultas en la manga. Tal vez querrá mostrárnoslos, como prueba de camaradería y de buena voluntad. —Por segunda vez, la punta de una bota golpeó las costillas de Tarod—. Vamos, amigo, ¿dónde están tus cosas?

—Las estás viendo con tus propios ojos, amigo —dijo tranquilamente Tarod.

—El viajero tiene sentido del humor —se burló Ravakin.

Un hombre robusto que estaba a su lado rió por lo bajo.

—¿Crees que sería tan divertido si encendiésemos una fogata debajo de él?

—Desde luego, sería mucho más hablador. Nadie que esté en su juicio se aventura en estos montes si quiere conservar la vida; ha de tener un tesoro en alguna parte. Y nos dirá dónde está. —Se lamió los labios—. Cuando nosotros le hayamos divertido durante un rato, nos suplicará que le dejemos decirlo.

Evidentemente, pretendía con sus palabras debilitar la confianza de Tarod, y le contrarió que aquel hombre de cabellos negros se limitase a sonreír débilmente. Frunció el entrecejo e hizo un ademán al más corpulento de sus compañeros.

—Regístrale. Ve lo que lleva encima.

—No te molestes. —Tarod se levantó con una agilidad y una rapidez que le sorprendió. Se echó la capa atrás y dijo, con voz engañosamente amable—. No tengo dinero, ni bienes, ni nada que pueda interesaros, caballeros. Si queréis buscar un caballo, podéis hacerlo con mi beneplácito. No lo encontraréis, porque no tengo ninguno.

Ahora empezó a hablar el joven, en una voz sólo cascada a medias.

—Tal vez dice la verdad, Ravakin. No hemos visto nada, y no se podría esconder un gusano en este erial...

—¡Cierra ese pico! —le replicó severamente Ravakin—. No puede haber venido de ninguna parte, sin un caballo y provisiones. Amit, Yil, daremos a nuestro amigo una pequeña lección de camaradería para aflojarle la lengua.

Mientras hablaba, hizo avanzar su caballo de manera que el flanco rozó a Tarod y le hizo perder el equilibrio. En el mismo momento, dos de los otros adelantaron sus monturas, empujándole hacia Ravakin y levantando una nube de polvo sofocante con los cascos.

— ¡Ray! —La súbita exclamación hizo que el jefe de la banda se detuviese en seco—. ¿Qué lleva debajo de la capa?

Los ojos maliciosos y curiosos de Ravakin se fijaron en Tarod, pero Amit, que era el que había hablado, reconoció el símbolo distintivo antes que su jefe.

—¡Maldita sea, Ray, es un Iniciado!

—¿Un Iniciado? —El jefe le dirigió una mirada fulminante—.

¡Por mí, podría ser el Margrave de los Siete Infiernos!

—Se inclinó hacia delante sobre la silla, echando sobre la cara de Tarod un aliento caliente, que apestaba a comida rancia—. Le daremos este título. Nuestro eminente amigo, el Margrave de los Siete Infiernos. Vamos, Margrave. Vas a bailar para nosotros hasta que nos hartemos de ti, y entonces te quitaremos esa bonita chuchería si no tienes nada mejor que ofrecernos.

Tarod no dijo nada, no se movió, y Ravakin, lentamente y regocijándose en ello, sacó un largo cuchillo del cinto. Acarició el mango con el dedo pulgar.

—¿Me has oído, Margrave de los Siete Infiernos? Vamos a enviarte a tus propios dominios... —Alargó la mano y, con una seguridad fruto de la práctica, tocó con la punta del cuchillo el cuello de Tarod, mientras dos de sus hombres empezaban a silbar sin la menor armonía—. Diviértenos, Margrave. ¡Veamos cómo bailas a nuestro son!

Tarod había permanecido impassible durante las chanzas de los bandidos, pero, de pronto, la cólera hirvió en él, y otro sentimiento familiar resurgió con ella. No hizo ningún movimiento para desafiar a sus atacantes, sabiendo que estaba en desventaja e inseguro de la fuerza que podría ejercer contra ellos, si es que le quedaba alguna. Pero la cólera despertó otras emociones y comprendió que, por muy débil que estuviese, todavía podía enfrentarse con ventaja a semejante pandilla de arrogantes imbéciles.

—Ravakin —dijo pausadamente, pero con un cambio brusco en el tono de la voz que hizo que el jefe de la banda frunciase el entrecejo.

La hoja del cuchillo osciló, y Tarod, con desdeñoso ademán, la apartó a un lado. El rostro de Ravakin enrojeció de ira, y el hombre le habría asestado una cuchillada si el caballo no hubiese retrocedido, percibiendo algo que todavía estaba más allá de la comprensión de su

amo. Los ojos verdes buscaron los grises desvaídos de Ravakin, y Tarod aguantó con firmeza la mirada del jefe bandolero.

—Te daré una oportunidad —dijo suavemente Tarod—. Ocúpate de tus asuntos, asalta a algún otro viajero y déjame en paz. Es mi último aviso, Ravakin.

Ravakin siguió mirándole unos momentos; des pués, echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

— ¡Me amenaza! ¡Me amenaza nada menos que el Margrave de los Siete Infiernos! — Sus secuaces, tranquilizados, rieron con él—.

Sin un cuchillo, sin una espada, sin tener siquiera un palo, ¿se imagina que puede asustarme! —La risa se convirtió en hipo y Ravakin se enjugó la nariz y los ojos lacrimosos con la manga. Entonces su amplia sonrisa se transformó bruscamente en una fea mueca, y dijo despectivamente —: Matadle.

En su afán de imitar los cambios de humor de su jefe, los hombres se reían todavía, y se mostraron lentos en reaccionar a la orden.

Antes de que pudiesen hacer un movimiento, Tarod alzó la mano izquierda, la cerró sobre el morro del caballo de Ravakin, y pronunció una sola palabra incomprensible.

El animal relinchó y se encabritó y Tarod tuvo el tiempo justo de agacharse a un lado para evitar que le alcanzasen los cascos. El jefe de los bandidos lanzó una exclamación de asombro que inmediatamente se convirtió en grito de terror cuando el asustado animal empezó a corcovear. Perdió el equilibrio, se inclinó hacia un lado en la silla y cayó sobre el polvo con un fuerte golpe. El caballo saltó y el grito de Ravakin se convirtió en rugido de furia insensata mientras trataba de ponerse en pie e intentaba agarrar a tientas su cuchillo perdido. Se estaba incorporando, cuando unos dedos terriblemente vigorosos le agarraron del cuello y le torcieron la cabeza en un ángulo horrible, hasta que, retorcido y presa de dolor, quedó enfrentado a los ojos verdes y fríos, como el hielo, de Tarod.

Los hombres que le sobrevivieron, no pudieron nunca imaginar los horrores que vio Ravakin en aquel momento; las ilusiones conjuradas por Tarod sólo él podía verlas, y eran fruto de un antiguo y malévolos poder que se regocijaba en el tormento. Lo único que vieron fue el aura oscura y maligna que envolvía al hombre que, hasta hacía unos momentos, había sido una presa fácil y divertida. Sus caballos relincharon y se encabritaron, y dominando aquel ruido, vibró el grito de Ravakin, como una súplica y una protesta incoherente, mientras su mente rebasaba los linderos de la locura. Sus ojos se desorbitaron y su rostro se tiñó de púrpura; sus manos arañaron desesperadamente los indescriptibles fantasmas que caían

sobre él y en medio de los cuales parecía arder la cara cruelmente sonriente del extranjero de cabellos negros. Se retorció y se encogió, con un gruñido ahogado y con la lengua fuera de la boca, como una serpiente hinchada, y entonces, los pasmados hombres oyeron un solo y estremecedor chasquido: Tarod, con una sola mano, había roto el cuello de Ravakin.

La pandilla de bandidos no esperó a presenciar el terrible final de su jefe. Cuando Tarod se volvió hacia ellos, enfurecido y previendo un ataque por la espalda, estaban ya dando la vuelta a sus monturas y golpeando frenéticamente sus flancos con los tacones de las botas, espoleándoles para alejarse de allí, dondequiera que fuesen. Sus voces, agudizadas por el pánico, incitaban a los animales a continuar su carrera, y Tarod se quedó mirándoles, mientras su furia ciega se extinguía poco a poco.

Las voces de los bandidos y el estruendo de los cascos de sus monturas se perdieron con el zumbido del viento. Tarod se tambaleó hacia atrás y se apoyó en la roca, súbitamente débil y agotado. A menos de dos pasos yacía Ravakin, con la lengua fuera y los redondos ojos mirando estúpidamente un guijarro a un pie de su nariz. Tarod se sintió asqueado y tuvo náuseas al contemplar el cadáver. Lo que hizo fue puramente maléfico. Habría sido mucho más sencillo matar al jefe de los bandoleros sin emplear una crueldad tan salvaje, y sin embargo, había sido incapaz de resistir la tentación. El poder había surgido en él y lo había empleado... Miró su mano izquierda y la estropeada base del anillo que llevaba todavía en el dedo índice. Incluso sin la piedra del Caos había maldad en él. Recuperada la piedra, ¿no le sería mucho más difícil luchar contra tan nociva influencia?

Pisando los talones a esa idea, le acometió la aguda impresión de que se estaba compadeciendo a sí mismo. Más importante que su bienestar era el de Cyllan, que llevaba la piedra del Caos y carecía del poder de Tarod para protegerse. Si tenía que encontrarla, su pragmatismo le advertía que no debía perder tiempo y sí emplear todos los recursos que tenía a mano, fuesen cuales fueren las protestas de su conciencia.

Se irguió, se plantó junto al cadáver y lo empujó con un pie para que rodase sobre la espalda. Haciendo caso omiso de aquella mirada ciega y acusadora, registró el cuerpo de Ravakin. Además de la espada corta, el jefe de bandoleros llevaba un cuchillo afilado y bien equilibrado en una vaina bordada, sin duda propiedad de alguna víctima anterior, y una bolsa debajo de la pelliza, con monedas por un total de unos cincuenta gravines y un puñado de pequeñas pero valiosas gemas.

Lo suficiente, al menos, para permitir a Tarod revestir una imagen que no despertase sospechas en las poblaciones provincianas.

Levantó la mirada y vio el caballo del muerto, quieto a poca distancia, con la cabeza gacha y observándole. Evidentemente, le habían enseñado a no moverse cuando nadie lo montaba y, una vez mitigado su miedo, obedeció aquellas enseñanzas. Tarod levantó una mano y chascó los dedos, emitiendo al mismo tiempo un grave sonido gutural.

El caballo levantó las orejas y se acercó, vacilando al principio y después con más confianza, obedeciendo la orden mental con que Tarod acompañó el movimiento. Era un buen animal, un bayo corpulento y poderoso; ningún bandido que estuviese en su sano juicio emplearía una montura que no fuese vigorosa y segura, y Ravakin había sido un experto a su propia e infame manera. El caballo permaneció pasivo mientras Tarod examinaba las alforjas. En ellas encontró más monedas, un collar femenino de bronce y esmalte, un brazalete haciendo juego y una buena cantidad de carne seca y trozos de fruta fermentada; las raciones adecuadas para un hombre que viajaba ligero pero necesitaba una buena manutención. Había también una bota de vino, vacía en tres cuartas partes, pero que podía utilizarse para llevar agua. Tarod bebió el resto de su contenido y comió uno de los pedazos de fruta seca mientras comprobaba las guarniciones del animal; guardó el cuchillo envainado en el cinto y, por último, saltó sobre la silla del bayo. Cuando el animal levantó la cabeza y bufó, ansioso por alejarse de aquella roca que olía a muerte, Tarod sacó el collar y el brazalete de la alforja y los dejó caer sobre el cuerpo de Ravakin, produciendo un débil y frío tintineo. Los secuaces del bandido no se atreverían a volver allí; con un poco de suerte, el cadáver sería encontrado por algún minero de la provincia Vacía y, posiblemente, las joyas serían devueltas a su legítima dueña, si seguía con vida.

Miró por encima del hombro. Las nubes de lluvia estaban ahora a poco más de una milla, pero creyó que el bayo podía dejarlas atrás.

Volviendo la cabeza del animal hacia el sur, lo lanzó a medio galope a lo largo del accidentado camino.

Cyllan se despertó y vio el fantasmal resplandor que precede a la aurora dando un pálido relieve al ventanuco de su habitación en la posada del Arbol Alto. Se volvió en la blanda cama, arrebujándose más en las gruesas mantas y, hasta despertar del todo, se quedó mirando la ventana. Alarmada, se incorporó de un salto.

No había pretendido dormir tanto tiempo. Aunque todavía era de noche, el débil resplandor en el este le decía que la mañana no estaba lejos, y ella había proyectado alejarse de Wathryn antes de que nadie se levantase.

Saltó de la cama, estremeciéndose al percibir las protestas de su cuerpo. La caída que había sufrido la había magullado fuertemente y ahora empezaba a dejarse sentir todo el efecto de aquellas contusiones.

Para empeorar las cosas, durante su estancia en el Castillo de la Península de la Estrella había perdido la costumbre de estar largas horas sobre la silla. La carrera, en especial la huida de los bandidos, había castigado todavía más sus músculos. Pero no importaba; tenía que marcharse de allí; después de lo que el joven Gordach le revelase inconscientemente la noche pasada, no se atrevía a permanecer en la población ni un solo instante después de que amaneciese.

El aire era muy frío, y Cyllan se envolvió en una de las mantas antes de acercarse a la ventana y agacharse para mirar al exterior. La noche anterior se encontraba demasiado fatigada para captar nada que no fuese lo que tenía más cerca; lo único que recordaba era una plaza de mercado y la cara rolliza y asombrada de Sheniya Win Mar cuando su escolta la había llevado a la puerta de la posada. La posadera la había empujado a una larga habitación de techo bajo, donde el latón y el estaño brillaban a la luz del fuego, y le había traído toallas calientes y una bata seca que le estaba grande. Ella se había sentado al amor de la lumbre medio aturdida, mientras le servían un cuenco de estofado caliente y una copa de vino. Sheniya atajó enérgicamente los intentos de Lesk Barith de interrogar a su invitada y, cuando se hubo marchado, desilusionado el hombre, la posadera perdió su inicial temor de dar albergue a semejante dama (Cyllan sonrió irónicamente al recordarlo) y pronunció un torrente de comentarios, recuerdos y opiniones que había permitido a Cyllan comer sin decir nada. Resultaba que Sheniya era viuda y que sus dos hijos hacía tiempo que habían abandonado el nido, por lo que le quedaba una reserva importante de instinto maternal que ahora prodigó de lleno a su invitada. Al fin, después de haber estado dos veces a punto de caer en el fuego a causa de la fatiga, Cyllan fue ayudada a subir una estrecha y empinada escalera y a meterse en la cama en la mejor habitación de la posada, y Sheniya se despidió con un último y encarecido ruego de que la llamase inmediatamente, si la dama necesitaba algo.

Cyllan miró la desierta plaza del mercado y pensó que lo que necesitaba era su caballo, ensillado y con provisiones, y una buena ventaja sobre los que sin duda la perseguirían cuando las noticias de la Península de la Estrella llegaran hasta la posada del Arbol Alto. Hasta aquel momento, había dicho Gordach, solamente unos pocos dignatarios locales conocían la naturaleza del mensaje traído por un halcón desde la fortaleza del Círculo, pero

cuando todo su contenido fuese de conocimiento público, Cyllan se hallaría en gran peligro. Keridil tenía que haber dado la descripción de la muchacha que escapó del Castillo después de matar al hijo del Margrave de Shu, y sus cabellos y sus ojos, tan característicos, serían suficientes para delatarla al instante.

No podía esperar que se sostuviese la historia urdida a toda prisa que había contado a sus salvadores; en la confusión que siguió a la caza le había dado buen resultado, pero no resistiría una investigación más a fondo. Si tenía que conservar su libertad y su vida, tenía que huir.

Estaba a punto de alejarse de la ventana cuando una sombra que se movió, súbitamente, al otro lado de la plaza retuvo su atención. El fuerte resplandor de una linterna brilló entre dos casas y apareció un hombre, bostezando y envuelto en una gruesa capa, que cruzó las mojadas losas en dirección a una tabla monolítica de piedra que se alzaba solitaria en el centro de la plaza.

Cyllan había visto Piedras de la Ley en todas las pequeñas poblaciones por las que había pasado durante sus duros años como conductora de ganado. Se erigían en las plazas del mercado, en los muelles, en realidad en todos los lugares donde solía congregarse la gente, y en sus melladas superficies se fijaban los documentos de vital importancia para los vecinos. La noticia de la muerte de cualquiera de los tres líderes del país o del Margrave de la provincia tenía que ser fijada en la Piedra de la Ley, así como todos los nuevos edictos promulgados por la Corte del Alto Margrave en la Isla del Verano; de hecho, cualquier información que tuviesen que saber todos los hombres, mujeres y niños del distrito o de todo el mundo.

Se pasó la lengua por los labios, que se le habían secado de pronto al observar que el hombre se detenía delante de la Piedra de la Ley y sacaba de debajo de los pliegues de su capa un rollo de pergamino y un martillo corto y de cabeza roma. Momentos después, el sordo martilleo que produjo el hombre al clavar el pergamino en la Piedra de la Ley rompió el silencio de la noche. La coincidencia era demasiado elocuente. Aquel aviso sólo podía referirse a ella y a Tarod. Y cuando despuntase la aurora, redoblaría un tambor en la plaza del mercado para que acudiesen todos hacia la Piedra, donde serían leídos con voz fuerte los detalles del bando, para que ningún vecino se perdiese la importante noticia.

No por primera vez maldijo Cyllan su falta de instrucción. No sabía leer, y si quería saber lo que decía el bando, tendría que esperar a que amaneciese y se le diera lectura oficial. Pero no se atrevía a esperar. Si, como creía, el pergamino era un edicto de la Península de

la Estrella, la milicia de la provincia habría sido puesta sobre aviso mucho antes de fijar el anuncio y, a estas horas, debía de haber empezado la caza. Lo más probable era que los hombres que la habían salvado de los bandidos hubiesen dado ya su descripción y se hubiesen dado cuenta de la identidad de la persona a quien habían salvado. La milicia podía llegar en su busca en cualquier momento; tenía que marcharse, y hacerlo en seguida.

El vigilante, todavía bostezando, había terminado su tarea y se alejaba, con su linterna oscilando como un fuego fatuo. Los ojos de Cyllan se adaptaron mejor a la oscuridad, y miró a su alrededor. Para su inmenso alivio, vio que la ropa que llevaba cuando había llegado a la posada estaba delicadamente plegada sobre una silla, limpia y seca.

Sheni ya Win Mar se había excedido en el cumplimiento de su palabra; prometió que las prendas estarían secas por la mañana, pero, por lo visto, la aparente categoría de su invitada la había inducido a terminar su tarea antes de irse a dormir. Mientras tiraba la manta y empezaba a vestirse, temblando, Cyllan pensó irónicamente que las últimas horas le habían dado una visión inesperada de lo que debía ser la vida de una dama de calidad. Gente pendiente de cada una de sus palabras, ansiosa de obedecer sus órdenes y de cuidarle... Era una lástima, pensó, que no pudiese disfrutar plenamente de ese trato. Ahora, con todas las fuerzas del Círculo probablemente en pie para encontrarla, era del todo inverosímil que volviese a presentársele una oportunidad semejante. Cautelosamente, metió una mano debajo de la almohada y sacó la piedra del Caos, tratando de no dejarse atraer por su ojo solitario y chispeante. La guardó en su corpiño (era una lástima que la falda larga y el justillo fuesen tan poco prácticos para una huida veloz y sigilosa, pero nada podía hacer al respecto), después se pasó rápidamente los dedos por los pálidos cabellos y se acercó de puntillas a la puerta.

La hostería estaba en silencio. Ninguna luz delatora se filtraba por debajo de ninguna puerta, y la empinada escalera estaba envuelta en la oscuridad. Rezando para no pisar en falso, se deslizó escalera abajo y se detuvo un instante, aterrorizada, cuando una vigueta crujió en alguna parte del viejo edificio. Después de lo que le pareció una eternidad, llegó a la planta baja y a la pesada puerta que se interponía entre ella y la libertad. La puerta tenía un enorme cerrojo y no podía esperar correrlo sin ruido. Al no haber sido untado desde hacía tiempo, protestó con un chirrido, y Cyllan apretó los dientes, angustiada, mientras escuchaba por si había movimiento en el piso alto. Pero no oyó nada; por lo visto, Sheniya Win Mar seguía durmiendo. Por fin, sabiendo que no podía esperar más, Cyllan abrió la puerta y salió a la plaza en la mañana temprana.

El frío la azotó al instante; el frío sin viento y cortante de principios de la primavera. En el Castillo de la Península de la Estrella no había necesitado llevar zapatos, y las botas de hombre que solía usar se habían perdido hacía tiempo en el mar. Al sentir el frío de las losas de la plaza del mercado que penetraba a través de las finas suelas, habría dado cualquier cosa por recobrar su antiguo calzado, y también la capa que había perdido la noche anterior en su desesperada huida de los bandoleros. Pero no importaba; podía prescindir de ello; tenía cosas más urgentes en que pensar.

Con los dientes castañeteando, se deslizó a lo largo de la pared frontera de la posada, observando cautelosamente la plaza desierta, hasta que llegó a un callejón lateral. A través de un arco pudo distinguir el perfil de unos edificios bajos detrás de la posada, que, lógicamente, tenían que ser los establos. Estaba en la mitad del camino de su meta...

Afortunadamente, parecía que Sheniya Win Mar no tenía mozo de cuadra, ni los furiosos gansos que empleaban muchos granjeros como populares y eficaces guardianes, y sólo un silencio ininterrumpido saludó a Cyllan cuando abrió la puerta del establo y se deslizó en su interior. Oscuras sombras se movieron inquietas, y vio el blanco de un ojo saltón; instintivamente, emitió un sonido grave y gutural, que su tío le había enseñado a emplear para calmar a los animales nerviosos.

Los caballos se tranquilizaron, y oyó un suave y satisfecho resoplido.

Solamente había tres animales en el establo: una yegua negra de lomo arqueado, un poney peludo y el gran caballo de color gris de hierro. Las guarniciones estaban colgadas de ganchos a bastante altura en la pared; reconoció las suyas por las manchas de barro y de sudor en el cuero y empezó a ensillar su montura. Una rápida inspección le dijo que el animal había sido bien alimentado y abrevado. Dando un último tirón a la cincha para comprobar que estaba segura, separó el caballo de su pesebre y lo encaró hacia la puerta. Al salir, los cascos del animal resonaron fuertemente sobre los guijarros, arrancando de ellos vivas chispas azules, y Cyllan, alarmada, lo detuvo y contempló la oscura mole de la posada. Por un instante, pensó que la suerte seguía protegiéndola, pero entonces brilló una lámpara detrás de una ventana del piso alto y, segundos más tarde, se corrió la cortina y una cara pálida, de rasgos imprecisos, miró en su dirección.

Cyllan sintió que la bilis subía a su garganta al contemplar, espantada, aquella cara. Oyó (o creyó oír, nunca lo sabría de cierto) una voz que llamaba, y ésta la sacó de su pasmo inicial e hizo que se dejase llevar por el instinto. Alargó una mano, se agarró a la silla, levantó un pie, encontró el estribo y, con frenético impulso, subió a lomos del caballo. Este se

encabritó de lado; ella agarró las riendas, todavía luchando por enderezarse, y clavó con fuerza los tacones en los flancos.

El ruido del corpulento caballo saliendo a toda velocidad del callejón fue suficiente para despertar a la mitad de los moradores de Wathryn, pero era demasiado tarde para tratar de detenerlo. Cyllan había sido vista y lo único que podía hacer era salir al galope para salvar la vida. Se agachó sobre el cuello de su montura, gritándole estridentemente y golpeándole con las riendas enlazadas. Cruzaron la plaza del mercado, no dando por un pelo contra la Piedra de la Ley, y volaron hacia la carretera. Delante de ellos, un desgarrón de las nubes permitió ver un resplandor verde-purpúreo en la dirección por la que saldría el sol; Cyllan dirigió su montura hacia la derecha, apartándose de la carretera y desviándose hacia el sur. Esperaba oír en cualquier momento el ruido de sus perseguidores, pero no fue así; llegó a los bosques de más allá de la ciudad y tampoco resonaron pisadas de caballo a sus espaldas. Al fin permitió Cyllan descansar a su caballo y se volvió sobre la silla para mirar atrás.

Wathryn seguía durmiendo. Si Sheniya Win Mar reconoció a su antigua huésped o se había creído víctima del robo de un caballo, aún no había dado la voz de alarma, y esto era suficiente para dar a Cyllan la ventaja que necesitaba. Delante de ella se extendían las grandes llanuras labrantías del sur y, después, la provincia de Shu, donde, si todavía vivía, la buscaría Tarod.

Si todavía vivía... Cyllan palpó el sitio donde guardaba la piedra del Caos y murmuró una oración que no iba dirigida a Aeoris. Después se acomodó mejor sobre la silla y puso su caballo al abrigo de los árboles.

Capítulo tercero.

—¿Keridil?

La alta y noble joven había entrado en la estancia tan silenciosamente que él no advirtió su presencia hasta que salió de la sombra y se acercó a la ventana junto a la cual estaba de pie el Sumo Iniciado. Este se volvió, sorprendido, y después sonrió cuando ella se acercó para besarle.

—Pareces cansado, amor mío. —Su voz era cálida y solícita—.

Deberías tomarte un rato para descansar; el mundo no dejará de girar mientras tú duermes.

El sonrió de nuevo y le rodeó los hombros con un brazo, estrechándola contra su cuerpo.

—Más tarde dormiré un poco. —Señaló con la cabeza a la ventana, donde despuntaba el día—. Todavía estamos esperando que regresen las primeras aves mensajeras. Tardan más de lo que yo quisiera; esperaba que, a estas horas, la noticia se habría difundido por todas las provincias.

Sashka suspiró débilmente.

—¿Y no hay noticias del paradero de Tarod?

—No. Desde luego, hemos tratado de localizarle por medios mágicos, y las videntes de la Hermandad están empleando todos sus recursos. Pero conozco a Tarod; si no quiere que le encuentren, se necesitaría, para descubrirle, mucho más de lo que son capaces nuestros Adeptos.

—Le encontraréis —dijo ella, con tal veneno en la voz que Keridil se quedó momentáneamente sorprendido al ver que su odio igualaba al suyo—. Le encontraréis, Keridil. Y entonces...

Las uñas de una mano se clavaron en la palma de la otra al cerrar ella los dedos. Cuando Tarod fuese capturado de nuevo gozaría con su muerte lenta. Dos veces había burlado él al Círculo; estaba resuelta a no verse privada esta vez del placer de su destrucción final. Y quizá se permitiría verle por última vez, para recordarle que la había conocido tocado y amado... Un ligero y agradable escalofrío recorrió su espina dorsal, y Keridil, al advertirlo, le preguntó, solícito:

—¿Tienes frío, amor mío?

—No...

Apoyó una mano en su cadera y se apretó más a él, excitada por sus propios pensamientos y por recuerdos de días anteriores a aquel en que Keridil había sustituido a Tarod en su corazón. Entonces, sin quererlo ella, la imagen de otra joven apareció en su mente: pequeña, vulgar, angulosa, desaliñada, con unos cabellos que parecían de plata..., y un frío arranque de cólera destruyó el naciente deseo. Se apartó bruscamente hacia la ventana, cerrando de nuevo los puños, y dijo, tratando de disimular lo que sentía:

—¿Y qué hay de aquella campesina?

—¿Cyllan Anassan? —Keridil la observó, consciente del torbellino en la mente de ella y procurando reprimir una punzada de sospecha en cuanto a su causa—. La estarán buscando; no me cabe duda de ello..., y tiene la piedra del Caos. Es imperativo que la encontremos antes que él.

Sashka encogió los hombros como un ave de presa.

—No quise decir eso. Sé que la prenderéis, Keridil; lo sé. Pero, cuando la traigan al Castillo, ¿qué pasará?

El no respondió inmediatamente, y ella volvió la cabeza para mirarle.

Keridil le devolvió la mirada todavía no despejadas del todo sus dudas, y al fin dijo:

—Ha sido puesto precio a su cabeza, no solamente por ser cómplice del Caos, sino también por el asesinato de Drachea Rannak. En conciencia, no podía decretar otra cosa. Pero si he de ser sincero, no me gusta la idea de ejecutar a una mujer.

Sashka frunció los párpados.

—¿Ni siquiera a una mujer que mató al hijo y heredero de un Margrave a sangre fría?

—Ni siquiera a esa mujer. —Y añadió, con cierta brusquedad—:

¿No podrías tú matar, Sashka? ¿No lo harías por algo en lo que creyeses de verdad?

—Si ella cree en el Caos, ¡sólo merece la muerte!

— No he dicho que crea en el Caos —replicó Keridil—. No creo que sea así. Pero cree en Tarod.

Su expresión puso sobre aviso a Sashka justo a tiempo de controlar su reacción, y se dio cuenta de que aquellas palabras eran un desafío. Si discutía, si mostraba emoción o cólera, Keridil sospecharía la verdad: que su odio era en buena parte causado por los celos. Ella había desdeñado y traicionado a Tarod por el Sumo Iniciado, pero el conocimiento de que los sentimientos de Tarod se habían desviado hacia otra persona era más de lo que podía tolerar. Especialmente cuando aquella otra persona era una campesina y vaquera vulgar, sin

belleza ni educación. Ahora, menos que nunca, debía permitir que Keridil percibiese la verdad...

Con rostro sereno, cruzó despacio la estancia, dirigiéndose a él y apoyando una mano en su manga. Sus dedos trazaron sensualmente un dibujo sobre el brazo de él.

—Desde luego, tienes razón —dijo suavemente, alegrándose de conocer ahora lo bastante a su amante para saber lo que podía revelar y lo que debía ocultar—. Es difícil condenar de súbito. Por ejemplo, si yo te estuviese defendiendo...

El se rió de esta idea, pero la tensión había cesado.

—¡Espero no necesitarlo nunca!

Sashka bajó los ojos y levantó la mano de él hasta sus labios para besarla, lamiendo ligeramente su piel.

—Sin embargo, si llegase el momento de hacerlo... —

Mordisqueó sus dedos—. Si me necesitases...

Dejó sin terminar la ambigua sugerencia y se alegró al sentir, al cabo de un momento, que él le rodeaba la cintura y la atraía hacia sí.

—Si... —empezó a decir Keridil, pero se interrumpió al oír ruido en el patio.

Se volvió en redondo hacia la ventana y miró.

—¡Un ave! ¡Uno de los mensajeros ha vuelto! —Su abrazo cambió de naturaleza, y la besó rápidamente, como en un breve saludo, antes de soltarla del todo—. Discúlpame, amor mío, pero he de ver lo que trae.

Y antes de que ella pudiese hablar, salió corriendo de la habitación, cerrando de golpe la puerta a su espalda.

Sashka miró fijamente la puerta y después lanzó una maldición que, en labios de una joven noble y educada, habría hecho que su madre se desmayase del susto.

El halcón venía del sur de Chaun. Keridil reconoció el sello distintivo de la Matriarca, la Hermana Ilyaya Kimi, mientras se abría paso entre los mirones. El halconero del Castillo desprendió el mensaje de la pata del ave y se lo tendió gravemente, mientras el halcón aleteaba y se posaba en el puño de su amo, cansado pero todavía dispuesto a darle un picotazo a cualquiera que hiciese un movimiento imprudente. Keridil se alejó un poco y, mientras rompía el sello del enroscado pergamino, vio que Gant Amb aril Rannak se acercaba a través del grupo de curiosos.

—Sumo Iniciado. —El Margrave había presenciado la llegada del halcón desde su ventana, y sus cansados ojos tenían una expresión afanosa y atormentada—. ¿Hay alguna noticia...?

—Una carta de la Matriarca de la Hermandad. —Keridil no desenrolló el pergamino, a pesar de la evidente ansiedad del otro hombre —. Me parece improbable que tenga noticias de los fugitivos. Lo siento. —Trató de suavizar sus palabras con una simpática sonrisa—.

En cuanto se sepa algo de la asesina de Drachea, te enviaré a buscar.

Gant asintió con la cabeza, disimulando su contrariedad y recordando, de mala gana, que las cartas que se cruzaban entre dos de las tres primeras autoridades del país no eran de incumbencia de un simple Margrave provincial.

—Desde luego... Gracias —dijo—. Pero cuando vi el pájaro, me pregunté si... —Irguió un poco los hombros—. Volveré junto a mi esposa.

Keridil le acompañó hasta la puerta principal y, cuando el Margrave empezó a subir la escalera de los pisos superiores, volvió a toda prisa a su estudio. Sashka se levantó de su sillón al verle entrar.

—¿Qué es? —Había cierta vivacidad en su tono.

—Un mensaje de la Hermana Ilyaya Kimi.

—¿La Matriarca?

Por un instante, los ojos de Sashka permanecieron muy abiertos; como Novicia de la Hermandad le habían enseñado a reverenciar a su superiora casi como si fuese encarnación de la sabiduría. Y por muy alta que fuese su posición como prometida del Sumo Iniciado, aquel hábito no se extinguía fácilmente. Cuando Keridil se sentó en el borde de la mesa y abrió la misiva, no trató de mirar por encima de su hombro como habría hecho en otra circunstancia, sino que observó, con los nervios en tensión, mientras él leía en silencio. A los pocos momentos, comprendió que algo grave estaba ocurriendo.

Keridil leyó varias veces la enrevesada y adornada escritura de bien meditadas frases, esperando a medias que hubiese interpretado mal las palabras. Pero no podía haber error; la pregunta que formulara con tanta agitación fue contestada.

Ilyaya Kimi tenía ahora más de ochenta años y estaba delicada de salud, pero su mente (pese a sus excentricidades y sus ataques de mal humor) era tan clara como siempre. Al recibir el mensaje del Sumo Iniciado, había comprendido inmediatamente el peligro de difundir la noticia de la fuga de Tarod, aunque estaba completamente de acuerdo con Keridil en que no podía ocultarse la verdad. Brevemente, y con una visión que le hizo estremecerse,

describió el histerismo que, a su entender, se apoderaría de todas las provincias en cuanto se diese la alarma. El Caos era para todos los hombres y mujeres una pesadilla ancestral, un legado de un pasado que, aunque olvidado desde hacía largo tiempo, se negaba a morir. Y sólo había, declaraba, un curso de acción que, en su opinión, debía tomar el Sumo Iniciado.

Keridil dejó caer a un lado la mano que sostenía el pergamino y se frotó los ojos con el pulgar y el índice de la otra. Por todos los dioses que habría querido que su padre, Jehrek, estuviese todavía vivo.

Jehrek había tenido la prudencia y el buen criterio que eran fruto de años de experiencia, y su hijo necesitaba ahora desesperadamente aquellas cualidades. *Si no hubiese muerto...* Y algo se nubló en el alma de Keridil al recordar que había sido Yandros, Señor del Caos, quien quitara la vida al viejo...

—¡Keridil!

El casi había olvidado la presencia de Sashka en la habitación, y levantó la mirada, sobresaltado, como si hablase un fantasma. Ella le estaba observando, muy abiertos los ojos negros y tendiendo una mano vacilante hacia él.

—¿Qué es, Keridil? ¿Qué te dice?

Jehrek ya no estaba aquí para ayudarle..., pero podía hacerlo Sashka. Aunque era mala cosa hacer confidencias a personas ajenas al Círculo, a pesar de que el Consejo de Adeptos podía desaprobarlo enérgicamente, Keridil necesitaba compartir su carga con ella.

Le tomó la mano y dijo a media voz:

—La Hermana Ilyaya Kimi me pide formalmente que convoque el Cónclave de los Tres.

Sashka le miró, pasmada. Lo había comprendido, sabía lo que era aquello; pero, ahora que él había pronunciado las primeras palabras, tenía que explicar el resto.

—Me pide que informe al Alto Margrave y que empiece los preparativos.

—Hizo una pausa y añadió—: Confirma lo que yo más temía, Sashka... Que nuestra única esperanza de vencer al Caos es ir al Santuario de la Isla Blanca y abrir el cofre de Aeoris.

Los vecinos que se habían reunido en la pequeña plaza frente al palacio de justicia de Vilmado estaban demasiado enfrascados en sus propios asuntos para prestar atención a la desconocida de cabellos castaños montada en un poney peludo y descuidado, al que seguía otro de mala gana. La tarde estaba declinando, el sol lanzaba rayos rojos y oblicuos que proyectaban largas sombras, y soplaban un fuerte viento del nordeste, que se filtraba a través de la ropa y recordaba a todo el mundo que el verano estaba aún muy lejos.

Cyllan se detuvo junto a una hilera irregular de puestos de mercado cubiertos y saltó del poney que iba delante, golpeándole con fuerza el belfo cuando trató de morderla. Parecía que se estaba celebrando una reunión en la plaza; un hombre con uniforme de oficial estaba plantado en la escalinata del palacio de justicia, flanqueado por otros que vestían prendas militares escogidas apresuradamente y llevaban una gran variedad de armas. El oficial hablaba a la muchedumbre, alargando de vez en cuando las manos en ademán tranquilizador cuando sus inquietos oyentes empezaban a replicar a gritos; pero Cyllan estaba demasiado lejos para oír lo que decían. Se acercó al primero de los puestos del mercado, donde una mujer alta y delgada, con los brazos en jarras, miraba ceñuda a la multitud.

—¿Qué sucede?

La vendedora miró por encima de la larga nariz, con expresión hostil.

—Lo bastante para estropear mi negocio y hacerme volver a casa con la bolsa vacía.

No parecía dispuesta a hacer comentarios, por lo que Cyllan le preguntó:

— ¿Hay cerca de aquí una posada que pueda tener una habitación disponible?

— ¿Una posada? —La mujer volvió a mirarla fijamente, sin disimular el hecho de que estaba valorando a la desconocida y no le gustaba lo que veía—. Prueba en Los Dos Cestos. Es donde suelen ir los vaqueros y otra gente parecida. —Señaló con la cabeza un estrecho callejón—. Está en el extremo de aquella calle.

Cyllan le dio las gracias y se llevó los malhumorados poneys.

Oscuras sombras la rodearon al entrar en el callejón, así como los olores de la cuneta mezclados con los apenas más apetecibles a comida rancia. Encontró fácilmente Los Dos Cestos (la posada no era muy atractiva, pero correspondía con el aspecto que ofrecía ella) y ató los animales a una anilla de la medio arruinada pared. Después, cuando iba a cruzar el umbral, se detuvo al sentir en el estómago el nudo del miedo.

¿Y si la reconocían? Hacía dos días que había huido de Wathryn; lo más probable era que el mensaje del Círculo referente a su fuga hubiese sido ya difundido por todo el país y que, en ese momento, se estuviese informando a los que estaban delante del palacio de justicia de lo referente a la servidora del Caos que tenía puesta a precio la cabeza. Había estado bastante segura en la carretera, encontrando solamente en ella algún grupo ocasional de conductores de ganado o alguna pequeña caravana; pero aquí, en una población, estaba peligrosamente expuesta. Y si alguien sospechaba de ella...

Refrenó sus pensamientos, diciéndose severamente que se estaba portando como una tonta. Era imposible que pudiese evitar todas las ciudades y todos los pueblos en su viaje hacia el sur; necesitaba mezclarse con la gente si quería oír algún rumor sobre Tarod o alguna pista sobre su paradero. Además, se recordó que Keridil Toln buscaba a una muchacha de cabellos largos y de un rubio pálido, cabalgando un buen caballo gris. Una vaquera de cabello castaño que conducía dos poneys ariscos no merecería más que una breve mirada.

Esta idea le dio valor; pero, a pesar de ella, sintió que le flaqueaban las piernas cuando abrió la puerta desvencijada de Los Dos Cestos y penetró en la posada.

El local destinado a taberna estaba vacío, salvo por el muchacho desgajado encargado de servir las bebidas y que la miró al entrar.

El chico vio una muchacha vulgar con pantalones de hombre, chaqueta de cuero y botas de montar, y con los cabellos de color castaño rojizo recogidos en un moño sobre la nuca. Ella le sonrió con indecisión y él correspondió a su sonrisa.

—Buenas tardes.

Cyllan recorrió la habitación con la mirada, y captó el fuego lento y las mesas vacías. Flotaba en el aire un olor a comida, por fortuna más agradable que el que se percibía en el exterior. Se acercó al mostrador y dijo:

—Tomaré una jarra de cerveza de hierbas, un plato de carne y pan, si es que tienes.

El mozo asintió con la cabeza.

—Tenemos todo el que quieras. Esto se llenará cuando termine la reunión en la plaza. — Seguía mirándola y ella empezó a sentir que se le ponía la piel de gallina, pero se dio cuenta de que su escrutinio era más de esperanza que de sospecha. El chico sonrió de nuevo—. También tenemos raíces picantes; recién cosechadas. Puedo servirte un plato para acompañar la carne.

—Sí, gracias.

El salió apresuradamente de detrás del mostrador para conducirlo a una mesa cerca del fuego; pero entonces, al recordar las constantes exhortaciones de su amo, su semblante se nubló.

—¿Tienes dinero? —preguntó—. El posadero dice que no puedo servir a nadie sin cobrar por anticipado. Es un cuarto de gravin.

Cyllan hurgó en su bolsa y sacó una moneda. El muchacho la tomó, la mordió y asintió satisfecho con la cabeza.

—Iré a buscar la comida.

Mientras el mozo se alejaba a grandes zancadas, Cyllan apoyó la cabeza en la tosca pared y cerró los ojos, dejando que el débil calor del fuego penetrase en su cuerpo. Hasta el momento, todo iba bien; podía descansar un rato y mitigar su hambre. Y, por ahora, el nuevo disfraz le serviría.

La pandilla de boyeros con la que había trocado el caballo del Margrave por ropa vieja, dos poneyes cascados y diez gravines en metálico, no le habían hecho preguntas, contentándose con escupir y dar la mano para cerrar el trato. Cyllan sabía que había vendido el caballo por menos de la mitad de su valor; los poneyes casi no valían nada y el caballo podía venderse por cuarenta o cincuenta gravines, pero el hecho de que hubieran realizado un trato tan abusivo por su parte aseguraría el silencio de los boyeros. Su tío celebró en su tiempo los suficientes negocios sucios como para que Cyllan conociese demasiado la manera de actuar de los conductores de ganado; en esto no corría ningún peligro. Había comprado la chaqueta de cuero y las botas a un vendedor ambulante y, a la mañana siguiente, completó su disfraz en el bosque arrancando la corteza cobriza de las ramas de un arbusto, achacándola en el agua de una pequeña charca, jadeando al sentir su frialdad, y tiñéndose los cabellos de color castaño con la mezcla. La coloración no era permanente; tendría que protegerse los cabellos de la lluvia, y los efectos de la corteza desaparecerían al cabo de aproximadamente una semana; pero disponía de tiempo suficiente.

Hasta aquel momento todo había marchado bien (salvo cuando había estado al borde del desastre en Wathryn), pero sabía que cuanto más se adentrase en el poblado sur, el viaje sería cada vez más peligroso.

Por lo que podía calcular, se hallaba en las tierras fronterizas entre las provincias de Chaun y Perspectiva, y los campos eran aquí más despejados; tierras llanas y labrantías, cruzadas por importantes caminos ganaderos, pero sin los densos bosques del norte que pudiesen darle abrigo. La noche anterior había acampado en terreno descubierto, junto a un afluente de uno de los grandes ríos occidentales, y no se había atrevido a encender fuego hasta que la noche se había hecho demasiado fría para aguantarla sin él; durante el día había dado un amplio rodeo para esquivar dos caseríos, y si por la tarde se arriesgó a entrar en Vilmado había sido, simplemente, para evitar lo que sería otro rodeo más amplio y difícil. Y cuanto más cabalgase hacia el sur, más poblaciones encontraría y mayor sería el riesgo de ser capturada.

Tenía que hallar a Tarod, pero no había oído ningún rumor acerca de él y aún no tenía la menor idea de en qué parte del mundo podía estar.

Durante la noche, al calor del fuego pero incapaz de dormir por miedo a que la pillasen desprevenida unos bandoleros o incluso un agricultor local, trató de utilizar su propia y sencilla forma de geomancia para establecer contacto con Tarod. Pero, sin su preciosa bolsa de piedras, el intento fue un fracaso, y Cyllan dudaba incluso de que con las piedras el resultado hubiese podido ser mejor. No tenía condiciones para esta labor, y ahora empezaba a desvanecerse su esperanza de que Tarod emplease sus propios poderes para encontrarla. Si lo había intentado, si era capaz de intentarlo, entonces había sido ella quien no había tenido las facultades psíquicas necesarias para oírle.

Al fin había sacado la piedra del Caos de su escondrijo y contemplado su resplandor centelleante, dándole vueltas en las manos y sintiéndola latir como si tuviese vida propia. Al observar sus profundidades de múltiples facetas, se había imaginado que se convertía en un ojo que la miraba fijamente y que, detrás de él, podía atisbar un reflejo de la sonrisa de Yandros... o de Tarod. Pero la ilusión duró sólo un momento y, después, la piedra se apagó de nuevo. Más tarde, al amanecer, se despertó de un sueño inquieto, creyendo que oía el estridente y elemental gemido lejano que anunciaba un Warp, pero también esto había sido una ilusión. Sin embargo, se dijo, si Yandros estaba tratando de ayudarla en su búsqueda, seguramente haría que...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el regreso del mozo.

Este colocó dos platos y una jarra llena hasta el borde sobre la mesa, delante de ella, y después se quedó plantado, balanceándose sobre los pies y con la visible esperanza de iniciar una conversación. Bueno, nada perdería con hablar un poco, pensó Cyllan; las tabernas como éstas eran buenas fuentes de información, y los mozos que servían en ellas tenían fama de repetir cuanto oían a quienes estuviesen dispuestos a escucharles. Pero antes de que pudiese decir algo para darle pie, le llamó la atención el ruido de unas pisadas en el callejón. Oyó voces roncadas, el relincho de un poney (probablemente uno de los suyos), se abrió la puerta y entraron una docena de hombres, seguidos de unas cuantas mujeres.

El que iba al frente del grupo, un hombre bajo pero robusto, que sudaba a pesar del viento del este, se detuvo y miró al mozo echando chispas por los ojos.

—Hay dos poneys atados ahí afuera. ¿Qué te dije sobre eso de dejar que cualquier desharrapado emplee mi anilla sin pedir permiso?

El muchacho se ruborizó y señaló con el pulgar en dirección de Cyllan, ya que estaba demasiado confuso para hablar. El posadero miró a la joven, en la que no había reparado antes, y gruñó:

—Son tuyos, ¿eh?

—Míos. —Cyllan había conocido a demasiados taberneros belicosos en sus buenos tiempos para dejarse intimidar por los modales de aquel hombre—. Y he pagado la comida.

El mesonero gruñó de nuevo, en tácita aceptación y casi como disculpándose. El mozo dijo:

—¿Te sirvo una cerveza, amo?

—No. —El posadero le lanzó una mirada furiosa—. Tienes que ir al palacio de justicia. Quieren que vayan allá todos los hombres y muchachos útiles que no asistieron a la reunión, y quieren que lo hagan inmediatamente. Yo diría que tú eres físicamente útil, aunque inútil por tu inteligencia.

Una mujer, aproximadamente de la edad de Cyllan, pero con los cabellos negros, los labios pintados de carmín y los brazos adornados con brazaletes baratos, lanzó una risa estridente, y el mozo enrojeció de nuevo.

—¿Eh... al palacio de justicia? ¿Ahora?

— Supongo que no eres tan sordo como estúpido, ¿verdad? Vamos, ¡mueve esas patas largas!

El muchacho salió pitando y uno de los hombres cerró la puerta y corrió el cerrojo, y después, para sorpresa de Cyllan, hizo rápidamente una señal contra el mal. Mientras tanto, la posadera había corrido detrás del mostrador, pero, en vez de servir cerveza a su clientela, empezó a buscar algo en una alacena.

—Ya está —dijo, sacando un objeto de allí—. Cuelga esto en la puerta, Cappik.

Su marido la miró fija mente.

—¡No seas ridícula, mujer!

—No, no; haz lo que ella dice, Cappik. A fin de cuentas, no puede hacernos ningún mal, ¿verdad? —arguyó otro hombre.

El posadero cedió, encogiendo los hombros, y la mujer colgó en la puerta lo que llevaba en la mano. Cyllan lo reconoció como un collar-amuleto, de pequeñas cuentas toscamente talladas, con menudos rollos de papel sujetos a intervalos en el cordón. Los había hecho su abuela, que era de la Tierra Llana del Este, y ahora eran muy raros; en cada rollo se había

escrito una oración a Aeoris, y el collar era ciertamente un amuleto muy poderoso contra las fuerzas diabólicas.

Cuando la mujer hubo colgado el collar en la barra de la puerta, la atmósfera de la taberna sufrió un cambio, como si su pequeña acción hubiese centrado la atención de todos sobre algo que antes no se habían atrevido a considerar. La súbita tensión se hizo palpable; los hombres observaron en silencio el collar que se balanceaba lentamente, y el instinto psíquico de Cyllan percibió inmediatamente la fría sensación de miedo. No dijo nada, sino que siguió comiendo, mientras la esposa del mesonero servía cerveza a los hombres, acompañando sus movimientos de un ruido y un parloteo innecesarios. Con ello turbaba el silencioso ambiente; incluso aquella muchacha descarada había enmudecido. Por fin se repartieron las jarras y la cerveza pareció reanimar los vacilantes ánimos, pues todos rompieron de nuevo a hablar, aunque en tono grave y sin orden ni concierto. Cyllan trató de concentrarse en lo que decían, pero sólo pudo entender alguna palabra ocasional, hasta que unas pisadas junto a su mesa le hicieron levantar la cabeza, y entonces contempló al posadero plantado ante ella.

El hombre gruñó a modo de preámbulo y después dijo:

—Has llegado hoy, ¿verdad?

Cyllan asintió con la cabeza.

—Hace menos de una hora.

Su pulso se aceleró, pero no dio señales visibles de su agitación.

—Oscurecerá dentro de un par de horas. ¿Adónde piensas ir esta noche?

Ella no pudo imaginar la razón de estas preguntas, y los modales de aquel hombre la estaban poniendo nerviosa. Encogió los hombros.

—Iba a preguntar si tenéis una habitación disponible.

Para su sorpresa, una expresión de alivio se pintó en el semblante del posadero, que, hinchando el estómago sobre el ceñido pantalón, dijo:

—La tenemos y, si puedes pagarla, serás bienvenida. —Sin esperar que ella le invitase a hacerlo, se sentó delante de Cyllan—. No aconsejaría a nadie que saliese a la carretera después del anochecer, al menos por ahora. —Hizo una pausa, observándola con ojos astutos—.

¿Eres vaquera?

Cyllan había preparado cuidadosamente su historia antes de entrar en la población, y asintió de nuevo con la cabeza.

—Me dirijo al sur de Chaun para reunirme con la gente de mi primo.

—Eres del este, ¿no?

—Sí. De la Tierra Llana.

No había peligro en decir la verdad; la mitad de los conductores de ganado del mundo procedían de aquella provincia o de su vecina del norte.

—Me lo había imaginado. Conozco el acento; hay muchos de los vuestros por aquí. ¿Dónde has estado negociando?

—En Wishet —mintió Cyllan—. Tenía que entregar una docena de buenas yeguas de pura sangre en Puerto de Verano. —Hizo un guiño—. Debí quedarme con una de ellas para viajar hacia el oeste, en vez de hacerlo con ese par de cojos jamelgos.

El posadero lanzó una carcajada y Cyllan comprendió que este pequeño adorno en su relato había eliminado cualquier sospecha que aún pudiese tener aquel hombre. Era desconcertante darse cuenta de la facilidad con que podía volver a los modales de su antiguo estilo de vida, y pensó irónicamente que, a pesar de la influencia de Tarod, seguía siendo en el fondo una campesina vaquera; este papel le sentaba como un guante muy usado.

El posadero dejó de pronto de reír y se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—Dondequiera que vayas, debes viajar de día y no apartarte de los caminos principales si tienes una pizca de sentido común.

Cyllan se puso súbitamente alerta.

— ¿Por qué?

—¿No te has enterado de lo que sucede?

Ella sacudió la cabeza y el hombre gruñó, empezando a sudar de nuevo. Estaba claramente confuso por haber confesado algún interés por la seguridad de una desconocida, pero el miedo que sus ojos no lograban ocultar del todo le impulsaba a ser más sincero de lo que le dictaba su carácter.

—Ya —dijo—. Tal vez, si vienes de Wishet, la noticia todavía no habrá llegado allí... —Se inclinó sobre la mesa, bajando la voz, y bruscamente, el miedo que traslucía su mirada se convirtió en una emoción más inmediata—. La información ha llegado del lejano norte, enviada por el propio Sumo Iniciado del Círculo. —Hizo la señal de Aeoris sobre el corazón, y Cyllan tuvo el acierto de imitarle—. Dos personas, si es que se las puede considerar humanas, han escapado a la justicia del Círculo, y toda la Tierra estará agitada hasta que sean encontrados.

—¿Por qué? —preguntó Cyllan—. ¿Qué es lo que han hecho?

El posadero se pasó la lengua por los labios, inquieto.

—Asesinato, hechicería, demonología..., pero esto no es más que el principio. Peor que lo que han hecho es lo que son. —Miró hacia la puerta, donde colgaba el collar-amuleto, y después añadió, haciendo de nuevo la señal de Aeoris—: Servidores del Caos.

Dijo estas últimas palabras torciendo la boca, como si temiese ser oído por algún ente sobrenatural. Cyllan abrió los ojos de par en par y esperó que su expresión de espanto fuese convincente.

—¿El Caos? —repitió, en un murmullo—. Pero si ya no existe, ¿verdad?

—Así lo creíamos todos. Pero la noticia procede del propio Sumo Iniciado. Y mientras esos malhechores estén en libertad, todos corremos un gran peligro. —Se estremeció, se echó atrás y dirigió a Cyllan una severa y calculadora mirada—. Yo no me atrevería a conducir ganado por los caminos mientras esos diablos anden sueltos. ¡No lo haría por todo el vino del sur de Chaun!

—¡Eh, Cappik! ¿Por qué estás acaparando a tu visitante, privándola de una buena compañía? —Un hombre alto y moreno se acercó a la mesa y empujó hacia un lado al posadero para sentarse, sonriendo al mismo tiempo a Cyllan y mostrando los mellados dientes. Levantó su jarra—. Creo que es lo que todos necesitamos esta noche. Una buena compañía.

Los otros se acercaron uno a uno agrupándose delante del fuego.

La mujer del posadero añadió más leña, y todos se sentaron a las mesas próximas, encontrando sitio las mujeres donde podían, y Cyllan fue muy pronto centro de la atención de todos. Su interés no ofrecía el menor peligro; era simplemente la curiosidad natural y ociosa que provocaba una desconocida, y una oportunidad de distraer la mente de pensamientos menos agradables. Las lenguas se aflojaron cuando se hizo de noche, todos siguieron bebiendo cerveza, y los hombres empezaron a especular sobre las noticias del norte y lo que éstas podían significar. Cyllan escuchaba y hablaba poco, y aunque la charla se hizo pronto más ruidosa y exagerada, por los efectos de la cerveza, comprendió que el valor de que querían hacer gala sus acompañantes era pura jactancia; el miedo provocado en ellos, y en toda la población, por las noticias del norte era real y profundo.

Era tarde cuando al fin subió Cyllan la desvencijada escalera que conducía al piso superior de la posada. En la planta baja, unos pocos de los más atrevidos bebedores habían desafiado su terror para dirigirse a casa, tambaleándose en la oscuridad; pero la mayoría se

había acomodado lo mejor posible alrededor del fuego, y Los Dos Cestos fue cerrada y atrancada para la noche.

La cama era estrecha, dura y no particularmente limpia; pero después de pasar dos noches al aire libre, Cyllan dio gracias por ello.

Después de apagar la vela y arrebujarse en la delgada manta, reflexionó sobre todo lo que había oído esta noche.

Tarod estaba vivo. El mensaje de la Península de la Estrella había desvanecido todas sus dudas y guardó este conocimiento como un precioso secreto. Mientras él viviese y estuviera en libertad, tenía ella esperanza..., pero el decreto del Sumo Iniciado le decía claramente que toda la Tierra les estaría buscando desesperadamente. Y la afirmación de que los dos fugitivos eran siervos del Caos representaba un elemento mortal. El miedo había sido esta noche un compañero tangible en la taberna; cuando se difundiese la noticia, este miedo se propagaría como un incendio forestal en pleno verano.

Pero, al menos por un breve tiempo, no corría peligro de ser descubierta.

Mañana se dirigiría hacia el sur y, si la apoyaban la suerte y los dioses (no quería considerar qué dioses), podría enterarse de más cosas que la ayudasen a encontrar a Tarod.

Se acomodó mejor en la estrecha cama. Sintió la piedra- alma dura pero cálida sobre su piel; introdujo una mano debajo de la camisa, cerró los dedos sobre los duros contornos de la piedra y se quedó dormida.

Capítulo cuarto

El caballo de Tarod brincaba inquieto al lado de la última de las cinco carretas que transportaban lentamente madera por el camino principal de Han a la provincia de Wishet. La espada que colgaba de su cinto, y a la que no estaba acostumbrado, le golpeaba la pierna de modo irritante, y sentía deseos de librarse de ella, así como de la caravana que avanzaba con dificultad y que le había obligado, durante dos días, a cabalgar con la rapidez de un caracol. De haber ido solo, habría podido viajar ligero y deprisa; pero dio su palabra a los ancianos de

Hannik, y faltar ahora a ella atraería sospechas que prefería no despertar.

Hacía dos noches, había dormido en Hannik, en una posada situada casi a la sombra de la residencia del Margrave de la provincia, atraído por el relato de un boyero de que la «cómplice del Señor del Caos» había sido aprehendida en la ciudad. Al llegar a ella se había encontrado con un gran alboroto que se centraba alrededor de una muchacha de cabellos rubios a la que sorprendieron cuando trataba de explotar su pobre talento de adivina, y los pequeños trucos que había empleado Tarod para disfrazarse le habían llevado involuntariamente a aquel tumulto. La insignia de oro de Iniciado, tomada del cadáver de un hombre al que mató en el Castillo, y su gran habilidad en cambiar sutilmente de imagen, le dieron una personalidad perfecta en un momento en que nadie habría pensado en encontrarse con un Adepto del Círculo que realizaba un viaje urgente. Los ancianos de la ciudad habían considerado la llegada de un Iniciado entre ellos como un don de los dioses y habían pedido a Tarod que presidiese el juicio contra la muchacha.

El amargo desasosiego que había sentido cuando miró al fin a la aterrorizada hija de un criador de caballos de la provincia Vacía era todavía como un cuchillo clavado entre sus costillas cuando lo recordaba.

En toda su celda (una habitación del palacio de justicia) colgaron amuletos y símbolos de hechicería, mientras la muchacha sollozaba acurrucada en un rincón y protestaba de su inocencia. La aparición de un Adepto del Círculo le había provocado un paroxismo de terror, y se había arrojado a los pies de Tarod, suplicándole que la absolviese y la salvase. Este se volvió furiosamente a los ancianos, acusándolos de tontos por haber pensado que una criatura casi imbécil podía ser una fugitiva del Círculo. Ellos se disculparon confusamente,

tratando al mismo tiempo de justificar su precaución, y Tarod, recordando al fin el papel que había asumido, reconoció que habían hecho bien en seguir las exhortaciones del Sumo Iniciado y extremar su cautela. La muchacha fue puesta en libertad y los ancianos suplicaron a Tarod que acompañase las cinco carretas que se pondrían en camino por la mañana, insistiendo en que la presencia de un Iniciado sería una garantía de seguridad y aumentaría la moral de los milicianos rápidamente reclutados para proteger la caravana durante el viaje.

—A fin de cuentas, señor —dijo el primer anciano, un hombre meloso a quien Tarod había cobrado inmediatamente antipatía—, ningún secuaz del mal (evitó cuidadosamente emplear la palabra Caos) se atrevería a atacar una caravana custodiada por un Adepto. Tarod sonrió débilmente.

—¿Qué te hace pensar que se les ocurriría tal cosa a esos fugitivos?

Su objetivo es evitar ser capturados, no exponerse a ello.

El viejo se picó.

—Incluso los adoradores del demonio tienen que comer, señor.

Hombres ricos viajarán en esta caravana; mercaderes, propietarios de barcos... Con esos seres malignos rondando por el mundo no podemos arriesgarnos; estoy seguro de que tu Sumo Iniciado estaría de acuerdo.

Sin duda Keridil lo estaría... Consciente de que podía despertar las sospechas del viejo si seguía discutiendo, Tarod hizo un ademán de indiferencia.

—Muy bien. Cabalgaré con la caravana hasta que se separen nuestros caminos.

Y así había acompañado durante dos días las carretas y a su escolta, esforzándose en dominar su propia impaciencia y la de su montura. Habían encontrado a pocas personas, salvo un grupo de milicianos de otra población, pero la tensión era fuerte entre los viajeros, y aumentaba a cada milla que cubrían. Las aves mensajeras del Castillo terminaron ya su trabajo y no había un solo pueblo, de la importancia que fuese e incluso en la provincia más remota, que no estuviese enterado de la noticia de la escapada de los fugitivos. En Hannik, Tarod había visto una copia de la proclama de Keridil, y su contenido le había sorprendido e inquietado. El Sumo Iniciado anunciaba que los secuaces del Caos estaban en la Tierra y debían ser aprehendidos a toda costa, antes de que pudiesen alcanzar su maligno y mortal objetivo: desencadenar las fuerzas de todos los demonios en todo el mundo.

No creyó que Keridil pudiese ser tan implacable en su odio o tan ciego. El Sumo Iniciado sabía (ciertamente lo había sabido incluso antes de su primera traición a su vieja amistad) que Tarod no debía lealtad al Caos; sin embargo, estaba dispuesto a alterar la verdad de la

manera que fuese para capturar de nuevo a su enemigo. Y Tarod estaba viendo ya los resultados de la acción de Keridil. Su aviso había impresionado a la gente del campo, resucitando todas las supersticiones profundamente arraigadas, todos los recuerdos ancestrales, toda clase de miedo en sus mentes; y, como la leña seca, ese miedo prendía con tanta rapidez que Tarod dudaba de que cualquier poder del mundo pudiese apagarlo. Lo de Hannik: había sido sólo un principio. ¿Cuántos inocentes más, como la hija del criador de caballos, serían víctimas de la persecución, inspirada por el terror, de sus propios hermanos?

Un vivo estremecimiento atávico recorrió su espina dorsal ante esta idea, al evocar involuntariamente un antiguo recuerdo. Aquella herida particular había cicatrizado durante los años pasados en la Península de la Estrella, pero ahora podía recordar el macabro suceso con la misma claridad que si se estuviese repitiendo. El recuerdo de él mismo, cuando tenía doce años, pasmado y horrorizado en medio de una turba enfurecida, mientras el cuerpo destrozado de su primo yacía a sus pies, muerto por una fuerza monstruosa que no había soñado que un ser humano pudiese poseer.

Había sido sólo un juego... Casi podía oír su propia voz infantil protestando, presa del pánico, cuando la multitud se le echó encima.

Ancianos del Concejo, graves mercaderes y hombres de negocios, madres de otros muchachos, todos ellos arrojando piedras y exigiendo su muerte... Sí, ahora sabía lo que debía sentir la hija del criador de caballos. Keridil, queriéndolo o no, había abierto las compuertas a una marea mortal.

Una agitación cerca de la cabeza de la caravana le devolvió de pronto al mundo real. La segunda carreta se había detenido, obligando a pararse entre chirridos y protestas a las que la seguían, y entre el ruido de las carretas y los relinchos de los caballos, pudo oír a hombres que gritaban. Un joven e inexperto miliciano dirigió a Tarod una mirada de impotente súplica, mientras luchaba por dominar a su rebelde montura, y Tarod suspiró. En todas las situaciones, desde la más grave hasta la más nimia, la escolta de la caravana se volvía a él en petición de ayuda y de orientación, y su inepticia empezaba a agotarle la paciencia. Hizo una seña al joven guardia para que se pusiese detrás de él y espoleó su caballo hacia la cabeza del convoy.

— Y lo vi tan claro como estoy viendo tu nariz! Eras...

—Retira esa insinuación o por Aeoris que...

El viento llevaba fragmentos del furioso altercado a sus oídos mientras Tarod avanzaba, y éste vio que el conductor de la segunda carreta estaba disputando con un mercader que

cabalgaba al lado de su carro, haciendo ambos oídos sordos a los ruegos vacilantes del jefe de la escolta, que trataba de interponerse entre ellos. La voz helada de Tarod interrumpió la contienda.

—¿Qué significa esto?

El carretero giró en redondo sobre su asiento, señalando frenéticamente con una mano al mercader, y entonces advirtió Tarod el intrincado collar-amuleto que llevaba.

—¡Traición! —chilló histérico el carretero—. Ese hombre, que se hace pasar por mercader, ¡es uno de ellos!

El mercader abrió la boca para negarlo furiosamente, pero, antes de que pudiese pronunciar una palabra, Tarod le gritó:

—¡Silencio! —La mandíbula del hombre empezó a temblar, como si fuese a darle un ataque de apoplejía, y Tarod prosiguió—: ¡No puedo escuchar a los dos al mismo tiempo! Ya tendrás ocasión de hablar, pero ahora escucharé al carretero.

Este, ganando confianza, empezó de nuevo:

—Tenemos un espía entre nosotros, Adepto, estoy seguro de ello.

¡Un espía del Caos! —Hizo la señal de Aeoris delante de la cara—.

No hace dos minutos que vi que sacaba algo de su bolsa y lo besaba. Era una piedra, una joya..., y el Sumo Iniciado dice que aquel diablo del Caos lleva su alma en una joya, y que ésta es una gema mortal.

Hay algo maligno en todo esto, señor; lo siento, ¡lo huelo! Si esos demonios fugitivos saben disfrazarse, seguro que... Su voz se extinguió cuando Tarod le dirigió una dura mirada. El mercader empezó a protestar de nuevo y Tarod tocó los flancos de su caballo con los tacones de las botas para que se acercase al hombre.

—Tu amigo parece creer que tiene una sólida razón para sospechar de ti. ¿Qué tienes que decir?

El mercader bufó.

—¡Ese estúpido bebe demasiada cerveza! Ha estado dándole a la bota desde que emprendimos la marcha...

—Entonces, lo que dice haber visto ¿fue pura imaginación?

El tono de Tarod era desafiador. El hombre se ruborizó.

—Bueno...

—Te haré una sencilla pregunta y espero una clara respuesta. ¿Se imaginó o no se imaginó que te veía rendir un homenaje ritual a una joya?

En el fondo, a Tarod le importaba un bledo aquella discusión; de buen grado habría dejado que los dos resolviesen su disputa como mejor pudiesen. Pero tuvo que recordarse que estaba representando el papel de un auténtico Adepto del Círculo; con las exhortaciones de Keridil frescas en la memoria de todos, habría sido inconcebible que no se mostrase vivamente interesado.

El mercader enrojeció todavía más y murmuró unas palabras con la boca cubierta por la capa, por lo que resultaron ininteligibles. Los ojos de Tarod se hicieron amenazadores.

—Estoy esperando tu respuesta, mercader.

Despacio y de muy mala gana, el hombre hurgó en su bolsa y sacó algo que pareció reacio a mostrar. Pero al fin abrió los dedos y Tarod vio un trozo pequeño de cuarzo, de forma irregular, en la palma de su mano. Lo tomó sin decir palabra y lo levantó para examinarlo.

En algún tiempo, alguien había aplicado un tosco cincel a la superficie desigual del cuarzo. Tallado en ella, pero apenas reconocible, aparecía un símbolo familiar, o lo que pretendía ser tal, cortado por una raya en zigzag, y se intentó marcar el perfil del símbolo con alguna clase de tinte que casi había desaparecido del todo. No era más que un amuleto, sin duda comprado a precio de usura a algún escrupuloso charlatán un Primer Día de Trimestre.

Tarod cerró los dedos alrededor de la pieza de cuarzo y sonrió sin pizca de humor al mercader, cuyas mejillas estaban ahora encendidas de vergüenza.

—No creo —dijo pausadamente— que tengamos un servidor del Caos entre nosotros. Es más probable que tengamos un tonto crédulo y supersticioso que pasó demasiado tiempo escuchando la palabrería de embaucadores itinerantes.

—Abrió de nuevo la mano—. ¿Qué te dijo el vendedor de esa baratija?

¿Que estaba imbuida de la energía de los propios dioses y que te protegería de todos los espíritus malignos y demonios que puede conjurar la imaginación humana? —Volviéndose en su silla, mostró el trozo de cuarzo al carretero—. Esta es tu piedra del Caos, ¡el engaño más burdo que jamás he tenido la desgracia de ver!

Fijó significativamente la mirada en el collar-amuleto que pendía sobre el jubón del carretero, y el hombre tuvo el acierto de ruborizarse casi tan intensamente como el mercader. Tarod esperó hasta que estuvo seguro de que el carretero había comprendido el significado del símbolo tallado en la superficie del cristal y, después, levantó el brazo y arrojó la piedra lo más lejos que pudo.

—El Círculo no mira con simpatía a los charlatanes que profanan lo sagrado en su propio provecho —dijo secamente—. Y tampoco aprecia a los tontos que se dejan embaucar con esos trucos. —El mercader le estaba observando con una mezcla de vergüenza y resentimiento; Tarod le miró de arriba abajo y el hombre bajó la mirada—.

Dadas las circunstancias, me inspiras cierta simpatía; los tiempos no son fáciles. Pero ahora os advierto a los dos que no quiero volver a oír acusaciones tontas, ni ver más actos de superstición infantil. —Se volvió al carretero, que se estaba quitando lentamente su propio collar- amuleto—. Esta estúpida disputa nos ha hecho perder bastante tiempo. ¡Sugiero enérgicamente que no se vuelva a hablar del asunto!

Sin esperar a que ninguno de los dos le replicase, hizo dar media vuelta a su caballo y volvió a la cola de la caravana, seguido del joven miliciano, que durante toda la conversación no había dicho ni una palabra, pero que ahora le observaba con muda admiración. Poco a poco, la carreta que iba en vanguardia empezó a moverse, y las otras la siguieron, y mientras el rechinante convoy reemprendía la marcha, Tarod puso su caballo a paso lento y se sumió otra vez en sus inquietantes pensamientos.

Tal vez había hecho mal en menospreciar a los dos protagonistas y sus supersticiones. A fin de cuentas, si hallaban consuelo en sus amuletos ¿qué mal podían hacer? Pero había percibido algo más alarmante en el fondo de aquel altercado; algo que le recordó el desgraciado incidente en Hannik. El miedo había sembrado la sospecha, y la sospecha se convertía rápidamente en histerismo. Si una sencilla y lamentable creencia en los amuletos podía provocar acusaciones de complicidad con el Caos, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que cualquier acto, cualquier palabra, cualquier ademán fuesen interpretados como señal de malas intenciones?

Tal vez, se dijo, sus pensamientos iban demasiado aprisa y demasiado lejos. Pero esta esperanza fue rápidamente seguida del convencimiento de que su instinto estaba en lo cierto. En todos sus años de Iniciado, raras veces había salido de la Península de la Estrella; se había acostumbrado a vivir en una comunidad que comprendía la naturaleza de la superstición, y la había superado en alto grado; pero en el mundo exterior, las cosas eran muy diferentes. Para esta gente, los Adeptos eran poco menos que dioses por derecho propio, y el Castillo, un lugar que había que venerar y temer. No tenía nada de extraño que respondiesen al mensaje del Sumo Iniciado como niños asustados por un cuento de miedo.

¿Se daba cuenta Keridil, se preguntó, de que con sus referencias a los demonios se exponía a causar males peores que todo lo que había manifestado Yandros hasta ahora? ¿O

consideraba que valía la pena pagar este precio, a cambio de conseguir su venganza? Esta idea era estremecedora, pues insinuaba aspectos del carácter del Sumo Iniciado que, incluso predispuesto como estaba contra él, Tarod no le habría atribuido nunca.

Miró especulativamente al cielo, que una vez más amenazaba lluvia. El tiempo, aunque tenebroso, se mantuvo extrañamente tranquilo durante su viaje, casi demasiado tranquilo. Ninguna tormenta, ningún Warp; nada que sugiriese la influencia adversa que Yandros habría podido ejercer si hubiese querido. Era como si interviniese alguna otra entidad, bloqueando todo lo que podía hacer el Señor del Caos para trastornar el mundo, y se preguntó qué otros y más arcanos mecanismos podía haber puesto en movimiento el Círculo para encontrarle. Indudablemente, habían empleado toda su ciencia oculta para conseguir la ayuda de Aeoris, pero ¿podían pretender que los dioses aprobasen el miedo que se extendía como una epidemia a causa de su trabajo?

Salvo en sus momentos más sombríos, Tarod había confiado siempre en los Señores del Orden; pero ahora empezaba a roerle el gusano de la duda. La verdad no había sido aún puesta a prueba, pero si Aeoris y sus hermanos pretendían dejar el mundo a merced de los que se habían proclamado sus siervos y no hacían nada para atajar el creciente peligro, entonces Yandros, en alguna parte, debía estar.

Recordó la cara lacrimosa de la aterrorizada muchacha de Hannik. Fue una de las primeras víctimas, pero habría muchas más que seguirían su suerte. El instinto le decía que la pesadilla no había hecho más que empezar.

Las fuertes lluvias de los últimos días habían afectado poco al sur de la provincia de Chaun, en el lejano sudoeste, y así, la madera y el techo de paja de la casa de campo estaban lo bastante secos para arder de modo espectacular. Un humo denso y graso surgía del tejado; la vieja parra encaramada en las paredes se encogía, chasqueaba y se retorcía como ser pientes moribundas, y el brillante resplandor del fuego brotaba de todas las ventanas.

Más allá de la casa, los dos pajares empezaban también a arder y, a lo lejos, en los bien cuidados campos, unos hombres se movían como fantasmas entre nubes de humo y prendían fuego a las jóvenes mieses con sus antorchas.

Estruendosamente, y con una súbita erupción de llamas, se hundió el tejado de la casa de campo, y entre aquel ruido infernal se oyó gritar a una mujer en desesperada pero impotente protesta. La esposa del granjero estaba arrodillada en el patio, tratando de tomar en brazos a sus tres hijos pequeños, mientras una mujer mayor con el hábito blanco y ahora tiznado de

las Hermanas de Aeoris se esforzaba en contenerla. A pocos pasos de ella, su marido yacía despatarrado sobre el polvo. Había querido impedir aquella locura, pero una tea encendida contra su cara puso fin a sus protestas, cegándole un ojo y dejándole una cicatriz que llevaría durante el resto de su vida.

Y, a distancia segura del granjero herido y de su histérica familia, un grupo de serios y pequeños terratenientes y de modestos dignatarios locales observaba la destrucción con satisfacción sombría. Una necesidad muy lamentable, convinieron entre ellos, pero una necesidad a fin de cuentas. El zagal que informó del extraño rito que había visto realizar a su amo al ponerse el sol el día anterior se había portado bien; la fidelidad, por muy recomendable que fuese, tenía que subordinarse a la obligación de denunciar a un servidor del Caos...

Ardió la casa y todo lo que contenía, y al fin terminó el espectáculo; los gritos de la esposa del granjero se convirtieron en profundos y desgarradores sollozos. El hombre que se había erigido en jefe de la delegación avanzó con paso lento hasta el lugar donde se hallaba la Hermana de blanco hábito y contempló a la campesina con una mezcla de compasión y repugnancia.

—Desde luego —dijo—, tendremos que tomar algunas medidas en bien de los niños.

Los ojos de la Hermana eran duros.

—Temo, anciano, que hayan sido contagiados por el pecado de su padre. Creo que lo mejor sería darles albergue en mi Residencia durante un tiempo prudencial. De esta manera podríamos asegurarnos de que queda borrada toda señal de corrupción antes de que ésta se apodere de ellos.

—Cierto..., cierto. —El anciano suspiró—. Un suceso muy desgraciado...

¿Sabes, Hermana, que el hombre sigue todavía haciendo protestas de inocencia? Afirma que estaba haciendo una pócima, una fórmula transmitida por su abuela, la cual dice que era una mujer muy devota, y que con ello quería proteger a su familia contra el mal.

Ella sonrió, pero su sonrisa no era alegre.

—Con el debido respeto, anciano, te diré que si sabes tu catecismo sabrás también que la mentira y el engaño son propios del Caos.

Desde luego, es posible que el hombre dijese la verdad, pero ¿habrías estado tú dispuesto a correr el riesgo?

—No... —El anciano miró a través del patio el humeante esqueleto de la casa—. No, no me habría atrevido.

La Hermana se volvió y se agachó para agarrar del cuello de la capa a la llorosa mujer.

—Vamos, ¡levántate! —Llamó por encima del hombro a otra Hermana, más joven, que permanecía en segundo término—. Hermana Mayan, ten la bondad de llevar los niños a la carreta. La niña parece apreciar mucho ese telar de juguete, pues no lo suelta; puede conservarlo, en prenda de su buen comportamiento.

La esposa del granjero miró a la Hermana con mudo y amargo rencor, pero estaba demasiado agotada emocionalmente para protestar cuando se llevaron a sus hijos.

—Debes considerarte afortunada —le dijo fríamente la Hermana

—. En muchas otras provincias, tus hijos habrían sido expulsados contigo, para que os apañaseis solos. Deberías dar gracias a Aeoris de que aquí vivimos bajo la gracia de la propia Matriarca y de que ésta es una fuente de clemencia.

La mujer no respondió, y la Hermana la miró con un súbito arranque de desprecio y recelo.

— ¿Todavía no te arrepientes? Conservas la vida..., ¿y qué te habrían dado tus tres veces malditos dioses del Caos a cambio de tus servicios?

—Nosotros nunca hemos... —empezó a decir furiosamente la mujer; pero al ver los ojos acerados de la Hermana, guardó silencio una vez más.

—Esto será una lección para vosotros —dijo, implacable, la Hermana—. Aprenderéis lo tonto y lo fútil que es atreverse a quebrantar las leyes de los dioses. Y cuando tú y tu marido rondéis por los caminos, indigentes como os merecéis, tal vez reflexionaréis sobre la misericordia de Aeoris y le pediréis perdón... ¡si apreciáis en algo vuestras almas!

Se estremeció al pensar en el desastre que habría podido producirse de no haber sido descubierta a tiempo aquella serpiente que moraba entre ellos. El mensaje del Sumo Iniciado advirtió del poder mortal que andaba suelto por el mundo; había puesto sobre aviso de la astucia de sus enemigos exhortando a las Hermanas para que estuviesen alerta contra cualquier señal de la insidiosa influencia del Caos. Y si los poderes ocultos podían infiltrar a uno de los suyos y hacerle pasar durante años por un Iniciado del Círculo, sólo Aeoris sabía cuánta maldad podían infundir en las mentes maleables de gente del campo como ésta. Recordó al demonio de negros cabellos que buscaban; le había visto en el Castillo cuando había ido, formando parte de la delegación de la Matriarca, a la ceremonia de investidura de Keridil Toln, y la idea de que incluso el Círculo hubiese sido engañado por él era estremecedora. Por esta razón estaba resuelta a no descuidar un solo instante su vigilancia en persecución de los malhechores. Una fruta corrompida podía estropear toda una cosecha.

Su sagrado deber era procurar que tales frutas no tuviesen posibilidad de contagiar a otras su podredumbre, y estaba convencida de que, hasta ahora, había cumplido su obligación.

En la provincia de Wishet, cinco mujeres esperaban el juicio, acusadas de brujería. Habían intentado vender amuletos en el mercado de Puerto de Verano, y si en años anteriores habrían sido expulsadas de la ciudad o, más probablemente, ignoradas con tolerancia, ahora languidecían en el palacio de justicia, seguras de que su destino sería mucho menos agradable.

En la Tierra Alta del Oeste, el mal tiempo en el estrecho occidental hacía que la flota pesquera se viese confinada en los peligrosos y rocosos puertos de la Bahía del Fanaari. La señora Kael Amion, superiora de la gran Residencia de la Hermandad en la provincia, tuvo noticia de que los pescadores culpaban de su desdicha a las maquinaciones del Caos, y no discrepaba de ellos. Y cuando se buscaban y encontraban víctimas expiatorias, se abstenía de intervenir. Aeoris elegía a su manera el castigo de los pecadores; si uno o dos inocentes sufrían con los culpables, tal vez la lección sería tanto más eficaz. Al enterarse de que siete personas que llevaban pintados en el cuerpo signos de brujería habían sido metidas desnudas en una jaula de mi mbre, y ésta arrojada al mar, más allá de la protección de la Bahía, no hizo comentario alguno, sino que se retiró a sus habitaciones a rezar por sus almas.

En la provincia Vacía, un minero dio albergue a un mercader cuyo caballo había perdido una herradura en la carretera del sudoeste, ofreciéndole una adecuada aunque sencilla comida y una cama para pasar la noche. Más tarde fue acusado de dar posada a un servidor del Caos, y cuando no se pudo encontrar al mercader, cuyos cabellos eran negros al decir de varios testigos, la acusación se consideró aprobada.

No se practicaban ejecuciones en la zona desde hacía una generación, pero no escaseaban las piedras de buen tamaño entre los montones de desperdicios de las minas cuando el hombre, sumariamente condenado, fue lapidado hasta morir.

Y en las Grandes Llanuras del Este, que tenían la deshonra de haber engendrado a la cómplice del demonio del Caos, nadie se atrevía a dirigir la palabra a su vecino sin antes pensarlo bien, por miedo de que fuese suficiente para condenarle. Los pocos lectores de piedras que conservaban todavía la antigua tradición cerraron sus puertas de la noche a la mañana, aunque un par de ellos fueron encontrados y sometidos a juicio sumario, sin que los ancianos de la ciudad entendiesen nada. La flota se negó a aventurarse en el Estrecho de los Bajíos Blancos hasta que todas las velas de todas las barcas hubiesen sido pintadas con

dibujos mágicos, y también se pintaron complicados símbolos en las puertas y postigos de todas las casas de la provincia. Creció el nerviosismo; todas las muchachas de cabellos rubios y todos los hombres de cabellos negros temían constantemente ser detenidos, y el

Margrave, llevando al extremo sus medidas, proclamó el toque de queda.

En alguna parte, pensó Tarod, Yandros debe estar riéndose...

Cuatro días después de partir de Vilmado, Cyllan llegó al camino ganadero principal que iba hacia el sudeste, desde Perspectiva a la provincia de Shu. Afortunadamente, no había habido hasta ahora incidentes en el viaje; uno de sus poneyes perdió una herradura, pero el herrero de una aldea situada a un par de millas del camino la reemplazó, y también estuvo dispuesto a comunicar las últimas habladurías concernientes a los fugitivos.

Los rumores se acumulaban. Según éstos, Tarod había sido capturado en dos provincias diferentes y ella, en tres, y había numerosas noticias de que habían sido vistos juntos los dos. También se contaban historias sobre una desastrosa cosecha de primavera en Han, inundaciones en Wishet y un monstruoso Warp que había barrido la Tierra Alta del Oeste, Chaun y Chaun Meridional, cobrándose cincuenta vidas, señales todas ellas, insistió el herrero, de que los poderes de las tinieblas se estaban valiendo de sus servidores para provocar la confusión entre los devotos seguidores de Aeoris.

Cyllan contempló el interior de la herrería, donde todos los rincones estaban adornados con amuletos y pintados con símbolos sagrados, y se estremeció a pesar del calor del fuego. Toda la gente con quien se cruzó en el camino o que había encontrado en pueblos y aldeas llevaba algún amuleto contra el mal, y los encuentros con desconocidos habían estado llenos de tensión y de recelo. Incluso el locuaz herrero se había negado al principio a aceptar su encargo, y a Cyllan le costó convencerle de que era inofensiva. Se dio cuenta de que las cosas se estaban poniendo rápidamente fuera de control; un simple rumor bastaba para detener a un supuesto simpatizante del Caos; antiguos agravios eran vengados con absurdas acusaciones de brujería y endemoniamiento, nadie podía estar seguro de que su vecino o incluso su propia familia no se volviera contra él. En todas las poblaciones se formaban apresuradamente milicias que se tomaban la justicia por su mano, y solamente gracias a su buena suerte y, ocasionalmente, también a su astucia, eludió Cyllan la celosa búsqueda de presuntos malhechores.

Había tomado la precaución de comprar un collar- amuleto y colgárselo del cuello para no llamar la atención, pero esto no la libraba de la creciente inquietud que era ahora su constante compañera. La enfermedad del miedo que estaba aquejando al mundo había

hecho también presa en ella y, con el miedo, decrecía rápidamente su esperanza de encontrar a Tarod antes de que el Círculo la encontrase a ella. Sabía que no podría esquivarles para siempre, y aunque el Círculo pudiese estar un día dispuesto a abandonar la caza de la amante de Tarod, nunca dejaría de buscar a la asesina de Drachea Rannak.

Cyllan se estremeció y trató de alejar los inquietantes pensamientos de su mente y concentrar su atención en el camino. A poca distancia delante de ella, pudo ver un pequeño montón de piedras, recién construido, a un lado de la senda; alrededor del improvisado santuario, los viajeros depositaron ofrendas (pequeños tesoros, artículos comestibles, baratijas y bufandas de colores) como súplica a Aeoris para que les protegiese en el camino. Había visto varios de estos santuarios durante los últimos años y, al acercarse a éste, se preguntó si también ella debía dejar algo, tal vez una moneda, como prenda.

El viento arreció inesperadamente; un viento crudo y aullador que soplaba del norte traspasaba su chaqueta y le erizaba la piel de los brazos, y entre su frío zumbido creyó oír una risa inhumana. La piedra del Caos, oculta debajo de su camisa, latió de pronto, cálida sobre su piel, como una advertencia, y el poney hizo un movimiento extraño al acercarse al montón de piedras.

Cyllan sintió el sudor en su cara y en su cuello al tranquilizar al animal y obligarle a pasar por delante del santuario. El fuerte viento podía haber sido una coincidencia, pero seguía tan de cerca a sus pensamientos que dudaba mucho de ello. Y aquella risa, real o imaginaria, había penetrado hasta su medula, dejándola helada, pues parecía burlarse de ella por atreverse a pensar que podía pedir protección a Aeoris.

Contempló el cielo gris de estaño y después, por encima del hombro, el camino a su espalda. Una imagen volvió a su mente, evocada de aquel día en que había descargado el Warp sobre Shu-Nhadek.

Había visto una figura, un fantasma, que la llamaba desde el final de un ruidoso callejón mientras la tormenta rugía desde el norte; recordó los cabellos cobrizos, la graciosa pero terrible mano que la llamaba, la estrella que ardía en el corazón del fantasma..., y casi esperó vivir de nuevo aquella pesadilla al volver ahora la cabeza.

Pero el camino estaba desierto.

Los poneys se habían tranquilizado al dejar atrás el montón de piedras y las ofrendas. Cyllan levantó más el cuello de su chaqueta sobre las frías mejillas y espoleó su reacia montura para que siguiese adelante.

Capítulo quinto.

El sol señalaba el mediodía del día siguiente, cuando Cyllan vio el perfil de una gran ciudad delante de ella. Detuvo los poneys, contempló los lejanos tejados y se preguntó si debía o no dar un rodeo.

Esa parte de la provincia de Perspectiva le era vagamente familiar (había pasado por allí varias veces con los boyeros de su tío) y, si la memoria no la engañaba, el cruce de la ciudad parecía ser la única alternativa. Los campos cultivados se extendían a ambos lados y, con las tiernas plantas creciendo en ellos, los propietarios del lugar no verían con buenos ojos a una desconocida que pisotease sus tierras existiendo un buen camino que seguir. La fortuna la había acompañado hasta ahora; debía fiarse una vez más de ella y entrar en la ciudad.

Oyó el tañido de la campana cuando estaba aún a media milla, y aquel sonido, transmitido por una ligera brisa que había girado al sudeste de la noche a la mañana, la inquietó sobremanera. Todas las ciudades que mereciesen el nombre de tales presumían al menos de una gran campana, emplazada generalmente en una torre del palacio de justicia, pero solamente repicaba para anunciar algún suceso muy importante. Algo estaba ocurriendo allí, y Cyllan no tenía el menor deseo de verse envuelta en ello.

Observó cuidadosamente el terreno, a ambos lados del camino, pero no vio ningún sendero a través de los campos; parecía que no tenía más remedio que seguir adelante. Por lo menos, los vecinos no estarían tan predispuestos a fijarse en una desconocida, si tenían asuntos propios de que ocuparse.

El límite de la población estaba marcado por un arqueado puente de piedras sobre un alborotado riachuelo, y los dos hombres que lo custodiaban volvieron la cabeza al oír las pisadas que se acercaban.

Habían estado observando la ciudad, claramente ansiosos de saber lo que tenían que hacer, y Cyllan refrenó su montura al acercarse a ellos.

—Dinos tu nombre y lo que vienes a hacer aquí —preguntó uno de los guardias.

—Soy Themila Avray, conductora de ganado, de la Tierra Alta del Oeste. —Cyllan había empleado otras veces aquel seudónimo, inventando el apellido del clan y tomando el nombre de una mujer que, según le había dicho Tarod, había sido antaño su más querida amiga y su

protectora en el Castillo—. Me dirijo a Shu-Nhadek, para encontrarme con mi primo en la feria del Primer Día del Trimestre.

Los ojillos del guardia examinaron los cabellos castaños, la ropa, el collar amuleto que llevaba ella colgado sobre el pecho, y su expresión se tranquilizó ligeramente.

—Tendrás suerte si puedes cruzar la ciudad mientras sea de día —le dijo.

La campana seguía sonando, apremiante.

—¿Por qué? —preguntó Cyllan.

—Va a celebrarse un juicio en la plaza del mercado. —El guardia sonrió, mirando de soslayo—. Dicen que han pillado a la cómplice del demonio del Caos.

—¿La han pillado...? —Cyllan se interrumpió y tragó saliva, dándose cuenta una vez más de que la suerte estaba de su parte. Hizo una señal sobre el pecho, sabiendo que el hombre la esperaba—. Aeoris...

El guardia se echó atrás y le hizo ademán de que pasara.

—Será mejor que te apresures, si quieres ver el espectáculo. —

Sonrió de nuevo—. Yo estoy esperando que llegue el relevo para llegar antes de que haya terminado.

Incluso antes de llegar a la plaza del mercado su avance fue dificultado por la gente que convergía de todas direcciones, y Cyllan perdió toda esperanza de poder cruzar la ciudad y salir de ella. Parecía que toda la población estuviese acudiendo allí, atraída por el son de la campana, y cuando pudo ver la plaza del mercado, vio claramente que, le gustase o no, tendría que esperar hasta que hubiese terminado el juicio.

La plaza estaba atestada y la muchedumbre se extendía en las calles próximas, y solamente el hecho de ir montada a caballo permitió a Cyllan llegar a un sitio despejado desde el cual, siempre que permaneciese sobre la silla, podría presenciar bien todo el acto. El juicio se celebraría en la escalinata del palacio de justicia, ya que el interior del edificio resultaba insuficiente. Los jueces habían salido ya y estaban ocupando sus sitios cuando Cyllan detuvo su caballo, obligada por la presión del gentío.

Un anciano vestido de negro se sentó rígidamente en un sillón, flanqueado de un grupo de dignatarios de la ciudad y de milicianos uniformados que, por lo visto, tenían por tarea leer las acusaciones contra la prisionera. Buscando entre los que se hallaban en la escalinata, Cyllan vio, custodiada por guardias armados, a una muchacha de cabellos rubios y semblante contraído por el terror, y el espectáculo hizo que se sintiese de pronto mareada. La muchacha era aún más joven que ella y, fuesen cuales fueren las pruebas amañadas

contra ella, Cyllan sabía que era inocente. Pero, ¿cómo podía defenderse contra el miedo supersticioso de sus semejantes?

Dos años atrás presenció un juicio, en una población de la provincia de Wishet, donde había estado traficando con los boyeros de su tío, y aquel recuerdo le daba una sombra de esperanza por la niña.

Entonces, un Iniciado había presidido el tribunal, las pruebas presentadas por ambas partes habían sido escuchadas con absoluta y tranquilizadora imparcialidad, y la sentencia había sido justa aunque no enteramente popular. Hoy no había ningún Iniciado que dirigiese las actuaciones, pero tal vez era mejor así, pues el afán del Círculo por descubrir a la cómplice del Señor del Caos podría influir en el criterio de cualquier Adepto, por muy elevados que fuesen sus principios. Cyllan observó a la infeliz muchacha y sus labios se movieron en silenciosa oración a cualquier poder, del Orden o del Caos, que pudiese impedir que se cometiese una injusticia.

Pero su esperanza duró poco. Desde el fondo de la plaza era imposible oír por entero los discursos, las acusaciones y las declaraciones, pero pronto quedó claro que las autoridades estaban resueltas a apaciguar a una multitud sedienta de sangre. De vez en cuando, un orador era interrumpido por un rugido de indignación, y los esfuerzos de la acusada para protestar de su inocencia eran recibidos con aullidos por la vocinglera multitud.

Cyllan sintió que el sudor brotaba de su piel y le hacía incómodas cosquillas en la espalda, acompañadas de fuertes náuseas en la boca del estómago. Aquellas buenas y piadosas personas estaban condenando, en nombre de los Señores del Orden, a una inocente sin esperanza de salvación. Desfilaba un testigo tras otro para prestar declaración y, aunque la muchacha sacudía frenéticamente la cabeza, y lloraba y suplicaba a los jueces, el peso de la opinión estaba contra ella.

Cyllan no podía discernir lo que se pretendía que había hecho y, además, apenas parecía importar la naturaleza exacta del presunto delito.

La acusada era joven, tenía rubios los cabellos y era desconocida en el lugar: los tres factores eran suficientes para condenarla. Aunque a Cyllan le pareció que duraba una eternidad, el juicio fue en realidad terriblemente breve. De pronto, la campana de la torre del palacio de justicia lanzó su sonoro mensaje, y la muchedumbre de la plaza guardó silencio al levantarse el primer anciano de su sillón para hablar.

—Las pruebas presentadas contra la acusada han sido cuidadosamente analizadas y consideradas. —Su voz, aunque cascada por la edad, vibró claramente sobre las cabezas de

la multitud y a Cyllan se le revolvió el estómago al percibir la hipocresía de sus palabras—. Y es con el más hondo pesar que nosotros, fieles custodios de las sagradas leyes de Aeoris — aquí se interrumpió para hacer ostentosamente la señal en el aire delante de él— declaramos que han quedado probadas todas las acusaciones contra esa desgraciada marioneta de los poderes de las tinieblas.

Los murmullos de la plaza se transformaron en fuertes aullidos de aprobación que sólo se extinguieron cuando el viejo hizo un ademán pidiendo calma a la muchedumbre.

—Vivimos tiempos turbulentos —prosiguió el anciano cuando por fin cesó el tumulto—, pero todos compartimos un deber que, por muy onerosa que sea la carga, debemos cumplir si hemos de servir de veras a los dioses que nos protegen. —Hizo una pausa—. Como cualquier ciudadano devoto, no tengo afán de venganza. ¿Pero puedo, podemos, llamarnos realmente discípulos de los señores que infunden una chispa de divinidad a nuestras almas y a nuestras vidas, si olvidamos nuestro claro deber cuando se nos impone aquella carga?

El viejo es maestro en retórica, pensó amargamente Cyllan. Alababa a la chusma por su piedad, y ellos estaban pendientes de cada una de sus palabras. A su alrededor, la gente asentía con la cabeza, murmurando, felicitando al anciano y felicitándose ellos mismos...

—¡No tenemos odio en nuestros corazones! —prosiguió el anciano, elevando la voz—. Ciertamente, nos compadecemos de esa desdichada esclava del mal, ¡pues su alma no puede conocer la bendición de los verdaderos dioses! —Otra larga pausa—. Pero no podemos permitir que la piedad nos desvíe de la justicia. Y creo que, si nuestro gran señor Aeoris tuviese que juzgar la sentencia de este tribunal, no encontraría defecto en ella.

Levantó la cabeza, con beatífica sonrisa, y mil gargantas rugieron en señal de aprobación.

Los poneyes de Cyllan bufaron y patalearon, asustados por aquel estruendo, pero faltos de espacio para escapar. Ella se inclinó sobre el cuello de su montura, murmurándole suavemente para tranquilizarla, mientras acercaba lo más posible el otro poney a su costado. La furia hervía en su interior. No podía hacer nada: este simulacro de juicio había sido preparado de antemano; la gente del pueblo quería una víctima propiciatoria para sus terrores, y los ancianos, como comediantes de plaza de mercado, se la ofrecían para congraciarse con ella.

Por un solo y frenético instante, algo en lo más hondo de Cyllan la incitó a lanzarse con sus poneyes a través de la muchedumbre y plantarse en la escalinata del palacio de justicia, y una vez allí, sacar la piedra del Caos y gritar a aquellos pobres imbéciles que la verdadera causante de su miedo estaba impávida ante ellos..., pero cuando aquella loca idea pasó por

su mente, sintió el cálido latido de advertencia de la gema sobre su pecho y comprendió que, por muy salvaje que fuese la injusticia que se iba a perpetrar allí, nada podía hacer para enmendarla.

El anciano estaba hablando de nuevo.

—Amigos míos, buenos ciudadanos, aunque me aflija pronunciar sentencia sobre la pobre criatura que está ante nosotros, la justicia debe seguir su curso. —Se volvió de cara a la ahora silenciosa muchacha, y el sol poniente dio un perfil de halcón a su semblante—. Quien se ha confabulado con los poderes del Caos sólo puede tener un fin.

Espero que todos roguéis conmigo a Aeoris por esa desdichada, para que, en su sabiduría y clemencia, perdone sus pecados y libre a su alma de la esclavitud del mal.

Sus palabras fueron recibidas en silencio, pero Cyllan vio que varias personas hacían la señal de Aeoris en el aire. La muchacha miraba fijamente a sus jueces, incapaz de creer en el destino que la esperaba; después volvió la cabeza, como retrayéndose, como ais lándose de la locura que la rodeaba.

Cyllan deseaba escapar de la plaza antes de que el suceso siguiese su curso inexorable, pero no había espacio para volverse ni lugar adonde ir. La presión aumentaba, no solamente por la llegada de más personas de los barrios extremos de la ciudad, sino también porque parte de los que se encontraban allí se echaban atrás para abrir un pasillo entre el palacio de justicia y el centro de la plaza, donde se erguía, lúgubre y desnuda, una Piedra de la Ley. La presa fue empujada por la escalinata en dirección a la piedra y, de pronto, pareció darse cuenta de la suerte que le esperaba, pues empezó a chillar y a debatirse, luchando contra los que la sujetaban con toda la fuerza que poseía.

Los guardias la sacudieron violentamente para calmarla, pero Cyllan pudo oír sus profundos sollozos cuando al fin la ataron sobre el tosco granito y se echaron atrás.

Solamente un terco y terrible sentido de la realidad convenció a Cyllan de que no estaba dormida ni soñando cuando observó el terrorífico curso de los acontecimientos a partir de entonces. Un murmullo grave y apagado vibró en toda la plaza, haciendo que los poneys se inquietasen y piafaran de nuevo, y Cyllan sólo pudo contemplar impotente cómo avanzaba la amenazadora multitud hacia la Piedra de la Ley. No hubo movimiento entre la gente que rodeaba a Cyllan; entonces, la voz del anciano, que permanecía todavía en la escalinata del palacio de justicia, resonó en toda la plaza.

—Que se cumpla la sentencia.

El ruido de la primera piedra al golpear a la muchacha fue impresionante y sobrecogedor en el silencio de la plaza. Su cuerpo se contrajo violentamente y la joven lanzó un grito, pero la gente que se apretujaba y empujaba, estirando el cuello los que estaban detrás para verlo mejor, la ocultaban a la vista de Cyllan. Una segunda piedra erró el blanco; después, una tercera dio en la sien de la muchacha, y de pronto, la chusma, como una jauría lanzándose sobre su presa, avanzó con un griterío sediento de sangre.

—No... —El murmullo de Cyllan sonó fuertemente en sus propios oídos, pero la muchedumbre estaba demasiado atenta a su víctima para advertirlo—. ¡Yandros, no!

Se dio cuenta de que todos estaban esperando este momento, sabiendo cuál sería el desenlace y preparados para él. Aquellas piedras no se habían materializado de la nada...; la multitud sabía que se recurriría a este antiguo y bárbaro método de ejecución, y todos los hombres y mujeres venían preparados.

Miró con horrible fascinación cómo llovían las piedras, los guijarros, incluso los trozos de leña, sobre el cuerpo indefenso de la muchacha.

La sangre trazaba espantosos dibujos en su cara, y ahora estaba chillando, incapaz de conservar su fútil valor y luchando contra las cuerdas que la sujetaban. Cyllan no supo cuánto tiempo pasó antes de que la débil figura se sumiese al fin en la inconsciencia, pero incluso cuando había perdido el sentido aquel mar de brazos siguió alzándose y cayendo, y el ruido de las piedras al chocar con una carne que ya no resistía hizo que Cyllan se sintiese mareada de indignación y de asco.

Por fin terminó el espectáculo. Un silencio irreal cayó sobre la plaza y, gradualmente, como el reflujó de una marea, la gente empezó a marcharse, retirándose de aquel resto destrozado y sangrante de humanidad que pendía como una muñeca grotesca de la Piedra de la

Ley. Los ancianos, representando su papel en la comedia, se habían retirado dignamente, y por fin se dio cuenta Cyllan de que la bulliciosa chusma ya no le cerraba el paso.

Su poney dio un quiebro, echando atrás las orejas y resoplando al percibir el alarmante olor de la sangre. Cyllan lo apartó de la Piedra de la Ley, sabiendo que no podía continuar su viaje, que no podía cruzar la plaza mientras colgase allí el cadáver de la joven. Se apeó del caballo, casi cayendo al suelo al flaquearle las piernas, y ocultó la cara en la crin del poney, deseando poder vomitar, desmayarse..., cualquier cosa con tal de borrar el espantoso recuerdo de lo que había presenciado.

Una vendedora de vino empezó a tocar una campanilla detrás de ella, proclamando con voz estridente que su vino era el mejor que podía encontrarse en la provincia, y los poneys se echaron atrás y relincharon asustados por aquel ruido. Cyllan se volvió en redondo y vio un tenderete lleno de odres, jarras y copas. Por un instante, solamente pudo contemplar, pasmada, el buen negocio que estaba haciendo ya la vendedora; después, un impulso la obligó a acercarse. El vino podía ayudarla a olvidar lo que había visto... Hurgó en su bolsa y sacó la primera moneda que encontró, medio gravine.

—Deme una bota llena —dijo con voz ronca.

La mujer le dirigió una amplia sonrisa.

—¡Con mucho gusto, moza! Y vas a beber por la salud de nuestros buenos ancianos, ¿eh?

Puso la bota en manos de Cyllan, ésta no recibió el cambio y comprendió que la mujer la estaba timando, pero ya no le importaba. Los poneys la siguieron inquietos mientras se dirigía tambaleándose al borde de la plaza, donde se libraría de las apreturas, y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos mientras se sentaba contra una pared enjalbegada y, con manos temblorosas, destapaba la bota y se la llevaba a los labios.

—Sólo está dormida, ¿no crees? ¿O estará tal vez enferma?

—No lo sé... Esperemos a ver.

Las voces femeninas llegaron a la turbada mente de Cyllan como a través de una espesa niebla y, aunque comprendió que era objeto de escrutinio, pareció incapaz de desatar la lengua y decir que se encontraba bien y que la dejaran en paz. Oyó unas pisadas y entonces tuvo la impresión de que una figura se inclinaba sobre ella.

—No, no está enferma. —La voz parecía ligeramente divertida—

¡Está borracha!

—No lo estoy... ¡Oh!

Cyllan había encontrado al fin la voz e intentaba protestar, pero un movimiento imprevisto hizo que sintiese punzadas de dolor en la cabeza, y su espalda estaba tan rígida que todos los músculos se resistían violentamente. Abrió los ojos, haciendo una mueca a lo que parecía una luz insoportablemente brillante, y por último enfocó la mirada en las dos mujeres inclinadas sobre ella.

Una era de edad mediana; la otra era más joven, y ambas vestían hábitos blancos, manchados con el polvo del viaje, calzaban botas de montar y cubrían sus hombros con cortas pero gruesas capas. La plaza estaba a oscuras y aquellas mujeres llevaban sendas

linternas; fue su luz la que había herido sus ojos. Hermanas de Aeoris... Cyllan cerró de nuevo los ojos y trató de ponerse en pie. Había estado recostada contra una tosca pared y su ropa estaba empapada de humedad, lo que exacerbaba la rigidez de su cuerpo. Tenía un mal sabor en la boca y se enjugó los labios con mano insegura, resistiendo la tentación de escupir.

—Vamos, deja que te ayudemos. —Una mano la asió del brazo, suavemente pero con firmeza, y pudo ponerse en pie—. ¿Puedes aguantarte así sin que te sostengamos? ¿Te sientes lo bastante bien para caminar?

Cyllan, haciendo un esfuerzo, asintió con la cabeza.

—Estoy bien..., gracias, no necesito... —Se interrumpió, sintiendo que le acometían de nuevo las náuseas—. ¡Oh, dioses...!

Las dos mujeres, discreta y compasivamente, la condujeron a un callejón donde, dolorosamente, vertió el contenido de la bota de vino que había bebido antes de que la acometiese el sueño. Por muy desagradable que fuese la experiencia, la ayudó a aclarar su mente, y se sintió mucho mejor cuando volvió de nuevo la cara a las mujeres.

—Gracias —dijo, con voz confusa—. Sois..., muy amables.

—Tonterías, niña. Socorrer a los que están en dificultades es una de nuestras obligaciones, y está claro que tú necesitas ayuda. —La mujer mayor, que era la que había hablado, le sonrió. Soy la Hermana Liss Kaya Trevire, y ésta es la Hermana Fanal Mordyn. Estamos cruzando Perspectiva en nuestro viaje hacia el sur; por consiguiente, somos forasteras aquí. Sospecho que esto es algo que tenemos en común.

—Sí... —A pesar de lo mucho que recelaba de la Hermandad, Cyllan empezaba a cobrarle simpatía a la Hermana Liss—. Yo soy...

—Se contuvo, dándose cuenta, alarmada, de que había estado a punto de dar su verdadero nombre—. Yo soy Themila Avray, vaquera, de la Tierra Alta del Oeste.

—¿Y qué ha sido de tus compañeros? —preguntó la Hermana Liss—. ¿Os alojáis en alguna de las posadas de la ciudad?

Cyllan sacudió la cabeza.

—Estoy sola... Es decir, estoy en camino para encontrarme con mi primo en Shu-Nhadek. Las Hermanas parecieron impresionadas.

—¿Has estado viajando sola, precisamente en estos tiempos? —preguntó Fanal—. Es inconcebible... ¡Hay tantos peligros!

—Ciertamente —convino Liss—. Y el menor de ellos, según parece, no es el de caer en la tentación. —Miró con triste humor la bota de vino vacía tirada en el arroyo—. Incluso en una ciudad respetable hay demasiados granujas. ¿Has comprobado tu bolsa, chiquilla?

Cyllan abrió mucho los ojos y se llevó involuntariamente una mano al pecho. Para su alivio, la piedra del Caos permanecía dura y fría debajo del justillo, y palpó a toda prisa la bolsa, esperando que las mujeres no hubiesen advertido su primer ademán. El contenido de la bolsa estaba intacto... Sonrió tímidamente.

—No falta nada.

—Pero no gracias a tu descuido —la amonestó Liss—. Has tenido suerte, Themila. Eres muy joven, y es fácil caer en la tentación si te dejas guiar por los impulsos de la juventud y por la inexperiencia.

Pero darte estos gustos... —y señaló la bota vacía— sólo puede llevarte por mal camino.

El sermón era bien intencionado, pero Cyllan sintió un fuerte disgusto en su interior. Tal vez las buenas Hermanas llegaron a la ciudad después del horrible espectáculo del juicio y su desenlace; pero, fuese como fuere, debían saber lo que había sucedido aquí. ¿Cómo podían censurar que hubiese reaccionado de este modo?

Sin darse cuenta, miró hacia la Piedra de la Ley en el centro de la plaza desierta. Se habían llevado el cuerpo destrozado de la muchacha, pero las antorchas que ardían en sus altos soportes alrededor de la plaza mostraban unas manchas oscuras sobre la piedra que no parecían sombras. La hermana Fanal vio la expresión de Cyllan y tocó ligera mente el brazo de su compañera.

—Creo que le comprendo —dijo, señalando con la cabeza hacia la Piedra—. A la luz de los sucesos de hoy...

La Hermana Liss parecía ablandarse.

—¡Oh, sí! Desde luego. —Se lamió los labios—. Afortunadamente, nuestro grupo no tuvo que presenciar la ejecución, ya que llegamos cuando todo había terminado. Tiene que haber sido un espectáculo terrible.

Cyllan encogió los hombros, irritada por haber dado pruebas de debilidad, pero al mismo tiempo apaciguada por los sentimientos compasivos de las Hermanas.

—Era más joven que yo —dijo con voz áspera.

—Así lo he oído decir. Y sin duda pensaste que, de no ser por la gracia de Aeoris, habrías podido encontrarte en su lugar. —La Hermana Liss suspiró—. Vivimos días tristes. Y lo único que podemos hacer es rezar para que acaben pronto.

Cyllan no pudo abstenerse de protestar contra el fatalismo de aquella mujer.

—¡Pero era inocente! —dijo; pero dándose cuenta de que había dado un peligroso resbalón, añadió—: Quiero decir que no había pruebas contra ella, ¡nada que se apoyase en un pensamiento racional!

Sin embargo, ellos..., fue como si... —Hizo un ademán de frustración e impotencia, irritada por su incapacidad de expresar lo que sentía—.

Querían una víctima, sin importarles que fuese o no culpable.

Liss sonrió tristemente.

—Comprendo tus sentimientos. Pero debes recordar que a todos no esperan ahora peligros más graves que la simple aprehensión de dos fugitivos. El Caos es un enemigo mortal, y es muy astuto. Sus siervos no perderán oportunidad de encontrar a los más débiles y disolutos, y corromperles para que se pongan a su servicio. —Su sonrisa se extinguió. Por muy duro que pueda parecer a veces, tenemos que defender las leyes de Aeoris y no podemos arriesgarnos a permitir que el mal arraigue entre nosotros. No es un hecho agradable, pero es mejor que sufran algunos inocentes que queden los culpables en libertad.

Afortunadamente, antes de que Cyllan pudiese hablar, fueron interrumpidas por la llegada de otras cuatro mujeres, que constituían el resto del grupo de la Hermandad. Liss contó la historia de Cyllan, y las otras Hermanas insistieron en que viajase con ellas.

—No puedes continuar sola por los caminos —la apremió una de ellas—. Y cuantas más cabalgemos juntas, más seguras estaremos. Cyllan trató de rehusar, pero las mujeres se mostraron inflexibles y Liss dijo la última palabra:

—Mi conciencia no estaría nunca tranquila si te dejase marchar —insistió—. Si te ocurriese algo, la vida se me haría imposible.

¿Quieres que me aflija este destino?

Cyllan pensó que, a menos que pudiese emprender otra precipitada huida en las horas de oscuridad, estaba realmente atrapada; no tenía defensa contra sus argumentos. Pero entonces se le ocurrió pensar que la situación podía tener sus ventajas. ¿Quién se atrevería a sospechar de una joven en compañía de seis Hermanas de Aeoris? Con tal de que vigilase constantemente su lengua, ¿qué mejor protección podía pedir?

Sonrió, recobrando poco a poco la confianza.

—Si mi presencia no ha de ser una carga...

—¡Vaya una idea! —dijo Liss, aliviada y complacida—. Esta noche descansaremos en la Posada de los Trovadores, y estoy segura de que podrás alojarte con nosotras. Mañana, unas horas después de la salida del sol, nos pondremos en camino.

El grupo de la Hermandad partió hacia el sur cuando el sol empezaba a elevarse en un cielo rojo de sangre, con sólo unas pocas nubes de bordes purpúreos. La Hermana Liss declaró que el tiempo era un buen presagio, y en cuanto quedó atrás la ciudad, la marcha fue lenta pero regular.

Cyllan cabalgaba en retaguardia, justo delante de los cuatro poneys de carga de las Hermanas. Se alegraba en secreto de tener compañía; la noche pasada, su sueño había estado lleno de pesadillas, todas ellas girando alrededor de la muchacha ejecutada, y con aquellos sueños todavía frescos en su mente, no tenía el menor deseo de estar a solas con sus pensamientos. Sus compañeras de viaje se contentaban con cabalgar y disfrutar del paisaje, y las pocas conversaciones que se entablaban eran baladíes y, por consiguiente, seguras. El único factor inquietante era la presencia de la mujer de negros cabellos y cara delgada que cabalgaba un poco delante de ella.

Sólo había cambiado unas pocas palabras con la Hermana-Vidente Jennat Brynd desde que la conoció, pero había advertido en varias ocasiones que la mujer la observaba con algo más que vago interés. Cyllan no contaba con encontrar una vidente entre sus nuevas compañeras y se preguntaba hasta dónde podría alcanzar el talento de Jennat; la idea de que su propia mente podía ser un libro abierto para una persona realmente dotada de facultades psíquicas era estremecedora.

Había tenido poco contacto con la vidente y, hasta ahora, todo había marchado bien, pero prefería rehuir la compañía de Jennat, por su propia seguridad. El viaje a Shu-Nhadek duraría unos cuatro días, si no había dilaciones engorrosas; por tanto no tendría que mantener su engaño mucho tiempo más.

El resto del día transcurrió sin incidentes, y pernoctaron en una posada del camino, exigua pero limpia. Alegando cansancio, Cyllan se fue a la cama en cuanto acabaron de cenar, dejando que las Hermanas se quedaran charlando y tomando una jarra de vino, y trató de olvidar la mirada escrutadora que Jennat Brynd había lanzado en su dirección antes de retirarse ella. Por la mañana, salieron temprano y la Hermana Liss dio gracias a Aeoris de que el día fuese también bueno aunque frío, y a media tarde llegaron a un ancho río cruzado por un puente de madera. Uno de los poneys de carga había empezado a cojear; se detuvieron y Cyllan se ofreció a examinar al animal y ver lo que le pasaba.

Liss se apeó de la silla de un salto agradecida y apretándose la rabadilla con los nudillos de ambas manos.

—No me importa confesar que me viene bien este descanso — dijo, mirando el sol que estaba declinando y dejando que su calor le acariciase la cara—. Y también me alegro de que viajemos hacia el sur. Los días son aquí más largos, y el sol, más fuerte... Es un alivio, después de haber estado en las tierras del norte.

Fanal, que también había desmontado, estaba buscando en las alforjas de uno de los poneyes, y sacó un paquete envuelto y una bota de zumo de frutas.

—Este sería un lugar agradable para detenernos, en cualquier circunstancia —dijo—. Tal vez podríamos sentarnos sobre la hierba y descansar un rato...; es decir, si Themila cree que su trabajo le llevará algún tiempo.

Cyllan tardó un momento en recordar que, con aquel nombre, se dirigía a ella, y levantó rápidamente la cabeza, dejando que el poney de carga apoyase la lastimada pata en el suelo.

—Creo que no es más que una piedra en el casco —dijo a la Hermana, y después sonrió—. Pero, si quieres, podría tardar alrededor de una hora en arreglarlo.

Fanal se echó a reír.

—Muy bien, pongámonos cómodas. —Extendió su capa sobre la exuberante hierba, en un sitio donde el suelo empezaba a descender hacia el río, y se sentó—. Tengo bebidas frescas para todas, y las tortas que compré esta mañana en la panadería de la ciudad.

A los pocos minutos, las seis mujeres se habían sentado sobre la hierba, y Cyllan, después de haber extraído la piedra del casco del poney con la punta de su cuchillo, se reunió con ellas. Fanal le alargó un pedazo de torta, ella se puso en cuclillas en el borde del grupo y llevó una mano hacia atrás para sujetarse mejor el moño.

Al retirar los dedos de los cabellos vio que tenía unas manchas de un pardo rojizo...

Se había olvidado completamente de que el tinte de las campanillas tenía que estar ya perdiendo su efecto. Las posadas del camino no tenían espejos en las habitaciones, y no se le ocurrió pensar en el color de sus cabellos. Pero ahora, el castaño cobrizo podía aparecer rayado de un tono próximo al rubio claro natural, y esto podía ser suficiente para delatarla.

Miró rápidamente a las Hermanas, pero éstas estaban atareadas con la comida y la bebida; es decir, todas menos Jennat Brynd, que estaba observando a Cyllan y que, cuando se encontraron sus miradas, le dirigió una lenta y amable sonrisa. Con un tremendo esfuerzo,

Cyllan movió nerviosamente los labios para corresponderle y, después, volvió rápidamente su atención a la torta que tenía en la mano.

Durante un rato, no se oyó más ruido que el gorgoteo del río y el que hacían los caballos que pastaban satisfechos la hierba cercana a ellas. La Hermana Liss había agachado la cabeza y parecía dormida; Fanal estaba atareada limpiando los restos del pequeño festín, y Jennat, apoyada sobre un codo, estaba absorta examinando el contenido de su bolsa. Al cabo de un rato, extrajo de ella algo que reflejó la luz del sol con un brillante destello, y las que estaban cerca de ella levantaron la mirada, sorprendidas.

—¿El cristal Hermana? —preguntó amablemente Farial. Jennat sonrió.

—Sí. El río me ha dado la idea. Tan suave y tranquilo, y la manera en que la corriente capta la luz del sol y la refleja es realmente hipnótica.

Fanal se volvió a Cyllan.

—No debes prestar atención a la Hermana Jennat, Themia. Elige los momentos más inverosímiles para practicar su arte, aunque la verdad es que todas estamos orgullosas y envidiamos su talento. Cyllan asintió con la cabeza, inquieta, y los ojos negros de Jennat se fijaron en los suyos.

—Oh, pero no quiero molestar a nuestra nueva amiga —dijo amablemente—. Nosotras olvidamos con facilidad el hecho de que, para los legos, nuestro arte puede a veces parecer desconcertante. No nos acordamos de que la magia se practica muy poco fuera de la Hermandad. A pesar de la suavidad de su voz, las palabras eran un claro desafío. Cyllan la miró, fruticiendo los párpados.

—Por favor, no te detengas por mí, Hermana. Eso no me da miedo.

Jennat hizo girar varias veces el pequeño cristal entre las manos.

—¿Has visto alguna vez algo parecido a esto?

—Una vez vi un lector de piedras en una feria —dijo Cyllan—.

Pero creo que debía de ser un charlatán.

—La mayoría de los que se dicen adivinos lo son. Para llegar a tener verdadero talento se requiere dedicación y años de estudio.

Cyllan no replicó, y Jennat, después de otra de sus lentas sonrisas, volvió a fijar su atención en el cristal. Después de una prudente pausa, Cyllan se puso en pie y, esperando que sus acciones pareciesen casuales, bajó lentamente la suave cuesta hasta la orilla del río. Allí el agua era cristalina, y creyó ver que unos peces se movían ágilmente entre las manchas de sombra. Trató de concentrarse en observarlos, pero le fue imposible; las sutiles

insinuaciones de la Hermana Jennat habían roto la barrera mental detrás de la cual había ocultado sus más profundos temores, y se sentía atormentada por la inquietud. Esta sensación, junto con la esperanza irracional de que separándose físicamente de la vidente podría librarse de su escrutinio, la había empujado a alejarse lo más posible de las Hermanas, mientras trataba de serenarse.

Seguramente, se dijo, la Hermana Jennat no representaba una verdadera amenaza. Era posible... no, era probable que su imaginación estuviese viendo sombras donde no existía ninguna. Sólo unos pocos días para llegar a Shu-Nhadek, y entonces podría olvidarse de su encuentro con esas mujeres.

—Cyllan —La voz que sonó a su espalda la sobresaltó y, al volverse, vio que Jennat se había apartado de las otras y descendido en silencio la ribera para reunirse con ella—. ¿Te encuentras mal?

—No, no. —Cyllan sacudió la cabeza, sin mirar a la otra mujer— Solamente quería... contemplar el río.

—Lo entiendo —Jennat admiró también el agua que fluía suavemente —. Una vista apacible, ¿verdad? Sin embargo, sería demasiado fácil caer en la tentación de rezagarnos. He venido a decirte que la Hermana Liss se ha despertado y dice que debemos reanudar la marcha si queremos llegar a un lugar donde alojarnos antes de que anochezca.

Su recado era pues bastante inocente. Cyllan apretó los dientes para reprimir un involuntario suspiro de alivio, y se volvió para echar a andar. Jennat iba a seguirla, pero se detuvo de pronto.

—Oh, Themila..., espero que perdonarás mi curiosidad, pero dime, ¿por qué te tiñes el cabello? Su color natural tiene un tono muy bonito.

Cyllan miró fijamente los ojos endrinos de aquel rostro sonriente y cándido, mientras sentía un nudo gélido en el estómago. La pregunta de Jennat la había pillado completamente desprevenida, y no sabía qué responder.

—¡Jennat! ¡Themila! Venid; ¡ya hemos perdido bastante tiempo!

La llamada impaciente de la Hermana Liss rompió la terrible pausa, y Cyllan se volvió agradecida, levantando un brazo en respuesta.

Sin esperar a Jennat y sin darle oportunidad de repetir su pregunta, subió corriendo la cuesta hasta el lugar donde estaban atados los caballos.

Apartar a los animales de la sabrosa hierba requirió tiempo y esfuerzo, pero al fin pudo llevar Cyllan sus propios poneyes al camino y comprobar sus arneses mientras esperaba que montasen las otras mujeres.

Y a punto estaba de saltar sobre su silla cuando una voz le habló, claramente pero en tono casual, desde poca distancia.

—Cyllan...

—¿Qué?

Se volvió sin pensar en que había sido llamada por su nombre, por su verdadero nombre, y sólo cuando se encontró cara a cara con Jennat se dio cuenta del terrible error que había cometido.

Jennat sonrió.

— ¿Puedes mostrarnos la joya que guardas con tanto cuidado sobre tu piel?

La Hermana Liss se detuvo delante de su caballo.

—¿Qué joya? ¿Qué joya es ésa, Jennat?

Cyllan contuvo el aliento, esforzándose en parecer mucho más tranquila de lo que se sentía. Jennat, segura ahora de sí misma, siguió mirándola fijamente.

—Hermana Liss, creo que es tal vez más importante establecer la pequeña cuestión de la identidad de nuestra amiga.

Liss comprendió de pronto lo que quería decir la vidente.

—La has llamado Cyllan...

—Y ella me ha respondido. Creo que, si mi cristal no me engaña, su nombre completo es Cyllan Anassan.

Fanal lanzó un débil grito sobresaltado y Liss abrió mucho los ojos.

—Jennat, no querrás decir...

—¡Y sus cabellos! —la interrumpió Jennat, señalándo los—.

¡Son tan castaños como los míos! Es rubia, tan rubia que es casi albina.

Y mi cristal me mostró una gema que guarda oculta, una verdadera joya. Registradla, Hermanas, ¡y creo que encontraréis la piedra que está buscando el Círculo!

La impresión hizo que Cyllan echase raíces en el sitio donde estaba, pero de pronto se dio cuenta de que estaba perdida. No podía desmentir las acusaciones de Jennat; su única esperanza estaba en la huida.

Dio un frenético salto para subir a su poney, pero mientras se deslizaba a horcajadas sobre su lomo, Jennat corrió hacia ella y la agarró de un brazo. Cyllan la sacudió

violentemente, el poney saltó hacia delante y ella, perdiendo el equilibrio, sintió que resbalaba de la silla. Cayó al suelo con un ruido sordo, los cascos del poney no le dieron por un pelo en el cráneo al retroceder espantado el animal, y la caída le cortó la respiración. Antes de que pudiese levantarse, tres de las Hermanas se arrodillaron a su lado y la sujetaron.

—¡Qué no se mueva! —gritó Jennat con voz ahogada, esquivando los golpes que daba Cyllan con el brazo—. Pronto sabremos la verdad.

—¡Alto! —gritó la Hermana Liss, consternada—. ¡Esto es indecoroso, Jennat! Eres una Hermana de Aeoris, ¡no una moza pendenciera de taberna! ¡Levántate en seguida!

Jennat no le prestó atención, había introducido una mano debajo de la camisa de Cyllan, rasgando la tela, y cerró los dedos sobre la piedra-alma. Cyllan se debatía como un gato salvaje, pero no podía soltarse, y Jennat se puso triunfalmente en pie.

—¡Hermana Liss!

Una radiación fría y blanca brotó de la palma de Jennat cuando abrió la mano para mostrar la joya, la otra mujer se estremeció e hizo rápidamente la Señal de Aeoris.

— ¡Qué los dioses nos amparen!

Las Hermanas que no sujetaban a Cyllan contra el suelo acudieron, lanzando exclamaciones. Una de ellas alargó una mano como para tocar la piedra, pero la retiró rápidamente. Liss se volvió para mirar a la muchacha que yacía sobre la hierba, y el mudo desafío que vio en los ojos de Cyllan desterró sus últimas dudas.

—Conque hemos estado todo el tiempo amparando a una serpiente —dijo, con voz insegura—. ¡Que los dioses nos ayuden! Apenas puedo creerlo... —Entonces contrajo los labios en una dura línea—.

Esconde esa joya, Jennat. Es una cosa maligna, y no debemos arriesgarnos a que nos contagie. Envuélvela en un paño. No tiene que volver a ver la luz del día hasta que la pongamos en manos del Sumo Iniciado.

Jennat miró la piedra y se pasó la lengua por los labios, inquieta.

—¿Y la muchacha? ¿Qué vamos a hacer con ella?

—¡Pobre niña! —Liss siguió mirando gravemente a Cyllan—.

¿Cómo puede una mujer tan joven estar tan corrompida...?

—¿Vamos a llevarla a la ciudad más próxima para que la juzguen?

—preguntó Fanal.

—No; esto no es competencia de los ancianos locales, ni siquiera del Margrave de la provincia. Debe ser entregada en el Castillo de la Península de la Estrella, para que la juzgue el propio Círculo. —Su mirada se fijó un momento más en Cyllan, y después sacudió la cabeza y se volvió, diciendo—: Y pensar que ha podido engañarnos de esa manera.

—Incluso el Sumo Iniciado se dejó engañar por estos endemoniados —le recordó solemnemente Fanal—. No debemos reprocharnos nada, Hermana.

—No. No, tal vez tienes razón. Aunque, ahora que lo pienso, de no haber sido por la Hermana Jennat..., bueno, dejemos esto. Debemos prestar nuestra atención a lo práctico. Necesitaremos una escolta armada que nos conduzca a la Península de la Estrella, y si hubiese algunos Adeptos visitando la provincia que pudiesen ayudarnos, me sentiría mucho más tranquila para el viaje. —Recogió la engorrosa falda de su hábito—. Atad a la muchacha, Hermanas, y sujetadla bien sobre la silla del poney. Descansaremos esta noche en la población más próxima y mañana nos dirigiremos hacia el norte.

Capítulo sexto

Keridil Toln observó el halcón que partía hasta que no fue más que un punto diminuto en el cielo, indistinguible entre los jirones de nubes que salpicaban el azul. Si podía confiar en los cálculos del halconero Faramor, y la experiencia le decía que podía hacerlo, el mensaje vital llegaría a su primer destino en menos de dos días, y sería entregado en el segundo el día después.

Dio las gracias a Faramor, pero atajó toda ulterior con versación; ahora tenía demasiado en qué pensar para perder el tiempo en chanzas.

Subió rápidamente la escalinata de la entrada del Castillo y cruzó la puerta, estremeciéndose involuntariamente al sentir el vivo contraste entre el calor del interior y el frío de la mañana. Después se dirigió a sus habitaciones.

El estudio estaba vacío, pero pudo oír que alguien se movía en los aposentos privados contiguos. Keridil se detuvo un instante para calentarse las manos en el hogar y, después, abrió la puerta de sus habitaciones, pensando que encontraría a Sashka esperándole. Pero, en vez de ella, vio a Gyneth Linto, el viejo mayordomo que había estado antes al servicio de su padre. Gyneth estaba inclinado sobre un arcón en el rincón más lejano de la estancia, y al entrar Keridil, se irguió e hizo una profunda reverencia.

—¿Ha partido el halcón sin novedad, Señor?

—Sí.

Keridil cruzó la habitación y contempló con cierto disgusto los artículos que el viejo estaba sacando del arca. Una capa larga con grandes bordados en hilo de oro..., un broche de oro macizo con su sello..., una diadema de oro..., el cetro de Sumo Iniciado...

—La diadema está un poco deslustrada, Señor —dijo Gyneth, acercándosela para que la inspeccionase—. Pero nada que no pueda arreglarse puliéndola un poco.

—Está bien. —Keridil desdeñó la diadema con un ademán, no queriendo pensar en los atributos de su cargo hasta que las circunstancias le obligaran a ello—. Quiero viajar ligero, Gyneth —añadió—.

Sin mucho equipaje, ni muchos acompañantes. El tiempo es esencial en este viaje.

Las palabras brotaron de su boca más secamente de lo que había pretendido y el viejo le miró unos momentos antes de responder plácidamente:

—Desde luego, Señor. —Volvió a colocar cuidadosamente la diadema sobre la capa plegada y después, con un discreto tono de timidez, añadió—: ¿Algún contratiempo, Señor? ¿Puedo atreverme a decir que pareces turbado?

La astucia y la experiencia habían dado a Gyneth una percepción más exacta que la de cualquier vidente, y Keridil suspiró.

—Nada importante. Pero observar el vuelo de aquel pájaro, sabiendo que ya no había manera de volver atrás... me hizo dudar de mi propio juicio. Ojalá hubiesen querido los dioses que mi padre estuviese aún con vida.

Gyneth frunció los labios. Raras veces se atrevía a dar una opinión sobre materias del Círculo, pero le entristecía ver a su señor tan inquieto.

—El antiguo Sumo Iniciado era un hombre muy sabio, Señor. En todos los años que le serví, nunca le vi tomar una decisión precipitada o imprudente. —Su mirada se fijó en la de Keridil—. Creo que, de haberse hallado en tu lugar, habría actuado exactamente como tú.

Keridil sonrió débilmente.

—Gracias, Gyneth. Aprecio tu fidelidad, tanto si tienes razón como si no la tienes. —Se restregó las todavía frías manos y dio a su voz una vivacidad que no sentía—. Sin duda podríamos discutir sobre esto durante todo el día, pero no puedo permitírmelo. Lo hecho, hecho está, y debemos pensar en el futuro. —Miró a su alrededor—. Parece que casi has terminado los preparativos.

—Sí, Señor. Hay un par de cosillas por arreglar, pero pueden esperar hasta más tarde.

—Bien. ¿Dónde está la Señora Sashka?

Gyneth le dirigió una extraña mirada que, pensó, tenía un débil matiz de desaprobación.

—Se retiró a sus habitaciones, Señor. Me dijo que te dijese que estaba empaquetando sus cosas para el viaje.

—¿Sus cosas? —Keridil se quedó perplejo—. ¡Pero si habíamos quedado en que no me acompañaría!

—Cierto, Señor. Sin embargo, pensé que yo no era quién para decirlo.

—No...

La relación entre Sashka y Gyneth era incómoda en el mejor de los casos; Sashka no disimulaba su antipatía por el viejo y su recelo de la influencia que tenía sobre Keridil, y aunque nada induciría a Gyneth a confesarlo, Keridil sospechaba que aquel sentimiento era mutuo.

Pero Gyneth era un servidor demasiado educado para publicar sus senti mientos, y la convicción de que Sashka sería pronto consorte del Sumo Iniciado le hacía doblemente respetuoso en su actitud hacia ella: no se habría atrevido a discutir. Sin embargo, Sashka estuvo de acuerdo, ante la insistencia de Keridil, en que el largo viaje era demasiado pesado y posiblemente demasiado peligroso para que ella lo emprendiese.

Y si él podía arriesgar su propia seguridad, nada en el mundo le habría inducido a poner en peligro la de ella, y había pensado que el asunto estaba resuelto.

—¿Quieres enviar recado a la Señora de que deseas verla, Señor?

La voz de Gyneth interrumpió sus pensamientos.

— ¡Oh! No, Gyneth; dejemos esto por ahora. Más tarde hablaré con ella y veré lo que hay que hacer.

—Muy bien, Sumo Iniciado. Entonces, con tu permiso, iré a ver a Fin Tivan Bruall para lo referente a los caballos.

Keridil asintió con la cabeza, para darle las gracias y despedirle, y cuando el viejo hubo salido de la estancia, se sentó en la cama, apartando a un lado las cuidadosamente plegadas prendas que había sobre ella. Al día siguiente tenía que emprender un viaje del que podía depender el futuro de toda la Tierra... y en ese momento habría dado casi todo lo que tenía para que retrocediese el tiempo y pudiese anular la decisión que había tomado esta mañana al salir el sol.

Había pasado toda la noche arrodillado delante de la llama votiva que ardía perpetuamente en su estudio, y había rezado fervorosamente en solicitud de guía. El amanecer le encontró exhausto y con los ojos fatigados, pero con la profunda certidumbre de lo que tenía que hacer.

Rígido por el cansancio, se había sentado a su mesa y tomado las dos cartas que había sobre ella, releyéndolas por centésima vez, aunque se sabía de memoria el contenido: la petición formal de la Matriarca Ilyaya Kimi de que convocase un Cónclave de los Tres, y el rívido pergamino que había llegado el día siguiente, con el sello de la Corte de la Isla del Verano y de puño y letra del Alto Margrave, Penar Elecar, con idéntica petición.

Keridil sabía que lo más fácil habría sido acatar el veredicto de la mayoría y convocar el Cónclave sin pensarlo más. Pero tenía un vivo sentimiento de su responsabilidad como custodio de las leyes del mundo espiritual y primer vehículo de la palabra y de la voluntad de los dioses. En toda la larga historia, desde la caída de los Ancianos, no se había convocado

nunca un Cónclave, y estaba claramente escrito que sólo debía convocarse en caso de un peligro mortal que ningún otro poder pudiese conjurar.

¿Era ésta la ocasión? ¿O acaso el despertar de los antiguos y dormidos temores se había apoderado con demasiada fuerza de ellos y había deformado exageradamente la verdad? Keridil sabía que nunca podría estar seguro de la respuesta; debía confiar en su propio juicio.

El Cónclave sería poco más que una formalidad; su resultado estaba previsto de antemano, y él, como Sumo Iniciado, debería subir al santuario de la Isla Blanca, abrir el cofre sagrado y estar preparado para encontrarse cara a cara con Aeoris.

Llamar al gran dios para que volviese al mundo..., era una responsabilidad que le helaba la sangre. Si el juicio del Cónclave era equivocado, ¿de qué cólera sería él víctima? ¿Qué castigos caerían sobre todos ellos? Jugar con un dios era la insensatez suprema... ¿Qué pasaría si la decisión de abrir el cofre resultaba un error?

Keridil miró de nuevo las dos cartas y, después, el creciente montón de informes y declaraciones que habían llegado de casi todas las provincias, traídos por aves mensajeras o por mensajeros a caballo. Juicios, acusaciones, ejecuciones; inundaciones y cosechas perdidas; terrores inarticulados y súplicas de ayuda o de consejo al Círculo... El miedo al Caos cundía por toda la Tierra, y nada, salvo la destrucción de aquellas fuerzas del mal, podía detenerlo. Los Adeptos habían probado todo lo que sabían para descubrir a los fugitivos y, con ellos, la piedra del Caos; pero sus ritos y conjuros habían resultado inútiles, y eso bastaba para convencer a Keridil de la gravedad del peligro con el que se enfrentaban.

En una ocasión, había mirado a la cara al Caos, y el recuerdo se había grabado para siempre en su cerebro. Yandros, la quintaesencia del mal, con sus cabellos de oro y sus ojos siempre cambiantes y su bella y maligna sonrisa... Yandros, que se había burlado del Círculo y les había desafiado a plantarle cara, si se atrevían, cuando se alzasen sus fuerzas para conquistar el mundo... Yandros, que había llamado hermano a Tarod...

No, pensó Keridil, no jugaría con un dios..., pero tampoco jugaría con el Caos. Y si la piedra -alma no era encontrada y destruida, las puertas que habían estado cerradas durante tantos siglos contra los poderes de las tinieblas serían derribadas, y el mundo se sumergiría en la locura.

Y así, con mano no del todo firme, había tomado pluma y pergamino, y escrito las palabras vitales que le comprometerían irrevocablemente en su decisión. Solamente el Sumo Iniciado tenía autoridad para convocar el Cónclave, y al estampar el sello sobre el papel, la

inseguridad de su mano se había convertido en un temblor de apopléjico, hasta el punto de que la cera caliente salpicó toda la superficie del pergamino.

Ya estaba hecho. Dentro de unos minutos, el mensaje podría estar en camino, llevado a su destino por un halcón. Podía enviar a buscar al halconero... o rasgar el pergamino, quemar los fragmentos y olvidar que había considerado aquella acción.

Keridil se pasó la lengua por los secos labios y tocó una campanilla que tenía sobre la mesa. Cuando Gyneth respondió a la llamada, levantó la cabeza y dijo:

—Gyneth, ¿quieres enviar a buscar al halconero Faramor y pedirle que se reúna inmediatamente conmigo en el patio?

Ahora ya no podía volver atrás. En cuanto llegase su mensaje a la Residencia de la Matriarca en Chaun del Sur, Ilyaya Kimi empezaría los preparativos para el viaje a Shu Nhadek. Y un día o dos más tarde, un barco zarparía de la Isla de Verano, llevando al joven Alto Margrave y a su séquito. Keridil emprendería el viaje por la mañana y, con unos pocos compañeros elegidos, cabalgaría velozmente hacia el sur para encontrarse con sus iguales.

Miró fríamente las prendas que Gyneth había sacado del arca y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Este era el precio de una noche sin dormir e incluso de noches anteriores, cuando habiendo buscado refugio en la cama había sido hostigado por las pesadillas. No estaría en condiciones de emprender un viaje de ocho días, a menos que pudiese descansar un rato, y hasta que volviese más tarde Gyneth, estaría a salvo de interrupciones.

Apartó a un lado las prendas plegadas, haciendo sitio en la cama, y se tumbó en ella. Durante unos minutos, siguieron asaltándole ideas inquietantes; después, gracias a los dioses, se sumió en un profundo sueño.

Keridil fue despertado dos horas más tarde por el ligero contacto de una mano en su frente. Se movió y, después, abrió los ojos y vio a Sashka sentada a su lado, con una dulce sonrisa en el semblante.

—Has dormido, amor mío —dijo ella, apartando un mechón de cabellos de su boca.

Keridil pestañeó y se incorporó haciendo un esfuerzo.

—¿Qué hora es?

—Más de mediodía. Habría venido más pronto, pero estaba con mis padres en nuestras habitaciones. —Hizo una pausa y después añadió—: Preparando el equipaje.

El recordó lo que le había dicho Gyneth y alargó una mano para asir la de ella y estrecharla.

—No estarás pensando en venir conmigo, Sashka. Después de todo lo que dijimos...

—Sé lo que dijimos, Keridil. Pero, ¿crees realmente que voy a dejar que te marches sin mí? Quiero estar a tu lado, y tengo la impresión de que me necesitarás.

Tiene más razón de lo que cree, pensó Keridil; pero no podía acceder.

—No, amor mío —le dijo—. Es un viaje demasiado largo, y demasiado peligroso. Todo el mundo está alborotado, y sólo los dioses saben lo que vamos a encontrar en el camino hacia el sur. Si los poderes del Caos supiesen lo que se está preparando, tratarían de impedir que llegásemos a nuestro destino, y si te ocurriese algún mal por mi causa, ¡no me lo perdonaría nunca!

Los ojos de ella brillaron de enojo.

—¿Crees que me falta valor para enfrentarme con el peligro?

—No... no, ¡claro que no! Pero...

—Crees que puedo estar esperando aquí, sin saber dónde estás ni cuál es tu suerte? ¿Qué haría yo durante tu ausencia?

—Tu padre va a regresar a Han. Vete con él, amor mío. Estarás más segura en tu casa.

—Ahora, mi casa es el Castillo. Si me fuese a Han, me volvería loca con la espera y la inquietud —arguyó Sashka.

Entrelazó los dedos en los de él, consciente de que él empezaba a flaquear. Sabía que la quería con él, y estaba resuelta a acallar sus protestas. Keridil estaba a punto de embarcarse en la empresa más trascendental que acometiese un Sumo Iniciado y, cuando la hubiese terminado, sería famoso en toda la Historia como salvador de su pueblo: el hombre que había salvado al mundo de la amenaza del Caos.

Ninguna fuerza en la Tierra podría impedir que estuviese a su lado cuando se realizase la hazaña.

—Escúchame, Keridil —dijo, en tono suave pero persuasivo—, no podría soportar separarme de ti, no ahora, no cuando llevas esta carga sobre tus hombros. —Sus dedos trazaron una delicada línea alrededor de su barbilla, y vio, con satisfacción, la sonrisa vacilante con que él le respondía—. Una vez, cuando estaba tan desesperada después de..., bueno, después de los sucesos con que se inició este desgraciado asunto, me diste tu fuerza y tu amor, cuando yo pensaba que la vida no valía la pena de ser vivida. Y nunca, hasta este momento, he podido pagarte la deuda que contraje contigo.

Keridil sacudió la cabeza, aunque todavía estaba sonriendo.

—Te me diste tú misma, amor mío. No podías hacerme un honor más grande.

—Pero no es bastante, no al menos para mí. —Sashka estaba satisfecha de su estratagema, que por lo visto daba resultado—. Ahora quiero demostrarte que, si tú me ayudaste cuando tan desesperadamente lo necesitaba, puedo, a cambio de ello, ser para ti un firme puntal. Por favor, Keridil... No temo lo que pueda pasar. Sólo temo que pueda ocurrirte algún mal, y quiero estar a tu lado para impedirlo.

Keridil recordó el día en que Tarod fue traído al Castillo, cautivo, drogado e insensible. Sashka había estado prometida en matrimonio con él, y además había mostrado, creía Keridil, un enorme valor al superar su dolor y su desesperación ante las revelaciones sobre él.

Estaba desconsolada, y él trató de consolarla al enfrentarse con la triste verdad. La había hecho reír..., un pequeño principio, pero de buen agüero..., y poco a poco, ella había olvidado su aflicción y su amor había florecido...

El quería que estuviese a su lado. Su presencia le daría fuerza, como había dicho ella, y mantendría a raya las dudas y el miedo. Y si tan resuelta estaba a acompañarle, ya no tenía más argumentos para disuadirla.

Y dijo:

—Sashka..., si estás segura...

La expresión de ella se deshizo en una deslumbrante sonrisa, y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Muy segura! ¡Claro que estoy segura! —Le soltó con una expresión de alivio y de triunfo en el semblante, y su sonrisa se trocó en otra de profunda preocupación—. Deberías descansar un poco más — dijo, solícita—. Si vamos a partir mañana al amanecer, necesitarás de todas tus fuerzas.

—No tengo tiempo. Gyneth volverá pronto y...

— ¡No te preocupes de Gyneth! Si encuentra cerrada la puerta, te dejará en paz. —Se levantó, cruzó graciosamente la estancia y él oyó que corría un cerrojo—. Ya está. Ahora nadie vendrá a molestarnos.

—Volvió a la cama y se tumbó en ella, rodeando cálida y posesivamente a Keridil con sus brazos—. Estamos juntos, y seguiremos juntos de ahora en adelante. —Su voz era suave y persuasiva—. Eso es lo único que importa.

El gran caballo bayo marchaba en un fácil medio galope, levantando remolinos de polvo en el camino. Desde que se había separado de la caravana de madereros, en la orilla del bosque que se extendía junto a la frontera entre Han y Wishet, Tarod mantuvo una buena

velocidad cabalgando hacia el sur y cruzaba ahora los llanos cultivables de Perspectiva. El tiempo era casi perfecto, con un cielo alto y brillante y un viento vivo y seco que soplaba del este, pero el franco optimismo de los elementos ofrecía un obscuro contraste con las cosas que había presenciado en el camino.

El miedo que había sentido Tarod, de que la superstición que se extendía sobre la Tierra después del aviso del Círculo acabaría estallando y alcanzaría proporciones inconcebibles, había resultado plenamente justificado. La locura se apoderaba del campo, convirtiendo a vecinos hasta ahora justos y serenos en aterrorizados vengadores de males imaginarios. Tres hombres habían sido ahorcados en la última población que había cruzado, no sabía Tarod por qué delito; se había detenido para contemplar, horrorizado, los cadáveres que oscilaban, rígidos y grotescos, colgados de la horca, como advertencia a todos los demás, y había visto signos contra el mal de ojo dibujados sobre sus sombras en el suelo. Siguiendo su camino, había oído contar que unos mercaderes cayeron en una emboscada y fueron asesinados en la orilla del bosque; se decía que demonios alados se materializaron en el aire llevándose a las víctimas que aún podían gritar, mientras espíritus necrófagos se daban un banquete con los muertos. Plantíos de los que se sospechaba que albergaban seres infernales que salían de los campos por la noche eran quemados por sus aterrorizados dueños, sin pensar en el hambre a que condenaban a sus familias; tres veces había visto ya una lejana columna de humo que anunciaba que los medios de vida de un agricultor se habían convertido en cenizas. Y no hacía media hora que había pasado junto a un carro de mercado quemado, con el caballo yaciendo degollado entre las varas, mientras otras formas ennegrecidas, por fortuna indistinguibles, estaban medio ocultas bajo las ruedas rotas. También aquí había signos contra el mal de ojo en el camino, pintados al parecer con la sangre del caballo... No investigó más.

Una locura. Y todo en nombre del Orden... Tarod se vio acosado por una fea idea que le había asaltado últimamente con demasiada frecuencia y que ponía en tela de juicio la justicia de un dios que permitía que cosas tan espantosas se hiciesen en su nombre. Esta enfermedad parecía obra del Caos, realizada directamente por las manos de Yandros. ¿Cómo podía Aeoris observar tan desahogada anarquía sin hacer nada para impedirla? ¿Y cómo podía el Círculo, que reunía a sus emisarios, permitir que la muerte y la destrucción continuasen con tanto desenfreno?

Reprimió estas ideas, haciendo un gran esfuerzo. Fresco en la mente el horror de todo lo que había visto, sería fácil sucumbir a la duda, y esta duda serviría a los fines de Yandros.

Pero, de no haber sido por las maquinaciones del Señor del Caos, el mundo estaría todavía en paz; tenía que mantener firme su confianza en los dioses del Orden, aferrarse a su propia resolución y no permitir que la incertidumbre hiciese presa en él. En cuanto encontrase a Cyllan y recobrase su piedra-alma, trataría de poner fin a esa locura...

Estimulado por esta idea, espoleó su montura, satisfecho de sentir debajo de él la espontánea respuesta de los poderosos músculos del animal. El camino estaba tranquilo (nadie viajaba ahora, a menos que fuese indispensable) y así, cuando vio delante de él una delatora nube de polvo que se elevaba contra el telón de fondo de los campos, puso su caballo al trote corto, haciendo visera con la mano para resguardar los ojos de la luz del sol y ver de qué se trataba.

La nube de polvo se fue acercando y al fin Tarod pudo ver las siluetas de varios jinetes. Hubo un brillo de luz sobre metal y presumió que los recién llegados serán milicianos de alguna población próxima.

Sin duda le detendrían, y esto significaría un retraso para él; pero la insignia de Iniciado le mantendría en buena posición, como hasta ahora.

Su previsión resultó acertada y, al cabo de unos minutos, el jefe del grupo le dio el alto. Le rodearon ocho hombres nerviosos, recelosos, inexpertos, algunos poco más que adolescentes.

—Declara tu nombre, señor, y el objeto de tu viaje.

El jefe, indudablemente elegido como tal por ser el mayor en edad, gritó la orden, pero sin verdadera convicción. Tarod cruzó su mirada con la del hombre, ejercitando un poco su fuerza de voluntad, y el jefe vio un forastero de cabellos castaños y ojos grises y sin nada notable en su aspecto; una cara que más tarde no recordaría. Tarod sonrió débilmente y desplegó su capa de modo que la insignia de oro brillase a la luz del sol.

—Asuntos del Círculo —dijo vivamente—. Confío en que esto no me hará sospechoso, capitán.

Halagado por el tratamiento, pero todavía contrariado por su error, el hombre se sonrojó.

—No, señor..., ¡claro que no! Lo siento, señor, pero es que acabamos de recibir la orden, del propio Margrave, ¿sabes?, de dar el alto a todos los desconocidos que transiten por este camino y... bueno, comprobar si son realmente lo que parecen, señor, si es que me entiendes.

—Tu Margrave hace bien en tomar estas precauciones —dijo Tarod—. Y ahora dime, ¿qué noticias hay en Perspectiva? Vengo cabalgando del norte y, en los tres últimos días, no he oído ningún relato que sea digno de confianza.

Uno de los más jóvenes adelantó su caballo y murmuró algo al oído del jefe. Este asintió enfáticamente y, después, miró a Tarod y carraspeó.

—Bueno, señor, circula un rumor..., es decir, una noticia que, si no estoy equivocado, fue confirmada esta mañana..., de que la muchacha, la cómplice del demonio del Caos, ¡ha sido capturada!

Tarod reprimió un irracional rayo de esperanza, diciéndose que seguramente sería otra falsa pista, como todas las anteriores.

—¿Oh, sí? —dijo—. Disculpa mi escepticismo, capitán, pero otros hicieron la misma afirmación antes de ahora, y resultó infundada.

—Es verdad, sí; pero nuestro Margrave ha dicho que esta vez no es mera palabrería. —El miliciano pareció orgulloso—. Se dice que la joven tiene una joya. Una joya incolora.

¿Sería posible...? Tarod dijo en voz alta:

—Ya veo... ¿Y ha sido sometida a juicio?

—No, señor; no hasta ahora, que yo sepa... —El miliciano parecía un poco avergonzado—. He oído decir que el asunto no es de competencia de la justicia local. La muchacha tiene que ser llevada hacia el norte, a la Península de la Estrella; pero el viaje es largo y peligroso. Si alguien dotado de autoridad pudiese encargarse de esto... —Tosió—. Si es que me entiendes, señor...

Tarod lo entendió. Antes se había dejado engañar por falsos rumores, pero esta vez parecía que podía haber pruebas reales contra la joven, fuese ésta quien fuere. Tanto si era una pérdida de tiempo como si no, tenía que asegurarse. Asintió con la cabeza.

—Está bien. En vista de lo que me has dicho, retrasaré mis propios asuntos. ¿Dónde está la muchacha?

El jefe de la milicia pareció aliviado.

—En la misma Ciudad de Perspectiva, señor. A unas diez millas de aquí, no más.

—Entonces propongo que vayamos allá sin mayores dilaciones.

—¡Si, señor!

Gritó unas órdenes innecesarias a sus hombres, que ya estaban haciendo dar la vuelta a sus caballos, y la cabalgata emprendió la marcha. Mientras trotaban, Tarod trató de no pensar en lo que encontraría o dejaría de encontrar al llegar a su destino. Si la muchacha

capturada no era Cyllan, solamente sufriría otra desilusión. Pero si lo era..., no había considerado cómo podría liberarla; su presunta condición no le bastaría para imponerse a cualquier otra autoridad y llevarse a la muchacha. Si pudiese recobrar la piedra-alma, podría hacer uso de unos poderes que ahora estaban fuera de su alcance..., pero no quería pensar demasiado en esa posibilidad.

Un poco antes de una hora, aparecieron delante de ellos los rojos tejados de Perspectiva, elevándose sobre las seis murallas concéntricas de piedra clara que rodeaban la ciudad. Aquellas murallas habían sido construidas para proteger de las primeras heladas a los huertos de árboles frutales que habían dado fama a Perspectiva, y que daban las tempranas cosechas de verano que eran el orgullo de la ciudad. El grupo cruzó a caballo uno de los anchos arcos de la muralla exterior y siguió un camino empedrado, entre hileras de árboles cuajados de flores blancas. Su aroma era denso en el aire; uno de los milicianos empezó a estornudar violentamente y sólo dejó de hacerlo cuando hubieron cruzado la sexta muralla y entrado en la ciudad propiamente dicha.

Perspectiva era una de las ciudades más antiguas del país y, como tuvo que reconocer Tarod a pesar de su preocupación, una de las más florecientes y bellas.

Esbeltas torres de piedra se alzaban a intervalos, dominando el amasijo de tejados rojos e inclinados. Las calles, pavimentadas, eran anchas y despejadas, y las ornadas casas tenían portales de piedra y balcones; una arquitectura que revelaba un ambiente de agradable y próspero bienestar.

Sin embargo, ese ambiente no se reflejaba en el aire ni en las caras de las personas con quienes se cruzaban Tarod y sus acompañantes al cabalgar hacia el palacio de justicia.

El terror que reinaba en el mundo había afectado a Perspectiva igual que a todos los demás lugares, y su animación normal había decaído rápidamente. Los ciudadanos iban a sus quehaceres imprescindibles con expresiones herméticas y contraídas, y cualquier recién llegado desprovisto del menor talento psíquico habría sentido la tensión palpable que reinaba en la ciudad.

El jefe de los milicianos refrenó su montura cuando las calles se abrieron de pronto a una ancha avenida flanqueada de árboles, y se volvió sobre la silla para decir a Tarod:

—El palacio de justicia está delante de nosotros, señor. ¿Quieres que me adelante y vaya a informar a los ancianos de la ciudad de tu llegada?

Tarod sacudió la cabeza. Se daba cuenta de que su pulso latía demasiado aprisa, y trató de calmarlo.

—No. Huelgan las formalidades.

—Lo que tú digas, señor.

El hombre espoleó su caballo, y todos cabalgaron por la avenida hasta el alto edificio, de sencilla fachada, que se alzaba al final de ella.

Una abigarrada multitud se había reunido en el exterior como esperando algo; abrieron paso a los jinetes y muchos se quedaron boquiabiertos al reconocer la insignia de Iniciado en el hombro de Tarod.

Éste hizo oídos sordos a los apagados murmullos que surgieron a su espalda y se apeó de la silla, entregando las riendas de su caballo a uno de los milicianos más jóvenes.

Mientras subían la escalinata, se abrieron las puertas del palacio de justicia y aparecieron cuatro hombres. Tarod reconoció inmediatamente al viejo individuo de cabellos grises que iba a la cabeza; había conocido al Margrave de Perspectiva en la fiesta de la investidura de Keridil Toln y habían sostenido una desagradable discusión sobre la creciente anarquía en el país. Parecía haber pasado muchísimo tiempo desde aquel encuentro, pero el Margrave era un hombre astuto y probablemente recordaría la cara del Adepto renegado. Tarod se concentró, dejando que un poco de poder fluyese de su interior..., y vio que el Margrave pestañeaba, como momentáneamente desconcertado. Entonces se serenó el semblante del viejo, que tendió una mano a modo de saludo.

—Adepto, me faltan palabras para expresar lo que siento. ¡No había esperado que el Círculo respondiese con tanta rapidez a mi mensaje!

Tarod frunció el entrecejo.

—¿Qué mensaje, señor?

—Entonces, ¿no eres un emisario del Sumo Iniciado?

El Margrave parecía perplejo.

—Nos encontramos con él en el camino, señor —explicó apresuradamente el jefe de milicianos—. Casualmente cabalgaba en esta dirección y... dadas las circunstancias..., pensamos que podía ayudarnos.

El Margrave pareció aliviado y estrechó de nuevo la mano de Tarod en una bienvenida más cordial que la primera.

—Entonces fue un accidente muy afortunado —dijo, con evidente alivio—. ¿Te han explicado mis hombres, Adepto, la naturaleza de nuestro problema?

—Me han dicho que habéis aprehendido a una muchacha que creéis que es la cómplice de la criatura del Caos —explicó Tarod—.

Me perdonarás que sea franco, pero es la quinta o sexta vez que he tenido que investigar asertos semejantes desde que emprendí mi viaje y, hasta ahora, ninguno de ellos tenía fundamento.

El Margrave sacudió enfáticamente la cabeza.

—Debes creerme, si te digo que ésta no es una falsa alarma.

Comprendo tu escepticismo, pues también el histerismo ha hecho presa en Perspectiva y se han formulado muchas acusaciones sin pruebas para mantenerlas. —Miró a Tarod, como desafiándole a discutir lo que diría ahora—. No soy tonto, o al menos no creo serlo. Y tampoco lo es la Hermana-Vidente Jennat Brynd.

—¿Una Hermana de Aeoris? Disculpa, pero no acabo de comprender.

—Fue un grupo de Hermanas el que descubrió la verdadera identidad de la muchacha —dijo el Margrave—. Por lo visto, estuvo viajando con ellas durante algunos días, y la Hermana Jennat empezó a sospechar. Empleó sus facultades para investigar a la muchacha y descubrió la verdad. —Su boca se frunció en una expresión que podía ser de repugnancia o de inquietud—. La muchacha dijo llamarse Themila y algo más, no puedo recordar ahora el nombre del clan; pero cuando las Hermanas descubrieron una joya que llevaba escondida, estuvieron seguras de que habían encontrado a la fugitiva.

Tarod sintió que se le ponía la piel de gallina. Themila. La coincidencia era demasiado grande para pasarla por alto. El había hablado a Cyllan de Themila Gan Lin, su antigua maestra; era un nombre que ella debía recordar...

Forzando la voz para poder mantenerla tranquila, preguntó:

—¿Y qué ha dicho la muchacha? ¿Ha confesado?

El Margrave sacudió la cabeza.

—No, se ha negado a hablar desde que fue aprehendida. Permanece sentada y mira airadamente a cuantos se le acercan. —Se estremeció delicadamente—. No es una mirada que desease yo ver demasiado a menudo. Si la mitad de lo que se cuenta de ella es verdad, prefiero no pensar en lo que sería capaz de hacer. —Hizo una pausa—

Pero estoy divagando; tendré tiempo más tarde de explicarte el resto, y he olvidado ya la cortesía más elemental. Debes tener la boca seca después de tanto cabalgar, especialmente cuando abunda el polvo en el camino. Permite que al menos te ofrezca una copa de vino.

Era difícil rehusar el ofrecimiento, y si mostraba demasiado interés en ver a la prisionera, el anciano podría sospechar de sus motivos.

Forzó una sonrisa.

—Lo apreciaré mucho, Margrave; gracias.

Seguido a cortés distancia por su pequeño séquito, el Margrave condujo a Tarod a lo largo de los frescos pasillos del palacio de justicia hasta una antesala dispuesta para recibir a invitados importantes.

Tarod tuvo que dominar su inquieta impaciencia cuando el anciano ordenó a un criado que trajese, no solamente vino, sino también comida, y se esforzó en comer unos manjares exquisitos que su estómago no le pedía, mientras el Margrave se extendía contando las circunstancias de la detención de su prisionera. Las Hermanas, dijo, habían intentado dirigirse al norte y llevar a su cautiva a la Península de la Estrella, pero en cuanto tuvo él noticia de ello, insistió en que la empresa era demasiado peligrosa. Era mucho más seguro comunicarlo al Círculo, para que éste pudiese enviar una escolta de confianza; pero el mensaje había sido enviado por medio de una de las nuevas aves correo aquella misma mañana, y de ahí el asombro del Margrave de ver llegar tan pronto a un Adepto a la ciudad. Tarod escuchó cortésmente el torrente de palabras, asintiendo ocasionalmente con la cabeza o murmurando su aprobación, pero en el fondo, se sentía incapaz de aguantar más. Si la muchacha capturada era Cyllan, cosa, se recordó, que aún estaba por ver, el tiempo apremiaba; el ave mensajera entregaría la carta del Margrave en el Castillo al día siguiente a lo más tarde, y Keridil no perdería un momento en actuar en consecuencia.

Tenía que interrumpir la palabrería del Margrave sin manifestar su intención.

De pronto se dio cuenta de que el anciano le había hecho una pregunta que, sumido en sus propios pensamientos, no había comprendido.

Levantó rápidamente la cabeza.

—Perdón, ¿qué has dicho?

—Te he preguntado, señor, si has visto alguna vez a esa muchacha.

Tengo entendido que estuvo presa algún tiempo en el Castillo de la Península de la Estrella.

—Sí... La vi una o dos veces.

—Entonces, ¿la reconocerías si la vieses de nuevo?

—Ciertamente. —Tarod aprovechó la oportunidad que, sin darse cuenta, le ofrecía el Margrave—. En realidad, señor, creo que sería conveniente que la viese sin pérdida de tiempo.

El Margrave pareció vacilar.

—No deseo importunarte, Adepto. Debes de estar cansado...

—Me siento mucho mejor, gracias a tu hospitalidad.

—Bueno..., si así lo deseas, podrás hacerlo.

El Margrave se levantó, rígidamente, y le condujo fuera de la antesala y, a lo largo de más corredores, a la parte de atrás del edificio.

Mientras caminaban, Tarod le preguntó de pronto:

—Margrave, ¿qué ha sido de la joya que llevaba la muchacha?

Confío en que estará a buen recaudo.

—Así es. La Hermana Liss Kaya Trevire la tiene en su poder y tengo entendido que ha tomado precauciones contra su influencia.

—Muy prudente de su parte. ¿Y dónde está ahora la Hermana Liss?

—Ella y sus compañeras se alojan aquí, en el palacio de justicia.

—El Margrave pareció afligido—. No es un lugar adecuado para unas Hermanas de Aeoris, pero ellas insistieron en estar cerca de la prisionera.

Tarod asintió con la cabeza y no hizo comentarios. Habían llegado a una puerta atrancada, por debajo de la cual se filtraba la luz del día. Un hombre montaba guardia y, a un ademán del Margrave, se apresuró a levantar la barra y abrir la puerta.

Salieron a un pequeño patio amurallado, lleno de luz de sol. Un árbol florido en un rincón había tendido una alfombra de pétalos blancos sobre las losas y sobre una tosca jaula de madera emplazada cerca de él. Algo se movía dentro de la jaula, pero la vista de Tarod estaba bloqueada por dos personas de hábito blanco que se hallaban de pie delante de la jaula y parecían introducir algo entre los barrotes. Las dos Hermanas de Aeoris se volvieron al oír chirriar la puerta y, al reconocer al Margrave, se irguieron y se volvieron hacia él.

—Hermanas...

El Margrave se adelantó, pero Tarod se quedó atrás, incapaz de mirar más de cerca la jaula. El viejo estaba explicando las circunstancias de la llegada del Adepto, y al fin se volvió a Tarod y dijo: —Adepto, permite que te presente a la Hermana Liss Kaya Trevire y a la Hermana-Vidente Jennat Brynd.

Ambas mujeres se inclinaron en una reverencia que solía emplearse en los contactos de la Hermandad con el Círculo, y Tarod miró primero a Liss, rubia y entrada en años, y después a la más joven y morena, Jennat. Supo instantáneamente que la vidente era hábil; a diferencia de muchas de su clase que eran promovidas por la Hermandad por razones políticas más que espirituales, ésta tenía verdadero talento. Tendría que andarse con cuidado...

—Hermanas. —Saludó sucesivamente a las dos—. El Margrave me ha dicho que habéis aprehendido a uno de nuestros fugitivos. Si es verdad, el Círculo habrá contraído una importante deuda con vosotras.

Jennat le estaba observando atentamente y Tarod detectó un desafío en sus ojos; pero fue la Hermana Liss quien habló.

—Creo que puede haber muy pocas dudas sobre la identidad de la joven, Adepto.

Tarod no podía demorar más el temido momento. Se volvió y miró directamente la jaula de madera, y una mano pareció cerrarse sobre su corazón y sus pulmones, estrujándolos hasta cortarles la respiración.

Ella estaba sucia, manchada de barro, y en sus cabellos se advertía una chocante mezcla de rubio y castaño cobrizo; pero la cara menuda y contraída y los grandes ojos ambarinos le eran tan dolorosamente familiares que el reconocimiento fue como un golpe físico. Sus miradas se encontraron, se entrelazaron y ella se llevó una mano a la boca con incredulidad, y después se tapó la cara y él oyó su respiración jadeante y profunda.

Parecía casi exactamente igual como cuando había cruzado la barrera del tiempo para llegar, mojada y agotada, al Castillo, y punzantes recuerdos se agolparon en la mente de Tarod. Con ellos surgió la primera oleada de cólera al ver lo que estaba sufriendo Cyllan y comprendió que, a menos que pudiese dominarla por entero, la ira podría ser más poderosa que él. Sin embargo, la contuvo y se dio cuenta de que el Margrave y las dos Hermanas le estaban observando.

—¿Y bien, Adepto? —El Margrave se pasó la lengua por los labios, vacilando—. ¿Es ésta la muchacha que está buscando el Círculo?

No podía negarlo. Las Hermanas habían demostrado la identidad de Cyllan sin la menor sombra de duda y estaban esperando solamente su confirmación. Poco a poco, Tarod se acercó a la jaula y en el mismo instante, Cyllan apartó las manos de su cara. Ocultando su gesto al Margrave y a las Hermanas, hizo con la mano izquierda una pequeña señal de advertencia, esperando que ella la comprendiese.

—Sí —dijo, con voz serena—. Esta es la muchacha.

Cuando el pequeño grupo se alejó de su prisión, Cyllan siguió con la mirada a Tarod, con un ansia y un afán que la hicieron temblar irremisiblemente. Desde que empezara la pesadilla de su captura, había pensado solamente en él, atormentándose con visiones de un futuro tan breve que había perdido toda esperanza de volver a verle.

Antes de su llegada a Ciudad de Perspectiva, había hecho dos intentos de escapar de las Hermanas, pero en ambos había fracasado, y aunque no era propio del carácter de Cyllan darse por vencida, se dio cuenta de que cualquier otro intento de fuga habría sido inútil. Aunque pudiese escapar, cosa muy improbable, no podía esperar recuperar la piedra del Caos y, sin ella, la causa de Tarod estaba perdida. Ella no tenía poder propio; sólo podía desafiar y maldecir en silencio a las que la habían capturado mientras esperaba que la llevaran a la muerte.

Pero ahora... Se frotó furiosamente los ojos, todavía medio convencida de que había estado dormida y soñando, pero la alta figura de Tarod no osciló ni se desvaneció. Parecía demacrado, cansado, desaliñado; pero estaba vivo y había venido a ella. De alguna manera había engañado a las Hermanas y al Margrave y, por primera vez desde que se había descubierto su propio engaño, sintió Cyllan que renacía su esperanza. Si él pudiese encontrar la manera de...

La Hermana Jennat, que caminaba a un lado del pequeño grupo, miró de pronto por encima de su hombro hacia la jaula, y Cyllan sintió un vivo escalofrío de inquietud, como si aquella mujer espiese sus pensamientos. Había olvidado las dotes de Jennat con la impresión de ver a Tarod, y ahora volvió rápidamente la cara, tratando de nublar su mente y contrarrestar el intento de la vidente de sondear en ella. Al cabo de unos momentos, Jennat miró a otra parte y Cyllan respiró de nuevo. Si la suerte la acompañaba, y ahora la necesitaba desesperadamente, la Hermana de oscuros cabellos no tendría ocasión de encontrar nada sospechoso en lo que veía. Llenando de aire sus pulmones y esforzándose en calmar las palpitaciones de su corazón, Cyllan se sentó a esperar. Era lo único que podía hacer.

—La identidad de la muchacha es indiscutible —dijo Tarod a sus acompañantes—. Como le he explicado al Margrave, la vi durante su cautiverio en el Castillo y, a pesar de su disfraz, no me cabe la menor duda de que es ella. Sin embargo, existe todavía la cuestión de la joya.

Me gustaría verla.

Inmediatamente se dio cuenta del vivo escrutinio de la Hermana Jennat, y unas campanas de advertencia sonaron en lo más hondo de su mente. Algo, no podía decir qué, aunque esto importaba poco, había puesto sobre aviso a la vidente, y podía percibir un furtivo y sutil intento de sondear sus pensamientos. Los bloqueó rápidamente, vio que ella vacilaba un momento, y se dio cuenta de que, aunque no pudiese saber lo que él estaba pensando, su acción defensiva había aumentado sus sospechas. Una desagradable

impresión de urgencia empezó a inquietarle. Si la Hermana Liss podía sentirse intimidada por la autoridad de un Adepto de alto rango, Jennat era harina de otro costal. Tenía que llevarse a Cyllan de allí antes de que arraigasen y creciesen las dudas de la Hermana.

Liss inclinó la cabeza, asintiendo.

—Desde luego, Adepto, si deseas ver la gema, la tengo aquí, en mi bolsa. Aunque, discúlpame por decirlo, me pregunto si no sería una imprudencia exhibirla. Hemos tomado ciertas precauciones...

La impaciencia de Tarod fue en aumento, pero trató de disimularla. —Comprendo tu preocupación, Hermana Liss, pero necesito estar seguro de su autenticidad.

—Hermana...

Jennat silbó involuntariamente esta palabra y, después, palideció cuando Tarod le dirigió una rápida y colérica mirada. Liss estaba hurgando en su bolsa, con movimientos desesperadamente lentos, y Tarod tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudirla para que se diese prisa. No se atrevía a mirar hacia la jaula de Cyllan y rezaba en silencio para que Jennat no volviese su atención a ella y viese lo que estaría pensando. Sentía una turbadora mezcla de impaciencia y temor al observar los torpes esfuerzos de Liss; necesitaba la piedra, quería tocar su familiar contorno y saber que volvía a controlar su poder; y sin embargo, el miedo de que pudiese sucumbir a la antigua influencia de la joya, de que el siervo pudiese convertirse en amo, era demasiado fuerte.

—Aquí está.

Liss sacó finalmente un trozo de paño blanco cuidadosamente doblado y Tarod vio el signo del relámpago de los Dioses Blancos bordado en él.

Procuró que no se advirtiese en su voz el alivio que sentía y dijo:

—Gracias, Hermana. Si me permites ver la piedra...

Jennat se estaba mordiendo el labio, mirando nerviosamente de Tarod a Liss y de nuevo a Tarod. La mujer mayor empezó a desplegar el paño; algo brilló fríamente entre sus pliegues, y Tarod sintió una oleada de cruda emoción, de poder; una sensación que casi había olvidado y que le asaltó tan inesperadamente que no pensó en controlarla...

— ¡Hermana, no!

El frenético grito de Jennat cortó el aire inmóvil como la hoja de una espada y, en el mismo momento, se abrieron los últimos pliegues del paño, descubriendo la piedra del Caos en la mano de Liss. Tarod giró en redondo y su mirada se cruzó con la de la joven morena:

su cara era una máscara de horror, y él vio en sus ojos el pasmado asombro con que ella le había reconocido por lo que era en realidad.

La Hermana Liss se estaba volviendo, alarmada por el aviso de Jennat, pero sin entender todavía lo que la vidente había comprendido.

Sin detenerse a pensarlo, Tarod agarró la piedra de la palma de Liss... y una tremenda sacudida física agitó todo su cuerpo, como si hubiese sido herido por un rayo. Su mano izquierda se cerró sobre la gema y un sentimiento atávico y titánico de poder inundó su mente, borrando toda razón y prendiendo fuego a una furia instintiva. No podía pensar lógicamente como un mortal; la cara de Jennat era como una mancha borrosa y el grito quejumbroso del Margrave fue como un lejano e insignificante gorjeo de un pájaro; Tarod extendió el brazo izquierdo en dirección a Jennat y el poder resurgió dentro de él.

El árbol florido del rincón se convirtió en una columna de llamas blancas y una luz cegadora inundó el patio. Lenguas de fuego cayeron sobre la jaula y los barrotes de madera se encendieron como antorchas.

Tarod vio que Cyllan se echaba atrás y gritó su nombre, llamándola a su lado. Ella se tambaleó, recobró el equilibrio, y entonces vio él que se lanzaba a través del rugiente arco de fuego que consumía la jaula, iluminada grotescamente su figura y contraída su cara en una expresión salvaje de triunfo. Alargó un brazo y la mano derecha de él se cerró sobre la suya apretándole ferozmente los dedos, y entonces entre el estruendo, oyó chillar a la Hermana Jennat:

— ¡No! Hermana, ¡ayúdame! ¡Detenedles!

Salían hombres de la puerta del palacio de justicia, el Margrave trataba de cerrarles el paso, y vio que Jennat, una mancha confusa de ropa blanca y cabellos endrinos, se lanzaba contra él. No pensó; no podía pensar; su furia instintiva era demasiado fuerte. Un ademán, y

Jennat chilló como una bestia torturada, retorciendo el cuerpo en un baile espantoso antes de estrellarse contra el suelo, aplastados sus huesos y borrado todo atisbo de vida de sus ojos.

A través de una niebla roja, vio Tarod que la Hermana Liss retrocedía a cuatro patas y la oyó gemir en un tono agudo e insensato.

Atrajo a Cyllan a su lado, giró en redondo y se halló cara a cara con el Margrave. El anciano tenía las facciones torcidas por el terror, pero estaba tratando de cerrarle el paso, con la milicia a su espalda Tarod alzó de nuevo la mano y el anciano se tambaleó de lado, empujado por una fuerza que le lanzó a través del patio. Los milicianos se echaron atrás, en

horrorizada confusión, y Tarod se abrió camino entre ellos, percibiendo sólo vagamente la presencia de Cyllan a su lado. La puerta se rompió, destrozada por la fuerza loca que brotaba de él, y pronto corrieron los dos por los pasillos que serpenteaban y se dividían delante de ellos. Aparecían y desaparecían caras, gritando aterrorizadas, y se hallaron ante la puerta de doble hoja de la entrada principal.

La muchedumbre que estaba en la avenida se abrió, como las hojas azotadas por un vendaval, cuando salió corriendo del palacio de justicia el oscuro y demoníaco personaje. Para la retorcida conciencia de Tarod, la escena era una pesadilla de formas enloquecidas y ruidos espantosos; la fuerza del Caos se había apoderado de él, y los cuerpos arremolinados y las voces estridentes no significaban nada. Una luz negra centelleaba a su alrededor, iluminando el rígido semblante y los ojos de poseso. Algo se movió en el borde de la multitud, y él le envió mentalmente una orden implacable; el gran caballo bayo se encabritó y bailó, pero él le dominó con su voluntad y, casi automáticamente, levantó a Cyllan sobre el lomo del animal y saltó sobre la silla detrás de ella.

La sensación de aquellos músculos hinchados y poderosos debajo de él le devolvieron un poco de su cordura; gritó con fuerza una orden, y el caballo dio media vuelta y se lanzó al galope en dirección a las murallas de la ciudad y a la libertad.

Capítulo séptimo.

Sudoroso, el caballo bayo se detuvo al abrigo de un enorme pino que marcaba el extremo del bosque del sur de la provincia de Perspectiva.

Los últimos reflejos rojos de sangre del Sol poniente eran todavía visibles en el oeste, pero el crepúsculo había borrado todo el color de los árboles, confundiendo la sombra con la noche que se avecinaba y tendiendo una mortaja negra como el carbón sobre el paisaje.

Tarod se deslizó de la silla, sintiendo un terrible dolor en la espina dorsal cuando sus pies chocaron con el suelo desigual, y por un momento apretó la cara contra el flanco de la bestia, sintiéndose agotado.

Después alzó los brazos y asió a Cyllan de la cintura para bajarla del caballo. Cuando ella le miró, su cara era un óvalo pálido e indistinto, en el que solamente los ojos parecían como tiznados de negro en la creciente penumbra. El sintió que los dedos de Cyllan se cerraban sobre sus brazos para conservar el equilibrio y, entonces, ella acabó de apearse y se agarró súbitamente a él.

— Tarod...

Pronunció su nombre una y otra vez, como si fuese un talismán y él la llevó hacia el lugar donde unos brezos enmarañados formaban un refugio natural y las hojas caídas de los pinos simulaban una suave alfombra sobre el césped. Se sentaron juntos en aquel lecho improvisado y al fin ella levantó la cabeza y le miró.

—Creí que nunca volvería a verte. —Sus dedos tocaron indecisos la cara de él, como si no confiase en lo que veían sus ojos—. Te estuve buscando escuchando todos los rumores, esperando... Creía que tenías que estar vivo, pero...

—Silencio. —Tarod la besó, conmovido por la dolorosa familiaridad de su piel bajo los labios—. No digas nada.

Los cabellos de Cyllan le rozaron la cara y él los apartó a un lado, resiguiendo con los dedos el contorno de su rostro. Ella se sentía muy pequeña, muy vulnerable., y cuando él la besó de nuevo, volvió la cabeza para que su boca se encontrara con la de ella, y él la atrajo más hacia sí, de modo que la capa que llevaba les envolvió a los dos. A pesar de la fatiga, despertaban en él unos sentimientos que no podía y no quería contener; impulsado por una

comprensión que no se atrevía todavía a reconocer, la necesitaba y la deseaba con una fuerza desconocida antes de aquel momento.

Ella iba a hablar, pero los labios de él le impusieron silencio, y Tarod sintió que ella le respondía, vacilante al principio pero después con creciente fervor, mientras los recientes terrores cedían a las emociones del momento. El caballo resopló junto al árbol y Cyllan se sobresaltó nerviosamente; Tarod le sonrió y la estrechó con más fuerza.

—No temas, amor mío —dijo suavemente—. Nada puede dañarte. Ahora no...

Mucho más tarde, Cyllan se despertó de un sueño intranquilo y vio que Tarod estaba de pie en el borde del bosque, su silueta se recortaba contra un cielo impregnado de luz gris de plata. Ambas lunas estaban en lo alto, pero poco más que en cuarto creciente; se había levantado un viento insidioso que agitaba los árboles floridos y apartaba los negros cabellos de la cara de Tarod, dando a su perfil un relieve anguloso. A su lado estaba el bayo, con la cabeza gacha y dormitando; en cambio, Tarod no había dormido, según pudo ver Cyllan por la curvatura de sus hombros; su inquietud era un aura palpable.

Ella se puso silenciosamente en pie, recogiendo la capa con que la había cubierto él, y se le acercó despacio. Al oírla, Tarod se volvió, y ella vio que tenía algo en la mano, algo que brillaba fríamente. Su sonrisa estaba matizada de tristeza.

—Deberías seguir durmiendo.

—No estoy cansada, ya no. —Le tocó la mano; estaba helada, y Cyllan le envolvió en la manta—. ¿Y tú...?

—Creo que no podría dormir aunque quisiera.

Sus dedos se movieron inquietos y la piedra del Caos captó y reflejó un vivo destello de luz. Durante casi dos horas, Tarod estuvo contemplando el paisaje de perspectivas deformadas por las lunas, buscando en su mente la respuesta a un dilema que sabía que no podía resolver, y se sintió incapaz de expresar a Cyllan los sentimientos que le agitaban. Se había creído inmune a la influencia de la piedra del Caos, pero se había equivocado; los lamentables sucesos del día anterior lo habían demostrado sin dar lugar a dudas. El antiguo poder había vuelto a él y lo había empleado sin reparar en las consecuencias..., y ahora se debatía entre su aversión a la piedra y el embriagador conocimiento de que volvía a estar entero. Por muy maligna que pudiese ser la joya, fuese cual fuere su herencia caótica, contenía su alma, era parte integrante de él y, sin ella, habría sido poco más que una cáscara vacía.

La noche pasada, cuando había hecho el amor con Cyllan le pasmó la intensidad de sus propias emociones. Los largos y solitarios días en que se había sentido vacío y sin alma dejaron su huella, y casi había olvidado lo grande que podía ser la fuerza de las pasiones humanas, buenas o malas. Era como si su existencia tomase dimensión, una dimensión en que cada sentido, cada sentimiento, cada pensamiento, eran más brillantes, claros y agudos. Una vez dijo a Cyllan que, hasta que recobrase su alma, no podía amar ni entregarse de la manera que realmente deseaba, y ahora se daba cuenta de lo verdaderas que fueron sus palabras. Sin embargo, la piedra, sin la cual estaba solamente vivo a medias, le imbuía una maldad a la que había ya sucumbido una vez y a la que, sin duda, volvería a sucumbir. Esta era la naturaleza del dilema, y a Tarod le resultaba difícil vivir consigo mismo.

Estaba dando vueltas y más vueltas a la piedra en su mano, cuando de pronto sintió que los dedos de Cyllan se entrelazaban con los suyos, deteniendo el movimiento.

—Tus pensamientos no son felices, Tarod —dijo ella a media voz—. ¿Estabas pensando en lo que sucedió en Perspectiva?

El la miró y suspiró.

—Sí. Y me estaba preguntando qué vería en tus ojos cuando te despertases, y si podría resistirlo.

— ¿Por qué no habrías de poder? ¿Tanto crees que he cambiado?

Tarod sacudió la cabeza. Hizo un indeciso intento de retirar la mano, pero ella no la soltó.

—Ayer viste por primera vez la fuerza que realmente me anima, Cyllan —dijo—. Viste mi alma, y esta alma no es humana. Viste el Caos.

—Vi a Tarod como veo a Tarod ahora... y como he tocado y he sentido a Tarod esta noche.

—Entonces tal vez no comprendes todavía lo que realmente soy.

La cara de ella estaba parcialmente cubierta por la cortina de sus cabellos, pero incluso en la penumbra pudo ver él una extraña y ardiente intensidad en sus ojos.

—Oh, sí, creo que lo comprendo —dijo obstinadamente ella—.

Sé que me amas lo bastante para haberme salvado la vida, sin importarte el precio que habrías de pagar por ello. En cuanto a si el motivo procede del Orden o del Caos, ¿esto no importa, Tarod! Es un sentimiento humano, una emoción de mortal. —Le apretó con fuerza los dedos—. ¿No demuestra esto dónde está la verdad real? Sí; mataste a alguien. Pero lo hiciste para salvarme. ¿Y no sería hipócrita si te condenase por no haber hecho más de lo que hice yo?

Tarod comprendió lo que ella estaba diciendo y, al fin, vio confirmado algo que había oído pero de lo que dudaba. Se desconcertó un poco al descubrir que esta confirmación no le pilló por sorpresa.

—Entonces es verdad, tú mataste a Drachea Rannak... —dijo.

Cyllan se apartó de él.

—Sí. Yo le maté, y no puedo lamentarlo. He tratado de sentir remordimiento, pero no he podido; no, después de lo que él trató de hacernos. —Al fin le soltó la mano y caminó hacia el borde del bosque, contemplando los montes de Perspectiva, pero sin captar nada del paisaje—. Empleé la piedra para matarle, y la emplearía de nuevo..., la emplearía ahora, si tuviese que hacerlo. ¿Hace esto que sea mala?

—No. Pero...

—Tarod, si te cuesta reconciliarte con tu conciencia, entonces sólo puedo rezar para que comp rendas y me perdones por lo que he hecho...

El se acercó a ella.

—Sabes que no hay nada que perdonar. Si...

Ella le interrumpió de nuevo, con voz inesperadamente dura.

—No me refiero solamente a Drachea. Hay más.

—Más —Tarod vaciló; después apoyó las manos en los hombros de ella, atrayéndola hacia sí, aunque ella todavía no quiso mirarle—.

Dímelo.

Sintió que Cyllan temblaba, y esta vez pareció que tenía que hacer un gran esfuerzo de voluntad para hablar.

—Tú rechazaste tu propia alma porque no querías tener parte de una herencia maligna — dijo—. Yo, en cambio, no pude seguir tu principio, y creo que esto me hace mucho más mala que tú. Mira.., hice un pacto con el Caos para conseguir tu libertad.

Los dedos de Tarod apretaron reflexivamente los músculos de su hombro, pero ésta fue la única señal externa de la impresión que sentía. Cyllan levantó poco a poco el brazo izquierdo y volvió hacia arriba la palma de la mano, para que se arremangase la manga de su chaqueta.

Incluso en la penumbra, pudo ver él la oscura cicatriz que, como una quemadura, manchaba su piel.

—Yandros hizo esta marca —le dijo Cyllan pausadamente—.

Besó mi muñeca para sellar nuestro pacto.

Tarod, pasmado, le asió el brazo, pero lo hizo con amabilidad. La piel estaba arrugada y, al tocar la cicatriz, pudo sentir su origen; era un estigma que el tiempo no podría borrar. Recordó con terrible claridad la cara de Yandros; la boca orgullosa y sonriente, los ojos siempre cambiantes, el poder que desafiaba los conceptos mortales... El había retado a Yandros una vez, y le había vencido; pero comprendía al Caos mejor que cualquier otro hechicero, y sabía cómo emplear las propias armas del Señor de las Tinieblas contra él. La idea de que Cyllan, inexperta y sin protección, se había enfrentado con aquel poder, le estremeció hasta la medula.

Sin saber cómo expresar sus sentimientos con palabras, dijo: — ¿Pero... , cómo pudo él llegar hasta aquí? Estaba desterrado.

Cyllan cruzó con fuerza los brazos.

—Yo le llamé..., supongo que tú dirías que le rogué... y él me respondió. Es cuanto sé. Apareció en mi habitación y... y accedió a ayudarme.

Cerró los ojos, tratando de expulsar de la memoria aquella sensación de poder espantoso y el miedo paralizador que podía todavía engendrar.

Tarod lanzó un fuerte y largo suspiro, dominando el impulso de maldecir el mundo y todo lo que había en él. —Cyllan... Cyllan, ¡lo que hiciste fue una locura! ¿Por qué actuaste tan temerariamente?

Ella se volvió al fin, con los ojos brillantes.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Tú ibas a morir, y Yandros era el único, aparte de mí, que quería que vivieses. —Una extraña y amarga sonrisa deformó su semblante—. ¿Crees que Aeoris habría intervenido para salvarte la vida?

Ella llamó a la quintaesencia del mal, aceptando la condenación, y todo por él... Tarod sintió un ciego furor al pensar en lo que tenía que haber sufrido y, al mismo tiempo, se sintió dolorosamente conmovido por su valor. Ciertamente él habría hecho lo mismo y más por ella, sin pensarlo dos veces; pero él conocía demasiado al Caos para temerlo. Pero Cyllan era diferente. Interpretando erróneamente su silencio, Cyllan se apartó de él, súbitamente afligida. Su jactancia desafiadora había durado poco; ahora agachó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Sé lo que él te ha hecho, lo que es..., ¡pero no tenía alternativa! Tenía que salvarte, y sólo podía apelar a su poder. Por favor, Tarod, no me odies.

—¿Odiarte? —Hizo una pausa, después la asió y, cuando ella trató de resistirse, la estrechó con fuerza entre sus brazos—. ¿Acaso no me conoces, Cyllan? —Su tono era ardiente—. Lo único que importa, lo único que me preocupa, es el riesgo que corriste.

Conozco a Yandros, y sé que no da absolutamente nada sin tomar en pago más de lo que recibe. —La terrible idea que había tratado de no expresar brotó súbitamente de sus labios—
¿Qué le prometiste a cambio de su ayuda?

Cyllan levantó la mirada y pestañeó.

—Mi lealtad.

—Lealtad...

—Fue todo lo que me pidió. —Rió en un tono extraño, entrecortado —. Dijo que ya me había condenado a los ojos de mis propios dioses al llamarle; por consiguiente, ¿qué tenía que perder?

Esta generosidad no era propia de la naturaleza de Yandros. Tenía que haber tenido otro motivo y ese motivo era de mal agüero...

—El quiere que vivas, Tarod —dijo Cyllan—. Así me lo dijo. Y parece que quiere que yo sobreviva también..., al menos por ahora. —

Sonrió, aunque tristemente—. Le pedí que me matase, para librarte del pacto que habías hecho con el Sumo Iniciado, pero se negó. Dijo... dijo que yo podía serle útil. Y así cerramos el trato.

El le acarició amablemente la cara y la emoción nubló sus ojos verdes.

—No sé qué decirte; las palabras son insuficientes. Tanto amor, tanto valor...

Ella sacudió la cabeza.

—No fui valiente. Tenía miedo de él... y todavía lo tengo. —Le miró a la cara—. ¡Tengo tanto miedo de lo que pueda ocurrir si le defraudo!

La mente de él se puso en contacto con la de ella, y percibió la profundidad de aquel miedo. Entrecerró los ojos, y, durante un momento enervante, su expresión recordó demasiado a Cyllan la del Señor del Caos.

—Yandros no te hará daño —dijo suavemente Tarod—. Por más que diga, su poder en este mundo es limitado. Le vencí una vez, y puedo hacerlo de nuevo. —Su tono se endureció—. Si te amenaza le destruiré. Puedes creerlo, Cyllan.

No sabía si ella había quedado convencida por sus palabras, y no quiso poner en tela de juicio su propia creencia en ellas, pero después de unos momentos, menguó un poco la resistencia que había percibido en sus músculos, aunque el cuerpo seguía dolorosamente tenso.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella.

La decisión no fue fácil..., pero la bravura de Cyllan y el miedo que ésta sentía ahora como resultado de lo que había hecho, sirvieron para reforzar la resolución de Tarod. Apretó la cara contra los cabellos de ella y dijo:

—Iremos a Shu-Nhadek, como siempre habíamos pensado hacer.

Encontraremos, de algún modo, la manera de ir a la Isla Blanca...

—Pero...

—No, escúchame, amor mío. Encontraremos la manera de ir a la Isla Blanca, y allí apelaremos directamente al único poder del mundo capaz de ayudarnos.

Cyllan le miró con terrible desaliento, pero no dijo nada.

—Solamente Aeoris puede contrarrestar el mal de la piedra del Caos —siguió diciendo Tarod—. Yandros puso pie en este mundo a través de mí, y solamente yo puedo tomar la decisión de cambiar las cosas. No soy lo bastante fuerte para luchar solo contra él. Debo entregar la piedra a los Señores Blancos... Es la única manera.

—Pero es más que una joya, Tarod; es tu propia alma.

—Lo sé. Pero ya has visto la locura que se ha apoderado de la Tierra. Directa o indirectamente, es obra de Yandros; es como una epidemia que corroe a todos y todo, y si no la detenemos, pronto no habrá remedio. Ha que hacerlo, Cyllan. Al menos encontraremos en manos de Aeoris la justicia que nos negó el Círculo.

Ella no podía discutir su razonamiento; pero tampoco podía silenciar la vocecilla que murmuraba una advertencia en lo más recóndito de su mente. Estaba cansada, demasiado cansada para pensar con coherencia, a pesar de lo que había dicho a Tarod, y podía ver la necesidad de dormir en los ojos de él, aunque él no la advirtiese. Se echó atrás, desprendiéndose de los brazos de él pero sin soltar su mano, y miró por encima del hombro los oscuros y nebulosos montes.

—Vuelve al refugio conmigo. —Su voz era dulce—. Las lunas están declinando; pronto amanecerá. Deberíamos descansar mientras podamos.

El la siguió, al dirigirse ella a su escondrijo. El sueño sería una bendición, si podía conciliarlo, y cuando se tumbaron en el suelo, hizo que ella se acercase más y cubrió a los dos con su capa. Ella apoyó la cabeza en el brazo de él y Tarod pensó que se había dormido cuando su voz, en tono grave, le sorprendió.

—Tarod... Cuando esto termine..., si es que termina...

—Cuando termine, amor mío. Piensa solamente en el cuando.

Un ligero movimiento le dijo que ella asentía con la cabeza.

—Cuando esto termine..., espero que podré ver de nuevo a la Hermana Erminet. Fue tan buena, tan amable... Sin ella, te habría perdido, y creo que nunca podré pagarle esta deuda.

—Sé lo que hizo. —El recuerdo de la cara de la anciana Hermana apareció vivo y claro en la mente de Tarod, y su voz tembló al pronunciar la última palabra. Cyllan se volvió entre sus brazos.

— ¿Qué pasa?

Habría podido ocultarle la verdad, al menos por esa noche, pero le pareció que sería un insulto para Erminet, que apreciaba la sinceridad por encima de todo.

—Erminet murió —dijo sencillamente.

—¿Cómo?

—El Círculo descubrió lo que había hecho para ayudarnos, y fue detenida. Ella se quitó la vida mientras estaba bajo vigilancia en el Castillo. —Tarod se dio cuenta de que su voz sonaba hueca, remota, indiferente; algo muy distinto de lo que sentía—. Era una herbolaria muy competente —prosiguió, impresionado por la inquietante sensación de que hablaba en un vacío—. No debió sentir dolor, ningún sufrimiento... ¡Aunque saben los dioses que eso no es un gran consuelo!

—Su tono se volvió furioso y lo dominó con dificultad—. No se merecía ese destino. Y su muerte es una más a cargar en mi cuenta.

— No. En la de Keridil —dijo Cyllan, con voz débil.

El suspiró.

—Keridil no hubiera tenido nada en contra de Erminet de no haber sido por mí, y no trataré de cerrar los ojos a esta verdad.

—No, Tarod. —Cyllan cerró con fuerza los párpados para contener las lágrimas—. La Hermana Erminet te lo habría discutido. Casi puedo oír lo que te habría dicho.

Yo tomo mis decisiones por mis propias razones, y si crees que tus opiniones pueden hacerme vacilar, será mejor que lo pienses de nuevo, ¡seas o no un demonio del Caos! Era una buena paráfrasis de lo que Erminet hubiese replicado agriamente a cualquier intento de influir en ella. Había tomado sus propias decisiones, tanto en la manera de morir como en todo lo demás. Tal vez, a pesar de su acusación contra sí mismo, Cyllan tenía razón.

—Que Aeoris guarde su alma —murmuró Cyllan.

Los dedos de Tarod acariciaron suavemente sus cabellos. Ella estaba casi dormida y probablemente no entendió lo que dijo él.

—O Yandros... —replicó Tarod a media voz.

La lluvia había avanzado durante la noche para barrer el sector occidental de Chaun Meridional. La vista de la cortina gris que empapaba los campos más allá de las elegantes ventanas de la Residencia irritaba a Ilyaya Kimi, que esperaba impaciente la llegada de sus doncellas.

Todo estaba a punto, el viaje había sido preparado hasta el último detalle... y ahora, esto. Era evidente que se empaparía incluso al dar los pocos pasos que separaban la litera de la puerta principal, y era demasiado vieja para correr a refugiarse, aunque esa simple idea no hubiese sido un insulto a su dignidad. Por lo tanto, permanecería sentada, atarida y temblando, en aquel maldito palanquín, mientras la humedad la calaba hasta los huesos, y sin nada mejor que hacer que escuchar el repiqueteo de la lluvia sobre el dosel. Y ante ella se extendía todo el tedio de los toscos caminos y del estuario de Perspectiva que tendría que cruzar antes de llegar a una carretera decente... Irritada, apoyó una mano en el brazo del sillón y se levantó con dificultad. Las doncellas se retrasaban; les había dicho que viniesen a atenderla una hora después de que sonase la campana para la oración de la mañana, y el reloj de arena que estaba sobre la mesa le decía que había pasado sobradamente aquella hora. Frunciendo, malhumorada, los labios, asió la campanilla colocada al lado del reloj de arena y la sacudió enérgicamente. Al cabo de unos momentos tuvo la satisfacción de oír unas pisadas presurosas en el pasillo; después se abrió la puerta y entraron sus dos doncellas.

—Perdónanos, Matriarca; pero estábamos tan atareadas preparando la litera...

—Llamad —dijo la anciana, interrumpiendo sus disculpas—.

¿Cuántas veces tengo que deciros que llaméis antes de entrar en mi habitación? Salid y hacedlo.

Las doncellas intercambiaron una irónica mirada antes de cumplir la orden y, cuando entraron por segunda vez, Ilyaya, satisfecha, asintió brevemente con la cabeza.

—Así está mejor. Os habéis retrasado, pero lo olvidaré por esta vez. ¿Cómo están los preparativos?

—Muy bien, señora. El palanquín está listo; los caballos de carga también, y la Hermana Antasone nos ha dicho que acaban de ver la escolta acercándose a la Residencia. Sin duda llegará dentro de diez minutos y podremos salir cuando tú lo desees.

—Bien. —De nada serviría demorar la partida, por cuesta arriba que se le hiciese el viaje. Era mejor iniciarlo y terminar cuanto antes—

¿Y lo de Shu-Nhadek? —preguntó.

—El mensajero partió hace dos días, Matriarca, para avisar al Margrave. Este comprenderá el honor que le haces y te dará alojamiento con las mayores comodidades posibles.

—Así lo hará, si ha vuelto del Norte —observó agriamente Ilyaya

—. Si no, sólo Aeoris sabe la confusión que encontraremos. —

Volvió rígidamente a su sillón, suspirando de alivio al sentarse de nuevo—. Está bien. Podéis traerme mi capa de viaje y mi maleta personal.

Y quiero ver a la Maestra de Novicias antes de marcharme.

—Sí, señora.

Las mujeres salieron para cumplir sus tareas y dejaron a Ilyaya tamborileando con sus dedos nudosos e impacientes sobre el brazo del sillón.

La Hermana Fayalana Impridor estaba sola en el Salón de Oraciones cuando la encontraron las doncellas de la Matriarca. La Maestra de Novicias levantó la mirada del montón de libros de la Ley de Aeoris que estaba arreglando después de las plegarias de la mañana, y sonrió lentamente.

—Buenos días, Missak. ¿Está preparada la Matriarca para emprender el viaje?

—Lo está, Hermana, y pide que vayas a verla antes de la partida.

—Desde luego, iré enseguida. —Fayalana dejó los libros, se sacudió el hábito y siguió a Missak hacia la puerta. Cuando salieron al pasillo, arqueó las cejas y preguntó—: ¿Cómo está hoy la Matriarca?

La pregunta tenía claramente un doble significado, aunque sólo las Hermanas más antiguas se atrevían a hablar de él. Missak sonrió débilmente.

—Dicho entre nosotras, Hermana, estaba un poco malhumorada y pensamos que iba a darle una de sus rabetas, pero parece que le pasó.

—Demos gracias a la Providencia —dijo fervientemente Fayalana

—. Ya tenemos bastantes preocupaciones, tal como están las cosas... y no es, desde luego, que la Matriarca pueda evitar sus pequeñas manías. Es una dolencia que sufriremos todas a medida que nos hagamos viejas.

Missak asintió con la cabeza.

—A veces, Hermana, me despierto por la noche y me pregunto si debería ella emprender este viaje. A fin de cuentas, tiene más de ochenta años y no es una mujer vigorosa.

La mirada de Fayalana se ablandó.

—Sé lo que sientes, porque esto nos preocupa a todas. Pero es algo que no puede delegar, Missak. La ley de Aeoris prohíbe que nadie salvo el verdadero triunvirato se siente en el Cónclave: no puede haber apoderamiento ni sustituciones, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Pero ella debería retirarse, Hermana. A su edad no debería cargar con estas responsabilidades.

Los ojos negros de Fayalana parecieron mirar hacia dentro durante unos momentos, como si viese algún significado oculto en las palabras de la otra mujer. Entonces su cara se animó y dijo secamente:

—Estoy de acuerdo, Missak. ¡Pero no quisiera ser yo la encargada de sugerírselo!

Aproximadamente al mismo tiempo que la Matriarca y su séquito iniciaban el fatigoso viaje en dirección sudeste, hacia el Estuario de Perspectiva, una embarcación se balanceaba en el ligero oleaje del muelle de la Isla de Verano. Tanto en cubierta como en el extremo de tierra de la plancha reinaba mucha actividad; los hombres bajaban y subían con provisiones, pertrechos, baúles; un torrente al parecer inagotable de artículos hacían la peligrosa travesía desde el muelle hasta el barco. En la cubierta de popa, bajo la sombra del palo mayor, un hombre joven con la faja azul distintiva de los capitanes de barco observaba las operaciones con mirada tranquila y práctica, mientras la tripulación estaba sentada en el suelo o en la borda, hablando distraídamente o jugando a cuartos o a golpear el anda. De vez en cuando, sonaba una carcajada sobre la algarabía general si alguien ganaba una buena puesta.

En el muelle, muy apartados de aquella confusión, dos caballos engualdrapados se agitaron inquietos entre las varas de un carruaje descubierto, hasta que una viva palabra del conductor hizo que se tranquilizaran. Detrás de ellos, uno de los dos ocupantes del carruaje observaba la distante actividad con gran interés. Era un joven delgado, de cabellos castaños y de unos diecisiete años, de bellas facciones a no ser por la prominente nariz que dominaba su cara. Intentaba dejarse crecer el bigote, tanto para contrarrestar el efecto de la nariz como para parecer un poco mayor; pero hasta ahora le había crecido poco.

Su lujoso atuendo (chaqueta bordada y de anchas mangas sobre unos pantalones de seda; cinturón repujado, del que pendía una espada corta y envainada, puramente decorativa) estaba lleno de arrugas por haber permanecido tanto tiempo sentado. Los muelles del carruaje chirriaron cuando el joven estiró una pierna en la que le había dado un calambre y lanzó un suspiro; su acompañante, un hombre mucho mayor que él, le miró de reojo.

—¿Estas fatigado, Alto Margrave?

Fenar Alacar se frotó los ojos.

—En realidad no, Isyn. Sólo cansado de esperar.

—Fue tuya la idea de venir a ver los preparativos. —El viejo vaciló y después sonrió con cierta timidez—. Con el debido respeto, Señor.

—No me des ese tratamiento, Isyn; sabes que hace que me sienta incómodo. Yo te llamé «Señor» durante muchos años en vida de mi padre y no puedo acostumbrarme a la idea de que todo se haya vuelto ahora del revés. —Fenar trataba de disimular su aburrimiento y su frustración, pero el esfuerzo era demasiado grande—. Todo eso —e indicó el bullicioso muelle con un movimiento imperioso de una mano que recordó vivamente a Isyn el antiguo Alto Margrave— parece un jaleo innecesario y una pérdida de tiempo. ¡Maldita sea, hay menos de un día de viaje hasta el continente y, en cuanto lleguemos a Shu- Nhadek, estaré tan bien alojado como si no me hubiese movido de mi palacio! Mira, hay bastante comida para toda una compañía de la milicia, y mi vajilla, mis copas y cuchillos; incluso mi sillón para sentarme. ¡Es ridículo!

Isyn sacudió la cabeza. Doce años de enseñanza y el muchacho todavía no parecía comprender del todo lo que era y por qué debía ser tratado de esta manera.

—Es una precaución necesaria, Alto Margrave, especialmente tal como están las cosas. No podemos correr el menor riesgo de que te ocurra una desgracia.

Fenar lanzó un bufido.

—Y por eso tengo que tener un ejército de cocineros y hombres que prueben la comida, me hagan la cama y quiten el polvo a mi sillón, y sufrir la frustración de esperar y esperar mientras cargan en el maldito barco una enorme cantidad de tonterías superfluas. —Miró de soslayo y con resentimiento a su preceptor, ahora convertido en consejero—. Si los poderes del Caos quieren impedir la celebración del Cónclave tendiéndome una trampa mortal, ¡me imagino que encontrarán un medio más sutil que el veneno!

Isyn no quiso picar el anzuelo. Aunque sólo tuviese diecisiete años, el muchacho era Alto Margrave, y su investidura era todavía lo bastante reciente para que quisiera en ocasiones dar pruebas de su autoridad. Era una manera de disimular su inseguridad, y el viejo lo comprendía.

—Hay que recordar, señor —dijo amablemente y empleando el término que Fenar deliberadamente rechazaba—, que el Sumo Iniciado y su séquito no llegarán hasta dentro de por lo menos tres días o más si son retenidos por el mal tiempo. Y te diré, a título personal,

que no me encanta la perspectiva de pasar el intervalo en Shu-Nhadek con sólo la señora Matriarca por compañía.

Hubo una pausa y después Fenar bufó de nuevo, pero esta vez para contener la risa.

—¡Por los dioses que me espanta la idea! Sabes, Isyn. Me cuesta creer que la vieja esté aún con vida. Ya era una anciana cuando la vi por última vez, y yo era entonces un niño. ¡Ahora debe tener al menos cien años!

Sus palabras eran irrespetuosas y estaba exagerando, pero Isyn se sintió aliviado ante aquella muestra de infantilismo: sentaba mucho mejor al muchacho que su anterior intento de arrogancia. Los días próximos, pensó, serían de prueba en más aspectos de los que parecía;

Fenar Alacar temía el inminente Cónclave, aunque por nada del mundo lo habría confesado y, si tenía miedo, reaccionaría, como todas las criaturas jóvenes e inexpertas, de una de dos maneras: o retrayéndose enfurruñado, o tratando de hacer alarde de su posición de gobernante absoluto, al menos en teoría, de toda la Tierra. Isyn había presenciado el principio de esta reacción el año pasado, cuando el nuevo Sumo Iniciado visitó la corte de la Isla de Verano; impresionado por Keridil Toln, Fenar se había sentido al mismo tiempo molesto por su aplomo y por la aureola del sumamente oculto Círculo que le rodeaba. Entonces, no había tenido valor suficiente para desafiar a Keridil; ahora, si se hallaban en desacuerdo, la cosa podría ser diferente, y el Sumo Iniciado sería un adversario demasiado formidable para Penar.

El muchacho se rebulló de nuevo. Había comprendido el sentido de las palabras de Isyn, pero éstas no sirvieron para calmar su impaciencia.

—No sé por qué tenemos que ir a Shu-Nhadek —dijo con irritación

—. Tanta pompa y tantas ceremonias son inútiles. ¿Por qué no podemos navegar directamente desde aquí a la Isla Blanca?

Isyn no respondió, pero frunció el entrecejo, y Fenar hizo un ademán de enojo.

—¡Sí, ya sé! Así está escrito, y así debe ser. Sólo porque algunos viejos manuscritos que se están pudriendo en el lejano norte dicen que tenemos que seguir este ridículo procedimiento... No frunzas tanto el entrecejo, Isyn; no me gusta tu desaprobación.

Isyn, cuyo temperamento era normalmente plácido, empezaba a perder la paciencia, y le interrumpió:

—Puede que no te guste, Alto Margrave, pero tengo que expresarla aunque me duela. Y más te desaprobarían los Guardianes si tratases de poner pie en la Isla Blanca desde la cubierta del Hermana del Verano.

Fenar se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? No son más que unos porteros, por mucho que se vistan de gala. Podría mandarles que...

—Yo desafiaría a cualquier mortal, vivo o muerto, a que diese órdenes a los Guardianes.

—Isyn dijo esto a media voz, pero con tal convicción que el joven se sorprendió—. Ningún Alto Margrave ni Sumo Iniciado, ni Matriarca, ha mirado desde hace generaciones a los Guardianes, salvo desde lejos, y nadie se atrevería..., sí, señor, he dicho atrevería..., a hacer algo contra su voluntad.

Penar se pasó la lengua por los labios e Isyn recalcó:

—Has oído los relatos, yo mismo te los conté cuando eras pequeño.

Me sorprende que los hayas olvidado.

Algunas de las más antiguas tradiciones apuntaban que los Guardianes, casta hereditaria que había habitado durante miles de años en la Isla Blanca, no eran siquiera realmente humanos, sino que descendían de seres angélicos a cuyo cargo había colocado Aeoris su cofre.

Unas historias estrafalarias, sin duda alguna. Pero se dice que no hay humo sin fuego... De vez en cuando, los Guardianes navegaban en su embarcación hasta el continente, tomaban un puñado de mujeres escogidas y las llevaban a su fortaleza para que les diesen hijos, asegurando así la pervivencia de la casta. Las mujeres regresaban más o menos al cabo de un año y nunca decían lo que habían visto; la mayoría de ellas ingresaban en la Hermandad o celebraban más tarde bodas convenientes.

Los hijos varones nacidos en la Isla eran criados para que se convirtiesen en la próxima generación de Guardianes. Nadie había especulado nunca sobre el destino de las hijas.

El brillante sol fue de pronto oscurecido por un jirón de nube que volaba hacia el oeste, y una sombra pasó sobre el muelle y el carruaje.

Fenar miró hacia arriba, estremeciéndose como si la momentánea penumbra fuese un mal presagio, y cuando miró de nuevo a Isyn, la irritación había desaparecido de sus ojos.

—Lo siento, Isyn —dijo de mala gana. Como la necesidad de disculparse se reducía a medida que se acostumbraba a su posición, la humildad se le hacía cada vez más difícil, e Isyn apreció el esfuerzo que tenía que hacer—. Me he propasado, y he hecho mal. Desde luego, debemos cumplir el protocolo. —Esbozó una sonrisa forzada—.

No quiero tomarme a la ligera lo que será, seguramente, la tarea más importante que jamás habré emprendido. Me imagino lo que habría dicho mi padre; me habría llamado pícaro arrogante y creo que me habría dado una azotaina.

Isyn inclinó la cabeza en señal de divertido asentimiento y Fenar irguió los hombros. Después de su disculpa y su Confesión, estaba tratando de salvar su dignidad y parecer adulto. El comentario acerca de su padre había sido un gesto conciliador; ahora quería borrarlo y seguir adelante. Isyn se consideraba demasiado viejo para recordar la impaciencia y las frustraciones de los diecisiete años, pero pudo no obstante apreciar los sentimientos del muchacho.

Señalando el muelle con la cabeza, dijo:

—Parece que decrece la actividad. Supongo que el barco estará en condiciones de zarpar cuando suba la marea.

—Sí... Tal vez, a fin de cuentas, seguiré tu consejo, Isyn, recordando la perspectiva de la compañía de la Matriarca.

—Fenar se observó las uñas—. Sin duda habrá cien pequeñas tareas que he olvidado y debería atender antes de embarcar.

—Sin duda. Y tienes que despedirte de tu señora madre, la Margravina Viuda.

El Alto Margrave levantó la mirada y después entornó los párpados sobre los ojos grises, disimulando su expresión.

—Eso lo he hecho ya. Al menos, le envié ayer un mensaje y esta mañana he recibido la respuesta. Me expresa su cariño, pero me pide que la excuse de una visita.

Isyn suspiró interiormente. Desde la muerte de su marido, la Margravina se había recluido completamente dentro de sí misma, viviendo sus días en una casa aislada a cierta distancia de la corte, servida únicamente por tres doncellas y constantemente afligida. No recibía visitas, ni siquiera la de su propio hijo, y todo el mundo opinaba que estaba sencillamente esperando la muerte.

—Decía en su misiva que te diese sus recuerdos —añadió Penar.

—¿Oh, sí? —Isyn estaba sorprendido y conmovido—. Muy amable de su parte.

Se hizo un silencio ligeramente tenso entre los dos durante un rato, hasta que Isyn, alertado por unas pisadas, miró y vio que el supervisor del muelle se acercaba al carruaje. En la cubierta del *Hermana del Verano*, la tripulación se había puesto súbitamente en actividad y el capitán gritaba órdenes en tono seco pero halagador.

Tocó el hombro de Fenar y el muchacho pestañeó.

—Creo —dijo Isyn, sonriendo— que si tienes algo que hacer, Señor, deberíamos volver al palacio para que puedas hacerlo. Si interpreto bien las señales, el Hermana del Verano está listo para zarpar cuando el Alto Margrave lo ordene.

Capítulo octavo

Los ojos agudos de Tarod vieron, contra el resplandor del sol poniente, la pequeña cabalgata que se acercaba desde el oeste, y alargó una mano para tocar la brida del caballo de Cyllan, haciendo que se detuviese. Ella se volvió en su silla, entornando los párpados al tratar de mirar en la dirección que él estaba señalando, y después le miró y vio inquietud en su semblante.

—¿Quiénes son, Tarod?

—No lo sé.

No podía explicar la premonición intuitiva que se agitaba dentro de él; aquél no era, ni mucho menos, el primer grupo con el que se encontraba en el camino, pero un sexto sentido le decía que no era un convoy ordinario, y se puso alerta.

Cyllan miró de nuevo. El sol se estaba hundiendo en una capa de nubes y el resplandor menguó de pronto, de manera que pudo distinguir figuras individuales en la cabalgata.

—Avanzan muy despacio —dijo, y después—: Hay algo en medio; algo grande...

—Es un palanquín. —Tarod frunció el entrecejo—. Y la mayoría de los jinetes parece que van vestidos de blanco.

Ella le miró con incertidumbre, empezando a compartir su inquietud.

—¿Pero, quiénes son?

—Sé quiénes deberían ser; pero no es lógico, a menos que...

Vaciló y entonces sacudió la cabeza como rechazando una idea que hubiese pasado por su mente y volvió su atención hacia el sur. A tres millas delante de ellos, al otro lado de una verde franja de terreno pantanoso, se distinguían los contornos de Shu-Nhadek en la neblina de la tarde y, más allá de su confusa silueta, el mar brillaba como un cuchillo en el horizonte. Casi habían alcanzado su meta...; habían proyectado llegar al hacerse de noche, y parecía que no lo harían solos; Tarod calculó que, a la velocidad actual, el lejano grupo se cruzaría en su camino a una milla de la ciudad. Su caballo pataleó y resopló, sin comprender la dilación, y Tarod se volvió a Cyllan.

—Será mejor que cabalgues como una dama durante un rato, amor mío. Tal vez tengamos que intercambiar algunos cumplidos antes de llegar a Shu-Nhadek.

Ella sonrió irónicamente y pasó la pierna izquierda por encima de la cruz del caballo, descansando la rodilla sobre el adornado pomo de la silla. Encontraba que esta posición de lado era extraña e incómoda, pero ninguna mujer de calidad se atrevería a cabalgar de otra manera, y una mujer de calidad era precisamente lo que Cyllan simulaba ser.

Con dinero más que suficiente en la bolsa para llegar al término de su viaje, Tarod pensó que la ostentación era su mejor disfraz. El populacho había sido alertado para que diese caza a dos fugitivos, y no era probable que alguien considerase que los fugitivos podían ocultarse llamando la atención: era un concepto ilógico. Y así se detuvo en la primera población importante y, mientras Cyllan esperaba fuera de las murallas, había comprado ropa nueva para los dos y dos buenos caballos para sustituir al corpulento bayo: un caballo castaño para él y una vigorosa pero mansa yegua para Cyllan. Desde entonces, y mientras él hacía borroso su aspecto y el recuerdo de sus caras en las mentes de aquellos con quienes se encontraban, viajaron bajo el disfraz de un próspero vinatero y su esposa, y Tarod había observado con ironía la facilidad con que cruzaron ciudades y pueblos. Los rumores circulaban todavía en todas partes, pero no oyeron muchos; la gente ordinaria no soñaría en acercarse a unos ricos desconocidos para contarles los últimos chismorreos, y así, aunque habían hecho un rápido viaje hacia Shu-Nhadek, nada habían oído de las últimas noticias.

En todas las ciudades y pueblos había todavía estremecedores testimonios del terror que reinaba en el país. Acusaciones, juicios, ejecuciones, venganzas: la marca no daba señales de menguar, y las cosas que vieron en el camino sirvieron tanto para fortalecer la resolución de Tarod como para aumentar su afán de llegar a Shu-Nhadek, y después a su último destino, con la mayor rapidez posible.

Tocó con los tacones los flancos del alazán, que emprendió de nuevo la marcha, con la yegua de Cyllan siguiendo al mismo paso. La luz estaba menguando rápidamente al envolver la capa de nubes el sol; delante, las primeras luces empezaban a parpadear en la ciudad portuaria, imitando el débil centelleo de las estrellas en el cielo del este.

Oyeron el ruido de la cabalgata al acercarse al punto en que las carreteras del oeste y del sur se confundían en el último tramo hasta Shu-Nhadek. A la luz del crepúsculo, las figuras que se acercaban y que, como había dicho Tarod, iban casi todas vestidas de blanco, podían haber sido fantasmas etéreos, pero el repiqueteo de varias docenas de cascos y el tintineo de los arneses demostraban que eran bastante reales. En la confluencia de las carreteras, Tarod y Cyllan refrenaron sus monturas, y ella abrió mucho los ojos al reconocer por lo que eran a aquellos personajes.

—Hermanas... —dijo en voz casi inaudible.

La yegua gris dio unos pasos de lado, asustada por la súbita inquietud de la amazona, pero Tarod tranquilizó a Cyllan diciendo:

—Me lo imaginaba... —Observó al grupo que se acercaba, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos rendijas—. Y si no me equivoco, son de Chaun Meridional.

—¿Chaun Meridional?

—Donde está la Residencia de la Matriarca.

Había contado ocho mujeres a caballo y cinco robustos varones dándoles escolta, mientras en medio del convoy se balanceaba una litera engalanada, tirada por cuatro caballos y provista de ricas cortinas bordadas. Su ocupante era invisible.

— ¿Has visto eso? —dijo Tarod, señalando con la cabeza la litera

—. Es el palanquín de la propia Matriarca, la Señora Ilyaya Kimi.

Se dio cuenta de que Cyllan no le había comprendido y añadió:

—La Señora Ilyaya tiene más de ochenta años y hacía diez que no salía de su Residencia. Estaba demasiado delicada para asistir a la investidura de Keridil y, si ahora viaja en el palanquín, sólo una circunstancia puede traerla aquí.

—Apretó con más fuerza las riendas—. Significa que Keridil ha convocado un Cónclave.

El jefe de la escolta de la Matriarca dio una voz de alerta al ver los dos personajes inmóviles en el cruce de caminos, y se oyeron chirridos metálicos al desenvainar los cinco hombres sus espadas. Las dos figuras no se movieron y, al cabo de un momento, los hombres se tranquilizaron al darse cuenta de que los desconocidos no representaban ninguna amenaza; eran simplemente un mercader, o algo parecido, y su esposa; sin duda se habían detenido prudentemente para dejar pasar el cortejo.

El convoy avanzó al trote, majestuosamente; una de las Hermanas mayores, que iba en cabeza, lanzó una mirada a los dos desconocidos, a los que vio como Tarod quería que los viese: dos seres vulgares, sin importancia. Su voz sonó clara al gritar por encima del ruido de los caballos:

—¡Aeoris os acompañe, buena gente! —e hizo la señal en su dirección, con aire ligeramente protector.

Cyllan vio que Tarod inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento y se apresuró a imitarle. Al pasar el palanquín, balanceándose, aguzó la mirada, curiosa por ver a la Matriarca; pero las cortinas no se abrieron en absoluto. Después la comitiva se alejó de ellos por el camino de Shu-Nhadek.

Tarod la siguió con la mirada. Sin darse cuenta, había tocado con la mano derecha el anillo que llevaba en el índice de la izquierda y la piedra, en respuesta, se había encendido y centelleado como un pequeño ojo blanco. El había tomado la decisión, al huir de Perspectiva, de devolver la piedra del Caos a su montura de plata, y al cerrarse de nuevo el anillo para sujetar la joya, había sentido una amarga mezcla de desesperación y de triunfo. Ciertamente, volvía a ser un ente entero, pero, al deslizar el anillo en el dedo y sentir la antigua familiaridad de su presencia, se dio cuenta, una vez más, de lo peligrosa que podía ser su gran influencia. Necesitaría una voluntad de hierro, un control de acero, para mantener ahora su resolución contra el poder vivo del

Caos. Sin embargo, por encima y más allá de esto, necesitaría el poder que le daba el anillo, el poder de su propia alma, si no quería fracasar en lo que se había propuesto. Y la presencia de la Matriarca en Shu-Nhadek hacía que su objetivo fuese mucho más urgente.

Esta idea fue como un aguijón y, sin previo aviso, espoleó su montura. Cyllan le siguió, confusa por la cólera que había visto en sus ojos en el momento de emprender él la marcha.

— Tarod, ¿qué pasa?

El miró hacia atrás, dijo algo que ella no pudo entender, y Cyllan golpeó de nuevo con fuerza los flancos de la yegua gris. El animal se lanzó hacia delante y bailó al lado de él. Incluso en la penumbra pudo ver Cyllan que Tarod tenía tenso y colérico el semblante.

—Tarod, ¡no entiendo nada! Dijiste que Keridil había convocado un Cónclave. ¿Qué significa eso?

Nadie ajeno al Círculo hubiese podido comprender el significado de lo que había hecho el Sumo Iniciado. Pero, si las sospechas de Tarod eran ciertas, Keridil había puesto en movimiento algo que, si no actuaba rápidamente, podía significar una catástrofe para todos.

De pronto advirtió que había estado a punto de maldecir a Cyllan, descargando sobre ella su irritación porque era la persona que tenía más cerca. Haciendo un esfuerzo, dominó la creciente emoción que le invadía.

—No puedo explicártelo ahora —dijo—. Pero no tenemos tiempo que perder, ¡y que los dioses nos asistan si llegamos tarde!

Shu-Nhadek estaba en plena agitación. Por algún medio, la noticia de la decisión del Sumo Iniciado había llegado a la ciudad antes que los tres gobernantes con sus séquitos, y con ella se había producido una corriente continua de gente devota o asustada, ansiosa por congregarse lo más cerca posible del lugar de la sagrada alianza y buscar refugio o bendiciones a su sombra. Cuando llegaron Tarod y Cyllan, la cabalgata de la Matriarca había

desaparecido en dirección a la residencia del Margrave, donde esperarían la llegada de Keridil Toln y de Fenar Alacar; y, como había previsto Tarod, todas las hosterías y posadas de la ciudad estaban llenas a rebosar.

Por fin llegaron a la plaza del mercado y se detuvieron para dar descanso a sus fatigados caballos. En la plaza reinaba un bullicio desacostumbrado; ardían antorchas en los portales de los edificios más grandes, proyectando un resplandor infernal centelleante, peculiar, sobre las losas; se había congregado mucha gente, simplemente para esperar y observar y ver todo lo que se pudiese al alcance de su vista; en el lado de la plaza más próxima al puerto, unos trovadores estaban entonando cantos piadosos, probablemente con la esperanza de ganarse unas monedas.

Cyllan miró hacia donde podía ver a intervalos una negra abertura entre las casas y creyó distinguir el frío destello de las aguas del puerto en el extremo de un callejón a oscuras. Se estremeció cuando acudió a su memoria un súbito e ingrato recuerdo y acercó su caballo al de Tarod.

—Esta atmósfera... —Bajó la voz de modo que sólo Tarod pudo oírla—. Me pone nerviosa.

—Lo sé. —Acarició el cuello del alazán—. Es como si toda la ciudad hubiese sido atacada por una fiebre. Pero, al menos, no hemos llegado demasiado tarde. La ciudad está todavía esperando a Keridil; nos hemos adelantado a él y esto nos da cierta ventaja. Encontraremos algún sitio donde descansar esta noche, y por la mañana veremos lo que podemos descubrir.

Cyllan se estremeció de nuevo.

—No hay una posada que no haya cerrado sus puertas a nuevos clientes.

—Tal vez. —Tarod sonrió, con una antigua sonrisa que insinuaba algo que ella prefería no averiguar—. Ya veremos.

Al cabo de media hora, había encontrado alojamiento para los dos en una posada respetable, a pocos minutos a pie de la plaza del mercado. Cyllan se mostró indecisa al principio, temerosa de que estuviesen tentando al destino por instalarse tan cerca del centro de actividad, pero él había calmado sus temores, sabiendo que no estaban en peligro, al menos hasta que llegase la comitiva del Círculo. El dinero, un poco de intimidación y una pizca del poder de Tarod les había valido una buena habitación, en la que les fue servida la comida. Cyllan no tenía ganas de comer (sus nervios, como las cuerdas de un instrumento gastado, estaban a punto de romperse), pero la confianza tranquila de Tarod disipó lo peor de su miedo.

Mientras comían, Tarod explicó la naturaleza del Cónclave y expuso lo que su resultado podría significar para ellos.

—Si Keridil consigue traer a Aeoris a la Isla Blanca —dijo—, las fuerzas del Orden tendrán un solo objetivo: borrar todo rastro del Caos en el mundo.

Cyllan le miró a través de las pestañas, consciente de que su pulso se había acelerado desagradablemente.

—Pero, ¿no es esto lo que tú quieres? —preguntó a Tarod.

—Sí. —Ella pensó que había vacilado un momento, aunque su respuesta fue definitiva—. Pero temo que los Señores Blancos persigan obstinadamente ese objetivo, sin pensar en las consecuencias que pueden sufrir los simples mortales. —Se humedeció los labios con la lengua—. ¿Cómo es posible comprender y mucho menos explicar, el razonamiento de un dios? Sin embargo, creo., creo que conozco, mucho mejor que Keridil, la verdadera naturaleza del poder que pretende desencadenar. —Cerró la mano derecha sobre el restaurado anillo de plata, consciente de la pulsación de la piedra del Caos debajo de sus dedos, y vio que Cyllan le estaba observando fijamente—.

Aunque es patrón y protector de la humanidad, Aeoris trasciende las limitaciones humanas hasta el punto de que la vida y la muerte de los individuos (que son de importancia vital para los mortales afectados) son tan triviales para él que no merecen su consideración, tanto más si se comparan con la amenaza planteada por Yandros. —Hizo una pausa y después sonrió irónicamente—. Imagínate que estás en un prado, frente a un enemigo resuelto a matarte. Al luchar contra él, ¿te preocuparán los pequeños insectos que puedes aplastar con los pies en el curso del combate?

Cyllan asintió con la cabeza.

—Te comprendo.

—Entonces comprenderás el peligro que entraña lo que quiere hacer Keridil. Y si Aeoris encuentra en Yandros un enemigo poderoso difícil de vencer, la destrucción que causen ambos será todavía mayor.

Y esto no debe suceder, Cyllan.

Ella volvió la cabeza para mirar por la ventana. Más allá de los tejados brillaban las luces del puerto de Shu-Nhadek reflejando imágenes rotas sobre la tranquila superficie del mar. La niebla empezaba a formarse al avanzar la noche, y la tranquilidad del escenario ofrecía un vivo contraste con sus pensamientos.

—Entonces, si hay que evitarlo —dijo—, debemos llegar a la Isla Blanca antes de que se celebre el Cónclave. —Se volvió para mirar a Tarod, con los ojos más oscuros por la emoción que sentía—. Y debes hacer lo que has estado proyectando.

—¿No te angustia esta idea?

—No... no lo sé. Mi conciencia me dice que es buena, pero... —

Cerró su mente a la súbita imagen. de la cara de Yandros y al recuerdo de su trato, que surgieron dentro de ella—. No lo sé, Tarod. Me dan mucho miedo las consecuencias. Más miedo, creo, que lo que podría ocurrir si Aeoris y Yandros se enfrentasen. Lo que has dicho, lo que has descrito..., es tan remoto que no me afecta. Aquí, en esta habitación de Shu-Nhadek contigo, no significa nada; pero si entregas la piedra-alma, ello determinará nuestro futuro, y esto sí que lo siento vivamente. —Cruzó y se apretó las manos hasta que los nudillos se volvieron blancos—. ¡Tengo tanto miedo de perderte para siempre!

Tarod advirtió que, cuando había nombrado al Señor Blanco, no había hecho la señal. Para alguien que se había criado como ella, era una omisión inconcebible, y Tarod tuvo conciencia de las otras fuerzas que se agitaban dentro de ella. Yandros le había producido mucho más que una cicatriz física y, contra su voluntad, se sintió orgulloso de ella.

Hermano es digna de nosotros...

La voz habló sin ruido en su mente, y la impresión le trajo de nuevo a la fría realidad. Sí..., sería demasiado fácil para los dos dejarse seducir por aquel antiguo poder, y Tarod, mucho más que Cyllan, tenía buenas razones para sentir una afinidad con él. Pero no debía ser.

Tenía que aferrarse a su resolución, y si de esto resultaba el sacrificio definitivo, debía aceptarlo.

—Cyllan. —Alargó una mano sobre la mesa, empujando a un lado los restos de la comida, para asir la suya en un apretón que le hizo daño—. No vacilaré, Cyllan. Vine aquí para cumplir una promesa, y la cumpliré, sean cuales fueren las consecuencias. Mientras exista la piedra del Caos, Yandros puede desafiar el régimen del Orden, pero solamente mientras tenga este punto de apoyo en el mundo. Con la piedra en manos de Aeoris, el Cónclave no se celebrará... y se podrá poner fin a esta locura.

Ella le miró con expresión desolada.

—¿Estás seguro de que es el único camino?

Había otro, pero no se atrevió a considerar la idea ni un instante, para que no arraigase en su mente.

—Estoy seguro —dijo.

Cyllan asintió con la cabeza.

—Está bien. Si tiene que ser, será como tú dices. —Con la mano libre se frotó con fuerza los ojos, y Tarod no supo si estaba o no llorando.

Si era así, y conociendo a Cyllan, debían ser lágrimas de cólera más que de desesperación. Al fin pestañeó, sorbió y dijo, con resuelta convicción—: Me enseñaron a creer que Aeoris es justo y bueno. Sólo puedo rezar para que la ceguera de su Sumo Iniciado no se interponga en el camino de su justicia.

Tarod sonrió. Aflojó un poco la presión de sus dedos, se llevó la mano de ella a los labios y la besó.

— ¿Recuerdas mi ejemplo de los insectos en el prado? —dijo—.

Si Aeoris es como creemos que es, los argumentos de Keridil no le convencerán.

A pesar de sus valientes palabras, tanto Tarod como Cyllan sufrieron aquella noche sueños espantosos. Cyllan era perseguida por atormentadoras imágenes de un futuro inconcebible, en las que veía a Tarod sacrificado en la piedra de un altar que se volvía negra con la sangre, mientras ella, estorbada por el hábito blanco de una Hermana de Aeoris, sólo podía sostenerse en pie y gritar una y otra vez su nombre, sabiendo que nada de lo que pudiese hacer impediría su destrucción.

Se agitaba en su sueño, alargando las manos como garras para atrapar a invisibles atacantes; después, al fin, se tranquilizó un poco al sentir a Tarod a su lado y se sumió en una modorra, más profunda pero igualmente terrible.

Tarod yacía inmóvil y sin darse cuenta de la desesperación de ella, pero su sueño no era natural. Ni sus sueños eran sueños en el sentido usual de la palabra, o así lo creyó más tarde. Era más bien como si su mente, turbada por las ideas de cuando estaba despierto, se hubiese trasladado, más allá de las dimensiones mortales, a un lugar de atavismos y de antiguos recuerdos. Y allí, algo le estaba esperando.

La familiaridad del orgulloso y cruel pero hermoso semblante, con su sonrisa de bienvenida, estremecía dolorosa mente las raíces de su alma con un sentimiento que no podía definir. Yandros emergía de una columna de luz centelleante y, al moverse, la atmósfera que le rodeaba se transformaba sutilmente entre una miríada de dimensiones, cambiando de color y de forma en un movimiento incesante y sin orden. A su alrededor, algo palpitaba: un enorme corazón cuyos latidos eran tan profundos que parecían una lenta vibración que sacudía la

Tierra; y tampoco seguía un orden, ya que el ritmo cambiaba a cada instante. Los sentidos de Tarod trataban de acompañarse con ellos. Y sentía más que veía otras presencias; sombras de formas que se abalanzaban hacia él saliendo de lo amorfo, antes a los que antaño había conocido y con quienes había compartido una afinidad destructora.

Tarod. La voz argentina de Yandros era llana, un sonido recordado más que oído, sin verdadera existencia más allá de la memoria y de la imaginación. Se encendió una luz en el corazón del Señor del Caos y enfocó la imagen de una estrella de siete puntas. *Todavía tratas de olvidar.*

No había reproche en su voz, solamente un interés indiferente que hizo que Tarod se diese cuenta de la debilidad de Yandros. Este, comprendió súbitamente, no era la verdadera manifestación del reino del Caos. Todavía con sus lazos con el mundo mortal y, en este mundo, él era el más fuerte de los dos.

Sonrió y vio el color verde de sus propios ojos reflejados momentáneamente en la mirada del Señor del Caos. *No lo olvido, dijo serenamente.*

Pero he hecho mi elección.

Yandros reflexionó un momento y después inclinó la cabeza como reconociendo un punto de vista que, aunque fuese contrario a él, le interesaba. *Elegiste un extraño camino, Tarod. Has visto injusticias, intolerancia, persecuciones, asesinatos, perpetrado todo ello en nombre del Orden, y sin embargo, a pesar de los elevados principios que profesas, todavía eres fiel a los sistemas del Orden.* Sus ojos, que cambiaron ahora del azul a un inquietante carmesí, pasando por el púrpura, centellearon divertidos. *Me intriga tu lógica.*

Que yo sepa, la lógica nunca ha sido tu arma favorita, Yandros.

El ente se echó a reír.

Oh, yo elijo las armas que más me convienen en cada momento, ¡lo sabes muy bien!

Imágenes, viejas lealtades, satisfacciones, triunfos... Tarod las expulsó de su mente.

Entonces tal vez deberías escogerlas con más cuidado. Lo que he visto no es el verdadero reflejo del Orden. Es simplemente la reacción de pánico de los que no saben más. Y si yo supiese más, sospecharía que tu mano está detrás de esto.

Me halagas. Yandros sonrió maliciosamente.

No lo creas. Pues en este mundo, tengo una ventaja sobre ti, la ventaja de ser humano. Y ostento el poder más grande. Te desterré, Yandros; y mientras siga con vida, tu poder no podrá tener un asidero aquí.

Yandros no replicó, pero pareció estar considerando las palabras de Tarod. A lo lejos empezó a gritar una voz en un tono que nunca había sido mortal; Yandros miró en su dirección y el sonido cesó de pronto.

Por fin, el Señor del Caos asintió con la cabeza. Sus ojos parecían extrañamente tranquilos y reflexivos, y dijo: *Sí. Tú me desterraste. Y por tu fidelidad a los Señores del Orden fuiste desterrado por sus siervos. Sin embargo, todavía te aferras a aquella lealtad y crees que aunque los títeres pueden condenarte, el amo de los títeres te ensalzará.*

Sus ojos brillaron encendidos. *Es un sentimiento muy humano.*

Habría esperado algo mejor de ti.

¿Mejor? Tarod sonrió cínicamente. ¿Mejor según el patrón de quién, Yandros?

De nuevo se echó a reír el Señor del Caos, pero esta vez había una ironía espantosa en su risa, como si fuese víctima de una broma celestial. Tarod, que le conocía de antiguo, permaneció impávido, y por último se extinguió la risa, dejando solamente ecos que parecieron tomar vida propia antes de desvanecerse en la nada.

¿Según el patrón de quién?, repitió Yandros. ¡Ahi, Tarod cuántas cosas has olvidado! Se volvió súbitamente para enfrentarse de lleno a Tarod y, a pesar del abismo que le separaba de él, Tarod sintió una fuerte sacudida psíquica cuando el Señor del Caos le apuntó con un dedo acusador. Entonces, sigue tu camino, dijo Yandros. Inclínate ante la corrupción del Orden y aprende la lección a la que te ha condenado tu vida mortal. Yo no puedo dominarte, debo confesarlo, pues lo sabes tan bien como yo y en los viejos tiempos no había secretos entre nosotros. Ve, pues. Habla al demonio Aeoris. Confíate a su misericordia, ¿y donde había siete habrá seis! Encogió los hombros, y la columna de luz en la que se hallaba se contrajo, oscureciéndose, de manera que al fin la cara marfileña de Yandros miró con frío desdén desde una niebla negra y sólo sus cabellos dorados y brillantes dieron algún color a la turbadora escena. Su voz sonó suavemente, sibilante, insinuante, en la mente de Tarod, al empezar a fragmentarse el sueño y arrastrarle de vuelta al mundo físico.

Lloraremos tu muerte.

Se despertó en medio de un silencio que se clavó en lo más hondo de su ser. Ningún grito, ninguna sudorosa explosión fuera del reino de la pesadilla; ningún espasmo muscular que le sacase de las profundidades del sueño, sino simplemente la tranquila oscuridad de la habitación en la posada de Shu-Nhadek y la luz de la luna que trazaba dibujos sin sentido en el techo. Desde abajo, llegaban murmullos apagados y ocasionales chasquidos de metal; parecía que la taberna estaba todavía abierta y que permanecería así toda la noche.

Cyllan dormía a su lado. Lágrimas ya secas surcaron hacía rato sus mejillas, pero cualquier terror nocturno que la hubiese asaltado parecía haberse desvanecido ahora; su respiración era suave y regular.

Tarod alargó una mano para tocarla y se dio cuenta de que su brazo estaba temblando; en su dedo índice brilló la piedra del Caos al reflejarse un rayo de luna en sus facetas.

Las últimas palabras de Yandros ardían como fuego en su cerebro.

Fuese cual fuere el nombre que eligiese dar a aquel encuentro, no había sido un sueño; y había sacudido de firme su confianza y su resolución. *Lloraremos tu muerte...*, pero Yandros era maestro en el arte de mentir; nadie lo sabía mejor que Tarod. Su mayor habilidad era jugar con el miedo de los incautos, haciendo que el corazón dudase y que vacilase la mente.

Un estremecimiento involuntario le dejó una sensación de frío; retiró la mano de los cabellos de Cyllan y vio que la lucecita del interior de la piedra-alma centelleaba cuando movía su dedo en la sombra; y de pronto sonrió. Tenía un arma que Yandros nunca podría contrarrestar: su propia voluntad. Y por mucho que su subconsciente tratase de argumentar en contra, mientras conservase la conciencia, todos los halagos del Caos serían impotentes. Tenía la piedra, y la piedra le daba poder. Un poder que se había levantado contra Yandros una vez y que podía hacerlo de nuevo. Y aunque en la hora muerta de la noche podía parecer un frío consuelo, era suficiente.

Su mano estaba más firme cuando la alargó de nuevo para tocar a Cyllan. Esta se agitó en su sueño y murmuró algo ininteligible, pero su voz era tranquila. Tarod se inclinó sobre ella y dejó que sus labios rozasen suavemente su cara. No quería despertarla; su presencia bastaba para mantenerle en el mundo real.

Se echó atrás, conservando un brazo protector sobre el delicado cuerpo de ella, y cerró los ojos, sabiendo que vendría el sueño y no habría más pesadillas.

Capítulo noveno.

El Hermana del Verano fue avistado delante de la costa poco después de mediodía del día siguiente. En pocos minutos, una heterogénea flotilla, desde barcas de pesca hasta pequeños botes y esquifes, se hizo a la mar para formar una improvisada escolta de bienvenida a Shu-Nhadek al Alto Margrave, y cuando el alto y gracioso barco, con sus velas entretejidas de oro, entró balanceándose en el puerto, una gran multitud se había reunido en el muelle.

En el barco, una voz gritó órdenes que fueron repetidas y transmitidas desde la proa hasta la popa, y los hombres entraron en acción sobre la cubierta. La muchedumbre que esperaba se rebulló y abrió paso, mientras los presurosos milicianos se esforzaban por imponer una apariencia de orden en aquella confusión, y al fin fue bajada desde la borda una ancha pasarela que cayó con un ruido de trueno sobre el muelle, donde dos hombres corpulentos la sujetaron con cuerdas.

La multitud guardó silencio. El capitán del Hermana del Verano había ordenado a sus marineros que formasen una guardia de honor sobre la cubierta y, de pronto, todos se pusieron firmes, cuando Fenar

Alacar salió de su camarote y avanzó hacia la pasarela. Isyn tuvo cuidado de hacer entender a su joven señor la importancia de las primeras impresiones. Esta era la primera vez en su vida que ponía pie en el continente y la primera oportunidad que tenía la gente, a excepción de unos pocos privilegiados, de ver en persona a su Alto Margrave. Y Fenar se había vestido para la ocasión, con chaqueta y pantalón de fina seda bordada, una capa de brocado y una estrecha diadema de oro con piedras incrustadas, sobre los finos cabellos castaños.

Un murmullo de admiración surgió del gentío cuando hizo acto de presencia y, como le había enseñado Isyn, se detuvo en lo alto de la pasarela. Después los murmullos se convirtieron en fuertes aclamaciones, mientras innumerables manos trazaban júbilas la señal de Aeoris en el aire.

El Alto Margrave levantó un brazo agradeciendo la bienvenida y dio un paso cauteloso en la inclinada pasarela. Detrás de él caminaba Isyn, e inmediatamente detrás de éste venía la

Guardia del Alto Margrave, un cuerpo escogido de espadachines cuya tarea sería, cuando estuviesen en tierra firme, proteger a Fenar de la menor señal de peligro.

Fenar sintió un profundo alivio cuando acabó de bajar de la vibrante pasarela y pisó el suelo; se detuvo un momento, para que la muchedumbre pudiese verle de cerca y después avanzó a lo largo del pasillo, rápidamente despejado, hasta donde esperaba un carruaje descubierto para llevarle a la residencia del Margrave de la provincia.

Ya en el carruaje, otra pausa, otro saludo con la mano, y el polvo se elevó de debajo de las ruedas cuando los caballos enjaezados emprendieron el camino hacia el centro de la ciudad.

Desde la ventana abierta de su habitación en la posada, Cyllan podía ver solamente el palo mayor del Hermana del Verano pero el ruido del puerto era transmitido claramente por la ligera brisa primaveral, y la gente que se apretujaba en la plaza del mercado, a una calle de distancia, era claramente visible por encima de los bajos tejados.

Observó una súbita conmoción en una de las calles más anchas al otro lado de la plaza, y entonces, al aparecer el carruaje del Alto Margrave, se volvió de la ventana hacia Tarod, que estaba reclinado en la cama.

— ¿Has visto alguna vez al Alto Margrave?

El se levantó y se reunió con ella, agachándose detrás de la baja ventana para mirar hacia fuera. El carruaje cruzaba despacio la plaza, obstruido por la presión de la gente ansiosa de ver o, si era posible, incluso de tocar a su soberano, y Tarod entrecerró ligeramente los ojos para mirar al joven lujosamente ataviado que iba en el carruaje.

—Por los dioses, no es más que un chiquillo... —Recordó la descripción que había dado Keridil de Penar Alacar después de la visita del Sumo Iniciado a la Isla de Verano para la ceremonia, formal y tradicional, de la investidura. Una cabeza sensata sobre sus hombros, había dicho Keridil; pero esta primera visión del joven no sirvió en absoluto para disipar las dudas de Tarod. Cualquier esperanza que hubiese podido tener de que Penar sería lo bastante enérgico para enfrentarse con las opiniones combinadas del Sumo Iniciado y la Matriarca se desvaneció; este muchacho se sentiría demasiado intimidado por las dos personas mayores del triunvirato para hacer otra cosa que no fuera seguirles la corriente.

El carruaje estaba ahora cargado con los regalos y las ofrendas (flores de primavera, dulces, collares-amuletos y toda clase de artefactos) que la multitud había arrojado a su soberano. Y cuando al fin pudo salir de la plaza y alejarse en dirección a las afueras de la ciudad,

Tarod suspiró y se alejó de la ventana.

—Dos de los tres —dijo—. Ahora sólo esperan la llegada de Keridil, y sospecho que estará aquí antes de que se ponga el sol.

Cyllan se levantó y estiró una pierna, que tenía entumecida.

—Pareces estar muy seguro.

—Bastante. —Sonrió—. En los viejos tiempos, cuando nos considerábamos como los mejores amigos, Keridil y yo teníamos una comunicación que era a veces casi telepática, y ningún grado de enemistad puede destruir eso del todo. Está cerca y, cuando llegue a la ciudad, lo sabré.

—¿También sabrá él que estás aquí? —preguntó Cyllan, inquieta.

—Si bajo la guardia, sí.

—Entonces, tal vez deberíamos buscar otro lugar...

—No —le interrumpió él, sacudiendo ligeramente la cabeza—

Debo estar alerta, eso es todo. Keridil no será ninguna amenaza contra nosotros si tenemos cuidado. Pero su llegada significa que el tiempo apremia: debemos llegar a la Isla Blanca antes de que llegue el barco que ha de llevarse al Cónclave.

Con el disfraz que habían adoptado, pasaron la mañana entre los pescadores locales y otros dueños de barcas, buscando una embarcación que pudiesen alquilar. Los años que Cyllan había pasado en las Grandes Llanuras del Este le habían dado un buen conocimiento de la navegación, y las corrientes del sur eran mucho menos traidoras que las del Cabo Kennet, de manera que podía manejar una nave de dimensiones razonables sin necesidad de tripulantes. Pero no encontraban ninguna. Todas las embarcaciones, por poco capaces que fuesen de hacerse a la mar, habían sido alquiladas o encargadas por personas ansiosas de seguir a la fabulosa Barca Blanca cuando zarpase, y ni el dinero ni la condición eran bastantes para adquirir un pasaje.

Tarod se había abstenido de emplear sus poderes para conseguir una barca, al menos hasta entonces; estaba cansado de provocar discusiones o levantar sospechas, y prefería resolver su problema en términos más mundanos. Pero empezaba a parecer que no tendría más remedio que hacerlo, y el tiempo, como había dicho, no estaba de su parte.

—Buscaremos de nuevo mañana temprano —dijo—, cuando la ciudad esté más tranquila. El séquito de Keridil se habrá instalado en el Margraviato, y nada sabrán de nosotros hasta que hayamos partido.

—¿Y si no podemos encontrar una embarcación? —preguntó Cyllan.

El rió por lo bajo en la tranquila estancia.

—La encontraremos —dijo.

El grupo de la Península de la Estrella llegó mediada la tarde. En total, eran ocho los que cabalgaban: Keridil y Sashka, seguidos de Gant Ambaril Rannak y tres de sus servidores, más dos Adeptos de alto rango que el Sumo Iniciado había elegido para que le acompañasen.

Habían hecho de prisa el largo viaje, ayudados por el buen estado del tiempo que, con cierto alivio, consideró Keridil como de buen augurio. La decisión del Margrave de cabalgar con el convoy le desconcertó al principio, pero Gant había argüido que, con la tierra en plena agitación, su principal deber era con su Margraviato, y, además, era inconcebible que no estuviese presente para hacer de anfitrión a los triunviros cuando se alojasen en su mansión por primera vez en la historia. La señora Margravina, que todavía estaba transida de dolor por la muerte de Drachea, permanecería en el Castillo hasta que se encontrase mejor; pero él dijo que saldría hacia el sur con el grupo del

Círculo. Keridil había reconocido de mala gana la sensatez de sus argumentos y, tal como se desarrollaron las cosas, el Margrave resultó, durante el viaje, mucho menos molesto de lo que había temido; durante el viaje el viejo pareció tener una buena reserva de energía física y mental, y no fue ningún obstáculo en el camino.

Había previsto una calurosa bienvenida en Shu-Nhadek, pero no obstante le asombró el grado de alivio y de gozo con que fue recibido.

El aprecio que todos profesaban al Margrave alcanzó el punto culminante después del asesinato de su hijo, y su llegada en compañía del Sumo Iniciado aumentó el fuego hasta casi llegar a la adulación.

Avanzaron lo más deprisa posible a través de la ciudad, sin ofender a los centenares de personas que habían salido a la calle para recibirle, pero Keridil sólo empezó a tranquilizarse cuando las puertas de la residencia del Margrave se cerraron a su espalda y el ruido de la muchedumbre se extinguió en el imperturbable silencio de la mansión oficial.

Gant refrenó su caballo, tratando de que no se le cayese una bella guirnalda de flores que había puesto en su mano un entusiasta ciudadano, y contempló la casa señorial que se elevaba al final del largo paseo. Volviéndose sobre la silla, Keridil pudo percibir el súbito y agudo dolor que se pintaba en los ojos del Margrave y se imaginó lo que debía estar pensando. Durante todos los años que viviese, aquel lugar tendría amargos recuerdos para Gant.

—Vamos, Margrave —dijo, en tono amable pero firme—. Tenías que enfrentarte con esto alguna vez. Es mejor que lo hagas pronto.

Gant le miró; después sus labios se torcieron en una irónica sonrisa.

—Los fantasmas tardan mucho en morir, Sumo Iniciado —dijo, y espoleó su caballo.

—¡No puedo expresar lo feliz que me siento de no tener que depender de la Hermandad!

Sashka se estiró como una gata y sacudió los largos cabellos castaños, de manera que se extendieron como una onda sobre sus hombros y su espalda. El sol, que entraba bajo por la alta ventana de la habitación de Keridil, parecía prender fuego a los árboles.

A pesar de su triste humor, Keridil sonrió.

—Deberías honrar a la Matriarca, amor mío. ¿No fue esto lo primero que te enseñaron en el noviciado?

Ella se volvió de la ventana y le miró entrecerrando los ojos —Es senil, y tú lo sabes. Quejas y rabietas; es peor que la señora Kael de la Tierra Alta del Oeste, cosa que me parecía difícil de creer hasta hoy.

En cuanto a esa espantosa mujer de la vieja Residencia de Shu..., ¿cómo se llama?

—La señora Silve Bradow.

—Sí, ésa. Ceceando y tartamudeando como una niña asustada, y ni siquiera sabe cuándo es de día y cuándo es de noche; es tan inepta... ¡Oh!

Sashka se estremeció con exquisito énfasis y Keridil se echó a reír, aunque en seguida reprimió su risa. La irreverencia de Sashka era un tónico, aliviaba la sensación de carga que había sentido pesar cada vez más encima de él a medida que se acercaban al fin de su viaje, y una vez más se alegró de tenerla ahora a su lado. Abajo, en el salón del Margrave, mientras los tres dignatarios intercambiaban tontas saluciones, ella se había mostrado perfectamente acorde con el papel oficial de él; besando la mano imperiosamente extendida de la Matriarca, inclinándose como era de rigor en las Hermanas ante el Alto Margrave, aceptando sus felicitaciones por su noviazgo, con la sobriedad propia de la ocasión. Solamente ahora, a solas con Keridil, se permitió mostrar sus verdaderos sentimientos, y él envidió su capacidad de adaptación. Todavía estaba impresionado, más aún, contaminado, por la rígida severidad que había presidido el primer y breve encuentro. Sabía que vendría algo mucho peor, y la frivolidad de Sashka le daba un alivio que bien necesitaba.

—Bueno —dijo—, tendremos que aguantarlos de nuevo a todos cuando cenemos esta noche.

—Lo sé. Y seré una consorte modelo, Keridil. —Se acercó a la cama, donde él estaba desempaquetando sus cosas. (había despedido a los criados que había enviado Gant para que le ayudasen, deseoso de estar solo con ella durante un rato) y le detuvo pasando los brazos alrededor de su cuello—. Espero serlo siempre.

—Sé que lo serás. —Sus labios probaron débilmente el perfume que ella usaba porque sabía que le gustaba—. Y cuando esto haya terminado, serás realmente mi consorte, de nombre y en cuerpo y alma.

—Cuando esto haya terminado... —repitió ella, lenta y reflexivamente—. ¡Pobre Keridil! ¿Verdad que es una carga que preferirías no tener que llevar? Pero ahora no será por mucho tiempo. Cuando el Cónclave haya decidido...

El la interrumpió, pero amablemente.

—No quiero que hablemos de eso, amor mío, y menos ahora. El momento está tan próximo que prefiero olvidarlo hasta que tenga que recordarlo.

La Barca Blanca vendría cuando los Guardianes juzgasen que era el momento adecuado; ellos tenían sus propias maneras de saberlo. Y cuando apareciese saliendo de la niebla del sur sonaría un cuerno en Shu-Nhadek y un jinete cabalgaría al galope hacia el Margraviato para llevar la noticia... Se estremeció, alejando la idea de su mente. Más tarde habría tiempo sobrado para pensar en ello... Faltaba más de una hora para que les llamasen a todos a cenar, y entonces empezaría de nuevo la liturgia del protocolo.

Besó a Sashka una vez más, esta vez dejando que sus labios se demorasen sobre los de ella, ya que la sensación de urgencia había cedido un poco, y murmuró:

— ¿Tengo tiempo para cambiarte de ropa para la noche?

Ella le acarició los cabellos.

—No.

—Bien. —La soltó y se levantó—. Entonces deja que cierre la puerta durante un rato...

Había pasado con mucho la medianoche y el puerto estaba desierto y silencioso cuando Keridil salió de la oscuridad, desde un estrecho callejón al laberinto de muelles y malecones.

No había podido dormir, a pesar de la cálida presencia de Sashka a su lado; la cena formal solamente sirvió para aumentar su conciencia de lo que le esperaba, y había estado dando vueltas en el lecho extraño, agitado por pensamientos y preocupaciones suscitados por su subconsciente, y que le mantenían en un limbo desesperante entre la vigilia y el sueño. Al fin, sabiendo que no podía aguantar más el febril e informe tormento, se levantó, se puso su sucio traje de viaje y salió después de la casa a oscuras para bajar a pie a la ciudad.

Esperaba que el aire del mar le aclararía el cerebro y que el paseo le ayudaría a relajar los músculos.

Sashka seguía durmiendo y, aunque al principio pensó en despertarla y pedirle que le acompañase, decidió no hacerlo. Sentía una abrumadora necesidad de estar a solas durante un rato, e incluso la compañía de Sashka daría una nota falsa. Aunque el incidente era pequeño e insignificante, todavía recordaba la avidez, no había una palabra mejor para expresarlo, con que ella había seguido sus esfuerzos por descubrir a Tarod y entregarle a la justicia. Su odio era tan fuerte que a Keridil le costaba creer que fuese simplemente fruto de su fidelidad hacia él y su aborrecimiento del Caos. Desde luego, era natural que sintiese la huella de su anterior compromiso con Tarod; pero su reacción había sido mucho más fuerte de lo que parecía normal; casi como si subsistiese en los antiguos compromisos, aunque en forma retorcida. Y aunque tratase de razonar, Keridil no podía dejar de sentir una punzada de celoso recelo. No era más que una intuición; pero no podía borrarla, y le provocaba un terrible torbellino de dudas y culpas e incertidumbre. Necesitaba verse libre por un rato de aquellos fantasmas, y la soledad era su único medio de evasión.

Sin embargo, su arraigado sentido del deber le obligó a informar a uno de los incansables servidores del Margrave que estaría ausente durante un rato. Hecho esto, y tranquilizada su conciencia, había emprendido su camino por las tranquilas calles de Shu-Nhadek, satisfecho de no encontrar a nadie que pudiese reconocerle y entretenerle en el camino. Ahora, sentado en un gran noray de piedra, contempló el mar que crecía lentamente y cuyas olas reflejaban la luz de la primera luna naciente, y trató de encontrar el sentimiento de paz que la escena hubiese debido infundirle.

El hecho de que todavía tuviese dudas sobre la tarea que le esperaba turbaba a Keridil más que cualquier otra faceta del desgraciado asunto. Cuando el grupo del Castillo había viajado desde la Península de la Estrella hacia el sur, le habían horrorizado algunas de las escenas de que fue testigo en ciudades y pueblos a lo largo del camino; no se había imaginado que su decreto pudiese inflamar las mentes del populacho hasta el punto de que ahora era imposible dominar el terror.

Tanto odio y tantas sospechas, ardiendo a fuego lento bajo la superficie de cada comunidad y esperando que una chispa lo inflamase...

¿Cómo no pudieron los largos siglos bajo el régimen del Orden erradicar tanta barbarie?

Desde luego, como Sumo Iniciado, podía anular la sentencia de los ancianos asustados o llenos de prejuicios y dar algún aspecto de cordura a aquella caza de brujas, y mientras

viajaban hacia el sur, hizo todo lo posible donde había podido. Pero no era suficiente. Por cada falsa acusación, por cada juicio bufo en el que intervino, otros diez o veinte tenían lugar donde no alcanzaba su jurisdicción. Lo que vio había aumentado la resolución de Keridil de terminar la tarea que había emprendido, y de terminarla rápidamente..., pero también había sembrado la semilla de una duda que había asaltado su mente y no le dejaba en paz.

Había desencadenado, sin querer, una ola de miedo que estalló furiosamente, y estaba a punto de dar otro paso que podía (podía, se recordó) disparar el terror que atenazaba al país más allá de lo concebible por la imaginación humana. Llamar a los propios dioses para que volviesen al mundo... ¿Habría ido demasiado lejos, demasiado aprisa?

El ayuno, la plegaria y la contemplación le habían convencido de que estaba en lo cierto, pero todavía no podía sentirse lo bastante seguro para enfrentarse a los próximos días con la conciencia tranquila.

Sería mucho más fácil si no hubiese cometido el error fatal de menospreciar a Tarod. Una lección debería ser bastante: fue testigo ocular del poder que podía ejercer su adversario, y cuando éste y la joven que era su cómplice habían sido capturados, habría debido negarse a someterse a las exigencias de la tradición y del ritual aceptado, y ejecutarles a los dos antes de que nadie pudiese protestar. Ahora, después de la confusión que se había extendido por todo el mundo como una plaga, el Caos debía estar satisfecho de la victoria que había alcanzado sobre su antiguo enemigo.

Esta idea hizo resurgir, de pronto e inesperadamente, la cólera que había sostenido a Keridil durante sus horas más negras de duda y vacilación. Y fue para él como una fría y limpia ráfaga de aire: cólera contra Tarod y todo lo que éste defendía; contra la ceguera de la muchacha que, enamorada hasta la locura, sólo sabían los dioses en qué grado juró fidelidad a los poderes de las tinieblas; cólera, incluso, contra la nube que la relación de Sashka con Tarod arrojó sobre su amor por ella. Si aquel demonio hubiese sido aprehendido, no habría habido necesidad de todo aquello...

Se levantó de su improvisado asiento y empezó a pasear, taciturno, a lo largo del muelle. Desde un sombrío callejón llegó el débil ruido de un jolgorio; sin duda algunos juerguistas empedernidos que, en una de las muchas tabernas de la zona del puerto, querían compensar la inquietud que todos sentían después de la llegada del triunvirato.

Keridil estuvo tentado de reunirse con ellos; en su actual estado de ánimo, los efectos de la bebida serían una bendición después de la mesa del abstemio Margrave, y solamente le contuvo el miedo a ser reconocido. En vez de entrar, se detuvo en la sombra cerca de la

puerta, escuchando el ruido. La taberna rio era un lugar distinguido; una luz vacilante que se filtraba a través de la puerta y de las mugrientas ventanas mostraba un tosco rótulo gastado por los años y nunca repintado, y los olores que salían al callejón no eran del todo agradables; pero, a pesar de todo, el evidente buen humor de los parroquianos hacía que Keridil se sintiese débilmente melancólico. Una fuerte ráfaga de viento, cargado de sal, sopló a lo largo del callejón, y él se arrebujó en su abrigo, girando sobre sus talones y volviendo malhumorado hacia el puerto. Lejos de apaciguar su mente, este paseo solitario sólo había servido para acuciar los pensamientos inquietantes que había estado tratando de olvidar. Sin embargo, la paz de la noche era un alivio después de la atmósfera de la casa del Margrave... Tendría que pasear un poco más antes de volver a ella.

Al acercarse al final del callejón, más allá del cual brillaba débilmente el mar bajo la luz cada vez más intensa de la luna, se sobresaltó al ver salir súbitamente una sombra de la oscuridad más densa que tenía delante. La sombra vaciló, recortándose contra el mar que subía lentamente, y entonces se dio cuenta de que no era más que una mujer que cruzaba el muelle, sin duda una de las prostitutas que rondaban por el puerto ejerciendo su oficio.

Y sin embargo..., un instinto hizo que Keridil se inmovilizase en la oscuridad y contemplase con más atención la vaga figura. Algo en la manera en que la mujer volvió la cabeza despertó un recuerdo y, con él, un reconocimiento, y creyó que veía unos cabellos pálidos cuando dio en ellos la luz de la luna.

Diciéndose que todo era fruto de su imaginación, pues la coincidencia hubiese sido demasiado grande, echó a andar hacia el muelle, manteniéndose oculto en la sombra del callejón. La mujer se movió bruscamente, cruzando el rectángulo de luz y desapareciendo, pero no le vio; siguió simplemente andando. Keridil apretó el paso, apagadas sus ligeras pisadas por el ruido de la taberna, y al llegar al final del callejón, se asomó cautelosamente a mirar.

La mujer estaba solamente a unas quince o veinte yardas, y la luz de la luna, reflejada desde el mar como plata sobre plomo, mostró su pequeña y ligera figura en claro relieve. Ahora estaba bajando cuidadosamente un resbaladizo tramo de escalones que conducía desde el muelle hasta el lugar donde varias pequeñas embarcaciones (botes y uno o dos esquifes) oscilaban lentamente, amarrados a la pared, y aunque había cambiado el vestido con que la había visto él la última vez por una tosca camisa y unos pantalones, y sus cabellos casi blancos tenían unos extraños mechones castaños, el Sumo Iniciado la reconoció al instante.

«Cyllan Anassan.. . » Sus labios formaron el nombre en silencio y con venenoso asombro. Parecía un golpe de suerte imposible que se encontrase aquí, en Shu-Nhadek, pero no podía negar la prueba que le daban sus propios ojos. Y desde la sangrienta refriega en la Ciudad de Perspectiva, era seguro que, dondequiera que estuviese Cyllan, Tarod no andaría lejos.

Keridil se mordió el labio inferior, sin dejar de observarla. Parecía andar de una barca a otra, probando los nudos de sus amarras, y era evidente que pretendía robar una embarcación para su propio uso.

Muy bien..., tardaría algún tiempo en encontrar lo que buscaba y desatarlo, y él dispondría de ese tiempo para pedir la ayuda que necesitaba para capturarla. Intentar aprehenderla sin ayuda sería una tontería; había demasiados escondrijos en el puerto y sus alrededores, y si se le escapaba una vez, la perdería sin remedio.

Pero si iba a buscar a alguien que le ayudase, no tendría tiempo para largas explicaciones y preguntas..., y al contemplar el puerto vio la solución de su problema. Una barca de pesca, anclada poco más allá de las embarcaciones más pequeñas, y de la que a duras penas pudo distinguir el nombre pintado en la proa: Bailarina Azul...

Keridil volvió al callejón y corrió hacia la iluminada y ruidosa taberna. Empujó la puerta con el hombro y miró hacia el atestado mostrador entre una nube de humo y de vapores. Por su aspecto, la mayoría eran marineros, que era precisamente lo que él quería.

Levantó la voz sobre aquella algarabía, gritando:

—¿Alguien decirme dónde encontrar al dueño de la Bailarina Azul?

El vocerío cesó inmediatamente y los bebedores se volvieron a mirar al desconocido de acento extranjero que había interrumpido su jolgorio. Al cabo de unos segundos, un hombre de edad mediana, moreno y aquejado de estrabismo, se levantó de una mesa de un rincón.

—Yo soy el dueño de la Bailarina, amigo. ¿Qué se te ofrece?

Keridil se abrió paso entre los parroquianos, confiando en su estatura y su vigoroso aspecto para evitar represalias de los indignados bebedores, a los que apartaba de su camino.

—Entonces harás bien en ir al puerto —dijo—. ¡Hay alguien allí que está tratando de robártela!

—¡Qué! —El hombre moreno dejó su jarra sobre la mesa con un fuerte ruido, y Keridil vio, con alivio, que no estaba tan borracho como parecía. Extendió un brazo, señalando sucesivamente a tres de sus compañeros— ¡Tú, tú y tú! ¡Venid conmigo; no os quedéis ahí embobados!

Los tres abandonaron sus sitios y se dirigieron a la puerta detrás de él, y Keridil les siguió. La sencilla estratagema había dado resultado; ahora lo único que debía procurar era que los cuatro marineros no rompiesen el cuello a su presa antes de que él pudiese apoderarse de ella.

Cyllan tenía los dedos en carne viva debido a sus intentos de deshacer el complicado nudo de la cuerda empapada en agua de mar que sujetaba el bote a la anilla de amarre. Era el quinto intento que hacía, y aquélla era la única barca cuyo dueño fue lo bastante tonto para dejar un par de remos guardados debajo de los bancos, pero resultaba más difícil de lo que ella había previsto.

Lamentó no haber traído un cuchillo, pero de nada servían ahora las lamentaciones. Tenía que soltar el bote, robarlo y alejarse con él antes de que alguien la descubriese o de que Tarod se despertase y viera que se había ido.

Nada le dijo ella del plan que había estado meditando durante toda la tarde, pues sabía que, si se lo decía, él le impediría salir de casa.

En vez de esto, permaneció despierta hasta asegurarse de que él dormía y, después, se puso su ropa vieja y salió de la posada por la puerta trasera.

El se enfadaría cuando descubriese lo que había hecho, pero su cólera se debería únicamente a su preocupación por ella y duraría poco cuando viese lo que había conseguido. Cuando lograra deshacer el fastidioso nudo, sacaría la barca del puerto y remaría hasta alguna cala desierta, lejos de Shu-Nhadek. Y mañana podría volver a buscarla y dirigirse en ella a la Isla Blanca sin que nadie se enterase.

Sus dedos resbalaron de pronto, y lanzó un juramento cuando la cuerda le raspó la mano. Ahora empezaba a ceder, despacio pero indefectiblemente.

Otro esfuerzo sería suficiente y...

El silencio fue interrumpido por un griterío y un ruido de pisadas, y Cyllan se irguió de un salto y casi perdió pie en los resbaladizos escalones. Recobrando el equilibrio, miró por encima de la pared del muelle y vio a varios hombres que salían corriendo de un callejón y venían en dirección a ella. Asustada, trató de agacharse de nuevo., pero fue demasiado tarde.

—¡Allí! —gritó una voz ronca—. ¡Allí está!

Las pisadas resonaron con más fuerza y Cyllan miró desesperadamente a su alrededor, buscando la manera de escapar. Saltar al agua era el único camino, a menos que...

—¡Le romperé la cabeza! —gritó una voz por encima de las otras—. Robar mi barca, ¿eh? ¡Voy a despellejarle vivo!

Surgieron unas siluetas encima de ella, y los hombres corrieron hacia la escalera. En menos de un segundo, calculó Cyllan la distancia entre ella y la barca más próxima, y, presa de pánico, saltó. Cayó sobre la borda de un bote que se balanceó terriblemente, casi arrojándola a las negras aguas, y confiando solamente en su suerte, subió a la borda opuesta y salvó de un salto el espantoso espacio que la separaba de la barca siguiente. No sabía adónde iba; su única idea era alejarse lo más posible de sus perseguidores, y al saltar y encaramarse sobre el costado de la tercera barca, se dio cuenta de que no podía pasar de allí.

Delante de ella una gran extensión de mar parecía esperarla amenazadoramente; detrás, un marinero empezaba a saltar en las barcas oscilantes, persiguiéndola, mientras los otros se reían y gritaban en el muelle. Estaba atrapada.

Se volvió, enfrentándose a su atacante y cerrando los puños, sabiendo que no podía luchar contra él, pero dispuesta a pesar de todo a intentarlo. Pero el hombre se había detenido y permanecía de pie en la barca próxima, sonriendo amplia y desagradablemente. Y entonces sintió Cyllan que la barca en que se hallaba se balanceaba bruscamente y empezaba a moverse.

Hubiese debido darse cuenta de lo que harían ellos, y la mortificación se mezcló con el miedo que sentía. Pero lo único que podía hacer era agarrarse impotente a los lados del bote mientras los hombres del muelle, que agarraban la cuerda de amarre, empezaron a tirar de ella hacia la pared.

El bote chocó contra la piedra del muelle, y unos dedos rudos tiraron del cuello de la camisa de Cyllan y la levantaron, pataleando y debatiéndose, hasta la tierra firme. Cayó de bruces en el muelle, jadeó al recibir una patada en la espalda y vio que unas pesadas botas se acercaban a ella. Entonces, alguien dijo, con voz sorprendida:

—Que los estrechos nos lleven a todos, ¡es una mujer!

Retrocedieron confusos y ella aprovechó la única oportunidad que se le ofrecía. Contrayendo violentamente los músculos, se levantó de un salto y echó a correr, pasando entre sus capturadores antes de que éstos pudiesen recobrase de su sorpresa y corriendo desesperadamente hacia el negro refugio del callejón.

Y a punto estaba de conseguirlo cuando alguien salió de la oscuridad para cerrarle el paso, y ella, incapaz de esquivarle, chocó contra él. Unas manos se cerraron sobre sus

brazos y ella maldijo en voz alta, pero la blasfemia se extinguió en sus labios cuando levantó la mirada y vio los ojos coléricos y triunfantes de Keridil Toln.

— ¡No!

Cyllan se retorció y tal vez habría podido escapar, pero al volverse, una silueta se irguió delante de ella. Algo (parecía una jarra de cerveza vacía) lanzó un destello metálico bajo la luz de la luna, pero antes de que su mente presa de vértigo pudiese identificarlo, golpeó su frente con terrible violencia, y ella se hundió en una nada silenciosa y oscura.

Keridil miró fijamente la despatarrada figura y, al ver que el dueño de la Bailarina Azul se disponía a dar otra patada a Cyllan, levantó una mano autoritaria.

—No. No le hagas más daño.

El hombre le miró echando chispas por los ojos y uno de sus compañeros escupió con puntería sobre la muchacha inconsciente.

—Arrojadla al agua. Es el mejor sitio para los vagabundos; nadie echará en falta a esa zorra.

—He dicho no.

Keridil no había querido revelar su autoridad, pero los marineros estaban sedientos de sangre y por eso echó atrás su capa de manera que fuese claramente visible sobre su hombro la insignia de oro del Sumo Iniciado. Los marineros tardaron unos momentos en captar el significado de la insignia, pero, cuando lo hicieron, el que llevaba la voz cantante lanzó un juramento, se disculpó e hizo la señal de Aeoris delante de su cara.

—Esa muchacha —dijo Keridil, mirando friamente a Cyllan— ha sido reclamada por el Círculo. Es una criminal y una fugitiva. —

Levantó la mirada—. Creo que con eso basta.

Los hombres comprendieron y dieron, temerosos, un paso atrás, y uno de ellos murmuró algo que le sonó a Keridil como un ensalmo contra el mal. Sonrió débilmente.

—Lamento haberos engañado, pero no tenía tiempo para dar explicaciones.

Desde luego, os recompensaré por vuestro trabajo. —

Tocó la bolsa colgada del cinto y las monedas sonaron agradablemente —. La muchacha no os hará ningún daño; por tanto, no debéis temerle. Quiero que la llevéis a la residencia del Margrave antes de que recobre el conocimiento. De esta manera...

Se interrumpió al oír un sonido, procedente del Oeste, grave y estremecedor, lejano pero persistente en el aire tranquilo; el etéreo sonido de un cuerno dando un toque de aviso.

Todos los marineros volvieron la cabeza al oír aquella llamada misteriosa y sus rojos semblantes palidieron. Keridil, que no había oído nunca un sonido como aquél, sintió un escalofrío de alarma en la espina dorsal, y entonces se dio cuenta de que todos los hombres le estaban mirando con pasmado respeto.

—La Barca Blanca... —dijo el dueño de la Bailarina en un tenso murmullo, en el mismo instante en que el significado de aquel cuerno se hacía claro en la mente de Keridil.

Hubiese debido preverlo: los Guardianes, que evitaban todo contacto que no fuese absolutamente necesario con el continente, difícilmente habrían traído de la Isla Blanca su extraña embarcación para que la viesan todos los hombres, mujeres y niños de Shu-Nhadek. La plena noche era más adecuada a su manera de actuar, y les importaba poco la conveniencia de sus pasajeros, por muy distinguidos que fueren estos.

El cuerno sonó de nuevo, lúgubrementemente, y Keridil se estremeció.

No quería mirar hacia el océano, pero su fascinación era demasiado grande, y si aguzaba la vista hasta el límite, pensó (simplemente se lo imaginó) que podía ver un brillo nacarado a lo lejos, en alta mar; un fantasma amorfo que engañaba a sus ojos, apareciendo un instante para desvanecerse en seguida en la oscuridad.

No habrán oído el cuerno en la residencia del Margrave; había que avisarles sin pérdida de tiempo. El sentido común fue en ayuda de Keridil, librándole del vago temor que le infundió el cuerno y el barco lejano. Se volvió al dueño de la Bailarina Azul.

—Debo enviar un mensaje al Margraviato...

—Cuidaremos de esto, señor.

El marinero parecía inquieto.

Keridil había informado a un criado; el hombre era lo bastante inteligente para decir a sus compañeros dónde podían encontrarle...

Asintió.

—¿Llegará la Barca al muelle? —preguntó.

El hombre sacudió la cabeza.

—Creo que no, señor. —Encogió los hombros y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Hace casi cinco años que no se ha acercado a tierra firme; desde la última vez que nos devolvieron las mujeres... Anclará a una milla de la costa. —Se pasó la lengua por los labios—. Sería un honor para mí llevarte allí en la Bailarina, si no te importa el olor a pescado de la barca.

Keridil tuvo la impresión de que el hombre se ofrecía de mala gana, pero no estaba dispuesto a rehusar la propuesta y además, diez gravines aliviarían sin duda la carga del marinero.

—Gracias —dijo, mirando una vez más hacia el mar y desviando después rápidamente la vista—. Aprecio tu generosidad.

El marinero miró al suelo y señaló con la cabeza el cuerpo encogido e inmóvil de Cyllan.

— ¿Qué hay que hacer con ella, señor?

Se había olvidado de Cyllan... Ahora la contempló Keridil, y reflexionó.

Si la dejaba en el Margraviato, al cuidado de los servidores, o les engañaría para conseguir la libertad o establecería contacto telepático con Tarod, pidiéndole que viniese en su ayuda. Era posible que él la estuviese ya buscando, y la idea de la indefensa casa del Margrave dejada a su merced no era agradable. No tenía tiempo de aislarla mágicamente, y esto sólo le dejaba una alternativa.

El Sumo Iniciado sonrió. La Barca que se acercaba les llevaría al único lugar del mundo donde el Caos no podía tener influencia alguna.

Si Tarod les seguía hasta allí, se vería despojado de su poder, impotente ante la justicia final. Y el único señuelo que podía obligarle a seguirles estaba en manos de Keridil.

—Llevala a bordo de la Bailarina Azul —dijo—. Navegará con nosotros hacia la Isla Blanca.

Capítulo décimo.

Esta vez no había multitudes que les aclamasen y deseasen buen viaje. Cruzaron la insegura tabla entre el malecón y la cubierta de la Bailarina Azul en un tenso silencio interrumpido solamente por los chasquidos del agua contra el muelle y los gruñidos sofocados de la tripulación que se preparaba para zarpar. Ahora Keridil estaba de pie junto a la borda de la barca de pesca, escuchando los crujidos de la vela y los botalones al virar la embarcación para salir a alta mar, y observando la encogida e infeliz figura de Fenar Alacar a poca distancia de él. La cara del joven Alto Margrave estaba pálida y tensa en la oscuridad, endurecido su perfil por el débil resplandor de una linterna en la caseta del timón, donde el patrón marcaba con seguridad el nuevo rumbo. Aunque los otros eran lo bastante viejos y experimentados para disimular su inquietud, todos compartían los temores no confesados del muchacho; incluso la Matriarca había dejado de quejarse y permanecía sentada en silencio y rumiando en el camarote de debajo de la cubierta.

El viento arreció de pronto, hinchando las velas, y Keridil sintió que el casco saltaba bajo sus pies y se lanzaba hacia delante con un nuevo ritmo, al salir del refugio del puerto y alcanzarle toda la fuerza del oleaje. Ahora no había nada entre ellos y el fantasma que esperaba en la oscuridad; nada, salvo las negras olas y los profundos estrechos...

Como si el muchacho hubiese captado sus inquietos pensamientos, Keridil vio que Fenar Alacar se estremecía de pronto y se apartaba de la borda. Como era debido, habían dejado en tierra a todos salvo a sus más íntimos compañeros, y aunque el viejo Isyn acompañaba al Alto Margrave, éste necesitaba más de una cara conocida para armarse de valor. Por un momento, pareció que Penar iba a acercarse a Keridil y a hablarle; entonces el muchacho lo pensó mejor y se dirigió tamb aleándose a la débilmente iluminada escotilla. Desapareció por ella y, durante un instante, sus ruidosas pisadas bajando la escalera rompieron el suave ritmo del mar y de las velas, hasta que se extinguieron, dejando solo a Keridil.

Este no quería atisbar en la oscuridad, pero una fascinación con tra la que no podía luchar hizo que se volviese y mirase por encima de la proa de la barca. Y allí estaba..., todavía indistinto, pero más próximo: el blanco fantasma de un barco anclado que se mecía suavemente.

La sombra le envolvía y hacía imposible juzgar sus dimensiones; a veces parecía alzarse como una torre en las tinieblas de la noche, y otras, pensaba, incluso la Bailarina Azul era más grande. A popa, una luz fría e incolora centelleaba vacilante, pero no se advertían otras señales de vida. Igual hubiese podido ser una imagen nacida de un sueño inquieto.

La voz que había hablado a su espalda era suavemente modulada, pero Keridil se sobresaltó a pesar de ello. Se volvió y vio a uno de los marineros que se mantenía a respetuosa distancia, con la gorra en la mano.

—El capitán, Señor, te saluda y me ha encargado decirte que hay cerveza caliente bajo cubierta, con unas gotas de algo más fuerte para combatir el frío. —El marinero sonrió temeroso, mostrando a la pálida luz de la caseta del timón que le faltaban algunos dientes—. Todavía tardaremos más o menos media hora antes de llegar a nuestro destino, Señor.

Su padre habría dicho que esto era el valor del cobarde..., pero dadas las circunstancias, pensó Keridil, también lo habría comprendido.

—Gracias —dijo, apartando las frías manos de la barandilla y frotándolas con fuerza—. Me vendrá muy bien.

La cerveza caliente con especias era sabrosa, a pesar de un débil sabor a pescado y, durante un rato, el grupo que se hallaba ahora en el lleno y primitivo camarote pudo mantener un ánimo que ponía a raya los pensamientos privados. Keridil estaba sentado al lado de Sashka, que le estrechaba una mano con una fuerza reveladora del dominio que tenía de su propia compostura. El no había visto nunca que pudiese sentir miedo, y este descubrimiento le conmovió de una manera nueva, despertando en él un instinto protector que mitigaba su propia aprensión. Fenar Alacar se sentaba encogido en un rincón, sujetando su copa como si fuese su bien más preciado, mientras la Matriarca Ilyaya Kimi, acompañada de dos de sus doncellas, vertía un torrente de palabras triviales a media voz, al parecer sin importarle que la escuchasen o no.

Y en la bodega, guardada por uno de los hombres del capitán y todavía inconsciente, estaba Cyllan.

La noticia de su captura, comunicada por Keridil a sus compañeros cuando se habían reunido en el puerto, les impresionó a todos. Solamente Fenar había objetado la decisión de Keridil de llevarla con ellos a la Isla Blanca, arguyendo que habría sido mejor y más sencillo ejecutarla y acabar de una vez, sentimiento que en cierto modo reflejaba las propias dudas de Keridil. En cambio, la Matriarca no había querido saber nada de ello.

—El Sumo Iniciado tiene toda la razón —dijo en un tono que no admitía réplica—. La muchacha es mucho menos importante para nosotros que el demonio del Caos al que sirve, y no hay manera mejor de asegurarnos de la captura de éste. Además —añadió, con un débil brillo de regocijo en los ojos—, el alma inmortal de la muchacha no lo pasará peor en la otra vida si sufre el justo terror del juicio de Aeoris antes de morir.

Keridil había mirado a Sashka, que hasta entonces no había dicho nada, y le preguntó en voz baja:

—¿Y qué piensas tú, amor mío?

Sashka aguantó su mirada.

—Por mucho que sufra, no será nada en comparación con lo que se merece.

Por un momento pareció más malévola de lo que él la había creído capaz, aunque su expresión cambió rápidamente y él pensó que tal vez no había sido más que un efecto de luz. Y así, como el disentimiento de Fenar no fue muy enérgico, el cuerpo exánime de Cyllan fue llevado a bordo y dejado caer brutalmente entre las cajas de pescado, las redes y las cuerdas de la bodega.

Ahora, mientras la Bailarina Azul seguía navegando, todos habían tenido un respiro de lo que les esperaba..., pero pronto sintieron que el movimiento de la barca cambiaba sutilmente, perdiendo ritmo, y oyeron órdenes apagadas sobre sus cabezas. Keridil se puso tenso, al percibir un momento antes que sus compañeros el ruido de pisadas que bajaban hacia ellos. Se abrió la puerta del camarote y el capitán apareció en el umbral.

—Ya hemos llegado, Señor..., al menos todo lo que ellos nos permiten acercarnos. He ordenado a los hombres que preparen el bote.

Keridil se levantó, teniendo que agachar la cabeza en el camarote de techo bajo, y vio un destello casi de pánico en el semblante de Fenar Alacar antes de que éste pudiese dominarse una vez más.

—Gracias, capitán. —Miró a cada uno de sus compañeros—.

Creo que todos estamos ya dispuestos.

No se atrevía a mirar hacia arriba. Desde su asiento en la popa del bote de la Bailarina Azul, el casco de la Barca Blanca llenaba todo su campo visual, ocultando el cielo y las lunas y el horizonte como una gigantesca capa de niebla. Podía oír los chasquidos de la viejísima madera, los ominosos y restallantes gemidos de las enormes velas agitadas por el viento. Todo a su alrededor era blanco, de un blanco turbio y enfermizo, de modo que de cerca parecía más una aparición del reino de los fantasmas que cuando lo había mirado desde

tierra. En una ocasión había mirado Keridil tratando de ver la punta del palo mayor, pero el vértigo y otra sensación menos explicable habían hecho que volviese apresuradamente la cabeza, quedándole solamente la turbadora impresión de una enorme y fantástica vela y de una sola estrella fría centelleando en el negro cielo.

A su lado, en el húmedo y estrecho banco del bote, se sentaba Sashka, arrebujaada en su abrigo y con la mirada fija en el suelo curvo.

Delante de ellos, Fenar Alacar parecía estar temblando irreprimiblemente, y los otros compañeros no lo pasaban mucho mejor. Solamente Ilyaya Kimi contemplaba el monstruo que se acercaba lentamente con una calma peculiar y resignada, como si no hubiese poder capaz de afectarla.

El bote se estaba acercando al costado de la Barca Blanca: una pared blanca que parecía caer del cielo sobre ellos. El golpe que dio el bote contra el costado del barco fue inaudible debido al rugido del agua debajo del casco, y Keridil saltó cuando, viniendo al parecer de ninguna parte, bajó serpenteando una cuerda que golpeó el costado del barco con un sordo chasquido. Uno de los remeros agarró la punta de la cuerda y sujetó con ella la proa del bote; después bajó una sombra y Keridil, al mirar hacia arriba, vio una tosca maroma que oscilaba como la cuerda de una horca y que descendía poco a poco desde la cubierta de la Barca.

La Matriarca cambió de posición en su asiento y sonrió irónicamente.

—Si he leído bien mis escrituras, Sumo Iniciado —gritó hacia atrás—, te corresponde el privilegio de subir primero a bordo.

—Keridil...

Sashka no pudo disimular su miedo y le asió una mano mientras él se ponía cautelosamente en pie. El se desprendió de aquellos dedos, esperando que su apretón hubiese sido para darle ánimo, pero no pudo hablar antes de pasar cuidadosamente sobre el banco y dirigirse a proa. Al llegar a ella, oyó que la voz de Fenar murmuraba aterrorizada sobre el ruido del oleaje.

—He olvidado las palabras... Que los dioses me valgan, Isyn, pero olvidé lo que tengo que decirles...

El Sumo Iniciado cerró un momento los ojos; después se agarró con fuerza a la maroma.

La ascensión pareció un sueño interminable, pero al fin llegó un momento en que Keridil vio una luz que brillaba arriba y, segundos más tarde fue impulsado hacia adentro y se tambaleó sobre la cubierta de la Barca Blanca. Durante unos instantes estuvo casi cegado; después, al acomodarse su mirada, les vio.

Debían de ser doce o quince, alineados en semicírculo sobre las pálidas tablas de la cubierta. Las movedizas velas proyectaban extrañas sombras sobre sus inmóviles figuras y, por un instante, Keridil tuvo la espantosa sensación de que no eran verdaderos hombres, sino muertos resucitados, increíblemente viejos e inconcebiblemente extraños. Las palabras que ensayó con tanto cuidado se atascaron en su garganta; entonces una de las figuras se movió y se rompió el hechizo... o al menos su elemento peor.

Como sus compañeros, el portavoz de los Guardianes vestía de blanco de los pies a la cabeza; tenía andadura de marinero, aunque no se parecía a ningún marinero que Keridil hubiese visto jamás. Una cara blanca como la leche, jamás tocada por el sol; cabellos grises desgredados y echados atrás sobre el cráneo; un semblante sin la menor expresión. Miró al Sumo Iniciado con ojos vacíos, y Keridil tuvo la desconcertante impresión de que el Guardián no le veía o consideraba irrelevante su presencia.

Le correspondía a él ser el primero en hablar, pero las palabras contenidas en los pergaminos legales del Círculo parecían ahora muy diferentes de las que había ensayado con Gyneth en el papel de Guardián.

Keridil reprimió un casi incontenible impulso de toser y dijo: —Keridil Toln, Sumo Iniciado del Círculo, viene en son de paz y humildemente a pedir la autorización de los Guardianes para poner pie en la Isla Blanca.

El Guardián siguió atravesándole con la mirada.

— ¿Cuál es el objeto del Sumo Iniciado para pedirlo?

—Reunirme con el Alto Margrave Fenar Alacar y con la señora Matriarca Ilyaya Kimi, en el Cónclave de los Tres.

—Según las leyes de Aeoris, el Cónclave de los Tres sólo puede convocarse cuando se han agotado todos los otros recursos. ¿Afirma el Sumo Iniciado que es así?

Sintiendo como si estuviese representando un papel en una pantomima, en un plano más allá de lo terreno, Keridil respondió con firmeza:

—Así es.

Un silencio solamente turbado por los chasquidos de la madera y de las velas siguió a sus palabras, y Keridil tuvo la impresión de que el Guardián consultaba con sus compañeros, aunque no vio que hiciese ninguna señal. Después de lo que pareció una pausa interminable, el hombre pálido habló de nuevo.

—La petición de Keridil Toln, Sumo Iniciado del Círculo, ha sido oída y atendida. Que suban a bordo los que deseen compartir este deber.

El Guardián retrocedió, distanciándose de Keridil, y el Sumo Iniciado vio que la maroma se balanceaba pesadamente sobre la borda de la Barca Blanca para iniciar de nuevo su descenso. Miró involuntariamente por encima del hombro para ver lo que hacían sus compañeros, pero, desde aquella altura, el bote era invisible.

Carraspeó para llamar la atención del Guardián.

—Traemos una prisionera —dijo, todavía algo inseguro del terreno que pisaba, a pesar de que se habían cumplido todas las formalidades

—. Ella...

El Guardián le interrumpió, con una sonrisa glacial.

—La joven puede ser subida a bordo. Estará encerrada de la manera adecuada hasta que sea requerida su presencia.

Keridil no quiso especular sobre lo que sabían de Cyllan y cómo lo habían sabido. Se limitó a asentir con la cabeza en prueba de conformidad y se volvió hacia la borda cuando la maroma empezó a subir lentamente, muy lentamente, con el segundo pasajero bien sujeto, para traerlo a bordo.

El golpe que privó del conocimiento a Cyllan había dejado una fuerte moradura en su frente y, cuando empezó a recobrar la conciencia, sintió debajo de aquélla unos latidos dolorosos en el cráneo. Al principio, se resistió a abrir los ojos, creyendo solamente que despertaba de una pesadilla cuyas imágenes contrapuestas se habían hecho confusas:

Tarod durmiendo en su habitación de la posada; una cuerda que le raspaba la mano, y la absurda visión de la cara de Keridil Toln sobre el telón de fondo del puerto de Shu-Nhadek iluminado por la luna..., una loca e inquietante pesadilla. Tenía los miembros entumecidos; hizo un esfuerzo para incorporarse... y cayó dolorosamente hacia atrás, y el golpe contra una superficie dura le obligó a abrir los ojos.

Estaba rodeada de blancura. Mortajas blancas formaban grandes y amenazadoras alas a su alrededor, elevándose sobre ella a tal altura que, por un instante, su confusa mente creyó que eran nubes. Pero las nubes no bajan a la tierra... y la superficie debajo de ella se movía de una manera que le pareció desconcertante pero familiar.

Alarmada, trató de ponerse en pie, y cayó de nuevo. Tenía las muñecas y los tobillos atados... Y el movimiento que sentía debajo de ella, continuado, rítmico, era el de un barco navegando en alta mar...

Sólo entonces vio la figura inmóvil que estaba de pie detrás de ella. Vestido de blanco, como un marinero fantasma, miraba a ninguna parte, indiferente a los esfuerzos de ella para

liberarse. Su mera impasibilidad hizo que sintiese escalofríos en la medula, al darse cuenta de que, aunque la vigilaba, era completamente indiferente a cuanto ella tratase de hacer, pues sabía, mejor que ella, su impotencia.

Blanco... Un barco blanco, velas blancas, tripulación vestida de blanco..., la verdad empezó a abrirse odiosamente camino en la mente de Cyllan. ¡Keridil! Su cara no había sido un sueño; él estaba allí...

¿Allí?, se preguntó, e instantáneamente supo la respuesta a su muda pregunta. La había capturado, la habían pillado en una trampa y traído a este barco, un barco que, por amarga ironía, la llevaba al lugar que Tarod y ella habían deseado desesperadamente alcanzar.

Pero no de esta manera, dioses, ¡no de esta manera!

Sabiendo que sólo tendría una oportunidad y que era su única esperanza, hizo acopio de toda la fuerza mental que pudo reunir y su mente retrocedió hacia Shu-Nhadek y la oscura habitación de la posada.

Desde alguna distancia no determinada oyó una imprecación ahogada, de alguien cuyo atuendo de colores contrastaba sorprendentemente con el blanco que la rodeaba, y que corría hacia el lugar donde yacía ella.

¡Tarod!, gritó mentalmente, frenética, aunque, en su pánico y su confusión, no sabía Cyllan si podría alcanzarla. El centinela vestido de blanco descansó el peso del cuerpo sobre el otro pie, sin dar otra señal de haber percibido su llamada; después se apartó a un lado para dejar paso a otro hombre, el cual la miró con cólera y desprecio.

Keridil sabía lo que ella había hecho, y ella lo leyó en sus ojos.

Después él sonrió y ella se sintió desesperada.

—Llama a tu amante demonio, si así te place —dijo casi amablemente el Sumo Iniciado—. El Caos no tiene aquí poder, y él no puede venir sobre el agua en tu rescate. —Hizo una pausa y acentuó su sonrisa—. Sí, llámale. Deja que te siga, si es lo bastante imbécil... ¡y si se atreve!

Se volvió y se marchó, y ella le siguió con mirada afligida. Desde luego, eso era exactamente lo que quería el Sumo Iniciado: que Tarod fuese atraído a la Isla Blanca, a la fuente absoluta del poder de Aeoris, en su persecución. Y Tarod les seguiría y, cuando llegase, ¿qué encontraría esperándole?

Volvió la cabeza a un lado, mirando por encima de la barandilla de la barca el mar oscuro como la pizarra. No lloraría, nada la induciría a darles la satisfacción de ver sus lágrimas; pero por dentro, tenía destrozada el alma.

¡Tarod!

El grito que resonó en su mente era tan fuerte como si alguien hubiese gritado su nombre en la habitación. Violentamente despertado de su sueño, Tarod se incorporó, vi brando todavía aquel sonido en su conciencia, y en el mismo instante en que reconoció aquella voz angustiada, se dio cuenta de que Cyllan no estaba ya a su lado.

— Cyllan...

El nombre se formó en sus labios en una aguda exclamación de alarma, y Tarod se levantó rápida y ágilmente de la cama, atraído por un instinto inadvertido hacia la ventana, donde levantó la cortina.

La calle y la plaza del mercado estaban vacías. La primera luna se había hundido detrás de los tejados, y el segundo y más pequeño satélite que la seguía era una pálida media luna en el oeste. La aurora no estaba lejos, pero salvo unas pocas estrellas desparramadas de las que las luces que daban encendidas en el puerto parecían un reflejo, nada podía ver.

Tarod giró en redondo y contempló las frías sombras de la estancia.

Buscó mentalmente el origen de aquel grito, pero no encontró nada. Lo único que sabía de cierto era que Cyllan se había ido. Rápidamente concentró su atención en la posada, dejando que su mente sondease y buscara. Otros huéspedes dormían en sus camas: una pareja, vuelta de espaldas, que se había peleado antes de retirarse a descansar; un austero mercader que compartía la cama con una prostituta del muelle a la que introdujo disimuladamente; el dueño de la posada, cuyo jergón le resultaba incómodo por las monedas guardadas debajo de él... Y abajo, la cervecería desierta y el silencioso comedor; fuera, los establos llenos de caballos adormilados..., pero ni rastro de Cyllan.

La mano izquierda de Tarod se estremeció de pronto y la piedra del anillo resplandeció, llamándole la atención. Simultáneamente, una intuición que no era humana le puso la piel de gallina, diciéndole que, dondequiera que estuviese Cyllan, no la encontraría por medios normales.

Se tumbó de nuevo en la revuelta cama, tapando el anillo con la mano derecha. Era reacio a valerse de la hechicería, pero no tenía otra alternativa si quería encontrarla. Y así (tuvo que endurecerse para soportar la idea) sabría si estaba viva o muerta.

Cerró los ojos verdes y sintió que el antiguo poder empezaba a despertar en él. Era algo doloroso y exquisitamente familiar y, a pesar de sus presentimientos, lo recibió de buen grado, dejando que se elevase a través de los muchos niveles de conocimiento y se apoderase al fin de su conciencia. Entreabrió de nuevo los ojos, estrechas rendijas

esmeraldas que brillaron ahora con una inteligencia extraña al mezclar se primero, y eliminar después, la comprensión nacida del Caos a la comprensión mundana. La adivinación era un talento que había desarrollado durante sus años de Adepto, pero lo de ahora no se parecía en nada a las prácticas seguidas en el Círculo. No necesitaba ningún cristal ni invocaciones, y los planos en que se movía su mente estaban mucho más allá de los que sus colegas de antaño habrían podido aspirar a alcanzar.

Oscuridad. La oscuridad se movía, lenta y rítmicamente, como el flanco de algún enorme y amorfo animal al respirar. Una hoja de cuchillo de luz fría la perforó, temblando y rompiéndose como en un oleaje, y supo que estaba contemplando el mar bajo los últimos rayos de la luna.

Navegaba en el mar y sin embargo, no podía alcanzarla... Sentía la presencia de algo allí, en lo profundo, pero había un obstáculo que estaba protegido por una fuerza que resistía a su voluntad, y así se le escapaba, burlón, cuando él creía que lo había agarrado. La cólera lamió su mente como una llama; la cólera soberbia y fría de un ente que no podía tolerar verse frustrado. Sintió que su poder crecía al romper los últimos lazos que le unían al cuerpo humano en la posada de Shu-Nhadek, y por fin captó triunfalmente que la elusiva presencia en el mar no era mortal.

Velas blancas se hinchaban fantásticamente en la oscuridad, mientras el blanco casco rompía el agua negra. Las lenguas de fuego de la cólera que sentía Tarod fueron de odio y desprecio al chocar el aura del barco con la suya propia; era enemiga de aquello en que él se había convertido, vehículo y símbolo de su aborrecido enemigo, y sola mente toda su fuerza de voluntad impidió que retrocediese asqueado.

No podía ver ningún detalle del barco, pero no lo necesitaba: su imagen astral era suficiente. Los pasajeros habían embarcado en plena noche y, ahora, la barca navegaba hacia la Isla Blanca y el Cónclave de los Tres. Y Cyllan estaba a bordo...

La furia acometió a Tarod mientras su mente volvía al cuerpo que había dejado en la oscura habitación. Sus músculos se contrajeron y le hicieron ponerse en pie de un salto, y un aura negra cobró vida y resplandeció a su alrededor. No podía contener su ira; era demasiado fuerte, demasiado inhumana, incontrolable..., pero tenía que reprimirla, tenía que aferrarse a su humanidad, luchar contra la voluntad del Caos.

Con un grito ahogado, se tambaleó hacia atrás y cayó sobre la cama, y cuando su cuerpo chocó con el jergón, algo pareció salir de su cráneo y desintegrarse con un ruido que no era ruido, una sensación discordante, mareante. Le dio vueltas la cabeza y se agarró a la

almohada, buscando ansiosamente algo real y terreno que le sirviese de ánclora. Después de unos momentos cesó el vértigo, aunque le dejó mareado y agotado. Lenta y dolorosamente, se sentó en la cama.

No había estado preparado para el poder del odio primigenio que había surgido dentro de él al encontrar la Barca Blanca de Aeoris. La enemistad era demasiado antigua para comprenderla, y él había reaccionado con todo el aborrecimiento y el desprecio contenidos en milenios de recuerdos preternaturales. Aferrándose al fin a su identidad, había luchado contra aquel poder y había vencido, pero había pagado cara la victoria. Y aunque pudiese haber encontrado a Cyllan, no podía cruzar la barrera que los separaba.

Todavía aturdido y sin saber apenas lo que estaba haciendo, cogió su ropa y empezó a vestirse. Todo requería demasiado tiempo; tenía viva conciencia de que le estorbaban las limitaciones de un cuerpo físico, y el recuerdo del poder que, aunque dormido ahora, se escondía en su alma, le desgarraba.

Sería tan sencillo... Se detuvo, mirando fijamente el anillo en su mano izquierda. El Caos era una fuerza titánica, pero en este plano terrenal, él era dueño del Caos. Una vez había desterrado a Yandros, destruyendo su única cabeza de puente en este mundo, y el Señor de los Cabellos de Oro no podía volver a menos que Tarod revocase la orden de destierro y le llamase de nuevo. Si lo hacía, la Barca Blanca y toda su tripulación no serían enemigo para semejante adversario.

Un horrorizado rechazo llegó pisando los talones de la idea, y Tarod se espantó al darse cuenta de lo cerca que había estado de caer en la tentación. Con las secuelas de la fuerza del Caos haciéndole cosquillas en la piel, había sentido resurgir antiguas afinidades; había deseado la presencia de Yandros como aliado y compañero por mucho tiempo..., y sabía que esta tentación era la oportunidad que había estado esperando el Señor del Caos. Yandros respondería a la llamada, si él la hacía. Y con su regreso, toda la esperanza de Tarod de reconciliarse con Aeoris quedaría destruida. Si tenía que demostrar su fidelidad al Orden, llamar ahora al Caos, incluso en una situación desesperada, sería la más grave de las traiciones.

¿Incluso para salvar la vida de Cyllan?

Esta muda pregunta era tan insidiosa como engañosa. Llamar a Yandros podría salvar a Cyllan del peligro en que se hallaba en la Barca, pero, aparte de esto, no serviría de nada. El Círculo no le haría daño... por ahora; con la Isla Blanca y el Cónclave tan cerca, Keridil

tendría otros planes para ella. Y esto daba tiempo a Tarod; poco tiempo, ciertamente, pero suficiente.

Sus manos estaban más firmes cuando siguió vistiéndose. Aunque había desterrado las sacrílegas ideas, parecían reinar las tinieblas en la estancia; si no hubiese sabido que no podía ser, se habría imaginado que una presencia permanecía inmóvil en la sombra del último rincón, acechando; si podía poner su mente a tono casi podría convencerse de que no estaba enteramente solo.

Fue a coger su capa, pero lo pensó mejor. Ahora no tenía necesidad de disfrazarse. Al dirigirse sin ruido a la puerta, se detuvo y sonrió hacia el oscuro y silencioso rincón.

Dijo en voz baja:

—Esta vez no, Yandros...

La puerta se cerró suavemente a su espalda.

El arco deformado de la segunda luna se estaba hundiendo en el mar y, como faltaba menos de una hora para el amanecer, la niebla se había levantado del agua y se había trasladado a ráfagas a la ciudad, donde formaba pálidos y engañosos charcos en las calles y en la plaza del mercado. Tarod, oscuro como una sombra en las vulgares y negras vestiduras por las que había trocado el rico atuendo de mercader, recorrió en silencio un largo callejón, dejando atrás las tabernas cerradas, y salió a los muelles.

El puerto estaba desierto. Con sólo los últimos destellos de las estrellas, desparramadas, la oscuridad era casi absoluta; solamente la silueta de una barca de pesca amarrada que se balanceaba ligeramente se recortaba más negra contra el agua plomiza. Tarod avanzó en su dirección, encontró la escalera del muelle y bajó hasta que un débil y cambiante resplandor y un sonido apagado y rítmico le dijeron que había llegado al nivel de la marea.

Se agazapó en la escalera revestida de algas y observó el agua, borrando de su mente toda idea, salvo la única que inmediatamente le interesaba. Arriba y a su izquierda se movió una sombra; vio los ojos de un gato salvaje reflejando la débil fosforescencia del mar al mirarle furioso desde encima de la pared. Después se alejó corriendo y sin ruido. Tarod volvió de nuevo a su concentración, borrando la suave llamada mental.

Nunca había intentado comunicarse con semejantes criaturas, pero algo, más allá de su instinto normal, le dijo que vendrían. Ayudaron una vez a Cyllan, cuando, de no ser por ellos, se habría ahogado en el mar alborotado frente al promontorio del Castillo. Y sintió intuitivamente que ahora le ayudarían a él.

Cuando la primera cabeza lisa emergió de la superficie a poca distancia del muelle, Tarod soltó el aire que retenía en los pulmones y sonrió aliviado.

Había pensado que podría sentir su presencia antes de que llegasen, pero los fanaani no le avisaron. Curiosos, pero conscientes de que la mente de él era de un orden que les era desconocido, se acercaron en secreto, y solamente cuando tres de los bellos animales marinos, parecidos a gatos, hubieron salido a la superficie, sintió Tarod el primer y débil roce de un contacto telepático.

Extraño. Esta palabra era la mejor interpretación que podía dar un ser humano a la idea que le transmitían las mentes desconocidas de los fanaani. No estaban seguros de él y nada que pudiese él decir o hacer les persuadiría de acelerar su juicio o influiría en ellos. Estas criaturas marinas, eran una ley en sí mismas; nadie podía sondear sus pensamientos ni sus motivaciones. Pero, si una mente estaba realmente abierta, era posible comunicar con ellos en su propia y extraña manera.

Dejó que les tocaran sus sentimientos, uno a uno, y volvió a sentir aquella curiosidad.

¿Me ayudaréis? Como ellos, Tarod empleaba conceptos en vez de palabras, imágenes que traducía en una forma que ellos podían comprender mejor que el habla. La más próxima de aquellas tres criaturas dio una vuelta en el agua, sin producir apenas una ligera onda; era del tamaño de un hombre, y había en sus ojos un brillo de inteligencia cuando miró solemnemente a Tarod.

Secreto. El pensamiento fue acompañado de un temblor de risa callada, y se dio cuenta de que los fanaani habían leído en él la necesidad de llegar a la Isla Blanca sin que nadie lo supiese, y que esto les divertía. Entonces llegó otro concepto: un animal terrestre sumergiéndose en profundidades verdes, sin respirar, desapareciendo progresivamente, muriéndose. Tarod sonrió débilmente al darse cuenta de que aquel animal terrestre era él y que los fanaani comentaban, compasivos, su incapacidad de nadar una distancia que para ellos era nada.

Les respondió con la idea de un fanaani tratando de caminar en tierra, completando la imagen con un irónico interrogante. El fanaani pestañeó, rodó de nuevo y desapareció bajo la superficie del mar casi sin producir la menor onda. Cuando reapareció unos segundos más tarde, había un nuevo concepto en su mente.

¿Por qué?

Quería averiguar su objetivo, y Tarod comprendió que cualquier intento de disimulo le apartaría de él y de sus compañeros. Los fanaani le exigían sinceridad a cambio de su

ayuda, y les abrió la mente, permitiendo que viesen sus intenciones y su propósito y los interpretasen como pudiesen. La espera pareció interminable, pero al fin sintió que las extrañas y curiosas mentes se retiraban de la suya. Y después: *Demasiado pronto. Luz arriba.*

Tarod miró involuntariamente hacia lo alto. Las estrellas habían desaparecido y el cielo empezaba a iluminarse. Cuando miró de nuevo a los fanaani, vio que su abigarrada piel estaba perdiendo su fosforescencia.

Oscuridad arriba. Ven entonces. Ven a este lugar... Y vio claramente en su mente, aunque la imagen era como se veía desde el mar, una cala donde las olas rompían sobre una estrecha barra de arena gris.

A un lado se proyectaba agresivamente hacia fuera un acantilado, y allí el constante ataque de las olas había desgastado un estrato blando y había abierto un enorme arco en el espolón de roca. Era un punto de referencia inconfundible, todo lo que él necesitaba.

Dos de los fanaani, que no se habían acercado al malecón en todo el intercambio de ideas, estaban ya dando media vuelta y adentrándose lentamente en el mar. Tarod intercambió una última mirada con la tercera criatura y transmitió cortésmente: *Gracias.*

Desaparecieron sin apenas dejar rastro, y él se levantó, estirando los entumecidos músculos y satisfecho de lo que había logrado. Aunque tenían fama de aliados de poco fiar, los fanaani no le habían fallado, y cuando se pusiera esa noche el sol, volverían para cumplir su promesa.

Una raya de color como de sangre oscura y seca se extendía ahora a lo largo del horizonte oriental. Tarod subió la escalera del muelle, se detuvo un momento para contemplar el mar que subía lentamente, y se encaminó a la posada.

La cala que le habían mostrado los fanaani estaba a unas nueve millas al este de Shu-Nhadek, donde la hasta allí suave costa se transformaba en los altos e inhóspitos acantilados que dominaban la línea costera de tres provincias antes de descender finalmente en las Grandes

Llanuras del Este. El lugar era conocido como Punta de Refugio y fue la salvación de muchos pescadores sorprendidos lejos del puerto por la tormenta; pero raras veces era empleado y no había casas en las cercanías. Tarod salió temprano de la posada, diciendo al dueño que pensaba pasar el día fuera, cabalgando, y que su esposa, que estaba cansada, se quedaría en la cama. Cuando alguien llamase a la puerta para preguntar si la señora del vinatero quería comer o beber algo, él estaría ya muy lejos, y el dinero que dejó en la

habitación, añadido al valor de la yegua abandonada por Cyllan, sería más que suficiente para pagar el hospedaje.

Se alegró de trocar la bulliciosa ciudad por la paz del campo, y siguió el estrecho camino a lo largo de la costa. Su caballo estaba nervioso después de haber estado encerrado en el establo de la posada, y él le dio rienda suelta, gozando con las sensaciones de un veloz medio galope al cabalgar en la dirección del sol naciente.

Localizó la cala mucho antes de llegar a ella; un largo espolón de roca que se adentraba en el mar, con un arco casi perfectamente simétrico abierto en la estrecha punta. Debían faltarle una milla o dos para llegar allí, y puso su caballo al paso, permitiendo que haraganease y mordisquease el verde césped primaveral. Tenía todo el día por delante, sin nada que hacer salvo esperar; no hacía falta que se diese prisa.

Media hora más tarde llegó a la cala y, sentado en la silla, contempló el escarpado acantilado que se cernía sobre un triángulo de playa allá en lo hondo. El mediodía estaba próximo y la bahía rebosaba de luz dorada y rojiza. Desde donde se hallaba, podía ver un estrecho camino que, aunque empinado, permitía bajar hasta la arena.

Saltó al suelo y, con alivio, se despojó de la adornada capa que le había permitido mantener su papel de mercader importante. También se desprendió de las botas de cuero suave, sabiendo que de ahora en adelante iría mejor descalzo, y de la bolsa que llevaba colgada del cinto, dejándolas caer descuidadamente sobre la hierba. Entonces volvió su atención al caballo, desensillándolo y dejando los arneses junto a su capa. Acarició el morro del animal, que relinchó suavemente antes de dedicarse afanosamente a alimentarse. Todavía no se había dado cuenta de que él lo puso en libertad; en vez de venderlo por un dinero que de nada le serviría, prefirió soltarlo. Sin duda, con el tiempo, alguien le encontraría y le haría suyo, como encontrarían la ropa y las monedas que había dejado allí. Si los bienes abandonados eran reconocidos como pertenecientes al vinatero que se había alojado en Shu-Nhadek, indudablemente habría especulaciones sobre su verdadera identidad y su destino, pero entonces todo esto le tendría ya sin cuidado.

El caballo levantó la cabeza y observó con ligera curiosidad cómo Tarod se dirigía hacia el camino. Después perdió su interés y continuó paciendo. Tarod no miró atrás, sino que empezó a descender por el abrupto, peligroso y resbaladizo sendero. Fue más fácil de lo que le había parecido y, en pocos minutos, llegó a la playa y cruzó la estrecha franja hasta donde rompía el mar. La arena, compuesta por los restos desgastados por el oleaje de innumerables millones de pequeñas conchas, era fría y húmeda bajo los pies. Se plantó en el

borde del agua mirando hacia donde consideraba que debía de estar la Isla Blanca, pero el horizonte se perdía en la neblina y no pudo ver señal de la Isla.

A esas horas la Barca habría llegado ya a su destino... Tarod, reflexivamente, volvió al lugar donde unos cantos rodados le ofrecían un sitio en el que descansar. Creía que Cyllan debía estar todavía viva e indemne; conociendo como conocía a Keridil, dudaba de que el Sumo Iniciado tomase una decisión apresurada sobre su destino. Más bien la consideraría como el señuelo perfecto para atraer a su enemigo a la Isla..., y estaba en lo cierto, aunque la llegada de Tarod sería muy diferente de la que Keridil preveía.

¿Y qué haría cuando llegase?, se preguntó. Había trazado sus planes y estaba resuelto a ponerlos en práctica; pero antes de este momento había rehuido siempre considerar demasiado profundamente las consecuencias de lo que pretendía hacer. Sin embargo ahora, con la larga tarde por delante y nada que hacer salvo estar sentado y contemplar el mar, tenía pocas defensas contra las preguntas y las aprensiones que rondaban en el fondo de su mente esperando una respuesta.

Estaba jugando, no solamente con su vida, sino también con su propia alma, con la esperanza de que podría apelar al árbitro supremo y ser escuchado con misericordia. Pero habían ocurrido tantas cosas desde que juró entregar la piedra del Caos en la Isla Blanca que ya no estaba seguro de poder confiar en su criterio. Personas inocentes habían muerto a sus manos y a las de Cyllan y, por muy grande que fuese su justicia y su clemencia, era posible que ni siquiera Aeoris pudiese pasar por alto o perdonar aquellos hechos. Su palabra debía prevalecer contra la de Keridil cuando hiciese su alegato... ¿Querría el más grande de los Siete Dioses escuchar a un acusado siervo del Caos cuando el acusador era su Sumo Iniciado?

Tarod se volvió bruscamente, irritado por sus pensamientos. No había espacio para la duda; no podía dejar que ésta tomase posiciones, pues, si lo hacía, arraigaría y crecería demasiado aprisa para ser dominada.

Tomó su decisión y no debía vacilar; además, la alternativa era clara. El Orden o el Caos: no había término medio. Había emprendido su camino; tenía que llegar al fin.

Sin embargo, su estado de ánimo estaba muy lejos de ser satisfactorio cuando volvió a las rocas y se sentó para la larga espera.

Más tarde se dio cuenta de que había dormido durante buena parte de la tarde, y cuando se despertó, la última luz resplandecía triste en occidente, prendiendo fuego a los bordes del

acantilado. La cala estaba bañada en sombras; con la marea menguante, parecía húmeda, helada e inhóspita, y el frío se filtraba a través de la fina camisa de Tarod.

Este se levantó, flexionando los miembros para aliviar el entumecimiento de los músculos, y descendió lentamente por la playa hasta el borde del agua. La espuma formaba en la orilla una pálida franja, pero, más allá, las olas eran oscuras y el mar y el cielo ya no podían distinguirse.

Se preguntó cuándo vendrían los fanaani y dominó un escalofrío que poco tenía que ver con el aire cortante.

Tarod no podía calcular el tiempo que estuvo en la playa mientras se desvanecía la luz y era finalmente reemplazada por una oscuridad total. Pero al fin oyó una nota débil, dulce y misteriosa, muy lejana pero discernible en medio del murmullo del mar. Momentos más tarde, se le unieron otra y otra nota, en una armonía pura que era como un lamento y que le estremeció hasta la médula e hizo que sintiese un nudo en la garganta. La canción de los fanaani... Estaban aquí, esperándole.

Tarod lanzó un profundo suspiro y abrió su mente a los primeros tanteos de unos pensamientos ajenos que sondaban los suyos. Al principio sólo estaban compuestos de extrañas y fantasmagóricas imágenes marinas, pero gradualmente se fundieron hasta que unas palabras claras tomaron forma en la mente de Tarod.

Ven..., únete a nosotros... únete a nosotros...

La oscuridad era casi absoluta, pero cuando una ola se levantó para romper a sus pies, pudo verles; unas formas más negras contra el oleaje. Le asaltaron la duda y el miedo, pero reprimió estos sentimientos y caminó hacia delante.

El mar formó remolinos alrededor de sus tobillos, alrededor de sus rodillas. La playa descendió rápidamente y la primera ola que rompió sobre él era fría como el hielo y le produjo escalofríos. Tarod esperó la ola siguiente y se sumergió en ella, emergiendo después y sacudiéndose el agua de los cabellos y los ojos. Echó una última mirada a la cala silenciosa y dormida; después empezó a nadar vigorosamente hacia el mar abierto. Los fanaani salieron a su encuentro cuando dejó atrás el acantilado; como antes, eran tres, aunque no habría podido decir si eran las mismas criaturas con quienes se comunicó en el puerto de Shu-Nhadek. Unos cuerpos lisos y resbaladizos le rodearon y sintió que un animal rozaba el suyo; pateando, alargó un brazo y lo pasó sobre el lomo de aquél para agarrarse al hombro poderoso y de tupido pelaje, mientras un segundo fanaán se colocaba al otro lado como un tercer eslabón. Ahora pudo ver claramente delante de ellos al tercer animal, más

grande que los otros, de pelambre moteado y unos ojos que, al volverse a mirarle, parecían serenos y sabios. Tarod sonrió, formando palabras de agradecimiento en su mente, y el fanaán que iba en cabeza emitió una serie de notas temblorosas y argentinas en una escala extraña. Como si el sonido fuese una señal, las dos criaturas que iban al lado de Tarod nadaron hacia delante. El sintió que los fuertes músculos se contraían debajo de sus manos, vio que el mar se hinchaba saliendo a su encuentro y entonces los fanaani nadaron fácil y rápidamente, llevándole hacia el negro y vacío horizonte.

Capítulo decimoprimerο.

Lo más fantástico de todo, pensó Cyllan, era el profundo silencio con que la Barca Blanca entró lentamente en el puerto. No hubo gritos ni voces de la extraña tripulación, ni chasquidos y estrépito al ser plegadas las enormes velas y tensadas las cuerdas; casi parecía que la nave tenía vida y voluntad propias, por la facilidad con que maniobró hacia su lugar de amarre y se detuvo al fin junto al muelle.

Un Guardián demacrado, indiferente, aflojó los nudos de las cuerdas que sujetaban los tobillos de Cyllan y, aunque sus muñecas siguieron atadas, pudo arrodillarse sobre la cubierta y observar cómo se acercaba la isla sagrada a las primeras luces frías de la aurora. La niebla la envolvió hasta que el barco estuvo casi llegando a su abrigo; entonces los débiles rayos del sol que llegaban oblicuos desde el este habían rasgado la niebla, y la Isla se había elevado ante ellos con impresionante claridad. Rocas amenazadoras que al parecer no ofrecían posibilidad de desembarcar en ellas surgían del mar, dominadas por un solo y titánico risco en el centro de la isla; era la enorme concha de un volcán largo tiempo dormido, una negra silueta contra el pálido cielo. Cyllan había sentido el aura que irradiaba del lugar y volvió la cabeza con un estremecimiento de terror.

La Barca siguió navegando, indiferente su tripulación a los traidores arrecifes que acechaban debajo de la superficie del océano y mostraban a veces unos dientes salvajes sobre el agua espumosa. Entonces, sin previo aviso, viró hacia tierra, en dirección a la cara del acantilado, haciendo que Cyllan cerrase los ojos y murmurase una imprecación en voz baja. Pero no se produjo ningún chirrido, ningún choque violento, y cuando se atrevió a mirar de nuevo, vio que la enorme roca delante de ella se había partido hacía innumerables siglos para crear un estrecho canal a través del cual pasaba el oleaje, y que la Barca iba a meterse en sus fauces. Se deslizaron entre gigantescos cantiles mojados por la espuma y que Cyllan creyó que casi podía tocar con alargar la mano; entonces, el oleaje se calmó gradualmente, hasta que la Barca navegó en aguas profundas y tranquilas, silenciosa como un fantasma blanco.

Y ante ellos estaba su punto de destino.

En lo alto se alzaban los cantiles y casi se tocaban, y el cielo era un fino y cruel puñal resplandeciente. Las sombras eran tan profundas que el muelle junto al que se había

detenido la Barca quedaba medio oculto en la penumbra; pero Cyllan pudo ver que, en aquel puerto, todo había sido tallado a una escala que no guardaba relación con las dimensiones humanas. Las piedras del muelle eran bloques monstruosos que un ejército de obreros se habría visto en dificultades para mover una pulgada, y ahora unos hombres, pálidos como fantasmas, estaban saliendo de algún lugar invisible para amarrar la embarcación a un gigantesco noray que empequeñecía sus figuras. Detrás de ellos, un tramo de escalones había sido cortado en la cara de la roca, una escalera tan enorme que tenía que haber sido obra de gigantes; y Cyllan se estremeció al imaginar la naturaleza de los pies inhumanos que pisaron aquellos escalones un milenio atrás.

Hubo movimiento sobre la cubierta y, al volver la cabeza, vio que los otros pasajeros de la Barca salían de las habitaciones, fuesen cuales fueren, que ocupaban abajo. Al principio no reconoció a Keridil Toln; éste había cambiado su ropa por un atuendo más formal y se cubría los hombros con una gruesa capa de ceremonia cuyo tejido era invisible bajo el peso de sus bordados con hilo de oro. El cuello alto de la capa ocultaba su cara, pero ella pudo ver la diadema de oro que ceñía los rubios cabellos, así como el bastón de mando de Sumo Iniciado que llevaba en la mano. Caminó despacio hacia el lado de la Barca, escoltado por dos Guardianes, y Cyllan sintió que se le encogía la garganta; por mucho que le odiase, por muy enemigo que fuese, no podía dejar de sentirse impresionada por aquella figura majestuosa.

Detrás de Keridil venía Fenar Alacar, pálido el semblante y pareciendo demasiado joven en su atuendo de ceremonia, con la espléndida capa de piel blanca sobre carmesí y él gran rubí solitario, insignia del Alto Margrave, resplandeciendo sobre el hombro derecho. Y por último, con el paso cauteloso de la vejez y la enfermedad, la Matriarca Ilyaya Kimi. Como siempre, vestía el hábito blanco de la Hermandad, pero el cinturón que acostumbraba portar había sido sustituido por una faja de plata, y llevaba en la cabeza una diadema de filigrana de plata de la que pendía, casi hasta los pies, un velo de tisú de plata.

Cyllan permaneció rígida mientras la pequeña procesión pasaba a sólo tres pasos de ella. Por un breve instante, su mirada se cruzó con la de Keridil; vio tensión en su semblante y le pareció que la miraba con una mezcla de compasión y desdén. Pasó y ella se volvió para librarse del escrutinio de sus acompañantes.

La pared maciza del muelle estaba al mismo nivel que la cubierta de la Barca Blanca y, cuando desembarcaron los miembros del triunvirato, los Guardianes que esperaban formaron una apretada escolta a su alrededor cuando pisaron tierra firme. Cyllan siguió con la mirada

las formas que se alejaban, hasta que solamente una confusa mancha blanca en la penumbra marcó el lugar donde se hallaban, y entonces su pulso se aceleró al sentir que una mano, fría y ligera como una tela de araña, le tocaba un hombro.

El tripulante de ojos pálidos no la miró ni le habló. Señaló simplemente hacia la pasarela con cuerdas a modo de barandillas que separaba el barco del muelle, y antes de darse cuenta de lo que hacía, Cyllan se encontró caminando insegura en aquella dirección. Oyó movimiento a su espalda, pero no se atrevió a volverse; después cruzó el estrecho puente sobre el agua negra y tranquila y, temerosa y pasmada, puso pie en la Isla Blanca.

Otra mano la tocó en el hombro (se estremeció por aquel contacto que encontraba repulsivo) y fue guiada hasta el pie de la monstruosa escalera que ascendía hasta perderse de vista. Keridil y sus compañeros no se veían en ninguna parte, y se preguntó si habrían sido llevados por este camino; era difícil creer que la anciana Matriarca tuviese la energía necesaria para una subida semejante. La escalera, temible y amenazadora, atrajo su mirada, y de nuevo sintió el toque escalofriante del aura de la Isla, y se estremeció.

Otras personas estaban ahora siendo escoltadas desde el barco: dos hombres a los que nunca había visto y que llevaban insignias de Adeptos; otro, más viejo, cuyo atuendo indicaba que era un erudito; dos Hermanas de Aeoris, y (Cyllan sintió que se cerraban sus mandíbulas) una joven alta y de noble aspecto, de cabellos castaños que le caían sobre los hombros. Sashka Veyyil, la antigua amante de Tarod que le había traicionado, entregándolo al Círculo y que disfrutaba ahora de su triunfo como nueva consorte del Sumo Iniciado. Se habían visto una vez, en el Castillo, y aquel encuentro era una espina clavada en la memoria de Cyllan.

Sashka vio que la muchacha rubia la estaba mirando, y una ligera sonrisa despectiva se pintó en su hermoso semblante. Entonces, un Guardián vestido de blanco se interpuso entre ellas y señaló en silencio la gigantesca escalera.

Cyllan se había preparado para una agotadora subida hacia sabían los dioses qué destino en la cima de la terrible escalera; pero no fue así. En vez de esto, cuando el pequeño grupo hubo subido menos de cien escalones, su escolta les guió hacia la negra boca de un túnel abierto en la roca oscura. Durante un rato, caminaron en la oscuridad, roto solamente el silencio por la respiración estertorosa del viejo erudito que trataba de recobrar su aliento; después el túnel se abrió en una alta pero estrecha cámara, iluminada desde arriba no se veía cómo y amueblada solamente con una mesa de madera y varios bancos. Entraron en la

cámara, sin saber de cierto lo que se quería de ellos, y uno de los impertérritos Guardianes que habían conducido a la comitiva hasta allí se volvió hacia ellos y habló.

—El Cónclave de los Tres está a punto de empezar. —Su voz resonó débilmente en la bóveda—. Los que han acompañado al triunvirato permanecerán aquí hasta que sean llamados.

Una de las Hermanas dijo tímidamente:

—El consejero del Alto Margrave se ha visto perniciosamente afectado por la subida, Guardián. Necesita algo que le serene la agitación y le ayude a recobrar las fuerzas.

—Será debidamente atendido.

Los modales del Guardián no habían cambiado y Cyllan se puso nerviosa por la manera en que aquellos hombres extraños (si eran hombres) parecían incapaces de hablar directamente a alguien. El empezó a volverse, pero Sashka dio súbitamente un paso adelante.

—Guardián. —Estaba claro que no compartía la timidez de la Hermana, y había un matiz de indignación en su voz—. Supongo que no vais a dejar aquí a esta criatura. —Señaló imperiosamente con un dedo a Cyllan—. Es prisionera del Sumo Iniciado, ¡y aliada del Caos!

¡Debería ser encerrada en alguna parte donde no represente una amenaza para el resto de nosotros!

El hombre vestido de blanco volvió su mirada indiferente y pareció mirar a través de ella, y dos manchas de color se encendieron en las mejillas de Sashka.

—Todos permaneceréis aquí hasta que seáis llamados —repitió llanamente el Guardián—. No hay ningún peligro.

Y girando sobre los talones, salió de la cámara y cerró la puerta a su espalda.

Sashka murmuró algo en voz baja y se dirigió furiosa al fondo del subterráneo. La Hermana le salió al paso y le habló, pretendiendo claramente apaciguarla, pero ella le dijo unas palabras duras y la mujer retrocedió. Cyllan se sentó en cuclillas cerca de la puerta, prescindiendo de los otros, que andaban de un lado a otro murmurando inquietos entre ellos. La observación de Sashka al Guardián la había herido profundamente, pero era lo menos que podía esperar; en su primer encuentro, la intuición le había dicho que en la enemistad de la joven de cabellos castaños había más de lo que se observaba a simple vista. Pero no importaba; Sashka no significaba nada para ella., y tenía otras preocupaciones más inmediatas e importantes.

El Cónclave se estaba celebrando en ese mismo momento, y el futuro de Tarod pendía en la balanza de su resultado. Desde el momento en que Keridil Toln la había desafiado y animado burlonamente a llamar a Tarod en su ayuda, supo que el Sumo Iniciado estaba jugando con su presencia aquí, y ahora lamentaba amargamente el hecho de que el amor de Tarod por ella haría que la buscase sin importarle el riesgo que él mismo podía correr. Si él oyó su llamada psíquica, los escrúpulos que hasta ahora le habían impedido usar su poder no contarían para nada. Lo emplearía y vendría a buscarla, como Keridil sabía muy bien. Era una trampa perfectamente montada y nada de lo que ella pudiese hacer enderezaría la situación. Incluso cuando la Barca Blanca entró lentamente en el puerto, sintió el peculiar aislamiento de la Isla y supo que cualquier intento que hiciese de ponerse de nuevo en contacto con Tarod y avisarle tenía que fracasar. El la seguiría hasta aquí, y cuando pisase tierra de la Isla Blanca, sus enemigos le estarían esperando.

Sus tristes pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de la puerta abriéndose a su lado y, al levantar la mirada, vio que un joven de ojos inexpresivos, con el ya familiar atuendo blanco de los Guardianes, entraba en el subterráneo. Traía una bandeja cargada con una jarra, varias copas y un plato de lo que parecía tosco pan moreno, y la dejó sobre la mesa. No pronunció una palabra; nadie le habló, y segundos más tarde se marchó y una llave chirrió en la cerradura.

Aliviada por aquella distracción, por pequeña que fuese, Cyllan observó que la Hermana que había pedido ayuda llenaba una copa con el contenido de la jarra y la llevaba, con un pedazo de aquel tosco pan, al viejo erudito. Sus voces apagadas resonaron en la cámara de piedra, aunque era imposible entender lo que decían. Cyllan apartó de nuevo la mirada, doblándose hacia delante y apoyando la cabeza en los brazos cruzados.

—Debes tener sed. —Aquella voz interrumpió sus pensamientos y, cuando levantó sobresaltada la cabeza, vio a Sashka plantada delante de ella. Tenía una copa en la mano y una débil sonrisa en el semblante —. ¿O tienes otras cosas en tu mente? —añadió la joven, con no disimulada malicia.

Cyllan no le respondió y, con gracioso movimiento, Sashka se sentó en el banco que más le convenía. Sorbió el contenido de la copa, hizo una mueca y dijo: —Agua, y salobre, por cierto... Supongo que no podemos esperar nada mejor en este bárbaro ambiente. Aunque te aconsejo que aproveches la ocasión. Es muy probable que no vuelvas a beber.

Sus chanzas eran una clara indicación de su estado de ánimo y dieron a Cyllan una visión de la profundidad del rencor y del resentimiento de Sashka. Dejó que una breve risa escapara de sus labios y la otra joven se puso colorada.

—Me alegro de encontrarte tan animada, Cyllan. El valor es una cualidad muy rara en las personas que están a las puertas de la muerte; eres un buen ejemplo para todos nosotros.

La única respuesta de Cyllan a su sarcasmo fue apoyar la cabeza en la pared y cerrar los ojos. Los labios de Sashka se apretaron en una línea cruel.

— ¿No te conmueve la idea de morir? —Se había elevado el tono de su voz, y algunos la observaron con curiosidad; hizo caso omiso de ellos, indiferente a su opinión—. Eres muy valiente, pero espero que tu coraje será muy divertido cuando veas cómo destruyen a Tarod... ¡antes de que te llegue el turno!

Esto provocó la reacción que ella había esperado. Cyllan abrió de par en par los ojos, llenos de una mezcla de ira y de dolor que dieron gran satisfacción a Sashka. Le habría gustado más que fuese Tarod, en vez de Cyllan, quien recibiese la carga mayor de su veneno (con frecuencia había yacido despierta por la noche, imaginándose cómo le zaheriría, lo que le diría), pero esto era bastante agradable, una pequeña venganza.

—Ah —dijo suavemente—. Conque tienes miedo... ¿Hasta ahora no te has dado cuenta de que tu amante no es invencible? ¿De que morirá y de que su muerte no será menos horrible y dolorosa que la tuya? —Se levantó, dio lentamente tres pasos hasta hallarse directamente delante de Cyllan y suspiró con aire teatral—. Creo que te compadezco.

Cyllan quería mantener su glacial silencio, pero la cólera que hervía en su interior era demasiado fuerte.

—Ahórrate el esfuerzo —dijo furiosamente—. Tus palabras me repugnan.

Sashka hizo una mueca y se miró las uñas con un aire de infinita paciencia de mártir.

—Es una lástima que seas tan terca, Cyllan. Todavía podrías salvarte, ¿sabes? —Levantó la mirada, vio que Cyllan echaba chispas por los ojos y sonrió dulcemente—. Incluso después de todo lo que has hecho, creo que podría persuadir al Sumo Iniciado de que se mostrase clemente contigo, si renunciases a tu... digamos a tu mal orientada fidelidad.

¡Oh, sí! pensó Cyllan, ¡esto satisfaría tu vanidad! No solamente conseguiría Sashka privar a Tarod de su único verdadero aliado, sino que sin duda la complacería hacerle saber que este aliado le traicionó, y sus motivos eran lastimosamente claros. Mezclado con el odio que sentía por Tarod, estaba el eco encubierto del deseo que había sentido por él... y que tal vez seguía sintiendo. Y aunque decía aborrecerle, no podía soportar la idea de que él amase a

otra. Quería que la amase todavía, para poder tener el placer de herirle con su rechazo. De pronto, Cyllan casi se compadeció de Keridil Toln.

Contrariada por la falta de reacción, Sashka se encogió de hombros con indiferencia.

—Desde luego, esto no tiene importancia para mí; pero difícilmente se te puede culpar de no tener la inteligencia necesaria para comprender cosas como ésta. —Sonrió de nuevo y añadió, con confidencial benevolencia—: Creo que conozco a Tarod más de lo que tú podrías esperar nunca conocerle, y siempre tuvo unas grandes dotes de persuasión. Pero hay quien tiene la capacidad de ver a través de sus engaños, y quien no la tiene. En verdad, Cyllan, creo que es un poco duro condenarte por lo que, a fin de cuentas, no es más que supina ignorancia.

Por un momento cegador, Cyllan deseó con toda el alma poder tener de nuevo en su poder la piedra del Caos. Recordó la gloria deslumbradora de su fuerza, que la invadió y se apoderó de ella; el indescriptible afán de venganza y la sed de sangre que había sentido cuando Drachea Rannak cayó delante de ella por la furia del Caos... Sobreponiéndose, respiró hondo y confinó las imágenes en el oscuro rincón de la mente que les correspondía. Sashka Veyyil no era Drachea, no era ninguna amenaza; no era más que una chiquilla celosa y resentida, y hacer caso de sus pullas sería una tontería.

Pero a despecho de lo que le dictaba la prudencia, su autodomínio se negó a doblegarse ante ello. Nada de lo que pudiese decir o hacer haría daño a Sashka; la muchacha triunfaba y se regocijaba con su victoria. Sin embargo, por amor de Tarod, si no por otra razón, Cyllan no podía soportar que su rencor quedase sin respuesta.

Levantó la mirada, brillándole los ojos, y dijo con voz ronca: — ¿Has visto alguna vez el Caos, Sashka Veyyil?

Las palabras habían acudido a sus labios sin ella proponérselo y, al pronunciarlas, experimentó una sensación extraña, como una carga psíquica que crecía dentro de ella, alimentada por su ira. Era parecido al poder incontrolable e imprevisible que a veces podía tener como adivina, pero más fuerte; mucho más fuerte. E hizo que Sashka se sintiese súbitamente inquieta.

Cyllan sonrió fríamente.

—No..., ya me lo imagino. Pero lo verás. Un día. —Sintió que la carga psíquica se apoderaba más de ella, como si algún poder indecible hablase por medio de su voz, y la suave risa que brotó de su garganta nada tenía de agradable—. Te lo prometo, Sashka... Esta será mi maldición.

Sashka palideció, y tembló la mano que sostenía la copa. Por un momento, un puro miedo se pintó en sus ojos; después, la cólera lo reemplazó, y con violento ademán arrojó el resto del agua directamente a la cara de Cyllan, dio media vuelta y se alejó.

La impresión del agua destruyó la presa de aquel poder peculiar y trajo de nuevo a Cyllan a la realidad. Pestañeó, sacudió la cabeza para aclarar sus ojos (las muñecas atadas imposibilitaban que lo hiciese de otra manera) y miró hacia el fondo del subterráneo, donde se había retirado Sashka. En la penumbra, sólo pudo ver el color del traje de la otra joven y las caras de los otros, que la estaban mirando con curiosidad.

Desvió su mirada, asumiendo de nuevo su actitud deprimida. El breve acceso de furioso psiquismo hacía que ahora se sintiese desolada, y su amenaza a Sashka le parecía vana y falsa. Ella no tenía poder para maldecir, y el odio no podía por sí solo convertir sus palabras en realidad. Había tenido la momentánea satisfacción de ver terror en los ojos de Sashka, pero esto no era un consuelo.

Se preguntó si Yandros sabía lo que fue de sus planes y de la promesa que ella le hizo. Aquí, en la Isla Blanca, sede de la fuerza de Aeoris, no podía tener la menor influencia; incluso Tarod, si lo quisiera, tendría su fuerza tan reducida en este lugar que sería incapaz de llamar al Señor del Caos. Y sin ninguna ayuda de más allá de este mundo terreno, ¿qué esperanza podía haber?

Oyó que alguien arrastraba los pies cerca de ella, levantó la cabeza, y se sorprendió al ver al anciano erudito inclinado sobre ella.

El anciano torció la boca en una sonrisa.

—Parece que has disgustado mucho a la consorte de nuestro Sumo Iniciado —dijo secamente—. Y veo que no te han dado de beber, al menos en el sentido propio de la palabra. —Le ofreció una copa llena hasta el borde—. Aquí hay más que suficiente para ir tirando.

Nada en su tono indicaba burla o sarcasmo, y Cyllan le correspondió con una sonrisa vacilante. Después levantó las manos atadas.

—Temo que no podré sacar provecho de tu bondad.

—Permíteme... —El anciano le acercó la copa a los labios, esperó a que ella bebiese y sonrió de nuevo.

—Te encuentras mejor, ¿eh?

Cyllan acabó de beber.

—Sí, gracias. —Vaciló—. Espero que te hayas recobrado de la escalada.

—Sí..., aunque tú y la Hermana Malia habéis sido las únicas que habéis tenido la amabilidad de preguntármelo. —La observó durante unos momentos antes de añadir—: No eres, exactamente, como me dieron a entender.

El inicial sentimiento de gratitud de Cyllan por el viejo menguó un poco al oír esto, y su tono adquirió un matiz glacial.

—¿Y qué te dieron a entender?

—Oh, los acostumbrados productos de la superstición —dijo, imperturbable, él—. Algo menos y sin embargo más que humano.

Ciertamente, no una muchacha evidentemente inteligente y, perdona que lo diga, corriente, que podría ser hija o hermana de cualquiera. Cyllan se mordió con fuerza el labio.

—Si vas a decirme que he llegado a esta situación sin culpa por mi parte y que no es demasiado tarde para salvarme, puedes ahorrarte las palabras. —Sus ojos ambarinos centellearon al mirarle con irritación—. Tomé mis decisiones hace tiempo.

—No lo he dudado un instante. —La torcida sonrisa del viejo se pintó de nuevo brevemente en su cara—. Simplemente, me interesa tu historia. Soy un erudito, ¿sabes?, me llamo Isyn y tengo un interés particular en las numerosas variedades de la naturaleza humana.

Siempre estoy tratando de extender las fronteras de mi conocimiento y de mi comprensión.

Cyllan frunció los labios.

—Entonces encontrarás aquí muy poco para tus estudios, Isyn.

No tengo nada que ofrecerte. —Volvía a sentir cólera, pero en una forma más tranquila—. A menos, desde luego, que Tarod viniese aquí a buscarme. Esto podría satisfacer tus deseos de nuevos conocimientos. Isyn rió entre dientes.

— ¡Espero que no sea así! Pero dime una cosa y solamente te lo pregunto con ánimo de comprensión, ¿no tienes miedo?

—¿Miedo? —dijo lentamente Cyllan.

El señaló la puerta del subterráneo.

—De lo que te espera. falta de una palabra mejor, de tu destino.

Cyllan comprendió de pronto que para Isyn, tal vez para todos ellos, era una curiosidad, como los desgraciados mutantes que eran a veces exhibidos en las ferias del Primer Día del Trimestre; algo a lo que atormentar, o por lo que mostrar asombro, o que discutir en lenguaje erudito, según las inclinaciones del espectador; pero no una criatura que podía pensar y

sentir por derecho propio. Con frecuencia se había unido en el pasado a los mirones de plaza de mercado; ahora sabía lo que debían sentir aquellos mutantes. Y de pronto comprendió, como nunca hasta entonces, el desprecio que sentía Tarod por todos ellos: el Círculo, los Margraviatos y las Hermandades. Debía conservar esta impresión; pasara lo que pasase, debía conservarla.

—No, no tengo miedo —dijo con dignidad.

La fría indiferencia de Cyllan disuadió al fin a Tsyri, y Sashka no hizo más esfuerzos para hostigarla; la dejaron sola con sus pensamientos, mientras los otros se mantenían ostensiblemente apartados. Y Cyllan no pudo calcular el tiempo que pasó antes de que el ruido de una llave girando en la cerradura atrajese la atención de todos los que estaban en la cámara.

Dos Guardianes aparecieron en el umbral; detrás de ellos, Cyllan pudo ver al menos otros dos en el túnel. Uno de ellos habló con la monotonía que ahora les era familiar.

—El Cónclave está tocando a su fin. Se requiere la asistencia de los que han acompañado al triunvirato.

Se intercambiaron miradas; poco a poco, los ocupantes de la cámara se pusieron en pie. Solamente Cyllan no respondió, y uno de los Guardianes avanzó y se plantó delante de ella.

—Se requiere la asistencia de todos. No hay excepción.

Miró a la pared mientras hablaba, y Cyllan sintió el impulso de darle una patada, solamente para ver si era posible provocar una reacción en uno de aquellos zombies sin sangre. Lo resistió, así como la tentación de hacer caso omiso de él y seguir sentada, negándose a colaborar. Si no iba con el grupo voluntariamente, sin duda la obligarían a hacerlo por la fuerza, y no valía la pena perder su dignidad por una vana satisfacción de resistir.

Se puso en pie con dificultad, estorbada por la ligadura de sus muñecas, y siguió al resto del grupo a través de la puerta y por el largo túnel oscuro.

Al salir de la boca de éste, fueron bañados por la pálida y engañosa luz que precede al crepúsculo. Todo el día había transcurrido mientras esperaban en la penumbra del subterráneo y el sol era una furiosa esfera carmesí contra el lóbrego telón de fondo del cielo.

El Guardián que les conducía miró directamente aquel rojo infierno durante unos instantes; después se volvió a las personas que estaban a su cargo y señaló la gigantesca escalera que seguía subiendo y subiendo. Cyllan contempló el tramo que se extendía delante y encima de ella, remontando la espalda encorvada de la Isla, y vio que parecía terminar en

un risco afilado como una navaja, apenas discernible bajo la luz menguante. Más allá del risco, una pared de roca gris pardusca se erguía hacia el cielo, perdiéndose su cima en la cada vez más oscura niebla. Era el cráter de un antiguo y largo tiempo extinguido

volcán..., y sabía que allí estaba el sacrosanto santuario y el cofre que había permanecido cerrado desde que los siete Señores del Orden libraron la última batalla contra el Caos.

El Cónclave había terminado y se había tomado la decisión. Se haría de noche mucho antes de que el grupo llegase a la dormida cima, pero entonces sabría lo que habían decidido y, también, el destino que le esperaba a ella... y a Tarod si caía en la trampa que habían montado para él.

Hasta ahora se había aferrado a un fiero orgullo y a la resolución de no desfallecer, y éstos le sostuvieron durante todo el largo viaje a la Isla y la prolongada espera en la cámara. Pero ahora, al contemplar la implacable y muerta falda del volcán, y sabiendo lo que había más allá, sintió que el miedo la roía en lo más hondo de su alma.

Los fanaani le abandonaron cuando las cumbres de la Isla aparecieron en la oscuridad y las olas chocaban con blanco resplandor contra las abruptas vertientes. Había sentido que sus resbaladizos cuerpos se deslizaban debajo de sus manos y oyó una estremecedora cascada de notas sobre el rugido del mar. Después nadó hacia las imponentes rocas por sus propios medios. Una fuerte corriente lo atrapó y lo llevó a tremenda velocidad hacia la amenazadora abertura en el acantilado, donde unas piedras titánicas rompían su simetría en un derrumbamiento acaecido milenios atrás. Vio la boca abierta de una cueva medio sumergida en la marea y, entonces, surgieron rocas aguzadas de la oscuridad y tuvo que ejercer toda su fuerza física para no ser lanzado contra ellas. Viendo momentáneamente agua clara delante de él, nadó hacia la fisura del acantilado; otra ola, al romper, le empujó hacia tierra, y retorciéndose en el último momento, sintió que sus manos rozaban una roca al apartarse del acantilado. La roca era áspera y lo bastante quebrada para que pudiese agarrarse a ella; resistió como pudo al absorberle la fuerte resaca y, antes de que pudiese romper la ola siguiente, logró salir del mar con gran esfuerzo.

Estaba sobre una abrupta e inclinada cornisa y, afirmando el pie, trepó más arriba hasta alcanzar un punto en que el oleaje ya no podía alcanzarle y tirar de él. Chorreaba agua salada de sus cabellos; la ropa se pegaba a su cuerpo y estaba contuso y dolorido por el impacto; durante algunos minutos se quedó agachado en la precaria cornisa, luchando por respirar.

Un sonido, débil pero claro, se mezcló con el trueno del mar; era el canto tembloroso de despedida de los fanaani que se alejaban de la Isla, en dirección a las extrañas profundidades o costas que eran para ellos un hogar. Tarod levantó una mano en saludo de gracias, aunque sabía que ya no podían verle, y entonces se extinguieron poco a poco sus voces agridulces.

Ambas lunas salieron; una de ellas como un fino y frío arco; la otra, más grande, como una esfera más oscura y plena. La rapidez con que las criaturas marinas le habían traído aquí fue asombrosa; faltaban todavía horas para que empezase a amanecer, y levantó la cabeza, contemplando las murallas de piedra que se elevaban detrás de él. El volcán inactivo del centro de la Isla era invisible, oculto por la noche y los cantiles, pero éstos podían ser escalados, y sabía que podría alcanzar su destino final antes de que el sol asomase en el este y delatase su presencia.

Sintió un hormiguelo de poder en la mano izquierda al resplandecer con súbito brillo la piedra de su anillo. Sí... aquí podía confiar en emplear la fuerza del Caos, sabiendo que no podría alcanzarle ni desviarle de su meta. Dobló los dedos y sintió una energía nueva e inhumana en la sangre, que le salvaba del cansancio y del agotamiento.

Sonrió y, poniéndose en pie, avanzó sin ruido por la cornisa hacia el lugar donde la fisura del acantilado se abría tentadora.

Capítulo decimosegundo

El Alto Margrave Fenar Alacar se levantó del sillón de en medio de los tres tallados en piedra. La luz peculiar que iluminaba la cámara sin ventanas y que olía a moho proyectaba líneas de sombra sobre su cara joven, haciendo que pareciese más viejo de lo que correspondía a sus años; pero no podía disimular la incertidumbre de su mirada al carraspear y después, nerviosamente y con frecuentes vacilaciones, pronunciar las palabras rituales que ponían fin al Cónclave:

—Yo, Penar Alacar, elevado por la gracia de nuestro señor Aeoris a la dignidad de Alto Margrave, declaro que el triunvirato se ha pronunciado unánimemente y que todos hemos sellado esta resolución.

El Cónclave ha decidido que sea abierto el cofre de Aeoris. Y encargo y ruego al Sumo Iniciado, Keridil Toln, que sea el instrumento a través del cual será realizada esta sagrada tarea.

Su mirada se posó vacilante en el rostro impasible de Keridil y se pasó nerviosamente la lengua por los labios, seguro de que había pronunciado correctamente las palabras, pero todavía inseguro de sí mismo en presencia de sus más viejos y más experimentados semejantes.

Keridil le devolvió un momento la mirada y después se levantó también de su sillón y avanzó hasta colocarse delante del joven Margrave.

Lenta y rígidamente, hizo una profunda reverencia a Fenar.

—Soy consciente del honor que se me hace y de la grave responsabilidad que asumo. — Ahora se volvió de cara al tercer y último miembro del triunvirato, que se levantó también de su sillón, aunque con alguna dificultad, y se inclinó a su vez ante ella—. Pido la bendición de la señora Matriarca, madre y protectora de todos nosotros, para que me ayude en este momento trascendental.

Ilyaya Kimi, majestuosa en su velo de plata, levantó una mano artrítica para tocar la frente de Keridil, que se había arrodillado ante ella.

—Que la luz clara de Aeoris brille sobre ti, hijo y sacerdote mío.

Que no te apartes de su camino de sabiduría.

Keridil se levantó y tanto él como la Matriarca se volvieron de nuevo de cara a Fenar. El Alto Margrave asintió con la cabeza.

—Hágase según lo acordado —dijo—. Que se abra la puerta y se dé a conocer la decisión de este Cónclave.

Formaban un extraño trío, pensó Keridil con una parte curiosamente aislada de su mente, mientras precedía a los otros sobre el débilmente brillante suelo de piedra: una mujer anciana, que apenas podía andar, un muchacho inexperto y un hombre que, aun presentando un rostro confiado al mundo, se sentía asaltado por dudas y temores que ni siquiera podía nombrar. Pero eran lo mejor que el mundo podía ofrecer a sus dioses. Les fue otorgado el poder temporal supremo y, fuesen cuales fueren sus aprensiones, debían esforzarse por ser dignos de él.

Llegó a la puerta, una enorme losa que giraba por algún oculto e inconcebiblemente antiguo mecanismo, y levantó la mano derecha para dar un golpe sobre un rombo de cristal engastado en la por demás lisa superficie de la piedra. Un ruido fuerte y chirriante sonó debajo de sus pies, y la puerta empezó a abrirse lentamente. Una corriente de aire fresco y limpio penetró en la cámara (oyó que Ilyaya lanzaba un profundo y agradecido suspiro) y salieron para encontrarse con una delegación de los Guardianes que estuvo de vigilancia durante las largas horas del Cónclave. Cada par de ojos pálidos e inexpresivos se fijó en Keridil, y los Guardianes leyeron claramente en su semblante el resultado del Cónclave, sin que hubiese necesidad de pronunciar una sola palabra. Su portavoz inclinó la cabeza y dijo con voz monótona y lejana:

—El triunvirato será conducido inmediatamente al Santuario. Los que estuvieron esperando se hallan ahora reunidos en el exterior y podrán ser testigos del ritual, si el triunvirato así lo desea.

Fenar carraspeó de nuevo y miró a Keridil con aquella extraña mezcla de respeto y resentimiento que siempre había parecido sentir por él.

—Prometí a mi consejero, Isyn, que podría acompañarme si eso estaba permitido...

En otras palabras, su confianza estaba vacilando y necesitaba el apoyo de su viejo preceptor. Difícilmente habría podido Keridil censurarle.

Estuvo a punto de sonreírle a Fenar, pero lo pensó mejor; en el estado en que se hallaban sus nervios, el joven habría probablemente interpretado la sonrisa como señal de protección.

—Esto depende enteramente de vuestra voluntad, Alto Margrave —dijo.

—Sí... —La cara de Fenar se serenó—. Sí, desde luego.

—Yo necesitaré a dos de mis Hermanas a mi lado —declaró quejumbrosa Ilyaya Kimi—. Si tengo que soportar otro largo ritual, necesitaré su apoyo, en el sentido literal de la palabra. Nunca había pensado que tendría que someterme a tan duras pruebas a mis años.

De los tres, pensó Keridil, la Matriarca era la única que parecía capaz de aceptar con tranquilidad esta extraordinaria y terrible situación.

Estaba haciendo historia, pero se comportaba como si estuviese cumpliendo meramente uno más de los tediosos deberes cotidianos de su cargo. Keridil la envidió; tanto si su sereno pragmatismo se debía a confianza en sí misma como si era fruto de la senilidad, era un sentimiento que le habría gustado compartir.

Guardándose sus pensamientos, asintió con la cabeza.

—Dos de mis Iniciados custodiarán a nuestra prisionera; pero aparte de ellos, solamente a mi consorte pediré que me acompañe.

Ilyaya se estaba ajustando el velo con breves e impacientes movimientos de las manos.

—¿Y qué dices de esa muchacha, Sumo Iniciado? ¿De nuestra prisionera? —Frunció los labios—. Parece que ninguna presa ha caído en nuestra trampa. Empiezo a preguntarme si el demonio del Caos no habrá decidido que la prudencia es la parte mejor del valor, y ha abandonado a la joven.

Estaban caminando a lo largo de un estrecho túnel sin el menor adorno, excavado en un lado del volcán. Eran precedidos y seguidos por Guardianes con antorchas y flotaba un débil olor a azufre en el aire viciado. Keridil pensó unos momentos antes de responder a la punzante pregunta de la Matriarca.

—No, señora. Vendrá, estoy seguro de ello.

Conocía lo bastante a Tarod para no haber vacilado en su convicción de que la trampa funcionaría. Antes de que empezase el Cónclave, pidió que le dejaran solo unos minutos y, escoltado a otra de las al parecer innumerables habitaciones y cámaras vacías que eran como celdas de colmena en la montaña (y cuya función no podía siquiera imaginar), borró de su mente todo pensamiento extraño y, después de una breve Oración y Exhortación, empleó la técnica de escrutar la mente que había aprendido hacía tiempo como nuevo Iniciado, en un intento de descubrir el paradero de Tarod. No encontró nada, pero el hecho de que fuese imposible descubrir a su enemigo era, pensó, un augurio favorable. Si Tarod trataba de llegar a la Isla Blanca y rescatar a Cyllan, el secreto sería su arma mejor; y aunque no podía localizarle por medios mágicos, Keridil sentía en lo más hondo de su ser que estaba cerca.

Ilyaya Kimi sorbió por la nariz.

—¿Y si no viene?

—Si no viene, su destino, todos nuestros destinos, dejarán de estar en nuestras manos.

El Alto Margrave se estremeció y se esforzó inútilmente en disimularlo.

—Sigo diciendo que esa muchacha habría tenido que ser ejecutada sin tantos subterfugios —dijo—. Podía hacerse en unos minutos y ahora tendríamos un motivo menos de preocupación. Pero no se me hizo caso.

Esta vez, la furiosa mirada que dirigió a Keridil tenía, además del antiguo resentimiento, una nueva y más personal expresión de antipatía, y Keridil tuvo que resistir la tentación de sugerir que, si el Alto Margrave insistía tanto en ello, tal vez querría empuñar un cuchillo o una espada y mostrar el valor de sus convicciones cortando él mismo el cuello a Cyllan. Ahora les resultaba fácil a sus compañeros lamentarse y criticar, pensó irritado; Ilyaya Kimi dudaba de su buen criterio en el asunto de la captura de Tarod, y Fenar, de su prudencia al permitir que Cyllan viviese para servir de cebo contra su adversario. Pero había tomado su decisión y no se dejaría influir por argumentos formulados desde la relativa comodidad de las posiciones de los otros.

No eran las manos de ellos las que tenían que abrir el cofre y levantar la caja; no eran los hombros de ellos los que tenían que cargar con toda la responsabilidad de llamar a los Señores Blancos al mundo. Si se negaba a seguirles la corriente, esta autonomía era lo menos que podían otorgarle a cambio de llevar aquella carga.

Un rectángulo más claro apareció delante de ellos, indicando que se acercaban al final del túnel. Al salir al flanco gigantesco del volcán, Keridil vio que el sol se había puesto, dejando solamente un último y pálido resplandor en el cielo. El crepúsculo borró todo color de las caras desnudas de las rocas, y los Guardianes, con sus pieles y sus vestiduras blancas, parecían grandes mariposas fantásticas en la penumbra.

El velo de Ilyaya brillaba con una misteriosa radiación interior propia; la diadema de Fenar tenía un brillo nacarado, y por un instante, percibió Keridil algo malsano en aquella escena, casi como de podredumbre. Expulsó rápidamente el pensamiento de su mente, consciente de que era poco menos que blasfemo.

Fueron conducidos a largo del estrecho sendero por el que habían venido desde la gran escalera a la cámara del Cónclave, y el resto del grupo les esperaba al final del parapeto. Sashka vio a Keridil y no pidió permiso a nadie para correr a abrazarle. No dijo nada (algo en la cara de él le decía que era mejor guardar silencio), pero le asió con firmeza la mano y ambos caminaron juntos hacia la escalera. Los otros saludaron a sus compañeros con

entusiasmo; todos menos Cyllan, que permanecía detrás del grupo entre dos altos y delgados Guardianes. Sólo una vez captó Keridil su mirada, y palideció ante el odio frío y controlado que ardía en sus ojos ambarinos.

Sashka le estrechó los dedos.

— ¿Se ha terminado? —murmuró. El asintió con la cabeza.

—Se ha terminado.

No necesitó decirle cuál había sido la decisión, y oyó que ella respiraba hondo. Entonces dijo Sashka: —¿Y ahora? ¿Me dejarán ir contigo?

Keridil estuvo mirando al frente, hacia el lugar donde la monstruosa escalera seguía subiendo por el flanco de la montaña. El cielo era casi negro, pero todavía podía distinguir el amenazador pico truncado del antiguo cráter en la cima del volcán. Subirían aquellos terribles escalones, seguirían subiendo, y cuando al fin llegasen a lo más alto, sólo el propio Santuario se levantaría ante ellos. Ahora miró a Sashka, buscando en su cara señales de miedo y no encontró ninguna.

Con ella a su lado, no se sentiría tan espantosamente solo.

—Te dejarán —dijo—. Es decir..., si tú lo quieres.

Ella casi le compadeció por ser tan ingenuo como para pensar que no aprovecharía la vertiginosa ocasión. Ella, Sashka Veyyil, sería testigo de la apertura del cofre, y cuando los historiadores escribiesen sus relatos de esa noche trascendental, su nombre aparecería inscrito junto al de Keridil, como consorte del Sumo Iniciado que había llamado a Aeoris al mundo.

Estrechó su mano con más fuerza entre las suyas y le dirigió una de aquellas dulces sonrisas con que se apoderaba siempre de su voluntad.

—Claro que quiero, amor mío —dijo suavemente—. ¡Nada me privaría ahora de estar a tu lado!

Cyllan subía, con un Iniciado delante de ella y otro detrás, privándola de toda posibilidad de huida, pero era incapaz de prestar atención a todo lo que no fuese la enorme e interminable escalera. Parecía que había estado subiendo durante horas, significando cada escalón una tensión que hacía protestar a sus músculos, y su mente estaba aturdida con el incesante y duro esfuerzo. Keridil iba en cabeza, flanqueado por dos de los zombies vestidos de blanco, una mini escolta, pues parecía que solamente unos pocos y cuidadosamente elegidos, fuese cual fuere su jerarquía, estaban autorizados a llegar a la cima de la montaña.

Detrás de él iba el Alto Margrave y, después, la Matriarca, ahora transportada en un extraño sillón tallado por otros dos Guardianes.

Las antorchas brillaban como pequeños ojos salvajes, una serpiente de luces reptando arriba y arriba en la noche, empequeñecida por aquel pico amenazador.

¿Y qué pasaría cuando llegasen al Santuario? Había dejado de rezar para que Tarod no viniese a ella, pues el miedo que empezó a corroerla cuando salieron de la cámara se había apoderado ahora de ella con tal fuerza que no podía luchar contra él. Estaba demasiado sola, demasiado perdida y demasiado amenazada para no ansiar su presencia, pues nadie más podía ayudarla. Y si llegaba demasiado tarde (ni por un instante pensó que no vendría) ella estaría muerta, y su alma, infiel al Orden y al Caos, estaría condenada para siempre.

Tan absorta estaba en sus tristes pensamientos que no se dio cuenta de que la comitiva se había detenido hasta que chocó con el Guardián que la precedía. Cyllan pestañeó y miró hacia arriba.

El cono del volcán, que antes le pareció tan lejano que era como irreal, se alzaba ahora terriblemente próximo delante de ella. Podía ver el cráter como una boca enorme, de locura, bordeada de mellados dientes que dijérase que trataban de devorar el cielo; podía ver la fea cicatriz de una fisura donde milenios atrás la lava había surgido como un río de fuego del corazón de la tierra, y las rocas habían sido deformadas, rasgadas, retorcidas y fundidas por un calor y una presión inverosímiles. Era algo prehistórico, salvaje, una aberración, y su miedo empezó a transformarse en vértigo palpitante.

Parecía que estaban esperando alguna señal y, efectivamente, llegó al cabo de un largo rato. Un cuerno sonando en algún lugar próximo al corazón del propio cráter, amplificado por las gigantescas paredes de roca que resonaban como la llamada de algún ciudadano sobrenatural de un mundo fantasma. El sonido vibró y vibró, hasta que al El orden y el caos fin se disipó sobre el mar y fue engullido por la noche, y al extinguirse el último eco, el grupo se puso de nuevo en movimiento, lentamente y con más resolución que antes. Adelante, arriba..., y terminó la gigantesca escalera.

La puerta estaba tallada en la cara rocosa del cráter; una puerta sencilla y cuadrada, con un macizo dintel sostenido por jambas perfectamente angulares. En el centro exacto del dintel había sido tallado un dibujo y rellenado de oro: un ojo abierto de cuyo iris emanaba un rayo. Era el signo supremo del Orden, el sello del propio Aeoris, y marcaba la entrada al corazón del cráter y al Santuario.

Los dos Guardianes que iban en cabeza con Keridil se apartaron a un lado y tomaron nuevas posiciones, uno a cada lado de la enorme puerta. Sus compañeros se reunieron con ellos y las figuras vestidas de blanco formaron una rígida guardia de honor en la entrada.

Keridil se dio cuenta de que aquellos hombres extraños no seguirían adelante. Desde ahora, él y sus compañeros estarían solos. Miró al frente y vio un túnel que era como un abismo, extendiéndose a lo lejos, iluminado por un débil y mate resplandor que parecía brotar de la roca misma. Entonces oyó movimiento a su lado: el Alto Margrave y la Matriarca, que se había apeado de la improvisada litera, avanzaron hasta su altura. Keridil tragó saliva, respiró hondo y miró al más próximo de los tiesos Guardianes; y con lo que podía ser (a menos que le engañase su imaginación) la sombra de una sonrisa, el hombre alzó la mano derecha e hizo la Señal de Aeoris.

Era la señal para emprender la última etapa de su viaje ritual, y Keridil sabía que no podía demorarse por más tiempo. Cruzó el portal abierto como unas fauces, oyó a Fenar e Ilyaya a un paso detrás de él y reprimió el súbito miedo que amenazaba con apoderarse de él. Había que hacerlo, se haría. Apretando el paso al dominar su resolución a su miedo, Keridil se adentró en la sima.

La grieta que hacía milenios se abrió en el lado del volcán por una erupción de lava, y que ahora formaba la única entrada al antiguo cráter, no era un pasadizo largo. Atravesaba directamente el cono, siguiendo un camino extrañamente recto, y al cabo de sólo unos minutos, vio Keridil un punto de luz al frente. No pudo identificar su origen, aunque el instinto y el conocimiento de las tradiciones populares le impulsaron a adivinarlo, y la aprensión le hizo un nudo en la garganta.

Un breve trecho más y...

El abismo se abrió bruscamente y salieron a una ancha cornisa que dominaba una vista impresionante por su misma sencillez.

A su alrededor, se elevaban las paredes del cráter en grandes murallas, llenas de hoyos y melladuras y creando una terrible sensación de vértigo. Tal vez a doscientos o trescientos pies, el fondo de piedra pómez y basalto se confundía en increíbles dibujos y era iluminado por la débil radiación nocturna que descendía del despejado cielo. En el centro de la taza había un solo y gigantesco bloque de piedra volcánica que alguna mano muerta hacía tiempo talló en un cubo perfecto, para formar un altar, y allí, el punto de luz que observó Keridil desde el túnel se manifestaba como un cáliz de oro en el que ardía una llama blanca, eterna y nunca vacilante. Sabía que esta lámpara votiva brillaba desde que Aeoris y sus hermanos

habían dejado su impresionante regalo al mundo; era misión de los Guardianes mantenerla viva, y nunca dejaron de hacerlo. Y delante del cáliz, resplandeciendo de un modo cegador bajo su luz, había un sencillo cofre, no mayor que el puño de un hombre, hecho también de oro macizo. El cofre de Aeoris.. Fenar Alacar hizo la señal con atemorizada y torpe precipitación, mientras la Matriarca se llevaba un borde del velo a los labios y lo besaba, murmurando una oración. Keridil no podría expresar los sentimientos que le producía su primera visión del Santuario: temor, sí, y miedo y reverencia, pero también un sentido del destino que era imp osible traducir en palabras, pero que le hacía olvidar todo lo que no fuese el breve ritual, y su culminación, que había que practicar.

Desde la cornisa, un sendero empinado pero practicable serpenteaba hasta el fondo del cráter, y el Sumo Iniciado se volvió a sus acompañantes.

—Los que quieran presenciar de cerca el ritual pueden venir conmigo al Santuario —dijo pausadamente—. Pero si alguno de vosotros prefiere quedarse aquí y observarlo desde lejos, está en perfecta libertad de hacerlo.

Sus palabras fueron recibidas en silencio. Aunque tuvo la impresión de que uno o dos de los del grupo se sentían inquietos, nadie quería ser el primero en echarse atrás. Solamente Cyllan parecía imperturbable, custodiada por dos de los Iniciados de Keridil; su mirada, cuando él fijó de mala gana la suya en ella, era vacía e inexpresiva.

—Muy bien. Sólo pido que todos guardéis silencio hasta que el rito haya terminado.

Y después de inclinarse brevemente ante Fenar y ante Ilyaya, empezó a descender hacia el fondo del cráter.

Más allá de la pared del volcán, los Guardianes que escoltaron al triunvirato y a sus acompañantes permanecían aún en dos rígidas filas en el portal. Habían conducido hasta allí a las personas a su cargo, pero las leyes dictadas siglos atrás para este acontecimiento les prohibían ir más lejos. Su deber era ahora esperar, y lo cumplirían con el mismo estoicismo impasible con que iniciaban cada tarea. Si sentían curiosidad o aprensión por lo que podía ocurrir antes de que se hiciese de día, no lo delataban sus expresiones remotas.

Un ligero movimiento en la sombra, unos minutos después de que el último de la comitiva desapareciera en la oscuridad del túnel, hizo que los dos Guardianes más alejados de la puerta volvieresen sorprendidos la cabeza. Ambas lunas se elevaban ahora, iluminando la titánica escalera que descendía por la falda de la montaña, y en el primer escalón percibieron una presencia alarmante. Sus compañeros sintieron la perturbación psíquica un instante más tarde, pero antes de que cualquiera de los Guardianes pudiese reaccionar o desafiar al

intruso, el aire tembló delante de ellos como agitado por una mano invisible, y una figura, recortada por la luz de la luna sobre el telón de fondo de la escalera, se plantó ante ellos.

Los Guardianes se movieron al unísono para cerrarle el paso, conservando todavía su perfecta formación.

—Los que no tienen autorización no pueden poner pie en la Isla.

El tono del que habló era seco, pero había una pizca de turbación en su voz. El intruso rió por lo bajo y algo brilló súbitamente en su mano izquierda.

—Uno que no está autorizado lo ha hecho ya. Apártense los Guardianes.

Tocar sus mentes era un juego de niños, una burla del prestigio en que eran mantenidos. Siglos de aislamiento, sin disturbios en su fortaleza, hicieron que los Guardianes sobreestimasen su invulnerabilidad; las dotes ocultas que habían poseído antaño pero nunca necesitaron se atrofiaron al crecer su confianza, y para una mente como la de Tarod no representaban el menor obstáculo.

—Los Guardianes se apartarán a un lado.

Esta vez las palabras fueron una orden sibilina y las figuras vestidas de blanco retrocedieron al dar el intruso un paso adelante y después otro. Miró sucesivamente aquellos rostros pálidos y, poco a poco, como niños hipnotizados, volvieron los Guardianes a su anterior posición, formando de nuevo la doble guardia de honor sin saber por qué.

El desconocido esperó hasta que la formación estuvo completa. Después pasó tranquilamente entre ellos y se adentró en el enorme peñasco en dirección al cráter.

Las palabras iniciales del ritual fueron, para Cyllan, como una sentencia de muerte. No quería escuchar, pero un terrible fatalismo hacía que se concentrase en la figura envuelta en dorados ropajes del Sumo Iniciado, que pronunciaba una solemne plegaria a los dioses, mientras, detrás de él, la Matriarca y el Alto Margrave se arrodillaban, reverentes, ante el Santuario del Cofre. Su última esperanza se había extinguido, y lamentó amargamente no haberse arrojado al vacío al llegar a lo alto de la escalera o, tal vez aún mejor, lanzarse al mar desde la cubierta de la Barca Blanca antes de que ésta llegase a su fatídico destino. Ahora era ya demasiado tarde. Debía vivir esta pesadilla y enfrentarse a su suerte lo mejor que pudiese. Tarod había fracasado en su intento de encontrarla; no podía ponerse en contacto con él; solamente podía rogar, y no a los Dioses Blancos, que de alguna manera sobreviviese él a la locura desatada en su contra.

A pesar del frío nocturno, predominaba en el cráter una atmósfera sofocante, que se hacía más intensamente claustrofóbica a cada momento.

Era como la tensión creciente que precede a las tormentas; la impresión de que algo se acerca, acechando más allá del horizonte y aproximándose, concentrando febrilmente su poder antes de que el primer estampido de un trueno estalle para romper la calma asfixiante y antinatural. Keridil habló, suplicando a Aeoris que le perdonase lo que iba a hacer, acompañado por la salmodia de Fenar Alacar y de Ilyaya Kimi, que unieron sus voces a la suya; pero sus palabras carecían de resonancia, absorbidas, o así lo parecía, por el aire denso, antes de que pudiesen tomar forma.

Cyllan miró temerosamente a los otros testigos, que formaban un semicírculo irregular a respetuosa distancia del triunvirato que oficiaba en el altar. El anciano erudito, Isyn, que estiraba la cabeza para oír las frases rituales; dos Hermanas que, cubriéndose la cara con el velo, murmuraban oraciones en voz baja, y en el lugar más apartado de ella, la graciosa figura de Sashka, cuyos ojos ardían febrilmente, resplandeciente el semblante de satisfacción y orgullo. En ella, pensó Cyllan, estaba el colmo de la traición..., el corazón voluble y codicioso cuyo egoísmo había provocado todo esto.

De pronto, se hizo un profundo silencio; Keridil había terminado su oración. Fenar e Ilyaya levantaron la cabeza, y el Sumo Iniciado se adelantó, de manera que la luz que irradiaba el sagrado cáliz cayó sobre él, haciendo que su ropaje y su diadema de oro brillasen como el fuego, proyectando un vivo halo alrededor de sus rubios cabellos. Cyllan oyó que alguien (pensó que debía ser Sashka) jadeaba con ansia mal disimulada, y entonces levantó Keridil ambas manos para empezar la Exhortación al ser Supremo, las últimas palabras que pronunciaría antes de levantar la tapa del cofre de oro. El Sumo Iniciado echó la cabeza atrás para mirar al cielo., y se detuvo, interrumpido su movimiento como si una daga le hubiese atravesado el corazón. Todos oyeron su brusca e involuntaria aspiración, y entonces se volvió, mirando, más allá de los reunidos, hacia la grieta de la pared rocosa.

Cyllan comprendió que hubiese debido verlo antes de leer la confirmación en el semblante de Keridil. Allí, en la cornisa que dominaba el fondo del cráter, una figura solitaria les estaba contemplando. Descalzo, vistiendo solamente camisa y pantalón negros, secados por el viento los revueltos cabellos pegados en mechones por la sal, nada tenía de la magnificencia de su enemigo, pero irradiaba un poder tranquilo y letal que hacía que el esplendor ceremonial de Keridil pareciese una ridícula parodia.

Entre un silencio de pasmo, el Sumo Iniciado dio un paso adelante.

Su mano derecha buscó instintivamente una espada que no llevaba, pero fue el único que se movió mientras Tarod cruzaba la cornisa y empezaba a bajar por el sendero.

Llegó al suelo del cráter y, por un largo momento, los dos adversarios se miraron desde lejos, mientras mil emociones se pintaban en el semblante de Keridil. Después, Tarod se acercó despacio.

Cyllan sintió que los dos Iniciados que estaban a su lado la agarraban súbita y dolorosamente de los brazos y que, al acercarse él, tiraban rudamente de ella hacia atrás para apartarla. Tarod se detuvo.

Por un instante, sus ojos verdes brillaron iracundos; después volvió a mirar al Sumo Iniciado.

—Di a tus Adeptos que tengan las manos quietas, Keridil. No quiero hacer daño a nadie.

—¿Cómo has podido...? —empezó a decir Keridil, pero se interrumpió.

Los cómo y porqué había podido Tarod engañar o eludir a los Guardianes para llegar al cráter sin ser descubierto eran irrelevantes; estaba aquí, y eso era lo único que importaba. Pero, aunque planeó este momento, la manera en que Tarod llegó había trastornado la maniobra de Keridil y le había pillado desprevenido. No sabía qué hacer...

Advirtiendo el desconcierto de Keridil, Tarod se volvió y se dirigió al lugar donde estaba Cyllan, sujeta por los guardias; éstos, sin una orden directa de Keridil, se sentían indecisos y temían al hombre que estaba ante ellos. Tarod tomó las muñecas de Cyllan, ella sintió un ligero cosquilleo y las cuerdas se soltaron y cayeron serpenteando al suelo, antes de que él se llevase sus manos a los labios y besase los dedos en un breve pero significativo ademán. Al levantar él de nuevo la cabeza, Cyllan vio, por encima de su hombro, que Sashka les estaba mirando fijamente. La expresión helada de su rostro lo confirmaba todo: odio, celos ciegos, ira, la comprensión final de que había perdido todo dominio sobre Tarod y la rotunda negativa a aceptar que tal cosa pudiese ser verdad. Con su sencillo homenaje a Cyllan, Tarod le había descargado un rudo golpe, y su orgullo no podía soportarlo. Al volverse Tarod hacia los otros, siguió mirándole, dispuesta al parecer a despellejarle con las uñas, llevada de su furor; pero él miró a través de ella como si no existiese y sus ojos se fijaron en Keridil.

—Ya no hay ningún motivo para las contiendas —dijo—. Y es innecesario lo que el Cónclave ha resuelto hacer.

Keridil palideció.

—¿Cómo te atreves a decir que puedes impedirlo? Por los dioses que te creí arrogante, ¡pero no hasta este punto! —Se había recobrado de la primera impresión causada por la aparición de Tarod, y recuperaba su confianza—. Ahora no estamos en el Castillo. Este es el

lugar sagrado de Aeoris, la invulnerable fortaleza del Orden; no tienes aquí ningún poder, ¡aunque te hayas dejado engañar por tus funestos amos!

Tarod sacudió la cabeza y sonrió débilmente. Parecía cansado, pensó Cyllan; cansado, agotado y turbado.

—No me he dejado engañar, Keridil Toln —respondió—, y has interpretado mal lo que quise decirte. No he venido a desafiarte.

Keridil entrecerró los ojos.

—¿Portas el anillo del Caos y esperas que te crea?

—Sí —dijo Tarod.

Miró otro momento al Sumo Iniciado, como tratando de calcular si intervendría o no. Después sacó lentamente del dedo el anillo de plata y, sosteniéndolo en la palma de la mano, se volvió hacia Fenar Alacar, que le miraba fijamente y como hipnotizado. Era la primera vez que el joven Alto Margrave veía al demonio del Caos, de quien había oído tantas horripilantes historias, y cuando su mirada se encontró con la de Tarod, palideció visiblemente.

Este dio dos pasos en su dirección y, entonces, para disgusto y asombro de Fenar y de Keridil, se inclinó ceremoniosamente y con la más exquisita cortesía.

—Alto Margrave, juro que te seré fiel y leal, y doy mi palabra de que te serviré en nombre de Aeoris. —Hizo la Señal y se irguió, súbitamente intensa la mirada—. He sido acusado de muchos delitos, Alto Margrave, y en algunos casos fui culpable; en otros muchos, no. Por encima de todo, nunca vacilé en mi fidelidad a nuestros dioses, los Señores del Orden. No sirvo al Caos; renuncio a él y lo rechazo, como hice desde el día de mi iniciación. Y entrego esta piedra como prueba de mi buena fe.

Fenar Alacar, desorbitados los ojos, se echó atrás como si Tarod tuviese un Warp en su mano. Tarod vaciló y cerró de nuevo los dedos sobre la piedra.

—Sí, Señor; es una joya maligna, no lo niego. Pero, digan lo que hayan dicho de mí, no quiero traer de nuevo el Caos a este mundo. He visto ya la locura que el simple miedo al Caos ha provocado en todas partes, y si la resolución del Cónclave es ejecutada y estalla un conflicto entre el Orden y el Caos, esta locura puede terminar en una destrucción a gran escala. Ya se ha hecho bastante daño. Yo tengo la manera de destruir esta piedra poniéndola en manos del propio Aeoris, y pido que interrumpas este rito y me permitas cumplir mi promesa.

—¿Lo-cura? —La voz de Fenar recalcó la segunda sílaba, y su rostro enrojeció, furioso—. Tú hablas de locura, pero la única que veo es la que tú has ocasionado... ¡y sigues tratando de ocasionar con tus mentiras! Si crees que unas pocas palabras bien escogidas pueden apartarnos de nuestro justo y sagrado deber..., ¡te equivocas, demonio!

¡Te equivocas! —Se pasó la lengua por los labios y miró a sus compañeros para que confirmasen lo que acababa de decir. La expresión de Keridil era indescifrable, pero la Matriarca asintió con la cabeza para animarle.

—Llegas demasiado tarde para poner en práctica tus artimañas, criatura del Caos —dijo Ilyaya Kimi a Tarod, con voz venenosa—. Tú has sido la fuente de muchos males en este mundo, ¡pero no toleramos más! Aeoris volverá, te destruirá y, cuando lo haga, descubriremos a todos los que has apartado del camino recto, ¡y serán castigados! ¡No quedará nadie de tu maldita raza para continuar tu trabajo!

Tarod tuvo una súbita y terrible visión interior del concepto que tenía la Matriarca del juicio de los dioses.

—¿Cómo puedes decir que Aeoris castigará a su propio pueblo cuando su único pecado ha sido el miedo? —preguntó—. ¡No ha cometido ningún delito!

Fenar, cuya confianza crecía por momentos, dijo desdeñosamente:

— ¡Ya!

Y los ojos de Ilyaya brillaron fríamente.

—Ha habido pecado —dijo, implacable—. Hemos visto su corrupción en toda la Tierra, y hemos visto los laudables esfuerzos que se han realizado para castigar a los culpables..., ¡pero esto no es bastante!

Debe ser totalmente expiado, y cuanto más grave es el pecado cometido, mayor debe ser la expiación.

Tarod la miró, horrorizado, y recordó las tremendas injusticias que había presenciado durante su viaje: los campos incendiados, los animales sacrificados, las parodias de juicios que enviaban a inocentes a la muerte. Y la Matriarca hablaba de laudables esfuerzos... Dijo, con voz velada por la emoción:

—¡Es absurdo recurrir a semejante salvajismo! La piedra puede ser simplemente destruida. ¿No ves que es lo más prudente? Si seguimos así, habrá derramamiento de sangre y una miseria inimaginable.

¡Puede ser evitado!

—Aeoris exigirá el pago —dijo obstinadamente Ilyaya—. Y nosotros, que somos sus elegidos, seremos los instrumentos de su justicia y de su misericordia.

—¿Misericordia? —dijo Tarod, pálido el semblante.

—Sí, misericordia. —Pareció escupirle esta palabra—. Aquellos que tengan el alma pura nada tienen que temer, pues, por mucho que sufran en la prueba, nada les faltará.

Era un dogma ciego; la Matriarca no hacía más que repetir una canción carente de sentido, y sin embargo, pensó Tarod, ninguna razón la sacaría de sus trece. En cuanto a Penar Alacar, tal vez podía esperar algo mejor de un joven arrogante e inexperto que gustaba por primera vez las delicias del poder; pero la negativa del Alto Margrave a escuchar parecía frustrar las esperanzas de Tarod. Iba a pedirle por última vez que considerase lo que tenía que decir, cuando otra voz habló duramente detrás de él.

—¡Keridil! —El conocía demasiado bien aquel tono—. Miente y trata de cegarnos, como ya han visto el Alto Margrave y la señora Matriarca. Mátale ahora. Mándale a Aeoris, ¡y veamos en qué paran sus protestas de fidelidad cuando se enfrente con el dios a quien dice adorar!

Un impresionante silencio siguió al arrebató de Sashka, pero cuando todos se volvieron a mirar, Tarod vio un destello de aprobación en los ojos de Ilyaya Kimi. La muchacha miraba fijamente a Tarod, irradiando aborrecimiento y rencor por todos sus poros, y antes de que Keridil pudiese reaccionar, Ilyaya Kimi dijo:

—Tu consorte habla cuando no le corresponde, Keridil, pero tiene razón en lo que dice.

—Sí, Keridil. —Fenar Alacar estaba resuelto a no ser una excepción—. Tu dama está en lo cierto, y tú mismo nos has advertido muchas veces de la duplicidad de ese demonio. Yo también digo: mátale.

Tarod miraba despectivamente a Sashka.

—Había esperado un mejor consejo de labios de la consorte del Sumo Iniciado —dijo, casi cortésmente—. Y, al menos para mí, sus motivos son lamentablemente claros. —Hizo una burlona reverencia a la joven—. Lamento, Sashka, haberte defraudado al no estrujarme las manos con angustia cuando me rechazaste.

Sashka apretó furiosamente los labios y sus mejillas enrojecieron; Tarod vio la rápida y afligida mirada que le dirigió Keridil y se dio cuenta de hasta qué punto había logrado Sashka cegar a su nuevo amante sobre su verdadera naturaleza. Pareció que el Sumo Iniciado iba a soltar un exabrupto, pero Tarod se le adelantó.

—Está bien. Mátame ahora, Keridil... o inténtalo. Pero hay una alternativa, si lo que he dicho no puede conmoverte.

Keridil le miró fijamente.

—No me conmueve. Y cualquier alternativa que puedas sugerir será en vano.

— ¿Aunque pidiese que se me permitiera exponer mi caso al propio Aeoris?

El ligero fruncimiento que apareció en el rostro del Sumo Iniciado reanimó la última esperanza que quedaba. La insensatez podía prevalecer entre sus semejantes, pero Keridil nunca se había dejado influir por el puro dogmatismo, y pudo ver que el ofrecimiento de su adversario no daba lugar a engaños. Pero antes de que pudiese hablar,

la Matriarca silbó y dijo:

—El demonio tiene lengua de plata. Te aconsejo que no le hagas caso, Keridil. Debe morir. Con esto está dicho todo.

Sashka sonrió y Fenar Alacar asintió vigorosamente con la cabeza.

—Mátale.

Keridil miró a la joven de cabellos castaños que estaba a su lado y vio en sus ojos una luz maligna que contenía un claro mensaje.

—Merece más que la muerte —dijo ella—. Pero la muerte es un principio.

Y Keridil, aunque deseaba de todo corazón permanecer en la ignorancia, empezó a comprender...

Tarod les observaba a todos, paseando de uno a otro su mirada inquieta. Tenía que ejercer un gran dominio sobre sí mismo para guardar silencio pero sabía que, si hablaba ahora, podía echar a perder su última y arriesgada oportunidad. El odio que sentía Keridil por él era intenso, pero la razón luchaba por encontrar un punto de apoyo contra los prejuicios del Sumo Iniciado. Y Tarod apostaba por la renuencia del que fuese su amigo a ser forzado a tomar una decisión que sería irrevocable.

Animada por el silencio de Keridil, Sashka dijo súbitamente:

—Amor mío, si...

Pero no siguió adelante, porque, para desconcierto suyo, Keridil la miró rápidamente, con ojos recelosos y enojados.

—No —dijo, y levantó ambas manos para detener las protestas de sus compañeros—. No. Si Tarod quiere apelar al árbitro supremo, no denegaré su petición. —Les miró sucesivamente, con ojos fríos y desafiantes—. No tengo autoridad para denegarla. ¿Qué poder temporal puede negar a un hombre... —y se humedeció los labios con la lengua—, a

cualquier hombre, sea cual fuere su naturaleza, el derecho a apelar directamente a los dioses que nos gobiernan a todos? —

Dirigió a Tarod una mirada recelosa y afligida—. Irónicamente, parece que tú y yo estamos de acuerdo al menos en una cosa: que es mejor evitar los sufrimientos inútiles. Acepto tu petición.

—Keridil... —silbó Sashka.

Y la Matriarca enrojeció de rabia impotente.

—¡No sabes lo que dices, Keridil! Ese demonio te ha engañado antes de ahora y veo claramente que va a engañarte de nuevo. No puedes hacer eso. ¡Lo prohíbo!

El Sumo Iniciado se volvió hacia ella. Algo se convirtió en cenizas dentro de él, y su amargura, que todavía no empezaba a comprender, trajo consigo la cólera y un sentimiento de injusticia personal.

—No puedes prohibirlo, señora. —Su tono era frío, triste—. Es decir, a menos que quieras acercarte a la lámpara votiva y levantar con tus manos la tapa del cofre... ¿O querrás hacerlo tú, Alto Margrave...?

No; ya me lo imaginaba. Esta responsabilidad es solamente mía, y si tengo que aceptarla, como la acepto, no admito interferencias. —

Sonrió débilmente, pero sin humor—. Además, creer que cualquier engaño que intentase Tarod podría prevalecer sobre el poder de Aeoris sería una blasfemia.

Ilyaya se quedó boquiabierta y el Alto Margrave palideció. Sashka se acercó a Keridil y alargó una mano como para tocarle el brazo, pero se contuvo. Keridil se enfrentó a Tarod una vez más.

—Te doy esta única oportunidad, Tarod. No por ti, sino porque he visto lo que ocurre en la Tierra y quiero que termine. Espero... —

Vaciló y sacudió la cabeza—. No importa. Adelante.

Había estado a punto de decir: *Espero que Aeoris te haga pagar tres veces el mal que has hecho*, pero las palabras parecieron de pronto vacías, carentes de significado, y Keridil ya no estuvo seguro de su validez. No era el momento de examinar sus motivaciones subconscientes; lo único que sabía era que un objetivo que le parecía brillante se había empañado y que, en el fondo, esto se debía a la duda. En los ojos de Sashka, al mirar a Tarod, había una mezcla de odio y de deseo que confirmaba las más recónditas sospechas del Sumo Iniciado; y la determinación de sus semejantes de vengarse a cualquier precio y sin pensar en las consecuencias... Aprendió mucho durante el largo viaje hacia el sur, cruzando

pueblos desolados, ciudades aterrorizadas y cultivos arruinados, y la lección más dura era la falibilidad del criterio humano y del suyo propio. Si no era demasiado tarde para restablecer el equilibrio, la historia le atribuiría al menos este mérito.

Dijo:

—Os pido silencio a todos, si alguien no está todavía preparado, en su mente y en su corazón, para lo que se avecina, le exhorto a que se prepare ahora.

Nadie dijo nada. Los dos Iniciados habían soltado a Cyllan, pero ésta no se movió. Tarod permaneció inmóvil, con el anillo de plata y su piedra letal brillando sobre las palmas de sus manos juntas, y Keridil volvió la espalda a la asamblea y caminó, con la lenta deliberación del que duda de sus propias fuerzas, en dirección al altar votivo en el centro del gran cráter. La luz del cáliz que ardía eternamente se derramó sobre él y a su alrededor proyectando una sombra grotesca.

Durante dos o tres minutos, permaneció Keridil con la cabeza inclinada. La llegada de Tarod interrumpió la Exhortación al Ser Supremo, último rito que, según la tradición, debía cumplir antes de tocar el cofre. Keridil había aprendido de memoria las palabras ceremoniales, las largas y complicadas frases... y de pronto pensó:

¡Al diablo con la tradición! Brevemente y en silencio, sus labios formaron las palabras de una oración muy íntima. Después extendió ambas manos y apoyó los dedos sobre el resplandeciente cofre.

Estaba frío y al mismo tiempo caliente; una sensación que su tacto no podía asimilar y que desafiaba toda descripción. Ninguna mano humana lo había tocado desde el día en que el propio Aeoris lo había puesto bajo la custodia del primer Sumo Iniciado.

Apretó los dedos sobre la superficie de oro y levantó la tapa.

Capítulo decimotercero

En lo alto, en el círculo de cielo visible, se apagaron las estrellas.

Las imponentes paredes del cráter del volcán perdieron su color y su aspecto, pasando del castaño de sangre largo tiempo seca al gris y a una total ausencia de matiz, como si algo las privase de sus pigmentos, de su solidez, de su propia existencia. Las figuras agrupadas alrededor del altar parecieron perder su realidad, convirtiéndose en fantásticas imágenes bidimensionales sin la menor apariencia de vida. Solamente Keridil, ahora envuelto en un halo brillante, era real; Keridil y la cegadora radiación que había empezado a brotar del cofre abierto, una luz que lo eclipsaba todo a su paso, cobrando fuerza, intensidad, y tomando lentamente forma.

Un sonido como de alas gigantescas al cerrarse, un ruido más allá del trueno, más allá de cuanto podía concebir la imaginación, retumbó en los oídos de los hipnotizados observadores, y después se oyeron unas pisadas lentas que resonaron terriblemente acompasadas, como si un monstruoso caballo sobrenatural trajese hacia ellos un jinete innominable, galopando entre dimensiones y amenazando con irrumpir en un mundo demasiado pequeño para él. Las dos Hermanas que habían acompañado a Ilyaya Kimi cayeron de rodillas sobre el polvo del cráter; una de ellas gritó, pero su voz no fue más que un débil gemido en aquel enorme estruendo.

La brillante luz que salía del cofre se intensificó, latió, se intensificó de nuevo hasta que nadie pudo soportar mirarla; nadie, salvo Tarod. Incluso el Sumo Iniciado retrocedió ante aquella radiación, como si amenazase con quemarle los ojos en las cuencas, y levantó las manos para protegerse, mientras, detrás de él, sus compañeros se volvían y se cubrían la cara. Solamente Tarod permaneció inmóvil, con templando fijamente el brillo increíble que se extendía sobre el cofre.

Y solamente Tarod pudo dar pleno testimonio de la manifestación cuando ésta se produjo.

El imponente ruido cesó de pronto. Durante un momento resonó en el cráter; después se extinguió y reinó un silencio impresionante, roto solamente por una última e increíblemente pura nota que también acabó desvaneciéndose. La luz blanca seguía ardiendo, pero sus bordes adquirían el color del oro y, en su centro, se estaba formando una cara, soberbia,

sabia, bella. Entonces, la esfera de radiación pareció elevarse sobre la piedra del altar; hubo un instante de absoluto silencio.

Un solo rayo blanco brotó del núcleo de aquella luz en silenciosa gloria y la gran piedra se partió por la mitad. Durante un momento, incluso Tarod quedó cegado; después se aclaró su visión y pudo ver la piedra una vez más.

El cofre y el cáliz votivo habían desaparecido. El altar estaba partido en dos mitades perfectas... y ante él se hallaba Aeoris.

El más grande de los Señores del Orden había querido tomar la forma de un alto y apuesto guerrero. Sus vestiduras eran sencillas: un jubón y unos pantalones blancos y, sobre ellos, una ligera capa también blanca que le llegaba casi hasta los pies. Una simple diadema de oro ceñía los largos y blancos cabellos que enmarcaban una cara enérgica, impasible, severa. Habría parecido humano de no haber sido por los ojos. Estos no tenían pupila ni iris, sino que las profundas cuencas estaban llenas de una luz pulsátil y dorada.

Keridil hincó una rodilla, inclinando la cabeza casi hasta el suelo en la actitud elemental de obediencia. Tarod vio que todos los que se hallaban a su alrededor seguían su ejemplo; incluso Cyllan, aturdida y pasmada como estaba por la implacable aura que irradiaba, tanto física como astralmente, la figura del Señor Blanco, cayó de rodillas, temerosa y temblando, sobre el polvo del cráter. También Tarod hubiese debido arrodillarse (éste era el dios a quien había venerado durante toda su vida, el ser sobrenatural, el juez supremo de todos, en y más allá del mundo), pero no podía hacerlo. Por mucho que lo exigiese su razón y su deber, no podía realizar aquella acción... y no sabía por qué. En vez de esto, permaneció solo e inmóvil de cara a Aeoris.

El Señor Blanco avanzó hasta que la luz que brillaba a su alrededor envolvió también la figura inclinada del Sumo Iniciado. Alargó un brazo y su mano derecha se apoyó en la frente de Keridil. Tarod vio el estremecimiento que sacudía a Keridil y oyó sus palabras en voz baja:

—Mi Señor Aeoris...

—Me has llamado, Sumo Iniciado, y aquí estoy.

Aeoris levantó la cabeza y observó la escena. La terrible e indefinible mirada que parecía ciega y, sin embargo, veía mucho más allá de las dimensiones físicas, se posó un momento en la cara de Tarod y, después, en el anillo que éste tenía en la mano. Su aura apagó el débil brillo de la piedra del Caos, pero Tarod sintió que la gema latía cálida contra su palma.

Keridil habló de nuevo, esta vez más claramente, y había verdadero miedo en su voz.

—Mi Señor Aeoris, te pido perdón si he pecado o mostrado prisa o imprudencia en mi juicio. Creo, todos creemos, que solamente tu justicia y tu misericordia pueden salvar a nuestra tierra de la negra amenaza del Caos. —Haciendo acopio de valor, se atrevió a levantar la mirada—. Hicimos todo lo que pudimos, y fracasamos.

Aeoris estaba todavía mirando la gema. Sus ojos eran fríos, remotos; tenía los labios apretados en una dura línea.

—No hiciste mal en llamarme —dijo—. Sé que el mal anda suelto una vez más en este mundo, y debe ser eliminado.—Los ojos de oro centellearon—. Y veo delante de mí la quintaesencia de este mal. Tarod respiró hondo. Tenía seca la garganta y le costaba hablar; pero se obligó a romper el silencio.

—Mi Señor, tienes ante ti a un fiel y leal adorador del Orden que fue tu don más grande a este mundo. Acudo humildemente ante ti para poner esta piedra del Caos en tus manos, de manera que nunca pueda volver a ensuciar o amenazar nuestra tierra.

Sintió un amargo regusto en su boca. ¿Habían sonado a falsas sus palabras? Seguramente no podía ser; éste era el objetivo por el que había luchado desde el día en que comprendió la naturaleza de la piedra del Caos...

—¿Un fiel adorador que no se arrodilla ante su dios?

La voz de Aeoris era dura, cortante, irritada, casi con un matiz de malhumor.

—Me presento ante ti como soy, mi Señor, para que puedas verme mejor. No una cosa del Caos, sino un verdadero seguidor de Aeoris.

—Sí, así te veo mejor. —El dios no sonrió, no cedió en su rigidez—. Veo el gusano de la corrupción, el violador de mis leyes, una amenaza a mi gobierno. No hay lugar en el mundo, ni en la otra vida, para un ser semejante. Has pecado. ¡Y no habrá misericordia para aquellos que pecan contra mí y contra mi Orden!

Cyllan levantó vivamente la cabeza, pálido el semblante, y gritó:

—¡No! ¡Tarod no es malo! Señor Aeoris, te suplico que le otorgues...

— ¡Silencio!—La palabra produjo el impacto de un viento gélido y Cyllan retrocedió aterrorizada. La mirada del Dios Blanco se fijó en ella con desprecio—. No escucharé las súplicas de los perversos. Pecasteis contra mi ley y no habrá perdón. Estáis condenados.

—Mi Señor, ¡te suplico por misericordia que me escuches! —

Tarod dio un paso al frente y los ojos vacíos del dios se volvieron a él—. No pido nada para mí; aunque podría tratar de limpiar la mancha de mi naturaleza, no puedo negar lo que

soy. Pero te ruego que te muestres clemente con Cyllan. Su único delito ha sido caer bajo mi influencia.

Aeoris le interrumpió:

—Eso es ya un delito. La muchacha pecó y el pecado será castigado.

Mi palabra es ley: la declaro culpable y será aniquilada. Tarod contrajo los músculos de la mandíbula.

—¿No hay lugar para la misericordia en tu gobierno, mi Señor?

— ¿Te atreves a interrogarme? —tronó Aeoris—. Yo soy el Orden, ¡y el Orden es supremo! He dictado las leyes de este mundo, ¡y los que las vulneren conocerán mi cólera! —Bajó la voz, pero su tono fue todavía más amenazador—. Muchos se han desviado del camino.

Tendrán que rendir cuentas, y los pecadores sabrán lo que es temer a su Señor y sufrir su venganza. —Empezó a avanzar lentamente hacia Tarod y las acurrucadas figuras que le rodeaban retrocedieron temerosas—. La misericordia del Orden es la justicia, y es justo castigar a los que han delinquido. ¡Eso es todo!

Tarod sintió como si una capa de hielo se estuviese formando alrededor de su corazón, endureciéndose y apretándolo. ¿Dónde estaban la clemencia, la templanza, la mano tendida de la bondad que le habían enseñado a esperar del más grande de los dioses? En vez de esto, se enfrentaba a un implacable y cruel vengador; *el que no cumpliera al pie de la letra las leyes de Aeoris sería destruido por éste; y no podía haber compromiso.*

El Señor Blanco se había detenido a pocos pasos de Tarod y ahora extendió la mano derecha con ademán autoritario.

—Tomaré esta joya maligna —dijo friamente—. La destruiré.

Cuando haya sido destruida, el poder de los que tratan de oponerse al Orden quedará anulado y nuestro gobierno volverá a ser absoluto. Tú y tu amante aceptaréis la aniquilación total como justo castigo, y entonces mis hermanos y yo podremos empezar la obra de retribución y la restauración de la justicia en toda la Tierra.

Retribución y restauración de la justicia... Los dedos de Tarod se cerraron convulsivamente sobre el anillo de plata. No había justicia en el plan de Aeoris... Atormentaría a todos los que se hubiesen apartado de su recto camino, sin que le importasen los sufrimientos y las calamidades que infligiría. Después de esta horrible revelación, Tarod recordó vivamente su propia analogía sobre los insectos pisoteados por los guerreros; pero

esto era peor, pues la crueldad sería calculada y deliberada. Si era ésta la justicia del Orden, pensó amarga y furiosamente Tarod, no quería saber nada de él.

Podríamos desafiar su dominio... La idea brotó espontáneamente en su cerebro, y la piedra del Caos latió de nuevo en sus manos.

Apartó el concepto de su mente, diciéndose que era demasiado tarde. Si había llegado hasta tan lejos, no podía ahora volver atrás.

Tenía que haber una manera de quebrantar la rigidez del Señor Blanco, de apelar a su misericordia.

Miró de nuevo a Aeoris, que continuaba con la mano extendida para tomar el anillo, y su esperanza se desvaneció. El dios nunca cedería, nunca perdonaría. Aplastaría los últimos vestigios del Caos en el mundo y, entonces, nada podría levantarse contra él o reducir su influencia.

El reino del Orden sería absoluto, y crearía un terrible desequilibrio que empujaría al mundo, no por un brillante camino de paz y de armonía, sino por la oscura, triste e inevitable senda de la entropía y de la muerte.

Recordó, aunque había estado luchando por mantener a raya la memoria, el Sueño-encuentro con Yandros mientras dormía en la posada de Shu-Nhadek. Has visto injusticias, fanatismo, persecuciones, asesinatos, todo perpetrado en nombre del Orden, había dicho Yandros. Ahora, con la fría mirada del Señor Blanco echando chispas delante de él, Tarod no podía negar la verdad de aquellas palabras.

Ponte a merced de Aeoris, había dicho Yandros, y donde eran siete, serán seis. Desequilibrio... La comprensión de este concepto sacudió de raíz su conciencia y le horrorizó. El Caos desencadenado era la insensatez suprema; pero, en el otro extremo del espectro, ¿no amenazaba ser lo mismo el Orden sin control? Como hombre, Tarod había adorado a Aeoris, amado este mundo, creído que el Orden tenía que ser supremo. Pero ahora ya no podía pensar como hombre. Había más, mucho más: una experiencia y una sabiduría inhumanas que le advertían las consecuencias de dejar que la balanza se desequilibrase irremediabilmente.

El día debe ser contrarrestado por la noche; el calor, por el frío, el amor por el odio..., y *los Siete deben ser contrarrestados por los Siete.*

Tus caminos predilectos están volviendo al árido polvo del que nacieron. Era como si Yandros estuviese a su lado y le hablase en voz alta, y aunque había oído hacía tiempo

estas palabras y las había rechazado, Tarod las recordaba ahora con terrible claridad. *Sin el Caos, no puede haber verdadero Orden...*

La cosa había ido demasiado lejos. Tenía que haber un equilibrio, pues sin una fuerza que amortiguase la otra, el mundo se derrumbaría al fin en una destrucción total. *Yandros tenía razón.*

—Estoy esperando.

La voz de Aeoris interrumpió sus desordenados pensamientos y Tarod sintió una involuntaria oleada de odio y desprecio por el Señor Blanco. La refrenó y se pasó la lengua por los secos labios.

—¿Por qué vacilas, gusano de corrupción? —La voz del dios era desafiadoramente burlona—. ¿Temes, al fin, el castigo que te mereces?

¡Bien que puedes temerlo!

Tarod sintió que Cyllan se agitaba temerosa a su lado. Alargó un brazo, le asió la mano y se sintió desgarrado por un terrible dolor.

Había estado dispuesto a sacrificarlo todo por ella. Pero el sacrificio que estaba a punto de hacer era más grande de lo que jamás había soñado; pues les separaría con más seguridad de lo que podía hacer la propia muerte. El la perdería para siempre..., pero los dos seguirían viviendo con el eterno conocimiento de aquella pérdida.

La miró y supo que tenía que ser. Por el mundo que amaba, por la vida misma.

—Dame la joya, demonio del Caos.

La cara de Aeoris se estaba nublando con la cólera del que se siente frustrado.

Tarod le miró. Aflojó los dedos, de manera que brilló el anillo con su clara gema, luchando contra el brillo del aura del Señor Blanco.

Entonces, sonrió despacio y fríamente, y dijo con suave malevolencia: —Creo que no lo haré.

— ¿Qué es esto? —tronó la voz de Aeoris.

Tarod rió por lo bajo.

—Te has cegado, Aeoris del Orden. Has reinado durante tanto tiempo que te has olvidado de lo que es una oposición. ¡Creo que ha llegado el momento de que aprendas la lección!

En la periferia de su visión, vio que Keridil se ponía en pie. La cara del Sumo Iniciado era la viva imagen del terror, al decirle su intuición lo que estaba a punto de ocurrir; más allá, la Matriarca y el Alto Margrave miraban sin comprender. Tarod levantó la mano izquierda que sostenía el anillo; aplicó la piedra sobre su corazón y vio que la confianza arrogante de

Aeoris era sustituida por el asombro... y entonces se encendieron dentro de él las primeras llamas del poder.

Conocía la puerta y sabía lo que había detrás de ella. A lo largo de todos los años en este mundo, había atrancado aquella puerta, dejando fuera el conocimiento y los recuerdos a los que conducía cerrando las fuerzas titánicas, sin nombre, sin edad, aunque gritaban pidiendo su liberación. Pero, no más. Tarod sintió, en su mente, en su alma, que se levantaba la tranca. El no era humano, nunca lo había sido, y había llegado la hora de arrojar la máscara de humanidad que había llevado demasiado tiempo...

Un grito que podría ser la última protesta de un ser falible, mortal, brotó de su garganta al abrirse de golpe la puerta que le había separado de su herencia, y el poder estalló en su interior, como había entrado antaño en erupción el volcán donde se hallaban. Un viento aullador y gemebundo sopló sobre el cráter, el suelo rocoso se estremeció y saltó, lanzando despatarrada a la horrorizada compañía en un revoltijo de miembros, y una luz tan negra como era blanca el aura de Aeoris emanó de la alta y lúgubre figura de Tarod. Ya no era un ser humano; la salvaje melena agitada por el viento azotaba una cara blanca en la que cada hueso parecía afilado como una navaja, y los ojos ardían en sus oscuras cuencas como llamas esmeralda, iluminados por una alegría loca, infernal. Negros zarcillos humeaban alrededor de su cuerpo, formando una terrible capa que le envolvía todo salvo una mano esquelética, y sus labios se contrajeron en una sonrisa gemela a la de Yandros, esencia del Caos encarnado.

En alguna parte, a un mundo de distancia, Ilyaya Kimi empezó a gemir, a una escala aguda y doliente, subiendo y bajando. Fenar Alacar, presa de náuseas de ciego terror, se acurrucó a su lado. Otros se taparon los oídos y se cubrieron las caras. Cyllan, que fue arrojada a un lado por la fuerza monstruosa emanada de Tarod, sólo podía mirar, como un animal atrapado e hipnotizado, a aquel hombre, a aquel ser al que había amado, al amenazar la comprensión con destruirle la mente.

Se enfrentó con Yandros, pero Yandros sólo podía manifestar una fracción de su verdadero ser. Lo que presenciaba ahora era el Caos en su totalidad triunfal, y el Caos tenía una belleza y una perfección malignas que le provocaban orgullo, gozo, desesperación y un furioso deseo debatiéndose en su mente.

Amainó el viento y se hizo un silencio espantoso. Pero duró sólo un momento, hasta que un grave y furioso latido, casi en el límite del discernimiento de los mortales, empezó a sonar debajo de las rocas del cráter, en el corazón de la montaña. El anillo empezó a vibrar al

mismo ritmo en la mano izquierda de Tarod, cobrando fuerza a cada pulsación, y la luz de la piedra empezó a desafiar al aura del Señor Blanco.

Y poco a poco, gradualmente, el anillo fue cambiando. La intrincada base de plata desapareció, dejando solamente la piedra-alma, flotando sin soporte sobre el corazón de Tarod. Y entonces también la piedra perdió su solidez y pareció confundirse con los zarcillos humeantes que envolvían la figura de Tarod. Punzantes puntos de luz irradiaron de ella al compás de los inexorables latidos y, de pronto, la joya dejó de existir y, en su lugar, palpitando como un corazón monstruoso, apareció una estrella de siete puntas..., el emblema del Caos.

Tarod levantó la cabeza y señaló el cuerpo reluciente de Aeoris, plantado ante él. Cuando habló, su voz era un murmullo cambiante y sibilante que extraía su propia esencia de dimensiones incomprensibles.

—¿Me conoces, Aeoris del Orden?

Los ojos de Aeoris pasaron del oro fundido al fuego blanco, penetrando el aura negra de Tarod.

—Te conozco, Caos. ¡Y te destruiré!

—Si puedes, Señor Blanco. ¡Si puedes!

Aeoris levantó una mano, y un solo rayo cayó en el suelo del cráter a los pies de Tarod, partiendo la roca y fundiéndola en una forma nueva y torturada. El Dios Blanco sonrió.

—¿Si puedo? —Su voz era burlona—. Alardeas mucho, criatura del Caos, ¡si presumes de desafiar! Soy el Señor de la Vida y de la Muerte. Yo y mis hermanos somos los ÚNICOS dueños de las fuerzas que rigen este mundo. —Su tono se hizo más duro—. ¿Te atreves a desafiar al reino de la Vida y de la Muerte, el régimen de los Señores del Tiempo y el Espacio, de la Tierra y el Aire, del Fuego y el Agua?

Mientras hablaba Aeoris, nombrando los atributos de los siete Dioses Blancos, seis columnas iridiscentes se alzaron a su espalda en perfecta simetría. Se volvieron, giraron, despidiendo destellos sus facetas; después se concretaron en seis figuras humanas sorprendentemente bellas, de cabellos blancos y ojos de oro, llevando cada cual una pesada espada, y todos parecían hermanos gemelos de Aeoris. Los Señores del Orden, al unísono, sonrieron compasivamente a su adversario y levantaron las espadas, con suave y amplio movimiento, para reflejar sus propias auras en un solo y deslumbrante centelleo de pura luz.

Tarod levantó la cara al mellado círculo de cielo, y la estrella de siete puntas latió de nuevo en su corazón.

En lo alto, en el negro vacío, nació un punto luminoso de la total oscuridad: un ojo único, blanco y centelleante, en el centro del firmamento.

Y también él empezó a latir con el mismo ritmo primordial, hasta que las dos frías estrellas vibraron con una sola y terrible armonía.

Mucho tiempo atrás, parecía ahora, y muy lejos, en el Salón de Mármol del subterráneo del Castillo de la Península de la Estrella, Tarod había desterrado del mundo a Yandros. Sólo él había tenido entonces poder para frustrar al Caos, y ahora era también el único que lo tenía para revocar aquella decisión y romper la barrera que impedía al Señor de las Tinieblas volver para desafiar a su antiguo enemigo.

Donde eran siete, serán seis... Las palabras de Yandros resonaron de nuevo en la mente de Tarod, que esbozó una antigua, sabia y afectuosa sonrisa. Había pasado el tiempo de las dudas. Se despojó de su humanidad, dejó caer la máscara y reveló lo que había debajo; aceptó la verdad de lo que era. Los Señores del Caos volverían a ser siete y, después de los largos siglos de espera, reivindicarían su lugar en el mundo.

Miró a Aeoris y a las seis resplandecientes figuras que le flanqueaban, y habló suavemente pero con helado orgullo.

—Parece que has olvidado, mi Señor de la Vida y de la Muerte, que tú y cada uno de tus hermanos tenéis uno que os hace sombra en el reino del Caos. —Recorrió lentamente con la mirada las seis figuras que acompañaban a Aeoris—. Me pregunto cuál de esos grandes príncipes se hace llamar Señor del Tiempo. Me gustaría conocer a mi gemelo blanco.

Los ojos de Aeoris centellearon ferozmente.

—Te atreves a burlarte de los dioses que te otorgaron tu miserable vida...

—¡Los dioses del Orden no me otorgaron nada! —le interrumpió Tarod con voz cortante—. Hay otro Señor de la Vida y de la Muerte, Aeoris; otro que viene ahora a desafiarte. Y es a él a quien debo fidelidad.

Levantó de nuevo la cabeza, mirando a través de la oscuridad la amenazadora y pulsátil estrella blanca, allá en lo alto. Después sonrió y pronunció suavemente una sola palabra. La palabra fue, al mismo tiempo, una aceptación y una llamada, y rompió los hilos de la telaraña que había separado durante siglos a dos mundos.

— Yandros.

Durante un tiempo que ningún observador humano se habría atrevido a calcular, reinó el silencio, el silencio sofocante y opresivo que aflige a los elementos momentos antes de desencadenarse una tormenta. Sonó una risa maléfica en el cráter, que rebotó en las

paredes de roca y resonó insidiosamente en la concavidad. El espacio libre al lado de Tarod pareció convertirse, momentáneamente, en un vacío total; él volvió la cabeza... y la lúgubre figura de Yandros se irguió en el lugar donde había estado el vacío.

El gran Señor del Caos tomó forma humana. Cabellos de oro, largos y revueltos, caían sobre sus hombros; el color de sus ojos cambiaba una y otra vez, y sus facciones perfectas se endurecían y tomaban un aspecto preternatural bajo la temblorosa e irisada luz de su propia aura.

Mi hermano del Tiempo. Has aprendido... y vuelves a estar entero.

Una oleada de fraternidad, de alegría, de afecto, de conocimiento compartido, acompañó al mudo pensamiento, y esta vez lo recibió Tarod de buen grado y le invadió una sensación de triunfo. Sonrió con exquisita comprensión.

—Estoy entero, Yandros. Y he vuelto al lugar que me corresponde por derecho.

Yandros miró al rígido e inmóvil Aeoris y se pasó la punta de la lengua por los labios como un animal de rapiña contemplando su presa.

—Y tú... Yo te saludo, viejo amigo —dijo suavemente—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Aeoris frunció fieramente el entrecejo.

—Y pasará mucho más hasta que volvamos a vernos, demonio, porque te enviaré a un lugar del que nunca volverás!

Yandros sonrió.

—Tal vez. Pero si quieres ajustarme las cuentas, Aeoris, tienes que contar también con mis hermanos.—Levantó una mano con tranquilo ademán—. Con el Caos está el Fuego.

Un ruido como de una pesada puerta al cerrarse destruyó el ritmo profundo que seguía latiendo bajo tierra. Otro personaje apareció a la izquierda de Yandros; viva imagen del orgullo, del desdén, de un veneno increíble. Yandros sonrió de nuevo.

—Con el Caos está el Agua.

Esta vez, un silbido como un estertor de moribundo. El cuarto Señor de las Tinieblas surgió delante de la pared más lejana del cráter.

Sus cabellos eran de color de la hierba podrida, y sus ojos, de loco; no hizo ningún movimiento.

—Con el Caos está el Aire.

El suelo de roca se, movió de nuevo. Algo salió de una fisura que momentos antes no existía; un personaje de cabellos blancos y cara de ave de rapiña.

—Con el Caos está la Tierra.

Otro ser, sorprendentemente parecido a Yandros; su tranquila y apacible sonrisa no engañó a nadie.

—Con el Caos está el Espacio.

El séptimo... Un ruido sordo, como el redoble de un tambor, apagó todos los otros sonidos durante un instante, y cuando Tarod volvió la cabeza, vio, sobre una cornisa delante de la boca del túnel del cráter, una sombra más negra que cualquier negrura, recortándose sobre la roca.

Yandros juntó las manos, cruzando los dedos, y los contempló.

—La Vida y la Muerte —dijo—. El Fuego y el Agua y el Aire y la Tierra y el Espacio. —Miró oblicuamente a Tarod—. Y el Tiempo.

—Después volvió de nuevo la mirada a su adversario, una mirada llena de veneno—. Desafíanos, viejo amigo... ¡o vete al infierno!

Mientras tomaban forma los Señores del Caos, igualándose a sus colegas y enemigos, Aeoris había permanecido inmóvil, contemplando la roca veteada bajo sus pies. Pero al oír el reto de Yandros, levantó la cabeza y sus ojos brillaron con una fuerza capaz de destruir soles.

—Te compadezco —dijo reflexivamente—. Compadezco tu orgullo y tu arrogancia que te obligan a levantarte contra el poder legítimo del Orden. ¿No aceptarás ahora la supremacía de mi reino y me prestarás acatamiento? Si lo hicieses, podría mostrarme compasivo con esos pobres y desgraciados mortales que se dejaron engañar por tus falsas promesas.

Yandros se echó a reír, y su risa cayó como veneno, fundiendo la roca sobre la que se hallaba.

—El Orden no cambia, el Orden no puede cambiar. Hermanos míos, nuestro antiguo adversario se alza ante nosotros y quiere que entremos en razón. ¿Qué sabe el Caos de la razón?

Las carcajadas sacudieron el cráter; un gran pedazo de piedra se desprendió de lo alto del cono y se hizo añicos contra la espalda de Yandros. Este miró los trozos, y se desintegraron y convirtieron en polvo. Después sonrió a Tarod.

—Es la hora —dijo.

Cyllan no sabía si alguien más conservaba aún el conocimiento.

Había observado la aparición de los seis Señores del Caos con un espanto que la preparó para las más fuertes impresiones; después de aquella experiencia, nada podía ya

aterrorizarla. Pero oyó retumbar un trueno a lo lejos, heraldo de una tormenta que se acercaba a la isla y, después, un fino y agudo alarido que le heló la sangre.

Un Warp..., la manifestación del Caos... Sintió el amargor de la bilis en su garganta, y la reprimió. Por encima del lejano aullido del Warp, se elevaba otro sonido, chocando con la voz de la tormenta y contrarrestándola. Una sola nota, pura y penetrante, vibrando con una armonía increíble: los Señores del Orden hacían uso de todo su poder para responder al desafío del Caos. Sintió que la tierra se estremecía debajo de sus pies con el estallido de unas fuerzas a las que apenas podía contener. Y en medio de la bélica cacofonía, oyó una voz argentina, espantosa en su malignidad, que gritaba dominando aquel estruendo: ¡LES DESTRUIREMOS!

Su forma era una estrella y sus dimensiones abarcaban un universo.

Gritando con la fuerza que brotaba del horno encendido en su interior, se volvió y giró en redondo, arrojando fuertes rayos carmesíes contra los afilados cometas de luz que surgían de la oscuridad para atacarle. A su lado, una estrella estalló en un furioso infierno; carmesí a través de amarillo, a través de blanco, a través de azul; tentáculos que se extendían en el vacío para atrapar a los blancos cometasespadas que apuntaban a su corazón. Debajo de él, se abría un vacío negro que se tragaba los sonoros rayos mortales; un fuego iridiscente chocó contra la negrura y se retorció, gimiendo, sobre sí mismo.

Un nuevo sol cobró vida casi al alcance de su mano. Dorado, resplandeciente, Orden encarnado, devorando la oscuridad que le rodeaba.

Gritó una orden, y creaciones negras y amorfas de pesadilla zigzaguearon y giraron, saliendo de ninguna parte, para atacar y devorar aquel oro brillante. El sol parpadeó, vaciló, hizo acopio de su menguante fuerza para lanzar un último grito de desafío.., y murió. Sonaron voces de triunfo, ahogadas por un puro rayo de energía; algo se acercó a su espalda, y se volvió, lanzó un rayo rojío contra su núcleo, destrozando, destruyendo. El Caos salió furiosamente del infinito para aniquilar los restos que seguían luchando de su enemigo quebrantado, y se echó a reír y su risa resonó en grandes paredes invisibles. Esta batalla era más antigua que la forma, más antigua que el tiempo; nunca se resolvió en victoria o en derrota, pero el gozo del conflicto primigenio era suficiente. Miró las caras contraídas en muecas de malicia o de triunfo o de dolor o las tres cosas a la vez; retumbaban sonidos más allá de los umbrales de lo soportable, manos que se cerraban y arañaban como garras, y todos los recuerdos, las experiencias, el conocimiento y la comprensión del más viejo de todos los conflictos, eran como sangre fresca en sus venas, nueva adrenalina, un poder que

nunca podría ser aplastado, sino que viviría, por maltrecho y magullado que estuviese, para luchar una y otra vez.

Una luz dorada resplandeció ante él, pero ya no podía deslumbrarle, y las risas que saludaban cada victoria se mezclaban en una interminable y estridente cacofonía. Sintió otras presencias que tocaban y se fundían con su ser, y percibió la proximidad del más grande de sus hermanos y la satisfacción que ardía en el corazón de aquel ser.

Se están retirando..., han sido derrotados... Hemos triunfado, hermano mío del Caos, ¡hemos triunfado!

Oyó el grito gemebundo de la amarga derrota, sintió el escozor de la vergüenza de los antiguos adversarios al retirarse, con su luz brillando ahora triste, pobre imitación de su vieja gloria. Se reunió con los señores sus hermanos para formar la implacable oscuridad que les empujaba atrás, quebrantado y roto su dominio, comprimidos y aunados dentro de un anillo pulsátil de poder que ya no tenían fuerza para romper. El cielo se oscureció, pasando por el púrpura hasta el negro...

Era el fin...

Unas imágenes pasaron como sueños medio olvidados por su conciencia, y al principio no pudo asimilarlas ni comprender su significación.

Roca desnuda; formas retorcidas que se encogían y lloraban y rezaban; un altar hecho pedazos... Una risa resonó en su mente al disponerse sus hermanos a descargar el golpe final...

Su voz vibró a través de las dimensiones, rompiendo el lazo entre los siete Señores del Caos, y sintió su sobresalto al proyectar toda su fuerza de voluntad contra su intento. Las dos moles chocaron y una sacudida titánica le lanzó, con la fuerza de un martillazo, devolviéndolo al mundo de los mortales que había dejado atrás. Sintió súbitas y violentas contracciones de la carne, de la sangre y de los huesos, al tomar nuevamente forma mortal su conciencia; sintió que su cuerpo se torcía y retorcía, que volaban rocas debajo de él, que paredes enormes se derrumbaban y caían del cielo. Arriba y a su alrededor, oyó el aullido insensato del Warp, y este sonido se hinchó y se extendió en su mente, hasta que otras voces, millones de voces, pero esta vez humanas, se unieron a la cacofonía. Era como si su ser abarcara todo el mundo. Rugían mares en sus materias, y el bramido de oleadas monstruosas, elevado a frenesí por las fuerzas combatientes del Caos y del Orden, eran los latidos de su propio pulso. Montañas se sacudieron y partieron en sus huesos, abriendo grietas de una milla de anchura, que se extendían en la tierra y engullían cuanto encontraban a su paso; vio

pueblos aplastados y borrados de la faz del mundo por macizas paredes móviles de rocas. Vendavales que eran su aliento soplaban fuera de control, arrasando bosques, destruyendo cosechas, dejando sólo devastación detrás de sí. Y sobre todo aquel estruendo, llegaba todavía una masa de voces humanas, un gemido incesante que se clavaba en él y le desgarraba y atormentaba con su terror y su dolor; era un grito de auxilio desesperado.

Hombre, demonio y dios se encontraron y fundieron en la mente de Tarod, y cayó de rodillas sobre el suelo del cráter, mientras la fuerza liberada amenazaba con arrastrarle. Tenía que detener aquello; tenía que dominarlo, hacerlo volver atrás, o destruiría el mundo...

Hizo acopio de voluntad y sintió que las fuerzas desencadenadas se rebelaban contra él. Firmemente, aunque sabía que estaba en el límite de su resistencia, ordenó al mar embravecido, a la tierra que se agitaba y a la tormenta que rugía, que se calmasen; tomando sobre él toda su furia, rechazándola, tirando de ella, sujetándola, aplacándola... ¡No podía hacerlo! El poder era demasiado grande y no podía absorberlo, no lograba superar al dolor y a la destrucción que se arrojaban sobre él como una ola gigantesca. El Solo no tenía fuerza suficiente; aquélla le destruiría. Sólo tenía una esperanza.

Gritó sobre todo el mundo, a través de las dimensiones, buscándole: — ¡esto no puede ser! Ayúdame!

En su mente, la estrella de siete puntas brilló en la oscuridad, y sintió la presencia de sus hermanos. Sus mentes se fundieron con la de él; lentamente, empezó a calmarse la locura, la furia de los elementos.

Su sangre circuló más despacio, las montañas dejaron de temblar; el llanto y las voces suplicantes callaron al fin, se extinguieron, se extinguieron...

Sobre la taza del viejo cráter, el Warp aulló una vez y dejó de existir, y la conciencia de Tarod volvió a su forma física, mortal. Le dio vueltas la cabeza y luchó por respirar; casi sin darse cuenta de lo que hacía, aturdido por la terrible contradicción entre su verdadero yo y los recuerdos mortales que le asaltaban, se puso en pie tambaleándose y pudo al fin abrir los ojos.

El cráter era un erial destrozado. Enormes trozos de roca habían sido arrancados de las paredes y desparramados por el suelo; se abrieron grandes grietas en el cono de la montaña; la cara norte del volcán se había hendido, vuelta al cielo indiferente como la boca abierta de un cadáver. Aeoris y sus hermanos se fueron. Yandros y los suyos no se veían por ninguna parte. Los únicos testigos de su regreso eran un pequeño grupo de figuras humanas falibles y lamentables que habían sobrevivido de alguna manera a aquella locura y estaban

ahora acurrucadas al amparo de la piedra rota del altar. Uno a uno, levantaron la cabeza y le miraron fijamente, como las reses que sienten, sin comprenderlo del todo, que ha llegado la hora de la matanza.

Sin embargo había una, solamente una, que no parecía presa de aquel miedo insensato. Los ojos esmeralda de Tarod recorrieron el grupo y la vieron. Ella se puso en pie, vacilante pero resuelta, y su mirada ambarina se cruzó con la de él, buscando la humanidad que sabía que se escondía detrás de la imagen del Caos. El no habría sabido decir lo que veía ella, pero había en su semblante un dolor y un amor que le volvió a la humanidad que había abandonado.

Ella dijo, con voz temblorosa:

—Tarod

El no pudo pronunciar su nombre; los recuerdos le dolían como una cuchillada. En vez de aquello, dio un paso en su dirección, sabiendo que no se atrevería a tocarla, que el abismo abierto entre los dos era inconmensurable. Al fin dijo, con aquella voz que ella conocía tan bien:

—Hemos triunfado. El Orden ha sido derrotado...

Se preguntó por qué este triunfo no significaba nada para él.

—¡Tarod!

La comprensión quebrantó su aplomo, pero, a pesar de lo que sabía, no pudo evitar avanzar tambaleándose en su dirección, tendidas las manos como en ademán de súplica.

Detrás de ella, alguien se movió. Tarod no reaccionó inmediatamente; estaba demasiado absorto en Cyllan y en su mudo dolor. Solamente cuando unos cabellos castaños rojizos brillaron bajo la fría luz que venía de lo alto y una figura se interpuso entre él y Cyllan, se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, pero entonces era ya demasiado tarde para intervenir.

Sashka estaba gritando obscenidades inarticuladas que brotaban de su garganta y de sus labios como si estuviese poseída por la corrupción final. Cyllan, sobresaltada, giró en redondo y trató de defenderse, pero el cuchillo que empuñaba la otra joven descendía ya sobre ella. Tarod no tenía idea de dónde habría encontrado Sashka el arma, pero esto era irrelevante; la tenía, y los celos y la furia que hicieron presa en ella se multiplicaron con el terror y un afán insensato de venganza. Cyllan chilló al ver bajar la hoja resplandeciente contra su cuerpo indefenso, un juramento de vaquera que remitió a Tarod, confuso, a otros y perdidos días..., y entonces el cuchillo rajó el brazo levantado, haciendo brotar la primera sangre del sacrificio, antes de que la hoja se clavase en la carne y en el corazón.

No volvió a gritar, sino que se llevó el brazo herido al pecho y cerró los dedos sobre la empuñadura de la daga que sobresalía horriblemente de entre las costillas. Su tosca camisa se tiñó de brillante carmesí, la joven cayó de rodillas, tosiendo, y se velaron sus ojos.

Durante un instante, su mirada ambarina se fijó en la de Tarod en lo que parecía una última y desesperada súplica. Después vomitó sangre que se derramó sobre su barbilla, cayó de lado sobre el duro suelo de piedra y sus ojos miraron a la nada.

Se hizo un silencio total. Tarod permaneció rígido, contemplando el cadáver de Cyllan, desprovista su cara de toda expresión. Sashka se echó atrás, torciendo la boca en una mueca espasmódica de estremecido placer. Los otros miraban fijamente, como ovejas hipnotizadas..., hasta que Keridil rompió el hechizo.

Se puso en pie, moviéndose como un viejo lisiado, y avanzó dos pasos, tambaleándose. Al principio pareció que se volvería hacia Sashka, y Tarod sintió que todo su cuerpo empezaba a temblar con una emoción que no podía reprimir. Pero entonces Keridil se detuvo, miró hacia abajo y avanzó de nuevo. Cayó de rodillas al lado de Cyllan y le cubrió la cara con ambas manos. La pequeña parte del ser de Tarod que conservaba su humanidad advirtió que el Sumo Iniciado estaba llorando.

Los ojos verdes, insondables y llenos de una luz salvaje, levantaron la mirada desde el cuerpo acurrucado de Cyllan y la fijaron en la joven plantada a menos de siete pasos de distancia y que temblaba con una horrible mezcla de miedo y triunfo desafiador. Sashka recibió la mirada de Tarod; su actitud retadora se mantuvo solamente un instante, sustituida en seguida por una expresión de horror.

—No...

Sus labios formaron la palabra, que podía ser de súplica o de exhortación; Tarod no lo sabía ni le importaba. Dio un paso hacia ella, y ella abrió mucho los ojos.

—Keridil... —Se tambaleó hacia atrás, agitando una mano, buscando a tientas al Sumo Iniciado—. Ayúdame, Keridil...

Sus dedos encontraron el hombro de él, y Tarod vio que Keridil retrocedía bruscamente al sentir su contacto.

—¡Keridil! —chilló Sashka, y una espumilla salpicó sus labios—

Detenle..., ¡tienes que detenerle! Ayúdame, ¡maldito seas!, ¡haz algo!

Keridil la miró fijamente con ojos totalmente desprovistos de expresión.

Ella jadeaba ahora, incoherente, aterrorizada; pero él no hizo el menor movimiento para ayudarla. En vez de eso sacudió la cabeza, incapaz de comunicar lo que sentía. Después, con un estremecimiento que sacudió todo su cuerpo, se apartó de ella y se volvió.

—Keridil...

Esta vez, la voz de Sashka fue poco más que un murmullo; estaba demasiado petrificada para moverse. Tarod empezó a levantar la mano izquierda, lenta, firmemente, formando un símbolo con los dedos, y con este ademán resurgió el poder que había aplastado a dioses, acrecentado por una aversión que trascendía toda limitación humana. Acabó de levantar la mano. Estiró el brazo, pronunció una sola palabra en una lengua jamás usada por el hombre.

Sashka empezó a gemir. Gimió mientras su espléndida cabellera rojiza se encogía como consumida por llamas invisibles y caía en mechones de su cráneo. Levantó las manos y se agarró la cabeza.

Tarod esbozó una sonrisa salvaje de placer, y la piel y la carne de las manos de ella perdieron su forma y empezaron a fundirse hasta las muñecas dejando en su lugar unos huesos desnudos y blancos. Se tocó la cara y gritó, y el grito no fue ya de desafío, sino de puro pánico animal. Tarod murmuró otra palabra y la cara de Sashka empezó a desintegrarse, desprendiéndose las capas de piel y dejando al descubierto la carne viva y carmesí, y tendones y músculos y venas quedaron expuestos a la espantada mirada de los reunidos. Alguien sintió náuseas y vomitó; Tarod sonrió. Al caer la joven de rodillas, se apoderó de su mente, la estrujó, extrajo de sus convulsas fibras todo el conocimiento de lo que les ocurría a la belleza y al poder que había esgrimido como arma durante tanto tiempo. Sintió el odio que le profesaba ella, su deseo de él, retorciéndose bajo su control; los convirtió en miedo rastrero y dejó que su conciencia la agitase hasta que supo que la angustia y el terror habían devorado los últimos vestigios de su cordura y nada podía sacar ya de su concha vacía.

Keridil, arrodillado sobre la piedra desigual, contemplaba petrificado la escena, demasiado horrorizado para poder moverse o hablar.

Tarod seguía manteniendo su dolorosa presa sobre la gemebunda muchacha, pero la razón empezaba a luchar dentro de él para hacerse oír. Nada ganaría con prolongar el sufrimiento de Sashka; su venganza se había cumplido, y ningún castigo podría devolver la vida a Cyllan...

Su visión se nubló cuando las lágrimas anegaron sus ojos, un legado de mortalidad que le roía el alma, y habló por tercera vez. Sashka chilló, sólo una vez más; después su cuerpo se

retorció y se derrumbó sobre el suelo del cráter, ennegreciéndose, perdiendo su forma, desprendiéndose la carne de los huesos, oscureciéndose éstos, desintegrándose al extinguirse el último eco de su grito con el cadáver que seguía encogiéndose. Un gusano blanco e hinchado serpenteó brevemente sobre la roca fundida; Tarod le apuntó con un dedo, y desapareció.

Al perderse las últimas huellas de Sashka en el infierno al que él la había enviado, el hombre mortal que había sido Tarod volvió penosamente a la superficie de la mente del Señor del Caos. Miró a Cyllan y se encontró de nuevo presa de un dolor que no podía mitigar; esto no se debía a la herencia del Caos, sino que era sólo fruto de la humanidad que le había enseñado lo que era amar y ser amado.

Keridil se estaba alejando. Había abandonado toda pretensión de dignidad y se arrastraba sobre las manos y las rodillas para poner la mayor distancia posible entre él mismo y el lugar donde había estado Sashka. Su horrible muerte quedó grabada indeleblemente en su cerebro, pero todavía no tenía poder para afectarle; sólo podía mirar fijamente, como hipnotizado, a su antaño amigo y viejo adversario. Su respiración era un estertor.

Alrededor de ellos, otros se estaban levantando. Tarod los sintió, percibió el enloquecido terror de sus mentes al darse cuenta de lo que él había hecho. Les odió a todos, y este odio podía obligarle a destruir de nuevo...

No. Eso no. No se merecían esta ciega represalia; dañarles sin motivo le pondría a la altura de Aeoris. Alargó una mano y sintió que el poder crecía en su interior. Ellos cayeron donde estaban, como árboles talados, sumergidos en un sueño instantáneo, sin pesadillas ni recuerdos. Ahora, sólo él y Keridil estaban despiertos y alerta. Tarod contempló la cara afligida del Sumo Iniciado y su aborrecimiento perdió toda significación. ¿De qué serviría la venganza, si entre ellos yacía el cuerpo muerto del único ser humano que importaba, cuya vida costaba el precio que él había pagado?

Se inclinó sobre ella y la tomó en brazos. Su sangre era cálida y todavía líquida, y le levantó la cabeza, besando la cara manchada, queriendo que le respondiese. Pero ella no respondió. Ni siquiera el Caos podía resucitar a los muertos.

—¡Malditos seáis...! —murmuró Tarod, con voz entrecortada—

¡Malditos seáis todos!

Capítulo decimocuarto

Se enfrentaron a través de un abismo mental. De alguna manera, Keridil había encontrado fuerzas para ponerse en pie, aunque su cuerpo temblaba febrilmente y sus músculos faciales se contraían en incontrolables espasmos. Entre ellos, Cyllan era testimonio inmóvil y mudo de la última venganza de Sashka. El cuchillo que empleó había sido el de Keridil; éste trató de impedir que lo agarrase, pero, en aquella confusión, ella le esquivó. Ahora Sashka se había ido y él no podía soportar la idea de los tormentos que habría impuesto Tarod a su alma.

Estaba muerta; esto era lo único que podría saber jamás. Y mientras su mente lloraba de dolor por ella, su corazón era desgarrado por la terrible lección aprendida. Sashka le había traicionado. Su amor había significado menos para ella que la posibilidad de desfogar su odio implacable contra Cyllan y, a través de Cyllan, contra Tarod. Keridil había dudado de sus motivaciones desde hacía algún tiempo, pero apartó las dudas a un lado y se negó a enfrentarse con ellas hasta ese momento. Ahora, se sentía avergonzado y defraudado. El conocimiento no podía matar su amor por ella; el recuerdo de su dulzura, de su cuerpo esbelto, de su belleza, le perseguían y continuarían persiguiéndole durante toda la vida; la lloraría como deben llorar los verdaderos amantes. Pero ahora sabía cómo había sido realmente ella.

Y Tarod... Aunque pareciese extraño, sabía Keridil que su amigo convertido en enemigo lloraba por su amada lo mismo que él, a pesar del hecho de que había abandonado toda simulación de mortalidad.

Aunque, en realidad, siempre había conocido a Cyllan como adversaria, no podía dejar de admirar la fidelidad y el valor y la firmeza que había mostrado. Ella, mucho más que Sashka, demostró que era digna del ser que la amaba, y esta certidumbre era como un vino amargo.

Keridil lamentaba profundamente la muerte de Cyllan, aunque no sabía cómo podía decírselo al ser que se le enfrentaba ahora y cómo podía esperar que creyese en sus palabras.

Al fin levantó la cabeza y dijo, tropezando con las palabras:

—Lo siento, no merecía morir.

—No...

La voz era tan igual a la del Tarod que había conocido en los viejos y perdidos tiempos, que su familiaridad hizo que Keridil se estremeciese.

Sintió que las lágrimas subían a sus ojos, y no eran para Sashka, sino para algo más profundo: una confianza, una hermandad, un algo que había sido traicionado irremediablemente. Poco podía salvarse de esta pesadilla, pero quería intentarlo. Si no otra cosa, le quedaba un vestigio de dignidad.

—Conque has triunfado —dijo—. Ahora sé al menos dónde estoy..., pero no te adoraré, Tarod. Soy lo que soy, y esto nada puede cambiarlo. —Levantó la mirada—. Creo que es una característica que todavía compartimos los dos.

Un dolor sorprendentemente humano se pintó en los ojos verdes de Tarod; después sacudió la cabeza. El aura negra brillaba todavía a su alrededor, su cara tenía aún pocos rasgos de humanidad; pero su parecido con el un día Iniciado del Círculo era tal que resultaba inquietante.

—No lo niego, Sumo Iniciado, no tengo ningún motivo para dudarlo.

Keridil tragó saliva.

—¿Sumo Iniciado? Me llamabas Keridil, en los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos quedaron atrás. —Una luz nacarada brilló en los ojos de Tarod—. No podemos hacer que vuelvan.

Keridil asintió con la cabeza.

—Habrían podido ser mejores. Dioses, yo... —Hizo una pausa y sonrió, como excusándose—. Tengo que andarme con cuidado. Ya no sé a qué dioses tengo que invocar.

—¿Importa eso?

La voz de Tarod era cruel.

—Tal vez no; no, cuando tanto se ha perdido. —Vaciló—. Sentí, o al menos creí sentir, algo de lo que ocurrió cuando vosotros., les vencisteis. Mucho de ello se habría podido evitar. —Pestañeó, se mordió el labio—. ¿No es verdad?

Tarod no respondió. Cerró los ojos, suspiró, y el suspiro se convirtió en un viento sibilante que sopló a través del cráter. En lo alto y a lo lejos, la estrella de siete puntas seguía latiendo triunfal, pero la victoria era como polvo en su corazón. Necesitaba olvidar, pero no podía, no podía mientras sufriese el terrible conflicto entre la esencia del Caos que llevaba dentro y la humanidad que había adoptado y que le retenía con una presa más fuerte de lo que creía posible. Aquella humanidad le impulsó a impedir que Yandros destruyese del todo a las fuerzas del Orden y le llevó a exponerse a su propia destrucción en un frenético esfuerzo de sujetar las fuerzas desencadenadas sobre el mundo impotente por los dioses en lucha. Sin

embargo, no podía permanecer en este limbo entre los dos estados de ser; había elegido un camino y era imposible volver atrás.

Silenciosamente, formó un nombre en su mente. El viento adquirió fuerza de vendaval; encima de ellos, en el cielo, la estrella de siete puntas se apagó como si pasara una nube por delante de ella. Entonces se oyó un sonido parecido al de una puerta al cerrarse suavemente y Yandros se plantó al lado de Tarod. Sus ojos de múltiples colores estaban más tranquilos que de costumbre.

—Hermano. —Yandros apoyó una mano en el hombro de Tarod—. El mundo está ahora en calma, y el Orden ha sido vencido, aunque todavía no destruido del todo.

Tarod le sonrió, cansada pero afectuosamente.

—Y de nuevo estoy en deuda contigo, Yandros. Si no me hubieses prestado tu fuerza cuando te llamé, no habría podido detener yo solo aquel alud.

Yandros hizo un ademán de indiferencia.

—¿Por qué no habíamos de responder? No estamos en guerra con la humanidad y, ciertamente, no queremos la destrucción de este mundo.

Y este mundo está ahora bajo nuestra autoridad. Nuestros únicos enemigos son Aeoris y su estúpida camada, y los mortales que han colaborado activamente con ellos contra nosotros. —Su mirada se fijó en Keridil y la boca perfecta y maliciosa se torció en una sonrisa que hizo que el Sumo Iniciado se echase atrás—. Creo que te gustará ver que ellos tardan mucho en morir.

Tarod miró fríamente a Keridil y dijo.

—No.

—¿No? —dijo Yandros, repitiendo la palabra—. Hermano mío, no te comprendo. La batalla ha terminado, y hemos vencido. El Orden puede ser aplastado por nuestros pies y no nos molestará de nuevo. Lo único que nos falta es destruir a sus siervos, ¡empezando por las alimañas como ésa! —y señaló a Keridil.

Tarod vaciló y, después, sacudió la cabeza.

—No —dijo de nuevo y sonrió tristemente a su hermano del Caos.

Las barreras que le habían separado de Yandros durante tanto tiempo habían sido derribadas; ya no podía haber malentendidos entre ellos.

—Cometí un gran error, Yandros —dijo—. Volví la cara a los míos, a mi propia naturaleza, y caí en la trampa de creer en la justicia última del Orden.

Yandros torció los labios, pero antes de que pudiese hacer un comentario, Tarod prosiguió:

—Sé lo que piensas; me avisaste antes de que me encarnase en este mundo, y desde entonces has tratado de advertirme. Me vería contaminado por aquellos entre los que tendría que moverme, y la pureza del Caos se diluiría en el catecismo del Orden. —Frunció los párpados—. Tenías razón... y sin embargo estabas equivocado.

—¿Qué quieres decirme?

Yandros cambió un poco de posición; el tono de su voz había parecido reflexivamente divertido, y la roca de debajo de sus pies cambió de forma con inquietante brusquedad.

—Sí. Yo estaba contaminado, y sin embargo aprendí lecciones que, sin los grilletes de la humanidad, no había comprendido ja más.

—Los ojos de Tarod se nublaron un momento—. Hice que tuviésemos quizá la mayor ventaja que jamás poseímos sobre Aeoris y los suyos, Yandros. La ventaja de comprender, por experiencia, las esperanzas y los temores, y los ideales que afligen a los que no están imbuidos de nuestra inmortalidad.

Yandros miró reflexivamente a Keridil, que le estaba observando con incertidumbre. Se pasó la lengua por los labios.

—Me intrigas. Cuando tratamos de infiltrarnos en la fortaleza de Aeoris, no me imaginé que el experimento pudiese traer estas complicaciones.

—Yo tampoco. Pero tal vez no es posible, incluso para seres como nosotros, disfrazarnos de mortales y tomar forma y vida mortales, sin espigar algo de sus pensamientos y emociones.

—¿Emociones? —dijo Yandros, arqueando las cejas.

Tarod miró el cuerpo de Cyllan y sintió que algo se encogía en su interior.

—Emociones, sí. Aunque no son exclusivas de la humanidad.

El Señor del Caos asintió con una inclinación de cabeza.

—Nos sirvió bien; te fue fiel. Es una lástima... —Pareció arrebujaarse en el brillo que le envolvía y dio un rodeo al cadáver para enfrentarse directamente a Keridil—. Y tú... Volvemos a encontrarnos, Sumo Iniciado del Círculo, y en mejores circunstancias..., al menos para nosotros. ¿Qué tienes que decir, ahora que tus dioses han sido derrotados?

Keridil no flaqueó. Una vez sintió miedo de Yandros, y sabía que hacerle frente ahora era una locura; pero no pareció importarle. Se había perdido tanto, habían cambiado tantas cosas... Si lo único que le quedaba era su integridad, era lo menos que podía conservar.

—Serví al Orden durante toda mi vida, Yandros del Caos — dijo—. Y por muchos que sean mis defectos, no soy hipócrita. Y no cambiaré de señor para salvar la cabeza; ni para salvar mi alma, dicho sea de pasada. Te confesaré, y tampoco me importa si me condeno por ello, que lo que pretendía hacer Aeoris repugnaba a mi conciencia y que... —añadió, después de vacilar un momento— no lamento del todo lo que hizo Tarod. Pero eso no quiere decir que esté dispuesto a renegar de todo aquello en lo que he creído y a adorar al Caos, simplemente porque el Caos ha triunfado. —Miró a Tarod—. Quisiera pensar que lo comprendes.

—Así es como debe ser —respondió suavemente Tarod, haciendo que Yandros le mirase sorprendido. Tenía entrecerrados los ojos verdes, pero sonrió al volverse a su hermano—. Keridil Toln fue el primer amigo verdadero que tuve en este mundo. Me traicionó, pero me traicionó por lo que creía que era un principio noble. Creo que desde entonces ha aprendido mucho. Sobre todo, aprendió el significado del equilibrio, y si nosotros lo destruimos, echaremos a perder algo que podría ser inestimable.

—¿El equilibrio? —preguntó amablemente Yandros.

—Sí. Tal vez recuerdes que tú mismo lo dijiste. ¿De qué sirve el Orden sin el Caos que desafíe a su gobierno? Y a la inversa, ¿qué nos espera si nada se opone a nuestros caminos? —Miró al cielo vacío. Se habían puesto las dos lunas y la estrella de siete puntas ya no brillaba en lo alto. Sólo había oscuridad—. ¿Nos quedaremos estancados, como se estancaron Aeoris y sus hermanos, tan seguros en nuestro reinado que nos convertiremos en anacronismos como él? El mundo enfermó bajo su régimen y a punto estuvo de morir. No quisiera que nosotros cometiésemos el mismo error.

Yandros le estaba observando, y la expresión de sus ojos profundos y de color siempre cambiante pasó por toda una gama de reacciones.

Regocijo, irritación, reflexión, respeto, afecto; era imposible juzgar los pensamientos que había detrás de aquella mirada inhumana.

Tarod dijo:

—Tal vez Aeoris pidiese ojo por ojo, pero nosotros somos mejores que él. Por eso digo que Keridil tiene que vivir, con independencia de donde haya puesto su lealtad.

Yandros reflexionó durante unos momentos.

—Si puede aprender, tal vez merece que se le dé oportunidad de aprovechar sus errores pasados. Has hablado de equilibrio, Tarod, y creo que tienes razón. El Orden y el Caos son viejos enemigos, pero los viejos enemigos son también viejos amigos. Hay que enseñar a

Aeoris que no tiene nada que ganar con inclinar demasiado la balanza a su favor. El conflicto que existe entre nosotros nunca podrá resolverse; hay que mantener el equilibrio, pues todo lo que crece y prospera debe, por naturaleza, contener su oposición intrínseca. —Sonrió sarcásticamente—. La oposición impedirá que nos volvamos demasiado engreídos. Está bien.

—Miró al Sumo Iniciado, con un nuevo interés—. Keridil Toln podrá vivir.

Keridil cerró los ojos con fuerza. Estaba dispuesto a morir y moriría de buen grado; sin embargo, el alivio que le dio su indulto fue indescriptible. No podía asimilar la realidad de su situación; una parte de él estaba todavía convencida de que todo era una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento.

Abrió de nuevo los ojos y vio dos miradas inhumanas que le observaban.

Ahora ya no tenía miedo; lo único que sentía era una extraña y objetiva impresión dolorosa que no podía definir.

Miró a Cyllan y dijo, involuntariamente:

—Ojalá pudiese...

— ¡No!—La voz de Tarod era furiosa—. No lo digas. ¡No te atrevas a decirlo!

Yandros le miró, y un débil fruncimiento arrugó sus facciones cruelmente perfectas.

—¿Tanto significaba para ti? No me respondas como hombre ni como un Señor del Caos. Respóndeme, pues, como Tarod, que es ambas cosas.

Los ojos verdes se entrecerraron doloridos y Tarod desvió la mirada.

Yandros suspiró. Miró a Cyllan y extendió la mano izquierda. Al principio pensó Keridil que debía ser una ilusión, pero sus dudas duraron poco. Cyllan parpadeó, un sonido suave brotó de sus labios y su cuerpo se puso tenso. Después la inteligencia inundó los ojos ambarinos donde no había más que la mirada fría de la muerte, y murmuró una palabra, apenas audible:

— Tarod...

Tarod se volvió rápidamente de espaldas, torturado el semblante.

—Yandros, no puedes... Está muerta; ¡yo la vi morir!

—Tranquilízate. —Yandros seguía mirando a Cyllan, pero alargó una mano para tocar el brazo de Tarod—. No la he reanimado. No es solamente un cuerpo sin alma que se mueve y habla. Vive.

Tarod se detuvo, volvió la cabeza para mirar al Señor del Caos, impresionado y confuso. El poder de desafiar a la muerte, de invertir el golpe de su mano, era uno de los que sabía

que solamente poseía Yandros en el reino del Caos..., pero era un poder que Yandros no había querido ejercitar durante miles de años.

Yandros tomó la mano de Cyllan y la hizo ponerse en pie, aunque ella sólo podía mirarle en hipnótica confusión. El sonrió y llevó una mano a la cara manchada de sangre y, después, a la fea herida entre sus senos. A su contacto, la sangre y la herida abierta desaparecieron.

—Tengo una deuda personal con Cyllan —dijo Yandros, amablemente regocijado—. Si pagándola puedo también aliviar la aflicción de mi hermano, tanto mejor.

Cyllan empezaba a recobrase de la inercia de la inconsciencia; se llevó una mano a la cara, trató de hablar, pero no encontró palabras para expresar lo que sentía. Sus ojos súbitamente enloquecieron, se fijaron en Tarod, e hizo un violento movimiento para librarse de las manos de Yandros. Este las soltó y ella corrió hacia el señor de negros cabellos, deteniéndose solamente cuando estuvieron cara a cara, como si al fin careciese de valor para tocarle. El no dijo nada, pero le tendió las manos; Cyllan avanzó con paso vacilante y sus hombros empezaron a temblar mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

Yandros se acercó a ellos.

—Despídete, Cyllan —dijo—. Tarod y yo debemos marcharnos de este mundo, y tú tienes que quedarte. —Hizo una pausa, sonrió—.

Es decir, a menos que estés dispuesta a hacer el sacrificio que te permita venir con nosotros.

Ella se volvió lentamente a mirarle, sin comprender. En cambio, Tarod se dio cuenta de lo que quería decir Yandros, pero el Señor del Caos se le adelantó cuando se disponía a hablar.

—El Caos está en deuda contigo —dijo a la pasmada joven—. Y yo puedo hacerte un regalo que, si lo aceptas, te permitirá quedarte con Tarod. —Sus ojos adquirieron de pronto un ardiente brillo carmesí—. Para siempre.

Cyllan empezó a comprender y se estremeció al resurgir una esperanza que apenas se atrevía a reconocer. Tenía la boca seca como el polvoriento suelo del cráter, pero murmuró:

—¿Quieres decir que yo... podría...?

Yandros sonrió de nuevo, esta vez con un matiz de humor irónico.

—¿Es tan terrible la perspectiva de vivir en nuestro reino, Cyllan?

Sospecho que tú sabes más del Caos que cualquier otro mortal de tu mundo. —Alargó una mano y tocó ligeramente su brazo, resiguiendo la cicatriz que le había causado en el Castillo de la Península de la Estrella—. Y no experimentarías nuestro mundo a la manera

vulnerable de un ser humano. Te convertirías en parte del Caos, serías inmortal por derecho propio. Te ofrezco esto en reconocimiento a tu valor y a tu fidelidad a mi hermano. Aquella vida puede ser tuya, si así lo deseas.

Dejar atrás su existencia, dejar atrás la humanidad y entrar en el reino inconcebible del propio Caos..., ser inmortal, desligada de las cosas terrenas, indemne al tiempo y a la perspectiva de la muerte...

Cyllan no podía asimilar lo que le ofrecía Yandros; no podía comprenderlo, ni siquiera imaginarlo. Pero un hecho se destacaba como una clara joya en el miasma de sus confusas reacciones. Si aceptaba lo que le ofrecía el Caos, ella y Tarod estarían juntos por toda la eternidad, si no lo aceptaba, nunca volvería a verle.

Se volvió, desesperada, a la oscura figura que tenía al lado.

Hombre, demonio, dios, fuese de lo que fuera, le amaba más que al mundo, y ahora necesitaba más que nunca su guía.

—Tarod, ¿qué debo hacer? —dijo, con voz entrecortada.

Tarod sacudió la cabeza.

—No puedo ayudarte, amor mío. No tengo derecho a tratar de influir en ti, no en esto. Pero Yandros ha dicho la verdad.

Sus ojos verdes, que nada tenían ahora de humanos, estaban fijos en su cara. Ella conocía bien aquella mirada, y le estaba diciendo lo que había esperado más que nada en el mundo. Sin él, nada valía la pena.

Dejó que sus dedos se cerraran con fuerza sobre los de él y cerró los ojos ambarinos.

—Iré. Si Tarod quiere tenerme con él, iré... de buen grado. —

Pestañeó y miró de nuevo a Yandros—. ¿Cómo podré jamás darte las gracias?

Yandros hizo un ademán indiferente, con una expresión astuta en el semblante.

—No es más que un antojo. El Caos no tiene lógica, deberías saberlo. Simplemente me gusta complacer a Tarod.

Tarod rió por lo bajo.

—Si es esto lo que te gusta creer, Yandros, sea como tú dices.

Yandros inclinó la cabeza, como burlándose ligeramente de sí mismo.

—Y ahora —dijo—, hay una última cuestión...

Giró sobre los talones y se enfrentó a Keridil.

Keridil había escuchado la conversación entre los tres con muda estupefacción, incapaz de moverse o de reaccionar de cualquier modo.

Comprendía, o creía comprender, lo que Yandros había ofrecido a Cyllan, y este conocimiento reavivaba en su interior una herida dolorosa.

Yandros había demostrado ser más compasivo que Aeoris, y si el más grande de los Señores del Caos había podido devolver la vida a un muerto, seguramente podría volver a hacerlo... La cara de Sashka, hermosa como antes de que Tarod descargase en ella su venganza, se materializó ante los ojos de su mente y aumentó su dolor; desterró la imagen haciendo un gran esfuerzo y, cuando miró de nuevo a Yandros, comprendió que lo que había esperado durante un breve instante era imposible. Y tal vez, pensó, aunque no pudo reconocerlo, no habría querido que fuese posible.

Yandros y Tarod se movían ahora en dirección a él. Keridil todavía no podía aceptar del todo el hecho de que los dioses a quienes adoró durante toda su vida habían sido derrotados, y de que estos desaforados, veleidosos e imprevisibles entes habían ocupado su sitio.

El Caos había vuelto... ¿Qué futuro podía haber ahora para él?

Yandros leyó sus pensamientos, y el Señor del Caos de cabellos de oro sonrió:

—El futuro, Sumo Iniciado, será como vosotros lo hagáis —dijo, y su voz argentina pareció levantar chispas en lo más profundo del ser de Keridil—. El mundo cambiará. El Orden ya no gobierna, pero nosotros seremos unos amos muy diferentes. Nos gustan los conflictos y, si tú deseas que el Orden represente aquí un papel, se levante contra el Caos, tienes derecho a luchar por ello. Vuelve a la Península de la Estrella, Keridil Toln. Es el lugar que te corresponde por derecho.

Aprovecha todo lo que puedas lo que te hemos dejado. Es más de lo que te imaginas.

Keridil no pudo responderle. Contempló un instante aquella cara cruelmente hermosa, aquellos ojos cambiantes, y tuvo que desviar la mirada. Tarod se adelantó.

—Donde hay conflicto puede haber verdadero desarrollo y vida —dijo—. Entiende esto y lo comprenderás todo. Creo... —Miró a Yandros y se estableció una comunicación privada entre ellos—. Creo que tú, más que todos los otros mortales, eres capaz de cumplir las tareas que te esperan, Keridil. —Para sorpresa y confusión del Sumo Iniciado, alargó la mano izquierda y tomó la derecha de Keridil con una fuerza que produjo en su brazo una descarga que le llegó hasta el hombro—. Te deseo suerte, viejo amigo.

La mano aflojó su apretón y los largos y flacos dedos se encorvaron al retirarlos Tarod. Este sonrió y, por un instante, esta sonrisa reprodujo la del rapaz de doce años que había venido, como desconocido forastero, al Castillo y se había hecho amigo del hijo del Sumo

Iniciado. Reprodujo también la del rebelde Iniciado de cabellos negros que había crecido y se había desarrollado dentro del Círculo; el Adepto que, dejando atrás al Círculo, había ejercido un poder que había destruido las barreras del Tiempo, el demonio que había desafiado al ser supremo y le había vencido. Era la sonrisa de un Señor del Caos.

Keridil observó, incapaz de hablar, cómo atraía Tarod a Cyllan a su lado y se enfrentaban los tres a él. Creyó ver (después no pudo nunca estar seguro, aunque la imagen acompañaría sus sueños durante el resto de su vida) un paisaje tan extraño, tan indescriptible, que su mente no pudo realmente registrarlo, superponiéndose sobre la dura roca muerta del cráter; un lugar donde el color y la forma y el sonido chocaban y se mezclaban en loca algarabía. El Caos... Keridil lo contempló sólo un instante; después, con un ruido parecido al de una puerta grande cerrándose suavemente, desaparecieron las tres figuras que tenía delante.

Se quedó plantado, inmóvil, durante mucho tiempo. Detrás de él estaba el altar partido por la mitad donde había reposado el cofre de Aeoris, pero el propio cofre se desvaneció. A su alrededor yacían sus compañeros: Penar Alacar, Ilyaya Kimi, el anciano erudito Isyn, dos Hermanas, sus propios Adeptos; todos seguían durmiendo, y el silencio que descendió sobre el cráter muerto del volcán era casi insoportable.

Keridil miró a su alrededor como buscando inspiración o consuelo en las imponentes paredes de roca, pero allí no había nada. Lo único que vio fue el primer y delator destello de luz en el cielo, que le dijo que empezaba a despuntar la aurora en el horizonte del este. En su estado de ánimo actual, le dio poco consuelo.

Alguien rebulló y respiró con menos fuerza que el céfiro y, al volverse, vio que el Alto Margrave se estaba moviendo lentamente, como en trance, estremeciéndose al elevarse su conciencia a través de las capas profundas del sueño en dirección a la mañana. También los otros daban señales de despertar, aunque la anciana Matriarca seguía yaciendo inmóvil, pálida, como una arrugada y frágil muñeca.

La mirada de Fenar Alacar se encontró con la de Keridil, pero éste no pudo responder a la muda y asombrada súplica que ardía en los ojos pasmados del Alto Margrave, y se volvió de espaldas. Tal vez con el tiempo podría empezar a contestar los millones de preguntas no formuladas; pero todavía no. Todavía no.

Se habían ido tantas cosas..., tantas cosas que él había dado por ciertas durante toda su vida y que ahora habían sido barridas. Y sin embargo, Keridil experimentaba que una sensación injustificada de liberación empezaba a invadirle, como si levantaran de sus

hombros una carga de la que nunca se había dado plenamente cuenta. De momento, todavía no encontraba solaz en ello..., pero había en ello una promesa, una promesa que era como la de la aurora que ascendía lentamente y sin ruido en el cielo. Fuese lo que fuese lo que guardaba el futuro, se le había dado una oportunidad de vivir y de gobernar como le dictase su conciencia, libre de toda fidelidad ciega al Orden o al Caos. Y esperaba (creía, se dijo severamente) que podría mostrarse digno de aquella responsabilidad.

Lentamente, Keridil se hincó de rodillas sobre el duro suelo de roca. Inclino la cabeza al doblarse sobre sus propias manos cruzadas, y empezó a orar.

Pero ya no sabía a qué dioses tenía que rezar.

EPÍLOGO

Si volvía la mente en aquella dimensión, podía ver el Castillo.

Aquel edificio tan antiguo, construido por manos que no eran del todo humanas, habitado por sucesivas generaciones, usurpado por otros cuyas vulnerabilidad y mortalidad eran difíciles de advertir. Ahora el círculo se había cerrado, o casi cerrado.

Los centinelas en lo alto de las cuatro vertiginosas torres estaban en sus puestos, teñidas las caras por las últimas luces ensangrentadas del sol al deslizarse hacia el horizonte occidental. Esperaban, como lo hacían cada atardecer, la tormenta sobrenatural que vendría rugiendo del norte en el momento del ocaso, proyectando sus caóticos relámpagos a través de los cielos, mientras las grandes y pulsátiles franjas de color avanzaban inexorablemente detrás de ella. Esperaban el Warp que anunciaba la noche, que pregonaba el poder del Caos en su mundo, y cuando llegase, se celebrarían los ritos y se harían las súplicas y el equilibrio se mantendría una vez más.

El sentía un extraño afecto por el lúgubre y negro Castillo. Contenía recuerdos que le gustaba contemplar; en los confines de sus paredes aprendió mucho, sufrió mucho y, finalmente, recobró la memoria de su propia y verdadera naturaleza. También había encontrado el alma humana por la que estuvo dispuesto a sacrificarlo todo.

Ella se movió a su lado y él sintió su sonrisa. Aquí, en un reino más allá de la comprensión humana pero que era ahora el suyo, eligió adoptar la forma de una mujer de cabellos pálidos, cara solemne y ojos ambarinos, en la que solamente la resplandeciente ropa del Caos que envolvía su cuerpo delgado desmentía la ilusión de humanidad.

Elegió aquella imagen porque sabía que a él le gustaba; él se volvió hacia ella y adoptó una forma que completaba la suya: cabellos negros en contraste con los de oro blanco, ojos verdes que la miraban afectuosamente al atraerla hacia sí y estrecharla con fuerza. En algún lugar lejano, una voz entonó una horrible armonía; él frunció el entrecejo, y el sonido se transformó en una nota pura y trémula que le recordó, agradablemente, las criaturas marinas de pelaje abigarrado que había conocido antaño y que habían servido bien al Caos.

El sol rojo de sangre se estaba hundiendo en el mar mucho más allá de la mole del Castillo, y él sintió en sus venas los primeros anuncios del Warp que se acercaba. La tormenta era su sangre, su nervio; hizo un ligero esfuerzo de voluntad y sintió que la fuerza crecía, aullando y arrastrándose sobre el mar en dirección a la tierra. Y al acercarse furioso al

Castillo, vio, como había visto antes, una figura solitaria en una ventana alta que se abría al norte que se estaba oscureciendo.

Un hombre que, antaño, fue su amigo.

Se hacía llamar Sumo Iniciado, porque este título era antiguo y noble, y lo merecía, creía Tarod, más que cualquiera de sus semejantes.

Ya no llevaba la insignia de su rango, porque el viejo sello del Orden había perdido su significación y no se resignaba a llevar el emblema del Caos. Tal vez esto cambiaría un día; pero importaba poco. El equilibrio se había restablecido y Keridil era libre de tomar el partido que quisiera.

Los recuerdos que trajeron a Tarod al Castillo hicieron que sus pensamientos se detuviesen en la figura de la ventana. Recordó lo que era ser mortal y sintió piedad por el hombre de rostro macilento y ojos atormentados bajo los rojizos cabellos. Keridil había aprendido lo que era traicionar y ser traicionado, y la lección le cambió y le endureció.

Había mirado las caras de los dioses del Orden y de los dioses del Caos, y sabía que unos y otros se necesitaban. Había perdido a la mujer que amaba y, al perderla, vio cuál era su verdadera naturaleza, de manera que, sin dejar por esto de llorarla, comprendía dolorosamente cómo ella le había engañado y casi corrompido.

Había visto la muerte de la vieja Matriarca, cuya fragilidad había sucumbido durante aquel último y monstruoso encuentro con el Caos en la Isla Blanca, y con ella desapareció el último bastión de las viejas y rígidas costumbres. La señora Fayalana Impridor, que, sorprendida y emocionada, se había puesto el manto de Matriarca al declararse la doliente Kael Amion incapaz de desempeñar el cargo, era lo bastante joven para no haberse contagiado de la inflexibilidad de su predecesora.

Y Fenar Alacar, ahora de diecinueve años y profundamente afectado por sus recientes experiencias, delegó sus funciones al Sumo Iniciado y se esforzaba en aprender prudencia. El mundo estaba en paz; tal vez más en paz de lo que estuvo nunca en el recuerdo de cualquiera de sus habitantes. Pero no duraría; al Caos le encantaba el conflicto, e incluso ahora se excitaba la mente de Tarod al prever el próximo enfrentamiento con los Señores del Orden.

Se produciría; el equilibrio se había establecido y debía mantenerse, pero estaría constantemente amenazado, y él y sus hermanos se regocijarían cuando se reanudase una vez más el antiguo combate. Pero el pivote de aquel conflicto, el eje final sobre el que giraría su resultado, estaba en manos de los falibles mortales que durante siglos adoraron al Orden

y que ahora se sentían desligados de sus severas normas y libres de elegir su propio camino. En cuanto al que elegirían, ni Tarod ni Yandros ni ninguno de los entes que les servían en el reino del Caos podían saberlo; la invencibilidad no era omnisciencia, y además, la incertidumbre daba más sabor al futuro. Pero fuera cual fuese el que eligiese Keridil, Tarod pensó, no sin sentir un poco de afecto, que había demostrado, al fin, que podía hacer frente al desafío de su nuevo papel. Habría cambios, porque tenía que haberlos. Y creía que Keridil sería un valioso instigador.

Unos dedos le tocaron ligeramente y unos colores que vibraban mucho más allá del espectro visible resplandecieron alrededor de la figura de la mujer que estaba a su lado. Tarod sonrió, y el pequeño microcosmos que era la Península de la Estrella y el mundo gobernado por ella se desvaneció entre lo almacenado en la memoria. Se levantó, tendiendo graciosamente una mano, y unos dedos blancos se cerraron sobre los de él, y los dos personajes se alejaron juntos del observatorio.

Durante un momento, dos columnas pulsátiles de radiación ocuparon su sitio; después, también ellas se confundieron con la niebla arremolinada del Caos de la que habían salido. En alguna parte, una risa que era casi pero no del todo humana, resonó dulcemente; entonces las dos figuras desaparecieron, dejando tras ellas un efímero pero profundo silencio.